
Círculo Rojo
Ercilia
Mendez
AMOR, LUJURIA
Y PLACER
ROMPIENDO LAS REGLAS Y LOS PREJUICIOS

Amor, Lujuria y Placer

Rompiendo las reglas y los prejuicios

Ercilia Méndez

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2023

ISBN: 978-84-1199-086-8
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Ercilia Méndez
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

ADVERTENCIA

Antes de empezar, quiero que sepas que vas a empezar a leer una novela erótica en la que hay escenas de sexo explícito, muchas de ellas detalladas casi gráficamente. Si no te agradan este tipo de novelas, es mejor que no continúes. Si, por el contrario, disfrutas leyendo este tipo de contenido, deseo de corazón que disfrutes mucho con la historia de Raquel y Steve.

Agradecimiento

Agradezco infinitamente al universo por haberme dado la inspiración para escribir este libro. Agradezco a mis amigas, que, al saber lo que traía entre manos, me dijeron que era una buena idea y me animaron a publicarlo. Lourdes, Alejandra y Yaquely son un amor, gracias por sus palabras de ánimo siempre.

Pero, sobre todo, agradezco a mi compañero de vida, quien siempre me ha apoyado en todo lo que se me cruza por la mente, en todas mis locuras y en todos mis sueños. Ahora, esto es una realidad gracias a ti, mi amor, Daniel Torres. Gracias infinitas por ser siempre mi inspiración y por acompañarme en este camino. A pesar de todas mis ocurrencias, siempre estás para mí y haces todo lo posible por hacerme feliz. Te amo.

Este libro está dedicado a ti, querido lector. Deseo de todo corazón que disfrutes leyendo esta historia.

Descripción de los personajes

Raquel es una mujer hermosa de 33 años. Mide 1,70, tiene un cuerpo esbelto, una cintura delgada y caderas anchas; piernas torneadas y culo respingón. El cabello largo y negro le cae por debajo de la cintura. Es muy suave y sedoso. Los ojos marrones e intensos le dan una mirada penetrante. Es una chica culta muy estudiada y criada en una buena familia bajo muy buenos principios. Adora a su familia, y está locamente enamorada de Steve, su marido, con el que lleva diez años viviendo, y aunque aún no están casados, han formado una maravillosa familia.

Steve es un chico guapísimo, de 35 años, es alto, mide 1,79, delgado, con los abdominales bien definidos. Su cabello es negro azabache y sus ojos, verdes; su cara, bonita, y sus labios rojos carnosos tienen forma de corazón, bien definida. Es muy apuesto y, al igual que Raquel, viene de buena familia con buenos principios. A simple vista, parece un hombre serio, pero, cuando lo conoces, es encantador y tiene un sentido del humor increíble. Hace reír a todo el mundo con sus bromas. Es muy amigable y es un buen líder en su empresa, todos lo respetan.

Raquel y Steve tienen 3 hijos y llevan una vida bastante buena. Les encanta viajar y lo hacen cada vez que quieren y pueden. Disfrutan de una buena comida, una buena cena y de un buen vino; disfrutan pasando tiempo con sus amigos, se llevan muy bien con todo el mundo, son muy bondadosos y tienen muy buenas vibras. Les gusta aprender cosas nuevas y superarse a sí mismos. También les gusta estar bien físicamente. Desde el principio de su relación han tenido muy buena comunicación, aunque, a veces, esa misma comunicación les ha traído problemas, pero han superado muchos obstáculos juntos porque ambos sienten un inmenso amor el uno por el otro. Han disfrutado mucho del sexo, aunque de un tiempo para acá parece como si se hubiese enfriado la pasión, ya nada es como antes. Llevan varios meses con poco sexo y a ambos les está pasando factura. Intentan mantener la llama, pero las cosas no fluyen y necesitan salir de este hueco en el que están cayendo sin darse cuenta.

Ambos han hablado sobre esta situación y cada vez surgen más peleas debido al mismo tema: la falta de sexo y placer entre ellos. Aún no logran llegar a un acuerdo, y aunque lo han intentado muchas veces, el cansancio no les permite darse una buena noche de placer; esa noche que tanto necesitan.

Muchas veces se han puesto a pensar que toda esta situación muy probablemente se deba a que casi desde que se conocieron pasan todo el día juntos porque se conocieron en su antiguo trabajo y ambos decidieron emprender su propia empresa para no depender de un jefe. Pero, claro, no cayeron en la cuenta de que esto acarrearía todos estos problemas que ahora están teniendo en su vida sentimental y sexual porque una cosa afecta a la otra.

Quizá el simple hecho de pasar tanto tiempo juntos no sea tan bueno. Ambos necesitan su propio espacio, y no es que no lo tengan, porque cada uno sale por separado con sus amigos, ninguno le prohíbe nada al otro, cada uno se siente libre de salir y disfrutar momentos agradables con sus amigos, él con los suyos y ella con sus amigas. Nunca han tenido problemas de prohibiciones en ese sentido ni mucho menos han pretendido que se haga lo que dice el otro.

Raquel siempre ha sido una chica intelectual y estudiosa, siempre se consideró a sí misma de mente abierta y sin prejuicios, a pesar de que se crio en una familia muy conservadora. Ella se consideraba la oveja negra de la familia porque nunca siguió normas, nunca siguió reglas de nadie, se crio prácticamente libre haciendo siempre lo que le apetecía en cada momento, pero siempre actuando con responsabilidad en sus actos y siendo consciente de que cada cosa que sucede trae su consecuencia, y hasta ahora le ha ido bien en su forma de vivir la vida.

Cuando Raquel conoció a Steve, se enamoró perdidamente de él, de su forma de ser, de cómo la trataba (siempre como una reina). Es un hombre muy atractivo, deportista e inteligente. Siempre tuvo la ambición de querer conseguir cosas grandes en la vida en todos los sentidos; eso la hizo enamorarse mucho más de él porque ella buscaba y ambicionaba lo mismo. Ella ha estado siempre en busca de hacer algo significativo en su vida.

También tiene un corazón noble e intenta siempre hacer el bien. Por eso, ella sintió que él era todo lo que cualquier mujer podría desear. Encajaron a la perfección desde el principio, como si de dos piezas de puzle se tratase. Se volvieron locos el uno por el otro y no se han separado desde que se conocieron. Llevan ya diez años de relación y el amor sigue intacto. No son perfectos porque tienen sus discusiones y muchas veces, muy fuertes, pero están tan compenetrados que no pueden pasar más de una noche enojados, siempre terminan reconciliándose y haciendo de la reconciliación algo hermoso, y cada día intentan mejorar en todos los sentidos.

Hace tres años, con su tercer embarazo, Raquel subió mucho de peso. Tuvo algunos problemas hormonales. Desde mucho antes de nacer el bebé, los encuentros sexuales entre ellos fueron cada vez más escasos y en los últimos tres años han sido pocas las ocasiones en las que han podido disfrutar plenamente de una buena noche de placer. Casi siempre tienen interrupciones y prisa y les ha resultado un poco frustrante la situación a tal grado que ya casi no se buscan para satisfacer sus deseos. Han preferido muchas veces masturbarse cada uno por su cuenta. Sus encuentros se redujeron demasiado y eso cada vez les afecta más. Steve está distante de ella y pocas veces se buscan para hacer el amor.

Pero Raquel tomó el control de su vida nuevamente y se propuso ponerse en forma y mejorar su salud física para volver a ser aquella chica que siempre fue. Cada día que pasaba notaba sus cambios y estaba más contenta. Steve también le siguió el ritmo de empezar hacer más deporte, y aunque siguen sin tener mucho tiempo para ellos, de vez en cuando buscan la forma de estar juntos, y aunque las formas siguen siendo las mismas, se aman y adoran a su familia.

Caso de Vania

Toco la puerta de la oficina de Steve. «Pase», responde él desde dentro.

—Entro. Amor, hoy tenemos cena con Marcos y Hana, ¿te apetece ir o prefieres que nos quedemos en casa? —le pregunto cerrando la puerta detrás de mí.

—Amor, tú sabes que, de normal, siempre nos vamos de cena. Aparte, recuerda que mañana tenemos el seminario al que nos apuntamos este fin de semana —dice Steve.

—Es verdad, no lo recordaba. Pues ahora me pasaré por el despacho de Hana y le diré que no podremos, que ya lo dejamos para la semana que viene.

—Genial, mi amor —dice Steve con una sonrisa.

—Te dejo, voy a continuar con la solicitud de adopción que estoy haciendo a la clienta que vino el lunes. Tengo que presentarla cuanto antes —digo dirigiéndome a la puerta.

—Genial, amor —le escucho decir cuando cierro la puerta.

Raquel y Steve son abogados. Raquel es abogada de familia y Steve es abogado inmobiliario. Ambos decidieron montar su propio bufete con otros dos amigos más, Marcos y Hana, que también son pareja. Hana es abogada laborista y Marcos, abogado penalista. Solo les falta un abogado civil para tener casi el equipo completo.

Me dirijo al despacho de Hana cuando suena el telefonillo. Vera, la recepcionista, abre la puerta. Yo paso al despacho de Hana y toco la puerta y Hana responde que entre.

—Hola, Hana —saludo al abrir la puerta y la cierro detrás de mí.

—Hola —dice Hana con una sonrisa.

—Hana, quería decirte que esta noche no podremos ir a la cena con vosotros. Resulta que mañana tenemos un seminario sobre inversiones al que estamos apuntados desde hace más de un mes y no lo recordaba, me lo ha dicho Steve ahora, lo siento.

—Ah, no te preocupes, que ya habrá tiempo para salir —dice con aire despreocupado.

—Si te parece, podemos planear la cena para el próximo viernes o sábado, el día que os venga mejor. La semana que viene la tenemos libre, así que espero a que me digáis algo vosotros.

—Perfecto, Raquel, quedamos así. Lo comento con Marcos y te lo digo, ¿vale?

—Genial.

Me levanto de la silla y me despido saliendo del despacho de Hana. Voy camino a mi despacho y paso por la sala de espera. Veo que hay una chica esperando sentada en uno de los sofás.

La chica tiene la mirada triste y se la ve como ausente. Es realmente hermosa, de tez trigueña, es casi de mi tono de piel; su cabello es negro, largo, no tanto como el mío, más bien le cae un poco por encima de la cintura, es ondulado y hermoso; apenas puedo ver su atuendo, ya que está sentada.

—Buenos días —saludo pasando hacia el escritorio de la recepcionista.

—Buenos días —saluda ella mirándome directamente a los ojos. Qué mirada tan triste tiene. Sin apartarle mi mirada, le sonrío y ella corresponde con una sonrisa tímida.

Me acerco a Vera y pregunto con voz suave:

—¿A quién espera esta chica?

—Te espera a ti. Me ha dicho que quiere hablar con la abogada de familia, Raquel. Le he dicho que en un momento podrías atenderla —responde Vera.

—Vale, ahora la atenderé.

—¿Quieres que la pase yo a tu despacho? —pregunta Vera muy amable.

—Ah, no, no, tranquila, ahora me la llevo yo hacia allí —respondo con una sonrisa caminando hacia donde está la chica. Me vuelvo sobre mis pasos—. Por cierto, ¿cómo se llama? —pregunto a Vera con voz aún más suave para que ella no me escuche.

—Se llama Vania —responde ella en el mismo tono bajo que el mío.

—Genial —digo con una sonrisa y me dirijo hacia ella—. ¿Vania? —pregunto con una sonrisa.

—Sí —dice ella poniéndose de pie enseguida.

—Soy Raquel, abogada de familia. —Le tiendo mi mano. Ella se apresura a darme la suya y nos apretamos las manos en el saludo.

—Mucho gusto —dice haciendo un esfuerzo por sonreír a pesar de la notable tristeza en su rostro.

De cerca es mucho más guapa y viste con muy buen gusto. Lleva unos *leggins* negros super ceñidos al cuerpo que resaltan sus caderas y sus bonitas piernas, y los combina con unas botas de plataforma por debajo de las rodillas. Asimismo, lleva un abrigo hasta la cintura de color blanco con gorro peludo incorporado. Se ve muy calentito.

—Vamos —le digo señalando mi despacho. Ella me sigue y entramos. Yo me siento detrás de mi escritorio y ella se sienta frente a mí—. ¿En qué puedo ayudarte? —le pregunto en tono suave.

—Verás —dice ella con evidente nostalgia—, le he pedido el divorcio a mi marido después de 12 años de casados y dos hijos en común. Ya no quiero seguir con él. Todo esto me ha pillado por sorpresa, la verdad, pero quiero que sea lo más rápido posible.

—Vaya, lo lamento —logro decir—. Puedes contarme todo con absoluta confianza, esto será como secreto de confesión. —Intento quitar la tensión de la plática y, por qué no, hacerla sonreír.

Ella sonríe.

—Gracias —dice. Continuando con la conversación—: Hace unos cuantos meses lo notaba muy raro, la ausencia en casa era cada vez mayor y me evadía siempre que podía. Cuando le preguntaba qué le sucedía, simplemente, respondía que estaba cansado, que demasiado trabajo, etc., todo excusas, e hice algo que no sé si debí o no, pero no podía más, tenía mis dudas y una noche le coloqué un dispositivo GPS en su coche sin que se diera cuenta.

»Ese mismo fin de semana me dijo que tenía un viaje a Madrid para asistir a una reunión con unos socios de su empresa. Él creyó que yo lo creí, dijo que estaría fuera desde el viernes y volvería el sábado por la noche o domingo por la mañana. No le pregunté detalles, solo le dije que muy bien, sin más.

»El viernes, como a las 18:00, solo esperó a que yo llegara a casa para despedirse de mí. Ya tenía preparada una pequeña maleta, la tenía al lado de la puerta de salida.

»—Me voy —dijo dándome un beso en la boca. Habíamos perdido toda muestra de cariño y yo sentía morir lentamente con esa situación.

»Se despidió de los niños y salió de casa sin siquiera mirar hacia atrás. Con un nudo en mi garganta, dejé que se fuera. Me puse a hacer la cena de los niños y me olvidé por un instante de todo.

»Cuando estaba en la mesa con los niños, recordé lo que había hecho y cogí mi móvil. Revisé la aplicación con la cual se podía controlar el GPS que había puesto en el coche. En teoría,

debería de avanzar por la A3 camino hacia Madrid, pero no, el coche estaba parado a tan solo 40 minutos de casa y no se movía. Pensé que tal vez estaba echando combustible en alguna gasolinera, pero pasada una hora, el coche seguía en el mismo sitio. Me pareció todo tan raro que se me ocurrió la brillante idea (sarcasmo) de acudir hasta donde estaba el coche.

»Llamé a mi hermana menor y le pedí el favor de que se quedara un par de horas con los niños mientras yo salía a hacer unas diligencias. Eran casi las 21:00.

»Mi hermana llegó enseguida y yo ya estaba lista para salir esperándola en la puerta.

»—¿Pasa algo? —me preguntó ella en tono preocupado. No era normal que yo llamara así de repente para pedir ese tipo de favores.

»—No, tranquila, no te preocupes, regreso en un par de horas —logré decir cerrando la puerta al salir.

»Bajé hasta el garaje y cogí mi coche, puse la ubicación del coche de mi marido, que seguía sin moverse, y conduje hasta el sitio.

»Cuando llegué, me pareció super extraño: era un motel de carretera. Me indigné a la vez que intenté negar que él estuviese allí dentro y con quién. No sabía qué hacer, si entrar o salir corriendo de allí.

»Después de unos 20 minutos pensando, me armé de valor y entré al motel. Me dirigí hasta la recepción.

»—Buenas noches, señorita, ¿podría, por favor, decirme en qué habitación se encuentra el señor Adam Rubio? —le digo a la chica que está detrás del mostrador.

»—Lo siento, señorita, no puedo darle esa información —dice ella en un tono superamable.

»—Lo sé, señorita, pero verá, acérquese un poco —le digo con voz baja para que no me escuchen los de al lado—. Yo soy una chica de compañía. Él ha contratado mis servicios, me dijo que viniese hasta aquí, pero no me dijo el número de habitación en la que está. Yo no debería decirle esto a usted ni a nadie, pero es que no sé cómo contactarlo, ya que nadie contacta conmigo directamente, sino a través de alguien más, y parece que no responde y el tiempo corre, ¿sabe usted? —le digo con humildad intentando parecer lo más convincente posible. No sé ni cómo se me ocurrió decir algo así.

»—Lo que puedo hacer es llamar a su habitación y decirle que aquí lo están buscando —dice ella cogiendo el teléfono.

»Siento mi corazón correr a mil por hora, pero acepto de todas formas. Quiero saber qué demonios está haciendo aquí.

»Ella marca a su habitación mientras yo estoy temblando como un flan, deseando estar equivocada en todo lo que pienso.

»—No responde, lo siento —se lamenta colgando el teléfono—. No hay nadie en la habitación —afirma—. Es posible que esté cenando en el restaurante —sugiere.

»—¿Y dónde está el restaurante?

»—Váyase todo recto y, al abrir esas dos puertas, allí es —me dice señalando con el dedo dos puertas que están a unos cuantos metros de la recepción.

»—Gracias —digo caminando a paso ligero, supernerviosa. Me acerco a la puerta y no sé si voy a ser hacer capaz de hacerlo. Abro un poco y busco por todo el restaurante a ver si veo su cara, y sí, allí está, en una esquina, sentado con una chica que no logro distinguir. No sé quién es. Mi cuerpo tiembla y mi corazón quiere salir de mi pecho. Dudo por un instante si entrar o no. Cojo mi móvil como puedo y hago unas cuantas fotos de ellos dos sin que nadie se dé cuenta.

»Me recompongo y me armo otra vez de valor y abro la puerta. Camino hacia ellos. Con el

ruido, no se dan cuenta, no ven a nadie, están centrados el uno en el otro. Él tiene cogida su mano derecha con ambas manos y la besa con mucha ternura. Mi corazón se hace añicos con cada paso que doy hacia ellos.

»—¿Todo bien por aquí? —pregunto con voz temblorosa intentando hacerme pasar por camarera.

»—Todo bien —dicen ambos a la vez volteando a mirarme. Él se para enseguida.

»—Cariño —dice como puede, con su garganta casi muda y su cara superpálida. Parece que ha visto un fantasma.

»Yo le miro directamente a los ojos, y también a ella; es una compañera de trabajo que alguna vez he visto cuando he ido a su oficina.

»Los miro a los dos sin decir nada. Ella solo agacha la cabeza y se tapa la cara con ambas manos. «Creerá que la voy a coger del pelo», pienso al ver su reacción, y él no encuentra qué decir.

»—Puedo explicarlo —dice. Yo solo me río y me quito el anillo de bodas del dedo sin que él se dé cuenta.

»—Siéntate, continúa con tu cena, y enhorabuena a los dos. —Cojo la mano de Adam y le pongo el anillo—. Ya eres libre —digo mirándole directamente a los ojos. Me doy la vuelta y me apresuro a salir sin mirar atrás. Entro a mi coche y grito de rabia, de dolor. «Con Jasmín», digo entre dientes, y pego varios golpes al volante. Mis lágrimas ruedan sin poder pararlas. No sé cómo pudieron ser capaces de esto.

»Tengo la cabeza sobre el volante cuando Adam toca el cristal del coche. Yo lo miro con desprecio, con repudio, con dolor, con rabia.

»—Cariño, abre —dice dando golpes en la ventanilla.

»Yo enciendo el coche y arranco a toda prisa dejándolo allí, en su luna de miel, con Jasmín.

»Mi teléfono no deja de sonar. Es él, pero que no sueñe que voy a responderle. Es mejor que ni aparezca por casa porque no sé de lo que soy capaz. Estoy llena de sentimientos negativos ahora mismo y no quiero verle.

»Las lágrimas salen como un río de mis ojos. Es imposible detenerlas. Conduzco a toda prisa hasta que veo la foto de mis dos hijos cuando mi móvil se ilumina y, al pensar en ellos, me tranquilizo y conduzco más despacio. Logro llegar a casa, por fin.

»Mi hermana se asusta al verme entrar llorando. Los niños ya están dormidos, menos mal.

»—¿Qué sucede? —me pregunta, preocupada, cogiéndome el bolso y dándome una silla para que siente.

»Yo no puedo parar de llorar y no puedo hablar hasta pasado un rato. Le cuento todo lo que ha sucedido.

»—Cielo santo, me quedaré esta noche contigo —dice abrazándome—. Pero vamos a poner llave a la puerta y vamos a cerrar con todos los seguros por si se le ocurre venir; al menos, que no pueda entrar porque no creo que ahora mismo sea el momento de hablar con él.

»Yo asiento con la cabeza. Ella me lleva a la cama y me meto en ella sin quitarme la ropa que llevo puesta. Ella me quita los zapatos y me arropa y yo lo único que hago es seguir llorando sintiéndome morir por dentro.

Yo sigo escuchándola sin interrumpirla e imaginando todo lo que me está contando con mucho dolor y tristeza.

—Mi móvil no paraba de sonar —continúa—. Tenía como 60 llamadas perdidas de él, muchísimos mensajes, pero no le respondí. Al rato de estar acostada, escuché el timbre de la

puerta. Mi hermana se levantó y fue hasta la puerta a decirle que se fuera, que no era buen momento para que estuviera allí. Ella no le abrió la puerta. La voz de él se escuchaba lejos. Estaba desesperado por hablar conmigo.

»Yo solo escuchaba desde mi habitación mordiendo la almohada para no salir corriendo a abofetearlo como se merecía. Quería gritarle, pegarle o lo que fuese necesario para sacar el dolor que sentía por dentro, pero, simplemente, me limité a quedarme acostada dejando que mi hermana solucionara la situación.

»Él no quería irse, quería entrar a como diera lugar. Dijo que se iría, pero que volvería al día siguiente. Mi hermana le dijo que mejor no, que dejara que las cosas se calmaran y que, por el momento, yo no quería verlo. Al final, se fue.

»Mi hermana volvió conmigo y no me dijo nada. Se acostó a mi lado y me dejó llorar en sus brazos.

»El día siguiente, sábado, mi hermana y yo nos levantamos, preparamos a los niños y nos fuimos a casa de mis padres. Seguro que Adam volvería y aún no quería verle.

»Me llamó varias veces estando en casa de mis padres y yo seguía sin responderle. Mi madre me miraba extrañada, pero no me dijo nada. Antes del mediodía tocaron el timbre y era él. Mi madre le abrió la puerta y lo saludó muy efusivamente, como siempre, y él a ella. Le preguntó por mí y yo estaba temblando en la cocina, Ella le dijo dónde estaba y él llegó hasta allí.

»—Cariño —dijo con voz arrepentida y sumisa.

Yo me voltee hacia él. En ese momento, quería abalanzarme sobre él y abofetearlo tantas veces como fuerza tuviese.

»—¿Cariño? —dije riéndome a carcajadas.

»—Tenemos que hablar —me dijo mirando mi anillo de bodas, el cual tenía en su mano.

»—¿Sobre qué? —pregunté indiferente—. Creo que anoche quedó todo muy claro —añadí.

»—No, las cosas no pueden terminar así —me insistió.

»—Las cosas ya terminaron —le respondí.

»—No quiero hablar aquí, en casa de tus padres. Bajemos al bar.

»—Tienes razón —contesté caminando delante de él—. Mamá, ahora vuelvo —dije saliendo por la puerta, y él detrás de mí.

»Ambos bajamos en el ascensor. Yo no le veía a la cara. Él intentó abrazarme y besarme, pero lo empujé lejos de mí. Le di unos cuantos golpes en el pecho y él me cogió los brazos y me abrazó. No pude zafarme. Me apretó con fuerza. Mis lágrimas salían sin querer. El ascensor se abrió y él me soltó. Volví a empujarlo y salí delante de él.

»Llegamos al bar de la esquina y me senté. Me pedí una copa de vino. La necesitaba; él también se pidió lo mismo.

»—Quiero el divorcio —logré decir.

»—No puedo dártelo. Ustedes son todo lo que tengo, no quiero perderlos —dijo preocupado.

»—Ah, somos tu familia. Eso lo hubieses pensado antes de querer tener una amante. —Me bebí la copa de un sorbo.

»Me levanté de la silla y di un paso. Él me cogió del brazo y yo lo miré a los ojos.

»—Quiero el divorcio —le repetí con rabia soltando mi brazo de su mano—. No me lo pongas difícil porque tengo todas las de ganar, y no me busques más. Mi abogado contactará contigo. Solo háblame de temas relacionados con nuestros hijos, y que te quede muy claro que no voy a cambiar de opinión. Yo no merezco lo que me has hecho. Ahora, sume las consecuencias —le advertí caminando de nuevo hasta la casa de mis padres.

»Él se quedó allí. Ni siquiera volteé a mirarlo. Sentía morir de angustia y de dolor en ese momento, pero sabía que estaba haciendo lo correcto.

»Y aquí estoy contándote toda la historia para que me ayudes. Quiero que todo sea lo más rápido posible —me dice levantando su mirada hacia mí y sonríe. Es como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Lamento todo lo que has pasado. Vamos a buscar la mejor forma de solucionar esto sin que nadie salga perjudicado —le digo sacando una libreta para tomar apuntes—. ¿Qué quieres pedirle? Empecemos por ahí —pregunto haciendo un listado en la libreta.

—Si te soy sincera, nada me importa, solo quiero divorciarme y no tener que verlo a no ser que sea necesario, por los niños y eso.

—Vale, empecemos por la pensión para tus hijos. ¿Tienen casa propia? —pregunto.

—Sí, está a nombre de los dos y, en un futuro, será de nuestros hijos.

—¿Ves si tienes cosas que pedir? Sé que el dolor que sientes es muy grande, pero tienes que pensar en ellos porque, si no pides nada, te lamentarás. Además, es un derecho de tus hijos.

—Sí, eso es verdad. Pues yo solo quiero quedarme a vivir en la casa y la manutención de los niños.

—Perfecto, pues ya con esto tramitamos todo, solo me pasas el contacto de tu marido para comunicarme con él. —Ella me pasa su número de teléfono y su correo electrónico—. Con eso es suficiente. Si necesito más datos, se los pediré a él.

—Muchas gracias, abogada —dice ella poniéndose de pie y extendiéndome su mano.

—Llámame Raquel —respondo levantándome también y cogiendo su mano. Salgo de detrás de mi escritorio y la acompaño a la puerta.

—Gracias —vuelve a decir saliendo de mi despacho.

Tocan la puerta de mi despacho. «Pase», respondo desde mi escritorio. Veo que la puerta se abre y entra Steve.

—¿Nos vamos, mi amor? —me pregunta con su linda sonrisa acercándose a mí y se sienta en la silla que está enfrente.

—Sí, mi amor, solo déjame que guarde este documento que estoy editando y apague el ordenador.

Hago lo que le digo, me levanto, me pongo mi abrigo y cojo mi bolso. «Lista», digo caminando hacia la puerta. Él va detrás de mí y me abre la puerta para que yo salga primero.

—Gracias —le digo caminando por delante de él.

—Es un placer —dice cerrando la puerta.

Bajamos juntos al parquin. Él me acompaña a mi coche.

—Nos vemos en casa —me dice dándome un beso.

—Sí, allí nos vemos —respondo mientras entro al coche. Él me cierra la puerta y se va hacia el suyo.

Yo salgo antes que él.

De camino a casa, suena mi móvil. Es Hana. Respondo con los manos libres.

—Hola, Hana, ¿qué tal?

—Hola, Raquel. ¿Ya saliste de la oficina?

—Sí, en este momento acabo de salir, ¿Necesitabas algo? —pregunto.

—Ah, no, no te preocupes, es solo que no quería pillarte con algún asunto importante.

—No, no, tranquila, para qué soy buena —digo entre risas.

Ella también se ríe.

—Hablé con Marcos sobre la cena de la próxima semana y le parece buena idea, ya que él cumple años el sábado y nos invitará a todos a cenar, así que, por favor, esta vez no nos falléis, que él quiere celebrar con vosotros también.

—Vaya, qué bien, pues encantados de celebrar con él su cumple. Entonces, el sábado cenita todos juntos; ya me dices el sitio y la hora.

—Genial, Raquel, así quedamos, nos vemos el lunes en la oficina entonces.

—Perfecto, allí nos vemos, cuídate mucho —digo colgando el teléfono.

Llego al colegio a recoger a los niños. Dejo el coche en doble fila mientras voy hacia la salida. Los veo allí esperando. Al verme, los tres salen corriendo y todos me dan un beso. Subimos al coche y nos vamos. En el camino me cuentan cómo ha ido el día.

Entro al parquin de casa. Veo que Steve ya ha llegado. Subimos a casa y Steve está en el salón. Los tres corren hacia él a darle un beso y él se deshace en mimos hacia ellos.

Yo me voy a la habitación, necesito darme una ducha.

—Mi amor, ¿nos iremos de cena esta noche? —pregunto a Steve desde las escaleras.

—Sí, mi amor, reservé en ese que te gusta a ti, el asiático —me responde desde el salón.

—Genial, amor. Entonces, llamaré a Diana para que se quede con los niños esta noche hasta que volvamos. Igualmente, no volveremos muy tarde porque tenemos el seminario mañana.

—Vale, amor, si eso, dile que serán unas horas nada más; que venga a las 8 porque yo reservé a las 9.

—Perfecto, amor, ahora la llamo y le digo.

Subo a la habitación, me quito los zapatos lo primero, cojo mi móvil y le marco a Diana, la chica que nos hace de canguro cuando la necesitamos.

—Hola, Raquel —me responde.

—Hola, Diana. Quería preguntarte si podrías quedarte unas cuantas horas esta noche con los niños.

—Claro, sí, ¿a qué horas quieres que esté en tu casa? —pregunta.

—Necesito que estés a las 8.

—Perfecto, allí nos vemos.

—Genial, muchas gracias. —Cuelgo el móvil y lo tiro a la cama, me desvisto y me voy directa a la ducha.

Cuando estoy saliendo de la ducha, veo a Steve, que se está desvistiendo también para ducharse.

Está tan rico… Tiene un cuerpo que incita al pecado. Él me voltea a mirar y me pilla mordiéndome los labios. Solo sonríe.

—Voy a la ducha —me dice pasando delante de mí totalmente desnudo y me da un beso en la frente.

—Vale —logro decir sin apartar la mirada de su paquete. Sonrío con picardía.

Yo me maquillo y me visto con una minifalda azul pegada al cuerpo, camisa de tirantes con escote y botines negros. Bajo a la sala con los niños. Mientras llega Diana, les preparo la cena.

Steve baja vestido, elegante y guapísimo. Se sienta en el sofá con los niños. Ellos están jugando con un puzle de mil piezas. El pequeño ve caricaturas en la televisión.

Yo termino de hacer la cena y suena el telefonillo. Steve se levanta a abrir.

Diana sube.

—Hola —nos saluda y se va directa a donde están los niños—. ¿Os ayudo, chicos? —pregunta.

—Sí —responden ellos con evidente emoción.

—Ahora vuelvo —dice dirigiéndose a mí.

—Ya tienes lista la cena, que cenen pronto —le digo.

—Está bien, váyanse tranquilos.

Steve y yo llegamos al restaurante. Nos sentamos a un lado de la sala y nos pedimos una jarra de sangría. Yo me pido una tabla de *sushi*, él se pide pollo asado (no es mucho de *sushi*).

—¿Qué tal ha ido tu día, amor? —me pregunta Steve. Casi ni nos hemos visto en la oficina.

—Bastante bien, amor. Hoy ha venido una chica muy mona para que la ayude con su divorcio. Su marido, un cabrón, el tío —respondo mientras me como una pieza del *sushi*.

—¿Y eso por qué? —me pregunta arrugando la frente.

—Pues le ha pillado poniéndole los cuernos, es lo único que te puedo decir —le digo recordando mis palabras al decirle a la chica que lo que me contara era como en secreto de confesión. Tal vez por eso fue por lo que ella me contó todos los detalles.

—¡Vaya! casos así abundan. En su mayoría, las separaciones son por ese motivo, y no solo por parte del hombre, algunas mujeres también son infieles.

—Sí, es cierto, la mayoría de los casos que he llevado implica una infidelidad. Eso me lleva a hacerte una pregunta. Tú que eres hombre, ¿qué os lleva a ser infieles? ¿Es por falta de amor? ¿Por falta de sexo? ¿Es por aburrimiento? ¿Es por calentura? ¿Qué es? —pregunto a Steve con expectación.

—Sinceramente, no sabría responder con exactitud a esa pregunta, pero me imagino que habrá diversos motivos. En las conversaciones con amigos salen algunas cosas que molestan de sus parejas y que dan pie a ese tipo de cosas y hace que se cometan errores —contesta bebiendo de su copa de sangría.

—¿Ah, sí? ¿Como qué cosas, por ejemplo?

—Te diré varias de las que he escuchado. Por ejemplo, la falta de comunicación o confianza con sus parejas. Otro ejemplo es el aburrimiento. Creo que caer en la rutina o monotonía causa que el hombre o la mujer busque nuevas sensaciones. Buscan sentirse vivos de nuevo, quieren emoción, y en vez de intentar provocarlas en la pareja, les resulta más fácil buscar fuera, aunque ello conlleve perder lo que tienen, porque creen que pueden hacerlo tan bien que jamás su pareja se dará cuenta, y actúan más por impulso que por razonamiento.

—Estoy de acuerdo con eso. ¿Qué más?

—Falta de sexo, o no tener la confianza suficiente en sus parejas para decir lo que les gusta o les gustaría hacer. Con el paso del tiempo, se pierde la magia, se pierde la emoción, y creo que, si la pareja no se esmera por salir de esa rutina, cada vez se vuelve peor y es más fácil que se caiga en la tentación de buscar en la calle lo que no se tiene en casa.

—Ajá.

—Falta de libertad. En su mayoría, los hombres se quejan de que no pueden estar mucho tiempo fuera de la vista de sus parejas porque ellas están encima de ellos queriendo saber en todo momento dónde están, qué hacen, con quién… Hay mujeres que hostigan a sus hombres con esas cosas. De hecho, hay algunas que no les gusta que su pareja salga con sus amigos a tomar algo, y mucho menos de fiesta, y creo que en una relación la libertad es fundamental para que todo funcione, por ambas partes. Esta creo que suele estar entre las más frecuentes.

—Sí, así como hay mujeres así, también hay hombres muy controladores, machistas y desconfiados.

—Esas son las más escuchadas. Habrá más, seguro, pero las más frecuentes son esas —dice

Steve con aire despreocupado volviendo la mirada a su cena.

—Vaya, pues sí que puede salir buena información de las reuniones con tus amigos —digo riéndome—. Y… —Hago una pausa pensando bien antes lo que voy a decir.

—¿Y qué? —pregunta Steve.

—¿Tú has sentido que alguna de esas cosas ha pasado o están pasando en nuestra relación? —Me lanzo antes de meter la pata y decirle que las he sentido casi todas, ansiosa por su respuesta.

—¿Quieres la verdad? —dice en tono serio mirándome fijamente a los ojos.

Mi corazón se acelera a mil por hora.

—Claro —respondo mientras espero su respuesta.

—Creo que nos ha pasado de todo un poco. Exceptuando la libertad. Eso es algo que entre nosotros siempre ha habido. Tú no eres ese tipo de mujer; tú no me llamas ni me escribes ni me preguntas dónde y con quién estoy en ningún momento. Puedo salir con toda confianza sabiendo que tú estás tranquila, sin dudar de mí, y eso me hace sentir muy bien. Es más, muchas veces has sido tú la que me manda a salir con mis amigos, y eso créeme que te lo he agradecido siempre. Me hace feliz la confianza que depositas en mí, al igual que yo la tengo en ti.

—Eso sí es verdad. Ambos nos tenemos mucha confianza. Yo, hasta el momento, no he dudado de ti.

—Ni yo de ti, mi amor. Lo que sí siento es que dejamos que el aburrimiento llegara y muchas veces no nos dan ganas de salir ni ganas de ser detallista. No sé. Dejamos que la rutina nos consumiera poco a poco y nos olvidamos de nosotros. Siempre hemos sido sexualmente activos, lo sabes, y, al descuidarnos, nos acomodamos y dejamos de ponerle sabor a la relación de pareja.

—Ese es un error muy grave que hemos cometido. Yo sé que con la llegada de los niños nos olvidamos de nosotros, de nuestra relación como pareja, nos dedicamos a ser padres a tiempo completo y nos descuidamos. Lo siento, mi amor —digo en tono de disculpa.

—Yo también lo siento, mi vida —dice Steve cogiéndome una mano y dándole un beso—. Y otra que siento que nos ha afectado también es la falta de comunicación y confianza, y no es esa confianza de la libertad, de yo confío en ti y en lo que hagas cuando no estás conmigo, sino esa confianza de ser tú mismo con tu pareja, de ser abierto, de poder expresar tus sentimientos y deseos, de sentir la libertad de decir todo lo que sientes y quieres sin temor a ser juzgado o cuestionado. Creo que, en ese sentido, hemos fallado un poco también porque nunca hemos hablado sobre lo que deseamos hacer sexualmente ninguno de los dos.

—¿Tienes miedo a que te cuestione o te juzgue por lo que puedas decirme?

—Sinceramente, sí.

—¿Por qué? ¿Acaso no te he dado la confianza para hacerlo?

—Creo que nunca hemos hablado del tema y siento temor de hacerlo porque no quiero que te sientas ofendida, humillada o avergonzada por lo que yo te pueda decir.

—¿Tan grave sería lo que te gustaría decirme?

—Ahí está el detalle, que no sé lo que puede ser grave o no para ti.

—Mi amor, creo que aún no me conoces del todo bien. Yo no soy de las personas que juzgan a nadie, mucho menos lo haría contigo. Créeme que puedes decirme cualquier cosa con toda confianza, qué es lo que deseas, qué cosas te gustaría experimentar o vivir. Créeme que no te voy a juzgar por nada de lo que puedas decirme. Y te digo más: a mí me encantaría poder complacerte en todo lo que yo considero posible. Tú sabes que no soy cerrada de mente y puedes decirme lo que quieras.

—¿En serio, mi amor? —me pregunta sorprendido y con una sonrisa coqueta en sus labios.

—Sí, amor, y ahora que estamos hablando abiertamente de este tema, que, por alguna razón, no habíamos hablado antes, tengo que decirte que me alegro de que lo estemos haciendo. Y creo que tienes razón en muchas cosas. Yo también he pensado muchas veces en la rutina que llevamos, en cómo nos hemos olvidado de nosotros como pareja, y no es que alguno sea culpable; a veces, las circunstancias nos hacen que dejemos todo para después y muchas veces ese después no llega. Sé que sexualmente hemos caído en la rutina, que hace un tiempo que no nos buscamos y creo que muchas veces resulta más fácil masturbarse que intentar hacer el amor, o bien por cansancio o por aburrimiento de que sea siempre lo mismo. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Quiero que me digas al menos una fantasía sexual que tengas y que creas que podamos hacer hoy, tomando en cuenta que son más de las diez de la noche —digo con una sonrisa pícara mirando mi reloj de pulsera que llevo en mi muñeca izquierda.

—Ya puestos, te las digo todas —dice riéndose, nervioso, tirando su cuerpo hacia atrás en la silla.

—Me parece bien —contesto sonriéndole de la misma forma, e igual un poco nerviosa o más que él, no lo sé. Siento un cosquilleo en el estómago solo de pensar en lo que me va a decir.

—Una de las más normalitas es que me gustaría que veamos porno juntos —dice a la vez que levanta un dedo de su mano derecha enumerando.

—De las más normalitas. Cuáles será las raras… —puntualizo riéndome mientras siento que el calor va llegando a mis mejillas.

—Sí —afirma riéndose también—. Dos: me gustaría que tuviésemos sexo en algún lugar público. —Levanta otro dedo.

Yo siento cómo mis mejillas van ardiendo cada vez más con cada cosa que menciona.

—Tres —continúa, levantando otro dedo—. Me gustaría que te dejes hacer lo que yo quiera hasta donde puedas aguantar.

—¿Algo como sumisión o dominación? —pregunto.

—Sí, algo así, usar esposas o cuerdas, atarte las manos y tener el control total de tu cuerpo. Usar aceites y poder masajear todo tu cuerpo sin resistencia. Usaría plumas para recorrer tu cuerpo, a la vez que me gustaría usar juguetes sexuales para darte mucho, mucho placer, porque me encanta sentir cómo te excitas, hacer que te corras una y otra vez, como en nuestros inicios. Quiero que un día te corras muchas veces en una noche, diez, quince, veinte o todas las que sean posibles. Quiero que grites de excitación, que te quejes de tanto placer, quiero escuchar tus gemidos retumbar por la habitación y que quedes sin fuerza por los orgasmos. Estoy muy excitado con solo pensar en todo ello. Te imagino tal como te lo estoy diciendo y me vuelvo loco —dice tocándose su paquete por encima del pantalón.

Su sonrisa nerviosa y sus ojos brillantes me enloquecen. Me hacen desearlo cada vez más. Es tan guapo, tan sexi, tan excitante escucharlo hablar así.

Yo siento como un fuego que me invade de pies a cabeza. Siento mi vientre arder de deseo. Sus palabras me encienden cada vez más. Mi cabeza va imaginando todo lo que él me está diciendo y solo puedo pensar en cumplir todas esas cosas que me dice. Lo deseo tanto… Lo deseo aquí y ahora.

—¿Por cuál quieres empezar? —logro decir en un suspiro ahogado intentando que no se me note la excitación, pero ya es tarde, se ha dado cuenta. ¡Diablos! Cómo me conoce este hombre.

—Me encanta verte así, mi amor. Sé que estás excitada. Estás deseando que te haga todo eso, lo veo en tus ojos, en cómo me miras con deseo, en cómo te muerdes los labios con tanta pasión.

Y si por mí fuese, te llevaría ahora mismo al baño y te follaría allí mismo, pero estos baños son demasiado pequeños para eso. —Niega con la cabeza—. Pero tengo una idea. —Y le levanta la mano al camarero para llamarlo.

El camarero se acerca.

—¿Qué necesitan por aquí? —pregunta con mucha amabilidad.

—Tráiganos la cuenta, por favor. Pagaremos con tarjeta —dice Steve sacando su billetera del pantalón.

—Enseguida se la traigo —responde el camarero.

Yo no dejo de pensar qué idea se le habrá ocurrido a Steve. ¿Qué estará tramando?

El camarero vuelve con el datáfono y nos cobra. Steve se saca diez euros del bolsillo y los deja como propina.

—¿Qué hora es? —pregunta cogiendo su móvil.

Lo desbloquea y hace unas cuantas cosas sin decirme nada. Yo sigo esperando a ver qué me dice, pero no me dice nada, solo trastea con el móvil.

—Listo, vámonos. —Me da su mano para ayudarme a levantarme de la silla. Yo la cojo, me coloco el abrigo, agarro mi bolso y camino delante de él.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

—No seas ansiosa. Ahora lo verás —murmura en tono intrigante.

Entramos en el coche y yo saco mi móvil del bolso. Veo que son las 22:39. Sigo a la expectativa de saber adónde vamos, pero no dice nada, solo conduce. Parece serio, pero me mira y sonríe.

Yo aún me siento caliente por la conversación. Mi cara arde, y eso que hace mucho frío.

Steve coge mi mano y la lleva hasta su paquete. Su polla está dura. Presiona mi mano con la suya y yo la cojo por encima.

—Mira cómo me tienes, y eso que aún no hemos hecho nada. Esto es solo de hablarlo —me suelta mirándome de reojo.

Yo me siento supermojada, noto que ardo en deseos de tenerlo dentro de mí, quiero que me folle, donde sea, donde él quiera, donde se le ocurra. Ahora mismo no puedo pensar en nada más que tener su polla dentro de mí.

Llegamos a un centro comercial. Se me hace raro porque casi todo está cerrado a estas horas, aunque recuerdo lo que dijo del baño. Sí es cierto que estos baños son más grandes, pero me cuesta creer que hayamos venido hasta aquí para ir a los baños.

Entramos al aparcamiento y está bastante vacío, por lo que aparca muy cerca de la entrada al centro comercial.

Salimos del coche y me coge de la mano. Camina muy rápido. Yo intento seguirle el ritmo, pero me canso; mis botines son bastante altos, por lo que le freno un poco tirando de su mano. Él sonríe y camina más despacio.

Entramos al ascensor.

—¿Adónde vamos? —vuelvo a preguntar.

—Ahora lo verás, no seas ansiosa —me responde besándome los labios suavemente. Deseaba tanto ese beso… Cierro los ojos, pero las puertas del ascensor me sacan del momento al abrirse.

Me dirige hasta la sala de cine.

—¿Al cine? —inquiero, sorprendida—. ¿Qué película vamos a ver? —No entiendo nada.

—¿Quién ha hablado de ver película? —Me responde con la sonrisa más pícara que puede existir.

Yo abro los ojos del todo, sorprendida por su imaginación. «Pero ¿quién le ha dicho que venir a estas horas a ver una película cualquiera es lo ideal para travesuras?» pienso mientras sigo caminando detrás de él. Me dirige hasta la entrada.

Una chica muy mona nos pide las entradas. Steve se las enseña desde su móvil.

—Al fondo del pasillo, a mano derecha, sala 22 —dice ella con una sonrisa.

—Gracias —decimos ambos a la vez. Llegamos a la sala y vemos que está medio llena.

—Mierda —dice Steve mirando hacia los lados de la sala, a ver dónde está más vacío.

Vemos que, en el lado izquierdo, solo hay dos personas sobre la fila 6. Él me lleva hacia la fila 15 calculando no tener personas tan cerca.

Nos sentamos. Él me deja a mí en el lado de la pared.

—Amor, ¿qué peli es?

—Mi vida, eso no importa ahora, créeme, ni yo sé cuál compré, solo que me volví loco de deseo cuando me dijiste todo eso en el restaurante —dice besándome con toda la pasión que es posible en ese momento.

Yo le miro a los ojos. Brillan ardientes de pasión.

—Solo espero que no sea una de miedo —logro decir en un hilo de voz intentando parecer graciosa por el nerviosismo.

—Yo también —dice sonriendo y metiendo sus manos dentro de mi cabello—. Dime, mi amor, ¿qué te dejarías hacer ahora mismo? —me pregunta mirándome los labios y mordiéndose los suyos.

—De todo. —Es lo único que logro expresar—. Estoy ardiendo de deseo también yo. Hazme lo que quieras, mi amor, sabes que soy toda tuya.

Mis palabras lo enloquecen. Me besa apasionadamente, muerde mi cuello suavemente y mete su lengua en mi oreja. Yo, de reojo, miro a ver si alguien nos ve, pero no, todos parecen estar atentos a la película.

Steve no deja de besarme y yo me dejo llevar. Mientras una de sus manos está enredada en mi pelo, él pone su otra mano en mis piernas, por debajo de la falda. Fue un acierto ponérmela, por cierto. Separo un poco las piernas y él mete su mano hasta tocar mi coño por encima de las medias que llevo puestas.

—Qué rico, mi amor, estás ardiendo —susurra en mi oído. Yo gimo en voz baja para que nadie me escuche. Busca meter su mano dentro de mis bragas, pero las medias no se lo permiten—. Podrías quitártelas —sugiere apartándose de mí y me mira directamente a los ojos.

Yo trago saliva, pero nadie nos observa, así que me coloco el abrigo encima de mis piernas y me levanto un poco del asiento para bajarme las medias. Me quito los botines, me las saco y las meto en el bolso que tengo justo al lado. Hago el intento de quitar el abrigo de mis piernas, pero él hace un gesto para que lo deje allí mismo, tal y como está.

Vuelve a besarme. Mete su lengua en mi oído y yo siento que ya no puedo más. Mi coño se moja cada vez más, siento cómo mis fluidos salen lentamente de mí.

Él mete su mano en medio de mis piernas, por debajo del abrigo, y yo me abro para darle paso y que me toque. Lo deseo tanto… Llega a mis bragas y antes de que me lo diga yo levanto mi culo y me las bajo hasta los pies y me las saco. Él me mira con más deseo si cabe.

—Mi vida —susurra con voz excitada. Mete sus dedos dentro de mi coño mojado—. Uy, delicioso, mi amor, me encanta que te mojes así. No sabes cómo deseo chuparte entera, comerme tu coñito y disfrutar de tu excitación. —Mete y saca sus dedos de mí. Saca su mano y se la lleva

a su boca y chupa sus dedos, esos que hace un instante han estado dentro de mí. Yo lo miro sorprendida y él continúa tocándome.

Yo siento que me corro y gimo cada vez más.

—Ya no aguanto más, mi vida.

—Qué rico, mi amor —me susurra de nuevo en el oído a la vez que mete su lengua dentro. Sentir su lengua en mi oído hace que se me estremezca la piel y que se me erice. Noto cómo una corriente recorre todo mi cuerpo.

—Sí, mi amor —le digo en un sonido ahogado que apenas se escucha. Él mueve su mano dentro de mí cada vez con más intensidad y fuerza y yo me retuerzo de placer. Pongo mi abrigo encima de nosotros por si acaso alguien se acerca, aunque lo dudo. Siento que voy a llegar al orgasmo cuando un fuerte sonido de la película y una luz que ilumina toda la sala nos asusta. Steve saca su mano de mí, nos quedamos viendo y nos echamos a reír.

—No puedo más, vámonos me urge dice, poniéndose de pie y extendiéndome su mano. Yo la cojo y me levanto, me arreglo la falda y me pongo el abrigo de nuevo. Cojo mi bolso y salimos de la sala por donde entramos.

Llegamos al ascensor y Steve se abalanza sobre mí. Sube su mano por mi pierna y me abre. Mete su mano de nuevo en mi coño y yo subo mi pierna a la altura de su codo y casi queda mi culo al aire libre, sin medias y sin bragas. Veo de reojo que estamos llegando al parquin y me aparto de él. Nos acomodamos la ropa los dos por si acaso hay alguien esperando allí fuera, pero, por suerte, no hay nadie. Salimos y el ascensor se cierra. Él me pone contra la pared, me besa y acerca su cuerpo junto al mío. Me coge ambas manos y me las sube por encima de mi cabeza. Haciendo presión en la pared, las sostiene con una mano. Yo no hago ni el intento de zafarme. Con la otra mano toca mi coño por encima de la falda y se pega a mi cuerpo poniendo su polla superdura, aún dentro de su pantalón, a la altura de mi vientre. Yo me abro pensando que quiere metérmela allí mismo.

Pero en mi mayor excitación se separa de mí y me hala de la mano.

—Vamos —murmura mordiéndose el labio.

Caminamos hasta el coche. Steve saca las llaves y lo abre. Se dirige a la puerta de atrás y me lleva de la mano.

—Entra —me ordena señalando hacia dentro de los asientos de atrás del coche. Yo obedezco y entro y me siento al fondo dejando espacio para él—. Vamos a hacerlo aquí y ahora —me informa con su mirada lujuriosa. Yo aprieto mis piernas de deseo. Él se desabrocha el pantalón y sale su polla tiesa—. Mira cómo me tienes, mi amor. Siento que reviento —susurra sobándosela con la mano. Yo me acerco a él, la cojo con mis manos y me arrodillo en el asiento del coche. Me bajo hasta su polla, se la chupo y él gime. Coge mi culo y me levanta la falda dejándola enrollada en mi cintura. Mete sus dedos en mi coño, que está cada vez más mojado; yo gimo y me meto su polla cada vez más dentro de la garganta. Él empuja mi cabeza con su otra mano libre y me mete su polla completa en mi boca. Siento cómo llega hasta el fondo de mi garganta y me levanto.

—Sigue, mi amor —dice en tono desesperado, y yo vuelvo a metérmela, y esta vez, sin que me empuje, la meto hasta el fondo de mi garganta. Sé que le ha encantado. Hago lo mismo en varias ocasiones. Él gime de placer a la vez que su mano sigue jugando con mi coño. Deseo tanto correrme… Quiero meterme su polla y correrme sobre ella.

Steve me coge del pelo y me levanta la cabeza.

—Súbete —me ordena bajándose un poco más el pantalón.

Yo hago lo que me dice. Me abro de piernas sobre su polla superdura y siento cómo entra sin ningún esfuerzo dentro de mí.

—Lo estaba deseando —le susurro con voz temblorosa.

—Y yo, mi amor —responde él casi tan excitado como yo.

Hunde su cara en mis tetas sin levantarme la camisa mientras coge mis caderas y las mueve tan deprisa como puede. Siento cómo el coche se mueve y, por un momento, recuerdo dónde estamos. Miro hacia los lados a ver si hay alguien por allí, pero no se ve a nadie, todo está despejado. Steve me levanta la camisa, saca mis tetas del sujetador y empieza a chuparme los pezones. Mi cuerpo responde con un intenso y delicioso orgasmo. Yo gimo en voz baja.

—Qué rico, mi amor, me encanta cuando te corres. —Me besa con más intensidad—. Yo no aguanto más, quiero correrme —susurra con voz desesperada.

—Córrete, mi amor —le gimo en su oído.

Me coge de la cintura.

—Levanta —me dice, y yo salgo de él quedándome a un lado esperando a ver qué es lo que quiere hacer.

Steve abre la puerta y sale con el pantalón aún por debajo de sus rodillas. Yo le miro con los ojos abiertos.

—Ven, ponte aquí —me dice señalando el asiento del coche. Salgo y me paro frente a él. Me besa y me da la vuelta, me acuesta bocabajo con el culo en pompa salido del coche—. Voy a follarte duro —afirma metiendo sus dedos en mi coño, que aún está mojado después de mi intenso orgasmo.

Yo siento cómo el calor vuelve a subir por mi cuerpo cuando escucho sus excitantes palabras. Él mete su polla de golpe. Yo me quejo, pero de placer. Qué rico es tenerlo dentro de mí. Él se mueve rápido y duro. Se me echa encima y mete su mano por debajo de mí y llega hasta mi clítoris.

Mientras mueve con más fuerza su mano en mi clítoris, yo me retuerzo de placer. Cuando siento que el orgasmo es inminente, presiona su mano aún más fuerte sobre mi clítoris y sigue moviéndola. Otro delicioso orgasmo invade todo mi cuerpo.

—Me encanta, mi amor —susurra Steve apretando aún mi clítoris.

—Qué delicioso, mi vida —digo suspirando. Apenas puedo hablar.

—Ahora yo, mi amor. Voy a correrme dentro de ti —me advierte.

—Claro, mi cielo —susurro. Steve acelera sus movimientos hundiendo su polla dentro de mí. Araña mi espalda por debajo de la camisa y empieza a moverse cada vez con más fuerza. Coge mis caderas y las aprieta cada vez más fuerte sobre su polla, que está a punto de explotar, y empieza gemir desesperado:

—Ahhhh, ahhhh —le escucho decir en mi espalda.

Justo en ese momento vemos cómo las luces de un coche que va entrando iluminan el espacio totalmente oscuro del aparcamiento. Steve saca su polla de mí y se sube el pantalón lo más rápido que puede. Yo me agacho y me bajo la falda, me acomodo el pelo y hago como que busco algo dentro del coche para disimular por si nos vieron. De paso, encuentro mis bragas dentro del bolso. Lo cojo para pasar desapercibidos.

—Aquí está, mi amor —digo volteando hacia él y enseñándole el bolso para disimular. Él me mira divertido y cierra la puerta.

Me abraza y me pone contra el coche. No se ve nada. Parece que las personas que acaban de entrar aparcaron lejos de nosotros.

—Gracias, mi amor —me dice dándome un beso suave en los labios.

Yo le abrazo por la cintura y respondo a su beso con pasión. Pongo mi cara en su pecho y me quedo allí un instante escuchando su corazón, acelerado por la excitación.

—Vamos. —Me da un beso en la cabeza.

Me separo de él y doy la vuelta para subirme a su lado.

Conduce hacia la casa, tranquilo. Apenas habla. Está pensativo, y yo también. Saco las bragas del bolso y él me mira.

—Pensé que ya te las habías puesto —confiesa mirándome de reojo con sonrisa pícara.

—No, amor, no me dio tiempo. Fue para disimular. —Sonrío acomodándolas para ponérmelas. Levanto un pie y Steve vuelve a mirarme

—¿Estás segura de que quieres ponértelas? —me pregunta con mirada maliciosa.

Yo le miro sorprendida intentando comprender qué me quiere decir con eso.

—Ah, sí, es lo que tenía planeado hacer… —respondo quedando casi en el aire con la pierna levantada.

—No te las pongas —me ordena.

—Pues vale —digo encogiéndome de hombros y metiéndolas de nuevo en el bolso para que no se me olviden en el coche.

—Mi amor, estás tan sexi esta noche. Solo de pensar que vas sin bragas me está poniendo cachondo de nuevo —afirma mientras se toca su polla por encima del pantalón.

Yo lo veo y no puedo evitar que el calor vuelva a subir por todo mi cuerpo. Es increíble cómo ha logrado excitarme tan solo con sus palabras, y verlo tocarse me excita aún más porque sé que me desea tanto como yo a él.

—Yo me estoy excitando solo con lo que me estás diciendo —le respondo mientras aprieto mi mano sobre mi coño por encima de la falda. Él me mira y se muerde los labios.

—Nunca habías hecho eso —me recuerda mientras se toca él también.

—No, nunca lo había hecho —respondo mirándolo a los ojos, y se me ocurre que puedo jugar con él mientras conduce. De todas formas, no puede hacer nada más que conducir cuando va al volante.

—¿Quieres que haga más cosas? —insinúo lujuriosa.

—Uy, mi amor, claro, lo estoy deseando —dice parando justo en un semáforo.

Aprovecho que está parado y que puede prestarme atención. Abro un poco las piernas y empiezo a tocarme de forma suave con ambas manos. Voy subiendo poco a poco la falda hasta dejarla a la altura de la cintura. Él solo me mira y se muerde los labios.

Continúo mirando hacia adelante. Veo que quedan 15 segundos en el semáforo para que cambie y abro las piernas, pongo un pie al lado de mi puerta abriéndome lo más que puedo, me inclino un poco hacia él y me empiezo a tocar el coño.

—Qué rico, mi vida —susurra queriendo poner su mano encima de mi coño. Yo se la quito y le señalo que el semáforo ya ha cambiado. Él conduce, resignado a solo mirar. Yo paro hasta el siguiente semáforo para no distraerlo demasiado.

Él se lame los labios y se los muerde.

—Me estás torturando, mi amor. Deseo comerte ese coño mojado —afirma, y sus palabras me encienden cada vez más. Vuelve a detenerse y esta vez meto mis dedos dentro de mí. Los saco y se los enseño. Él coge mi mano en el aire y yo muevo mis dedos para que vea lo mojados que están de lo excitada que me siento. Él se lleva mis dedos a su boca y los chupa lentamente, y después los muerde.

—Me estás volviendo loca con eso que haces, mi amor —le digo con voz entrecortada—. No te imaginas lo mucho que mi coño te desea. No deja de chorrear. Quiero sentirte dentro de mí.

Él se inclina hacia mí y me besa; yo, aún abierta de piernas. Él mete su mano en mi coño y solo lo escucho gemir sobre mi boca al sentir mi excitación.

Vuelve a ponerse en marcha. Ya queda poco para entrar al garaje de casa y seguimos por el camino en ese juego de tocarme.

Entramos al garaje y aparca el coche. Yo me acomodo la falda y salgo con mi bolso y mi abrigo en mano, camino del ascensor. Siento que está detrás de mí y me coge de la mano.

—No, no, no, señorita, ¿usted adónde cree que va? —Me hala y me dirige de nuevo al coche. Casualmente, el coche del vecino de al lado del conductor no está y se pueden abrir las puertas tranquilamente.

Aquí, en nuestro parquin, tengo más confianza que allá, en el del centro comercial. Tenía mucha tensión por si alguien pudiera vernos, aunque tal vez esa fuese la idea de Steve. Aquí, ese riesgo es menor dadas las horas que son, aunque nunca se sabe.

Abre la puerta del conductor y pone allí mis cosas (bolso y abrigo). Me lleva hasta la puerta de atrás y me gira de espaldas hacia él. Me sube la falda y se agacha hasta dejar su cara a la altura de mi culo. Empieza a besarme las nalgas y me da mordiscos un poco fuertes en ellas, pero mi excitación hace que se sientan muy placenteros. Me abre las piernas y me toca por delante el clítoris. Yo gimo de placer por todo lo que me está haciendo. Me está volviendo loca. Me agarro de la puerta del coche y me abro de piernas lo más que puedo. Él se para, baja mis brazos y me empuja suavemente hasta hacerme quedar acostada bocabajo sobre el asiento trasero. Me sube la pierna izquierda hacia dentro del coche dejando mi coño al aire libre, listo para ser devorado.

Me chupa con mucha intensidad, hundiendo su cara por completo dentro de mí. Su boca queda en el hueco de mi coño. Se mueve hacia los lados dándome placer en la parte más excitada de mi cuerpo.

—Estoy a punto de correrme otra vez —digo en un gemido. Él entiende mis palabras y sigue moviendo su lengua de arriba abajo hasta mi clítoris. Yo me dejo llevar por las contracciones de mi vientre en un intenso orgasmo que eriza por completo mi piel y aprieto con fuerza el asiento del coche. Gimo fuerte al sentir cómo me estoy corriendo en su boca.

Le veo allí saboreando mi orgasmo con cara de vicioso. Él se levanta y yo me incorporo sentándome en el asiento. Él me mira con lujuria.

—Quiero que me la chupes hasta correrme en tu boca.

Yo salgo del coche y me agacho. Él saca la polla del pantalón, me la pone en la cara y yo abro la boca y saco la lengua. Él me la mete y yo se la chupo como antes: me la meto hasta el fondo de mi garganta. Él me presiona contra el coche la cabeza y se coge del techo por encima de la puerta y, sin tocarme, mete y saca su polla de mi boca en un vaivén excitante. Yo no lo toco con mis manos, solo con la boca. Me excita demasiado que me haga esto. Mientras lo hace, bajo mis manos hasta mi coño y empiezo a tocarme de nuevo. Me ha puesto tan caliente sentir su polla al completo dentro de mi boca que lo deseo tanto, quiero su semen dentro de mí, no importa si es en mi coño o en mi boca, pero lo quiero dentro.

No me reconozco, me siento desatada, siento que me estoy comportando como una loca porque jamás me imaginé haciendo esto. Lo cierto es que lo estoy disfrutando demasiado, tanto, que me sorprendo a mí misma por todas las sensaciones que estoy sintiendo.

Él logra ver que me estoy tocando el coño porque no siente mis manos sobre él. Me la mete y me la saca de la boca hasta el fondo y me la deja varios segundos allí. Yo siento arcadas y la saca

por completo. Me coge de ambas manos y me levanta.

—¿Quieres que te folle fuerte? —me pregunta cogiéndome del pelo y tirando de mi cabeza hacia atrás mientras lame mi boca.

—Sí, fóllame ahora mismo. —Es lo que sale de mi boca en un gemido.

Me acuesta bocarriba en el asiento dejando mi culo en la orilla y se inclina sobre mí. Mete su polla y yo gimo de placer.

—Qué rico, mi amor —gimo cogiéndome las tetas.

Él me folla fuerte y rápido. Pone mis piernas sobre sus hombros quedando en una posición donde su polla entra hasta lo más profundo de mi ser. Siento un deseo ardiente de gritar por la desesperación de las ardientes ganas de correrme.

—Voy a correrme en tu chocho —le escucho decir superexcitado.

—Los dos a la vez, mi amor —le respondo.

—Qué rico, mi amor —susurra follándome lo más rápido y fuerte que puede en la posición que estamos. Ambos nos dejamos invadir con el deseado orgasmo que se aproxima. Siento cómo me muerde las pantorrillas, que están a la altura de su boca.

Veo su cara de placer y siento cómo descarga dentro de mí su semen en las últimas embestidas. Yo dejo caer mis brazos de agotamiento, de completo placer, de relajación.

Él sale de mí y me ayuda a levantarme. Me bajo la falda y ambos nos acomodamos la ropa para subir a casa.

—No te reconozco, mi amor —afirma quedando extasiado sentado en el asiento del conductor.

—Ni yo me reconozco. No sé qué ha pasado esta noche, pero está claro que, sea lo que sea, lo hemos disfrutado mucho, y espero que esto no se quede aquí y que sigamos haciendo muchas más cosas excitantes —respondo con una sonrisa maliciosa.

—¿En serio, mi amor? ¿Te gustaría que probáramos más locuras? pregunta algo extrañado a la vez que emocionado.

—Claro, mi amor, ya te he dicho que quiero que tengas toda la confianza del mundo en mí y que me cuentes tus fantasías. Iremos cumpliéndolas en la medida de lo posible. Quiero tener la certeza de yo también poder contarte las mías —digo abrazándole y mirándole a los ojos.

—Dime una, al menos, una —sugiere sonriendo y un poco cansado.

—En otro momento, mi amor, seguimos hablando del tema. No nos vamos a comer el mundo en un día. Vamos —le respondo caminando hacia el ascensor.

—Vale, pero no te dejaré en paz hasta que me las digas —afirma resignado.

—No dudes de que lo haré. Hemos abierto una puerta y hemos entrado a un mundo que no sabía que existía —contesto sonriendo, pensativa.

Mi cabeza es un completo caos ahora mismo. Empiezo a imaginarme miles de escenarios posibles para desatar la locura que sentimos. Este es apenas el comienzo de una vida llena de mucho morbo y placer.

Subimos a casa y los niños ya están dormidos. Diana está en la cocina acomodando cosas.

—Hola, Diana —la saludamos con alegría. Ella se prepara para marcharse. Ya es un poco tarde.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le ofrece Steve, a pesar del cansancio que le invade.

—No, no te preocupes, mi novio viene a recogerme —responde con su bonita sonrisa.

Se pone su abrigo y se despide, sale de casa y cierra la puerta.

—Estoy cansada, mi amor, voy a darme una ducha. Siento que huelo a sexo —digo mirando a Steve con una enorme sonrisa pícara.

—Yo voy enseguida —responde desde el sofá mientras enciende la televisión.

Me ducho y me pongo el pijama de pantalón y la camisa de seda morada que está sobre la cama.

Bajo a la sala y veo a Steve acomodado en el sofá. Le abro las piernas y me acuesto encima de él y me tapo con la manta que está sobre el brazo del sofá. No pasa mucho rato cuando siento que Steve está dormido. Siento que el cansancio me domina. Me levanto del sofá y veo que Steve no se mueve, está agotado. Decido irme a la cama y lo tapo con la manta para que no pase frío. Ya, si se despierta, se irá a la cama.

Me meto a la cama y recuerdo lo sucedido esta noche con una sonrisa. Me siento una mujer nueva, mi mente ha dado un giro de 180 grados y me sorprende que esté sintiendo tantas sensaciones totalmente diferentes y excitantes. La sexualidad es un mundo aparte y solo de nosotros depende cómo queremos vivirla. Entre pensamientos, me voy quedando dormida.

Excursión al parque de atracciones

Siento cómo tres pequeños monstruitos se suben sobre mí en la cama y empiezan a gritar.

—Mamá, tengo hambre.

—Mamá, quiero cereales.

—Mamá, quiero ir al parque.

Todos hablan a la vez y empiezo a hacerles cosquillas a los tres. Todos ríen a carcajadas cuando veo entrar a Steve en la habitación. Él se lanza sobre nosotros y jugamos los cinco. Todos estamos riendo.

Steve me da un beso.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, mi vida, te dejé en el sofá, no quise despertarte. —Le beso también.

—Amores míos, ¿qué queréis hacer hoy? Hace un hermoso sol y está maravilloso para estar allí fuera.

—Al parque de atracciones —grita el mayor, y los otros se vuelven locos gritando que sí todos a la vez.

—Pues no se diga más, nos vamos al parque de atracciones —grita Steve levantándose de la cama.

Me levanto a preparar el desayuno para todos mientras se visten. Me preparo mi delicioso café, mi combustible de cada mañana. Lo dejo todo sobre la mesa y subo a vestirme yo. Ellos bajan ya listos para salir y se sientan a desayunar.

Llegamos al parque de atracciones. Ya son las doce del mediodía. Los niños se vuelven locos en las atracciones y se empiezan a subir. A pesar de ser sábado, no hay mucha gente. Quizá porque aún es invierno.

A mí no me gusta subirme a estas cosas, me dan mucho miedo, pero a Steve y a los niños les encanta. Él se sube con los mayores a algunas atracciones mientras yo me quedo con el pequeño. Me toca subirme a algunas con él porque no lo dejan subir solo.

Steve lleva de la mano al mayor y yo a los otros dos. Caminamos hacia otra zona del parque buscando qué comer. Son más de las dos. No nos habíamos dado cuenta de la hora.

Estamos en la cola para pedir la comida cuando escucho detrás de mí una voz conocida. Me giro y veo a Vania con una chica también bastante guapa, como ella, y con dos niños hablando sobre lo que van a pedir de comer. Al levantar los ojos, nuestras miradas se cruzan.

—Hola, Vania, ¿cómo estás? —le pregunto acercándome a ella para saludarla y le doy dos besos.

—Hola, Raquel. Bien. ¿Y tú, cómo estás? Mira, ella es mi hermana Lucía —dice señalando a la chica que tiene a su lado. Ella se acerca y me da dos besos.

—Mucho gusto, soy Raquel. Bien, aquí, pasando el día con los niños. Mira, te presento a mi marido —le digo tocando el hombro de Steve. Él se gira y se inclina hacia ellas.

—Mucho gusto, un placer conocerlas —les responde extendiendo su mano y les da dos besos.

—También es un gusto para mí conocerte, Steve.

—¿Y qué tal estáis pasando? ¿Os habéis subido a muchas atracciones?

—Ah, sí, ellos, a muchas; yo, a pocas porque sola no me gusta subirme. Me gusta ir acompañada para pasar miedo con alguien más, no yo sola —dice riendo.

—Tienes razón, yo soy igual, no me gustan nada estas atracciones. Me subo, pero sufro más de lo que disfruto —respondo.

Se acerca nuestro turno de pedir y Steve pide todo lo que ya le hemos dicho. Todos cogemos la comida y nos dirigimos a una mesa que está al fondo. Ellas se quedan pidiendo.

—Nos vemos luego —le digo a Vania haciendo un gesto con mi mano.

—Claro —responde ella sonriendo.

Ya sentados en la mesa, empezamos a comer. Los niños disfrutan mucho su hamburguesa con patatas.

—¿Ella es la chica que me comentaste que llegó ayer a lo del divorcio? —me pregunta Steve.

—Sí, es ella. ¿A que es superguapa?

—Sí, mucho, la verdad —responde con aire indiferente—. Bendita sea la hora en que apareció —me dice con sonrisa coqueta.

—¿Y eso por qué, mi amor? —pregunto extrañada por sus palabras.

—Porque, después de que ella te contó sobre su divorcio, tú empezaste a preguntarme cosas y hablamos de muchos temas que eran muy importantes y que no habíamos hablado nunca, y gracias a eso siento que estamos recuperando la magia de nuevo y la pasión es aún más intensa.

—Tienes razón. Fue a raíz de su caso que decidí hablar de cosas que jamás pensé que podíamos hablar, y mucho menos vivir. Todo sucede por alguna razón.

—Así es, mi vida. —Me coge de la mano y la besa.

Volteo la mirada hacia atrás para ver dónde está Vania. Las veo buscando sitio para sentarse. Está superlleno el restaurante y no encuentran mesa.

—Amor, Vania no encuentra mesa. Les diré que se vengan aquí. Igual cabemos, solo buscamos dos sillas más.

—Claro, mi amor, diles. Yo voy a organizar a los niños para dejar espacio para ellos.

Me levanto de la silla y me dirijo hacia ellas.

—¿Queréis sentaros con nosotros? Allí tenemos sitio, solo hay que buscar dos sillas más y listo —les comento a las dos. Ellas aceptan enseguida y me siguen hasta la mesa. Llegamos y nos sentamos a un lado nosotros, y ellas, al frente.

Los niños enseguida empiezan a interactuar entre ellos. Hablan de series, de videojuegos y de más cosas de los niños de su edad.

—La comida está buena —dice Steve rompiendo el hielo.

—La verdad es que sí, está muy buena —responde Lucía sonriendo mientras se come su hamburguesa.

Vania y yo solo nos reímos.

—Se han caído bien los niños —comenta Vania.

—Sí, es cierto, se cayeron bien —contesto mirando cómo están enseñándose los móviles unos a otros.

—Aquí estaría bien venir en verano. Hay muchas atracciones de agua, pero con este frío pocas ganas dan —sugiere Steve como propuesta para un futuro viaje.

—Sí, es verdad. Hemos visto varias de agua que se ven muy bien, pero yo ahora no me subo a nada. —Me río.

—En verano es una pasada. No sé si habéis visto uno donde se juega como con cañones a

tirarse agua. De allí se sale supermojados, es muy divertido —comenta Vania.

—Mamá, ¿podemos ir con ellos? —le pregunta Liam, el hijo mayor, a Vania con una sonrisa traviesa.

—No lo sé, cariño —responde ella con sonrisa tímida y hasta un poco avergonzada.

—Si queréis veniros, por nosotros, sin problema, ¿verdad, amor? —me pregunta Steve.

—Claro, nosotros encantados —contesto.

—Síííií —gritan todos los niños a la vez.

Nos levantamos todos y nos dirigimos hacia la zona de los niños. Ahora que son cinco, todos quieren subirse juntos. Los subimos a casi todos los juegos donde se les puede subir. Los niños andan felices. Yo les hago unos cuantos vídeos y fotos.

—Yo me quiero subir a ese —dice Steve señalando uno que se ve horrible. Es una montaña rusa que va superveloz y que te deja de cabeza en varias ocasiones—. ¿Nos subimos, mi amor? —me pregunta sonriendo porque sabe de sobra mi respuesta.

—Ni hablar. Me muero allí —le respondo riéndome—. ¿A vosotros no os gustaría subir allí? —le pregunto a Vania y a Lucía, a ver si alguna se quiere subir con Steve. Me sabe mal que, por mi culpa, él no disfrute de esas cosas, porque solo no quiere hacerlas.

—A mí sí me gustan, es un subidón de adrenalina —comenta Vania.

—A mí también. ¿Nos subimos? —sugiere Lucía mirando a Steve.

Steve me mira como esperando mi aprobación. Pensará que me da celos que se suba con dos mujeres superguapas, pero nada que ver.

—Vayan, vayan, yo desde aquí los veo y me río de vuestras caras de miedo —confirmo sonriendo—. Tranquilos, yo me quedo con los niños.

Los tres se van hacia la cola para subirse. No sé cómo les pueden gustar esas cosas. La verdad es que soy miedica para eso. No me gustan las emociones fuertes.

Los niños bajan y me los llevo al frente de la montaña rusa. Ya están subidos los tres. Se les ve cara de asustados. No tardan en empezar y veo cómo sus caras van cambiando. Los niños y yo nos reímos de ellos. Yo les hago varios vídeos acercando el lente para captar sus expresiones. Todos gritan.

Después de dos vueltas, bajan. Los tres vienen riéndose.

—¡Qué emocionante, mi amor! —comenta Steve acercándose para darme un beso.

—A mí me tiemblan las piernas. Eso sí es adrenalina —dice Vania agarrándose de un árbol que está cerca de nosotros.

—Yo estoy igual, he pasado mucho miedo —dice Lucía riéndose.

Así se nos pasa la tarde, subiéndose a todo lo que ven. Son más de las cinco de la tarde; los niños, felices todos, jugando entre ellos; nosotros, charlando y bromeando. Nos comimos un helado. Los niños pidieron chuches y hemos pasado un día superbonito en familia, y, sin querer, al parecer, con dos nuevas amigas.

Salimos todos juntos hacia el parquin y allí nos despedimos. Mis hijos se despiden de los hijos de Vania y nosotros de ellas.

De camino a casa, los tres se quedan dormidos. Están muy cansados de tanto ajetreo todo el día.

—¡Mi amor! —grito, asustada.

—¿Qué pasa? —dice Steve, asustado por mi grito.

—Nos olvidamos por completo del seminario —le digo enseñándole una foto de uno de los compañeros que acaba de subir a una red social—. Madre mía, se nos olvidó por completo —

confirmo asombrada.

—Madre mía, es cierto —dice tocándose la cabeza—. Es que con tanta cosa que ha sucedido de ayer a hoy, estamos aturdidos —afirma quitándole hierro al asunto—. Bueno, otra vez será. Hemos ganado mucho este fin de semana —destaca con su sonrisa hermosa y mirándome a los ojos.

—Sí, tienes razón, mi amor. Ya ni llorar es bueno. Nos apuntaremos a la próxima. —Le doy la razón mientras me encojo de hombros.

Ya en casa, yo me voy a terminar un documento que tengo pendiente mientras Steve se queda haciendo la cena para los niños.

Estoy en la oficina que tenemos en casa, trabajando en mi ordenador. Termino el documento pendiente y reviso el correo y entro a uno que me parece interesante. Navegando por la página que tengo abierta, me encuentro un artículo sobre sexualidad en pareja en el que dice que los hombres tienen muchas fantasías eróticas. Vaya, qué interesante. Pincho en el enlace y entre algunas de ellas se encuentran:

1) **Dominación**. Les gustaría sentir que tienen el control total de su pareja. Confiesan querer atarlas de las manos y pies a una cama y jugar con ellas y llevarlas hasta el punto de éxtasis total a la vez que ellos disfrutan todo el proceso.
2) **Sumisión**. Confiesan que les encantaría que su pareja se muestre sumisa y dispuesta a hacer todo lo que a ellos se les antoje. Eso les excita demasiado.
3) **Sexo en público**. Se imaginan teniendo sexo o haciendo el amor en sitios públicos como la playa, la piscina, un parque, un centro comercial, en el cine, etc.
4) **Ver a su pareja con otra persona**. Algunos hombres tienen esta fantasía, aunque reconocen que les gustaría que fuese con otra chica.
5) ***Roleplay*.** Asumir la identidad de otra persona. Suelen fantasear con ser alguien diferente a quienes son, como un policía, un bombero, e incluso algún actor de cine o algún superhéroe, etc.
6) **Voyerismo.** La mayoría reconoce sentir deseos de observar a otras personas teniendo sexo. Eso les hace excitarse.
7) **Homoerotismo**. Atracción por las personas del mismo sexo.
8) **Ver porno con su pareja**. Normalmente, los hombres ven porno a escondidas porque la mayoría de las mujeres lo ven como algo depravado o de enfermos sexuales y el temor de compartir estas fantasías con sus parejas hace que ellos lo vean solos y terminen masturbándose, cosa que, si lo viesen en pareja, el acto sexual sería más placentero para ambos, pero a la mayoría de las mujeres esto les resulta insultante, aunque tal vez ellas también lo vean, pero también a solas por miedo a ser juzgadas.
9) **Posiciones sexuales**. La mayoría de los hombres se imagina en posiciones poco comunes para las parejas. Les gustaría salir del típico misionero o el perrito. Quieren experimentar, a ser posible, todo el *Kamasutra*, pero no todos tienen la confianza de pedir eso a sus parejas. La mayoría se quedan con todo eso solo en sus fantasías.
10) **Masajes eróticos**. Tal vez este sea uno de los más cumplidos, ya que también son como preliminares para una noche de sexo placentera, aunque hay muchas parejas que no disfrutan ni siquiera de eso.
11) **Juguetes sexuales**. Esta es una de las maneras más placenteras de jugar para la pareja. Existe una infinita variedad de juguetes, tanto para ella como para él, pero, de la misma

forma, algunas mujeres no están dispuestas a pasar por algo así porque tienen muchos tabúes en su mente y lo ven como algo pervertido o sucio, aunque, en los tiempos que corren, muchas mujeres están abriendo su mente a todo este tipo de cosas y están comprobando que es muy placentero y que estas cosas fortalecen la relación en pareja.

Me quedo pensando en todo lo que acabo de leer y siento en el estómago un cosquilleo un poco extraño. De pronto, me sorprendo a mí misma imaginando cumplir algunas de esas fantasías. Pienso en los juguetes eróticos, que, casualmente, me causan curiosidad, más aún después de haber tenido esa conversación con Steve. Nunca he tenido un vibrador ni ningún otro tipo de juguete, pero la idea me resulta muy interesante. Decido investigar un poco más.

Entro en una nueva ventada del navegador y busco «Los juguetes eróticos más vendidos». Google me muestra los resultados. Pincho en el primer enlace que me aparece. Veo un extenso listado de vibradores. El número uno es un succionador de clítoris que promete el clímax en apenas unos minutos. ¡Vaya, qué interesante!

Está el vibrador doble, que tiene unas orejas de conejo a la mitad del vibrador. Al parecer, es uno de los favoritos de las mujeres. También hay uno que parece un micrófono, que es básicamente para estimular el clítoris. Ese me llama particularmente la atención, ya que es allí donde yo siento el mayor placer.

Saco el bloc de notas del maletín del ordenador, que está sobre una silla a mi lado, y hago un listado de los que más me llaman la atención. Pongo en primer lugar el vibrador con orejas de conejo y, en segundo lugar, el que yo llamo micrófono. También anoto el succionador de clítoris.

Sigo navegando por la página y me encuentro, además, dilatadores anales. Yo sonrío al recordar las veces que Steve me ha pedido intentarlo por allí y, simplemente, nunca me relajo y, al final, desiste del tema, pero anoto también ese en la lista. Al fin y al cabo, si nos vamos a adentrar en el mundo de los juguetes, lo haremos con todo.

No sé cómo decirle a Steve todo lo que se me está ocurriendo. Siento miedo que me juzgue o me diga que estoy loca, aunque descarto esa idea por lo que he leído en el blog sobre las fantasías de los hombres, y creo que es la verdad. Todos los hombres tienen esas y muchas más fantasías, aunque no todos estarán dispuestos a reconocerlas.

Me levanto del escritorio y me dirijo a la cocina con la lista de juguetes en la mano.

Steve está sentado en el sofá y los niños están en el comedor cenando. Me voy hacia donde está Steve.

—Amor, quiero decirte algo —le digo en tono nervioso y, a la vez, con algo de dudas.

—Claro, amor, dime —me responde Steve apartando la mirada del libro que está leyendo y prestando atención a lo que yo quiero decirle.

—Amor, me da un poco de vergüenza, pero desde la conversación de anoche estoy pensando en decirte que me gustaría que probásemos cosas nuevas —le confieso tapándome la cara como si fuese una niña avergonzada.

—¿Cosas nuevas? —pregunta Steve—. ¿Como qué?

—Mi vida, anoche estuvimos hablando de fantasías y cosas de esas y me gustaría que me digas qué otras fantasías sexuales tienes tú que te gustaría hacer realidad.

Él me mira con cara de asombro por la pregunta.

—Amor, si te soy sincero, yo también pensaba decirte lo mismo, que probáramos cosas nuevas y diferentes para nosotros.

—He leído un artículo sobre las fantasías sexuales de los hombres y me he quedado pensando mucho en eso y creo que deberíamos empezar a vivir algunas de esas fantasías. La verdad que es algo en lo que nunca me había puesto a pensar porque siempre hemos disfrutado de buen sexo, pero creo que ambos estamos de acuerdo en que de un tiempo para acá todo se ha vuelto muy monótono y rutinario. Creo que hasta hemos perdido un poco el interés porque siempre es más de lo mismo. A veces, creo que lo hacemos más por necesidad que por verdadero placer.

—Sí, tienes razón, muchas veces he sentido lo mismo, y reconozco que algunas veces ha sido más fácil para mí masturbarme en el baño que intentar tener sexo porque hemos perdido mucha conexión y, como tú dices, se ha vuelto todo muy rutinario.

—Amor, no sé cómo te lo vas a tomar, pero no sé si a ti te gustaría que compráramos juguetes eróticos para experimentar cosas nuevas y poder dar rienda suelta a nuestra imaginación. Te pido que me digas las fantasías que deseas cumplir y, así, poco a poco vamos experimentando cada una. Creo que sería una buena forma de empezar a salir de la rutina en la que hemos caído.

—¿En serio, amor? —dice Steve con una enorme sonrisa—. Jamás me imaginé que tú me dirías algo así, mi amor, pero yo encantado de que probemos. De hecho, alguna vez pensé en decírtelo, pero no sabía cómo te lo ibas a tomar.

—Yo no me tomaría a mal nada de lo que tú me propongas. Somos una pareja y debemos complacernos en todos los aspectos y podemos hacer todo aquello que queramos. Mira —le indico extendiéndole el papel en el que he hecho la lista de algunos juguetes.

Steve traga saliva.

—Me estoy poniendo malo solo de pensarlo —comenta leyendo la lista de juguetes.

—¿Te gusta, mi amor? —le pregunto con ojos lujuriosos.

—Claro, mi amor, yo encantado de probar cosas nuevas. Me causa mucho morbo eso que me estás diciendo, así que el lunes mismo vamos a una tienda erótica a comprar cositas, ¿te parece?

—Perfecto, mi amor —digo acercándome a darle un beso.

Lunes

Llego a mi oficina. Steve fue el primero en llegar, tenía mucho trabajo. Yo necesito ponerme ya con la demanda de divorcio de Vania. En esta semana tengo que enviársela a su aún marido para que la lea y lleguemos a un acuerdo. Estoy redactando la demanda con todos los datos que me dejó Vania. Tocan la puerta.

—¡adelante!

—Hola, Raquel. ¿Quieres un café? —me pregunta Vera desde la puerta.

—Ay, sí, por favor, te lo agradezco. Eres un encanto —le respondo con una sonrisa.

—¿Americano y una de azúcar?

—Tú sí sabes —le confirmo guiñándole un ojo. Ella se va a por el café.

No sé cómo le hace, pero casi siempre adivina a la hora que necesito un café.

Yo sigo con lo mío y en pocos minutos vuelve con el café. Yo me lo tomo ansiosa.

—Delicioso, muchas gracias —le digo mientras ella se dirige a la puerta para salir.

—Con gusto —dice cerrando la puerta.

Tengo que llamar a Vania. Cojo mi móvil y le marco. Suena varias veces hasta que me responde.

—Buenos días, Vania. ¿Cómo estás?

—Hola, Raquel, muy bien, ¿y tú? —me pregunta ella también.

—Bien, gracias. Quería preguntarte si puedes pasarte por la oficina para firmar la demanda del divorcio. Ahora llamaré a Adam para hablar con él sobre esto.

—Sí, claro, me interesa mucho salir ya de todo esto. ¿Cuándo quieres que me pase?

—Si puedes hoy, pásate. Yo estaré aquí hasta las cuatro de la tarde, así que tienes tiempo de llegar tranquilamente.

—Perfecto. En una hora estoy por allí. Muchas gracias, Raquel.

—Gracias a ti. —Le cuelgo y me dispongo a llamar su marido.

Me termino el café, que aún está caliente, y marco el teléfono de Adam. Al segundo tono responde.

—Hola —dice con voz varonil.

—Buenos días, Adam. Me presento: soy Raquel, abogada de Vania. Soy quien va a llevar los trámites de vuestro divorcio.

—Hola, Raquel, mucho gusto. ¿En qué puedo ayudarte? —me pregunta con mucha amabilidad.

—Quisiera enviarte la demanda de divorcio. Si me das un correo, te la envío, así puedes revisarla y, si hay algo con lo que no estés de acuerdo, me lo haces saber para llegar a un acuerdo.

—Claro. ¿Tienes donde anotar?

—Sí, dime. —Cojo mi agenda y apunto el correo de Adam—. Genial, ahora mismo te lo envío. Si tienes alguna duda, puedes contestarme al correo y llamarme a este número.

—Gracias, ahora echaré un vistazo y te comento cosas.

—Genial, gracias a ti. —Le cuelgo y continúo con lo mío.

Tocan de nuevo la puerta de mi despacho. «Adelante», digo desde mi escritorio.

—Hola, mi amor —dice Steve con su linda sonrisa.

—Hola, mi amor. Disculpa que no haya ido a saludarte, me vine a dejar mis cosas y me entretuve con algunas llamas —le cuento parándome y dirigiéndome hacia él para darle un beso. Lo rodeo con los brazos por el cuello y lo beso intensamente. Él me rodea la cintura y se entrega a mi beso.

—No te preocupes, amor, yo también puedo venir a saludarte. —Vuelve a besarme. Yo sonrío.

—Ahora, en un momento, vendrá Vania. Ya tengo preparada la demanda de divorcio.

—Qué bien, mi amor, pues te dejo, que yo también tengo mucho trabajo. ¿Crees que nos dé tiempo de ir a comprar las cosas por la tarde? —me pregunta expectante.

—Espero que sí, mi amor. La verdad es que no he dejado de pensar en ello. Haré lo posible por acabar pronto, ¿vale, mi amor? Y tú haz lo mismo.

—Y, si no, ¿qué te parece si lo dejamos para el viernes? En todo caso, es el día que salimos más pronto y podemos llevar a los niños con mis padres. Así, tenemos toda la casa para nosotros solos —me susurra con picardía volviendo a abrazarme por la cintura y mordiéndome el labio inferior, a la vez que me coge las nalgas con ambas manos y me las aprieta.

—Pues me parece la mejor opción, mi amor, así no tenemos que esperar a que los niños se duerman ni nada y nos organizamos mejor.

—Vale, mi amor, pues así puedo estar tranquilo —me dice— antes que me den ganas de otra cosa —masculla entre risas caminando hacia la puerta.

Yo me río al ver su cara como si estuviese pensando algo pervertido.

—Chao —me despido intentado parecer inocente a sus palabras.

A tiempo suena el teléfono de recepción.

—Sí, Vera, dime —respondo.

—Raquel, aquí está la chica del otro día, dice que tiene cita contigo. Se llama Vania.

—Sí, pásala enseguida, por favor, la estoy esperando. Gracias.

—Ahora mismo —responde ella colgando el teléfono.

Yo me paro a abrir la puerta y ella está a punto de tocar. La recibo con dos besos y la hago pasar.

—¿Cómo estás? Siéntate.

—Bien, gracias, aquí, queriendo firmar esos papeles ya.

—Perfecto, vamos a ello. —Me dirijo a mi ordenador e imprimo la demanda—. Hablé con Adam. Le envié la copia hace un rato. No sé si ya me respondió. Déjame mirar el correo, por si acaso, y sabremos si él quiere cambiar algo. Así no te hago venir otra vez en vano.

—Vale —me responde ella un poco inquieta.

Mientras yo reviso si tengo un correo de Adam, lo abro y dice: «Hola, Raquel, todo *OK* con la demanda. Puedes proceder. Dime cuáles son los pasos que debo seguir».

—Ya me ha respondido. Dice que todo bien con la demanda —comento mirando a Vania y entregándole la demanda a ella—. Revisa y así imprimo la que él ya ha firmado. De esta manera, lo tenemos todo listo a esperar la cita con el juez.

—Vaya, sí que tenía prisa por divorciarse, al igual que yo —dice con una sonrisita de medio lado. Se le nota aún la tristeza.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le pregunto cogiéndole la mano para que sienta mi apoyo.

—Ah, sí, claro, jamás podría perdonarle lo que me hizo —afirma mirándome a los ojos. Noto

en ella una seguridad en sí misma que me sorprende.

—Perfecto. Dime si todo está bien y procedemos. ¿Quieres un café? —le pregunto mientras lee la demanda.

—Sí, por favor, te lo agradezco —responde alejando la mirada de lo que está leyendo.

Yo me levanto y voy a por otro café para mí y uno para Vania. Vera me mira y se ofrece ella a hacerlos, a lo que respondo que no, que muchas gracias, que ya los hago yo. Ella me sonríe.

Vuelvo al despacho y le doy el café a Vania. Ella lo acepta, da las gracias y le pone una de azúcar, al igual que yo.

—Está todo bien, no le cambiaría nada. Así, aceleramos el proceso

—Perfecto entonces. Voy a imprimir el firmado ya por Adam, de esta forma, ya lo tenemos listo y solo esperamos a la cita con el juez.

Ella lo firma en cuanto se lo entrego y me lo devuelve. Lo coloco a un lado de mi ordenador. Ella continúa tomándose el café. Lo está saboreando con mucha calma.

—Qué buen día. El sábado nos divertimos mucho —le comento para romper el silencio.

—Sí, de hecho, quería darte las gracias por pasar tiempo con nosotros. Los niños estaban felices con sus nuevos amiguitos, y la verdad es que yo me distraje mucho. Me hacía falta pasar un día así, relajado y en paz, no pensar tanto en todo lo que me agobia.

—Gracias a ti también. Igual mis niños han pasado un lindo día en compañía de los tuyos, y para nosotros fue muy agradable compartir con vosotros. Steve y yo siempre solemos salir así a sitios. Casi siempre nos vamos de fin de semana o de paseo. Visitamos pueblos, hacemos senderismo y cosas así que nos permiten conectar con la naturaleza y salir de la rutina.

—¿En serio? —pregunta con asombro—. Nosotros antes lo hacíamos de vez en cuando, pero de un tiempo acá nuestra vida se volvió monotonía total y ya era casa, trabajo y trabajo, casa, nada de nada. Los niños estaban aburridos, por eso mi hermana nos invitó al parque el sábado, y me alegro mucho de haber aceptado la invitación porque lo pasamos muy bien. Los niños estaban felices.

—Me alegro muchísimo. Cuando quieras, puedes apuntarte con nosotros a nuestras salidas. Así, los niños salen del encierro y de la tecnología, que hoy en día nos tiene abrumados.

—Voy a tomarte la palabra —dice ella con su bonita sonrisa.

—Por cierto, disculpa la indiscreción, pero tú ¿en qué trabajas? —le pregunto.

—Yo soy abogada civil, pero renuncié porque trabajaba en el mismo edificio que mi exmarido. —Hace hincapié en «exmarido»—. No quería verle la cara todos los días. Encima, también la de su amante. Como comprenderás, no podía continuar allí, ya suficiente con todo lo que pasó —dice encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿estás en busca de empleo?

—Sí, por eso vine en cuanto me llamaste. Voy a empezar a enviar currículums a algunos despachos que he visto por allí.

—Pues ya no busques más. Si quieres, puedes trabajar aquí, con nosotros. Puedo enviarte al correo las condiciones y, si estás de acuerdo, eres bienvenida.

—¿De verdad? —inquiere ella con asombro—. Vaya, esto sí que no me lo esperaba.

—Todo sucede por alguna razón —le respondo guiñándole un ojo—. ¿Quieres ver cuál sería tu oficina? —le pregunto con entusiasmo, a ver si así logra alegrarse un poco más porque, aunque lo intenta, no logra disimular su tristeza.

—Claro —responde levantándose de la silla. Deja su bolso a un lado y me sigue.

Salimos y abro la puerta, que está justo enfrente de mi despacho.

—Pasa —digo cediéndole el paso. Ella entra y se queda mirando todos los detalles—. ¿Qué te parece?

—Está muy bonita. Ya me veo trabajando aquí —responde con entusiasmo.

—Pues ya solo depende de ti. Revisa las condiciones y me dices, y, si quieres, mañana mismo puedes empezar.

—De verdad, muchísimas gracias —responde ella con mucha emoción.

Siento que en ese momento necesita un abrazo. Sin pensarlo, me acerco a ella y la abrazo. Ella se deja y nos quedamos así unos segundos.

—Todo irá bien —susurro en su oído.

—Muchas gracias por todo —me responde, aún abrazadas.

Yo me separo de ella y nos dirigimos de nuevo a mi despacho.

—Me marcho. Te dejo trabajar y, de nuevo, muchas gracias por todo. —Coge su bolso y se dirige a la puerta. Voy detrás de ella y la despido con dos besos.

La semana pasa rápido. Vania acepta el trabajo y se muda a la oficina el jueves. Nos reunimos todos los socios; con ella, ya somos cinco abogados para llevar todo tipo de trámites. Sumando a las de recepción, somos siete en la oficina.

Le damos la bienvenida con una botella de champán. Brindamos y todos deseamos lo mejor a Vania. Hana aprovecha ese momento para invitarle a la cena del cumpleaños de Marcos el sábado, y ella acepta encantada.

En la tienda erótica

Al salir del trabajo, ambos salimos juntos y nos dirigimos hacia la tienda erótica a comprar los juguetes de los que hemos hablado.

Al entrar a la tienda, vemos un sinfín de artículos, desde ropa sexi hasta películas porno. Yo tengo en la cabeza la idea de lo que quiero. Steve me coge la mano y ambos nos dirigimos a la zona de los vibradores.

—¿Qué quieres comprar, amor? —me pregunta Steve con tono tímido.

—Este quiero —respondo cogiendo un vibrador que tiene en la mitad una figura de conejo, como el que vi en internet y que, además, llevo en mi lista de juguetes.

Steve me mira con una sonrisa pícara.

—¿Qué más te gustaría que probásemos? —le pregunto.

—Yo quiero algo de ropa sexi —responde tocando un conjunto negro que está sobre un maniquí.

—Genial, amor. Si quieres, elige el que te gustaría verme puesto —le sugiero mordiéndome el labio.

Steve se separa de mí un momento y coge el conjunto que más le ha gustado. Además de eso, escoge un anillo vibrador. Elige también lubricantes de sabores y un aceite para masajes. Además, se queda con un dilatador anal y vuelve a donde estoy.

—Ya lo tengo, amor —dice enseñándome lo que lleva. Yo le miro, sonrío y nos dirigimos a la caja a pagar. Me siento nerviosa y un poco avergonzada, nunca había entrado a un sitio de estos, pero me alegro de hacerlo con mi marido.

Ponemos todo en el mostrador para pagarlo. El cajero nos observa con sonrisa pícara. Nos da algunas sugerencias sobre gel y aceite de masajes con sabores. Decidimos llevarnos también uno con sabor maracuyá. Nos pone todo en una bolsa negra y nos vamos.

Cuando vamos en el coche de camino a casa, Steve me dice:

—Amor, gracias por hacer esto. No sabes lo cachondo que estoy y cómo he pasado la semana deseando que llegue este día con solo imaginarme todo lo que vamos a hacer esta noche. Sinceramente, esto me causa mucho morbo. Mira cómo estoy solo de pensarlo —me cuenta mientras coge mi mano y la lleva hasta su polla, dura como una piedra. Se le nota y se siente por encima del pantalón. Yo le miro con una sonrisa pícara y se la aprieto. Él se muerde el labio mirándome con deseo.

—Mi amor, no te imaginas cómo estoy yo también. La verdad es que la espera se ha hecho larga, pero aquí estamos, y me gusta que empecemos a abrir nuestra mente a probar nuevas cosas, a vivir nuevas experiencias. No sé cómo hemos tardado tanto tiempo en darnos cuenta de que estas cosas son necesarias para mantener viva la llama de la pasión. Al final, la vida son momentos y debemos elegir qué tipo de momentos queremos vivir.

—Claro, mi amor. Pues esta noche vamos a volvernos locos de tanto placer. —Los dos sonreímos.

Como es viernes, de normal, solemos ir de cena. Siempre llevamos a nuestros hijos a casa de los padres de Steve y la mayoría de las veces suelen quedarse a dormir allí, con ellos.

Esta tarde, Steve los lleva una hora antes de lo normal. Ellos van encantados porque les gusta mucho pasar tiempo con sus abuelos, que tanto los consienten. Los deja allí y se despide de ellos. Ellos entran corriendo, abrazan a los abuelos y se acomodan en los sofás.

—Madre, lo más seguro es que venga por ellos mañana por la tarde, si te parece. Raquel y yo saldremos esta noche y creo que volveremos un poco tarde, y mañana tenemos cosas que hacer —le cuenta a su madre dándole un beso en la mejilla.

—No te preocupes, cariño, ya sabes que nosotros encantados de quedarnos con ellos. Déjalos hasta el domingo —dice su madre cogiéndolo de la mano.

—Gracias, mamá —responde Steve saliendo de su casa—. Adiós, papá —grita desde la puerta.

—Adiós, cariño —se despiden ambos mientras su madre cierra la puerta.

Steve vuelve a casa y me encuentra ya vestida con una falda negra por encima de las rodillas y con una abertura en la pierna izquierda, unas medias hasta media pierna, con una camisa manga larga color vino ceñida al cuerpo que me queda por encima del ombligo y unas botas negras de tacón de aguja por debajo de la rodilla. Llevo el pelo suelto y liso. Estoy perfectamente maquillada.

Steve me mira con la boca abierta, se acerca a mí y me coge por la cintura.

—Mi amor, estás muy hermosa —llega a decir dándome un beso con mucha pasión.

—Gracias, mi amor. Tú también estás muy guapo —le respondo mirándolo a los ojos mientras me muerde el labio. Le paso mis manos por el torso, perfectamente definido.

—¿Nos vamos? —sugiere Steve.

—Sí —respondo mientras me pongo el abrigo y cojo el bolso.

Steve abre la puerta y yo salgo. Él camina detrás de mí.

Llegamos al restaurante que Steve ha reservado y nos dirigen a una mesa que está en una esquina. El restaurante es hermoso: está decorado con muy buen gusto, con muchos helechos en el techo y casi todo en color verde naturaleza. Muy bonito. Da sensación de frescura.

No tardan mucho en atendernos. Ambos nos pedimos un mojito de mango que tiene buena pinta. Steve se pide unas costillas a la barbacoa y yo me pido salmón a la plancha con verduras.

Steve me mira con ternura y yo, al sentir su mirada, le paso la bota por la pierna. Él me coge el pie y se lo pone sobre las piernas. Me aprieta el pie e intenta subir la mano por mi pierna, pero no logra llegar. Yo me acerco un poco más a la mesa y él hace lo mismo para poder tocarme por debajo de la mesa, y así logra llegarme hasta la pierna izquierda. Sube su mano hasta donde puede. Casi llega a la entrepierna. En ese momento, llega el camarero con los mojitos y Steve se repone, se sienta erguido e intenta disimular; yo solo sonrío. Él está nervioso.

Mientras estamos cenando, se apagan las luces y entra un grupo de chicos vestidos con trajes muy sexis. Se ubican en el centro del restaurante y empiezan a bailar y a cantar. Hacen coreografías y se mueven hacia los lados del restaurante llegando a la barra. Las chicas son hermosas, unos cuerpos increíbles, y hacen unos movimientos muy sexis.

Steve solo sonríe al ver el espectáculo. Ambos reconocemos la belleza de las chicas que están bailando y cantando. Ha sido un espectáculo muy bonito. Nos tomamos dos copas más cada uno.

—Si quieres, podemos irnos, mi amor —le digo a Steve.

—Sí, mi amor, vámonos. —Pedimos la cuenta y él la paga.

Yo me levanto y me pongo el abrigo. Él me coge de la mano y salimos. Hace un poco de frío, por lo que él me abraza hasta llegar al coche.

De camino a casa, en un semáforo, me quito el cinturón y me acerco a él y lo beso con mucha pasión. Él me corresponde el beso y me mete la mano por debajo de la falda tocando mis piernas hasta llegar a mis nalgas. Me las aprieta con fuerza y yo empiezo a tocar su polla, que se va poniendo cada vez más dura. Un coche nos pita por detrás porque el semáforo ha cambiado y yo me separo de él y me siento en mi sitio. Él arranca el coche.

Me mira con deseo.

—Mi amor, te comería entera aquí mismo —me dice mordiéndose el labio y tocándose la polla con una mano mientras conduce con la otra. Me coge la mano y se la pone sobre el miembro; yo se lo agarro con fuerza. Está duro como una piedra, Se me ocurre jugar con él mientras conduce. Le desabrocho el cinturón del pantalón y bajo la cremallera. Meto mi mano para tocársela. Empiezo a masajearla de arriba abajo y él solo gime y me mira con deseo.

—Qué rico —afirma a duras penas mirando a la carretera. Hay pocos coches por donde vamos —. ¿Sabes qué me gustaría, mi amor? —me pregunta con la voz superexcitada.

—¿Qué, mi vida? —le digo sin soltar su polla mientras sigo masajeándola de arriba abajo.

—Que me la chupes aquí mismo mientras yo conduzco. Esa es una fantasía que he tenido y no me atrevía a decírtelo por temor a lo que pudieras decirme. Sería tan excitante sentir que me la chupas mientras conduzco… —me cuenta con ojos lujuriosos mirándome fijamente, mordiéndose ambos labios.

Yo solo le miro a los ojos y, sin decir ni una sola palabra, me quito el cinturón de nuevo y me bajo hacia su polla dura. Se la saco completamente del pantalón. Está tan dura que sale de golpe. Me acerco cada vez más hasta meterla dentro de mi boca. Empiezo a chupársela. Él coge mi cabeza y la empuja hacia abajo metiéndola casi por completo hasta mi garganta. Solo le escucho gemir de placer. Yo sigo chupando su deliciosa polla tan dura; él me aparta la cabeza.

—Qué rico, mi amor, pero, si sigues así, me voy a correr, y no quiero. Deseo llegar a casa y que hagamos todo lo que teníamos planeado, pero me ha encantado, mi amor, que lo hayas hecho, y así, hasta el fondo, nunca me la habías chupado. Es algo con lo que soñaba, pero, a su vez, lo veía difícil. No tenía ni idea que tenía una mujer tan loca —dice riéndose.

Yo me levanto y le miro a los ojos.

—Amor, a mí también me ha encantado chupártela así de rico y, más aún, que te haya gustado tanto. Tú sabes que nunca te he dicho que no a nada. Está claro que no habíamos experimentado nada así porque creo que nos hemos cohibido de muchas cosas por el temor a lo que pensará el otro, porque créeme que yo también estoy disfrutando con todo esto. Imagínate con todo lo que aún nos queda por experimentar…

En ese momento, entramos al garaje. Steve aparca el coche y nos bajamos. Él se abrocha el pantalón y nos dirigimos al ascensor. Mientras esperamos, él me pone contra la pared y me besa con mucha pasión. Me empieza a tocar las piernas subiendo mi falda casi por completo y dejándome el culo al aire. Me agarra las nalgas y me sube a horcajadas, quedando mis piernas alrededor de su cintura. Me besa con mucha pasión en el cuello y yo solo puedo gemir de placer. Mi coño está chorreando de deseo por tenerlo dentro de mí. Lo desea tanto…

Él me mete la mano por debajo de las piernas y logra llegar a mi coño superhúmedo. Estoy empapada, estoy superexcitada. En ese momento, escuchamos que llega el ascensor y me bajo enseguida la falda; él se repone rápidamente por si alguien baja en ese momento. Por suerte, no hay nadie. Entramos y él vuelve hacia mí con más intensidad. Esta vez, me sube la falda del todo, me abre las piernas, hace a un lado mi tanga y mete sus dedos en mi coño mojado.

—Qué rico, mi amor —me susurra al oído metiendo su lengua en mi oreja mientras me

masturba con su mano. Yo solo puedo gemir de placer, tanto, que siento que me voy a correr en ese momento.

—Me corro —le gimo.

—Sí, mi amor, córrete, que me encanta cómo te pones —me vuelve a susurrar con su voz cada vez más excitada.

Al escuchar sus palabras y sentir sus dedos dentro de mí haciendo más presión en mi clítoris, me dejo llevar por un intenso orgasmo y me estremezco cogiendo su mano y apretándola sobre mi coño. «Vivir en el décimo piso tiene sus ventajas», pienso, y sonrío. Mientras gimo del placer provocado por correrme de esa forma tan deliciosa, él saca su mano de mi coño, empapada de mis fluidos, y se la chupa. Yo solo le observo. Me encanta que haga eso porque demuestra lo mucho que me ama y me desea.

Entramos a la casa los dos medios despeinados. Apenas cierro la puerta y él me coge otra vez, me quita la ropa a la vez que me dirige al salón. Aún está en la mesa la bolsa con los juguetes que hemos comprado. Me deja casi completamente desnuda, solo me quedo con las medias, que me llegan hasta la mitad de la pierna. Sé que le encantan las medias así.

Me siento en la alfombra del salón y él se dirige hacia la mesa. Coge la bolsa y empieza a sacar todo lo que hemos comprado y lo coloca en la mesita del centro del salón. Saca la mesita de la alfombra para que nos quede más espacio. Se quita la ropa y se queda solo en bóxer. Puedo notar su polla parada y dura por debajo.

—¿Qué quieres probar primero, mi amor? —me pregunta señalándome todo lo de la mesita del salón.

—Este —le respondo cogiendo el vibrador que tiene las orejas de un conejo a la mitad.

—Vale. —Lo agarra, lo saca del envoltorio y, con toallitas húmedas, lo limpia.

Ambos estamos sentados uno frente al otro. Yo estoy totalmente desnuda, solo con las medias puestas. Él se acerca a mí y me besa. Vuelve a tocarme el coño y yo sigo cachonda. Estoy mojada aún. Él me acuesta en la alfombra y pone un cojín debajo de mi cabeza. Yo le observo y él sonríe. Enciende el vibrador y empieza a pasármelo por la cara. Me lo mete a la boca y yo lo chupo como si fuese su polla. Le veo su cara; sus ojos son de total deseo y pasión. Se nota lo excitado que está. Continúa bajando hacia mis pechos y en mis pezones hace movimientos circulares. Siento la vibración, y la verdad es que da mucha sensación. Mi piel se eriza por todo lo que estoy sintiendo.

Continúa bajando por mi estómago e igual sigue haciendo movimientos circulares, hasta que llega a mi clítoris. Primero, pasa la parte que no vibra y la va bajando lentamente hasta que me pone la parte que vibra en el clítoris. Yo me estremezco y él continúa. Es muy extraña la sensación, es muy placentera, es excitante. Me pone cada vez más mojada. Qué impresión tan rica sentir que algo vibra y te remueve todo el placer, que está concentrado en un solo lugar.

Él está sentado de frente a mí. Me pone las piernas por encima de las suyas dejándole el coño totalmente abierto frente a él. Solo me mira a los ojos y me lo observa con mucho deseo. Sigue frotando el vibrador por mi clítoris. Yo me retuerzo de excitación hasta que decide, poco a poco, introducirme el vibrador. Lo mete completamente dejando en mi clítoris, por fuera, la parte que vibra: las orejas del conejo.

Yo me encorvo moviéndome alocadamente de un lado a otro. Él se toca la polla mientras yo me excito cada vez más.

—Me quiero correr —le digo con voz entrecortada por tanta excitación.

—Me encanta, mi amor. Córrete —le escucho decir mientras sigue moviendo el vibrador con

una destreza de profesional. Siento cómo en mi clítoris se concentra una cantidad increíble de placer y me dejo envolver por un intenso orgasmo. Grito fuerte, como nunca lo había hecho. Me siento desatada. Son verdaderamente increíbles todas las sensaciones que son capaces de provocarte estos juguetes. Y apenas estamos empezando…

Me levanto de golpe y me siento. Me inclino hacia él mientras aún está con el vibrador dentro de mí y le beso.

—Ya no puedo más, mi amor —me confiesa—, quiero follarte duro. Ver tu cara al disfrutar del juguete me ha vuelto más loco que nunca. Si tan solo hubieses visto qué cara más rica pusiste, mi amor… Voy a follarte.

—Sí, mi amor, fóllame —le pido mientras me saco el vibrador empapado de mis fluidos. Él se echa sobre mí y mete su polla superdura en mi húmedo y chorreante coño. Yo gimo. Él me folla rápido y duro. Puedo tocar su torso empapado de sudor. Veo su cara de completo placer y yo estoy superexcitada. Él sale de mí y me da la vuelta.

—Ponte a cuatro patas —me ordena, y yo obedezco. Saco mi culo en pompa y, con mi cara pegada casi al suelo, en la alfombra, él me embiste con fuerza, con rapidez. Yo gimo y grito de placer. Mi espalda arqueada deja mi culo totalmente parado dispuesto a recibir su polla tan dura y a darle mucho placer.

—Córrete, mi amor, y yo contigo —me pide superexcitado y yo siento que sus palabras me excitan aún más. Me coge ambas nalgas con sus manos mientas las aprieta con fuerza. Me hunde la polla en el coño cada vez con más fuerza y más rapidez.

Me dejo llevar y siento cómo estoy a punto de correrme otra vez. Gimo más fuerte y él se mueve más deprisa. Mi orgasmo no se hace esperar, se hace aún más intenso. Él me escucha gemir y gritar con locura, como nunca lo había hecho, y se corre también. Ambos gritamos de placer. Él se queda pegado a mí un instante aún con su polla dentro, dejando todo su semen en mi vagina. Se separa jadeando y se desploma a mi lado.

Los dos estamos extasiados de placer. Hacía mucho tiempo que no pasábamos una noche tan increíble como esta.

—Increíble, mi amor —logro decir con mi voz cansada—. No sé cómo me había perdido de esto por tanto tiempo.

Él voltea su cara hacia mí y me mira a los ojos.

—Ha sido increíble, mi vida. Me encanta que esto esté pasando. La verdad es que siempre me lo imaginaba, pero no sabía si podría vivirlo, pero estar aquí y ahora contigo supera mis imaginaciones. Es tan delicioso hacerte el amor, mi vida, y me encanta cuando te corres una y otra vez.

—No te imaginas cómo he disfrutado todo esto. La verdad es que alguna vez pensé eso de los juguetes eróticos, pero no se me habría ocurrido decírtelo, pero ahora, no sé. Después de leer tanto de las creencias y las limitaciones de nuestra mente, es como que un mundo nuevo se abrió ante mí, un mundo de infinitas posibilidades, en todos los sentidos, no solo en el sexual, y después de lo que acabamos de vivir, créeme que habrá un antes y un después en nuestras vidas.

—Así es, mi amor. Como leí una vez, hay una sola verdad absoluta: «Solo tenemos una vida y no sabemos hasta cuándo viviremos». Y solo de nosotros depende vivir como queremos vivir y qué experiencias queremos llevarnos porque, al final, solo nos llevaremos eso, lo que hemos vivido; todo lo demás, aquí se queda.

—Estoy de acuerdo contigo, amor, así que vamos a vivir todo aquello que nos queramos llevar —le digo inclinándome hacia él y dándole un beso—. Tengo sed. ¿Quieres tomar algo? —le digo

levantándome de su lado.

—Una copa de vino no estaría mal —me responde con su hermosa sonrisa.

—No se diga más.

Sonrío y me dirijo hacia la cocina, así, desnuda, con las medias aún puestas. Saco una botella de vino tinto que está en la nevera, la abro y me llevo dos copas al salón junto con la botella. Las coloco en la mesita de la sala, donde aún está el resto de los juguetes que compramos. Sonrío al verlos allí. Sirvo las dos copas y le doy una a Steve.

—Brindemos por lo de esta noche. Ha sido increíble. Brindo por que se repita —afirma sonriendo mientras acerca su copa a la mía.

—Brindo por eso, mi amor, y por todas las cosas que, a partir de ahora, nos esperan —susurro acercándome a la boca y dándole un beso. Ambos tomamos un sorbo de vino.

—Eres tan hermosa —me susurra acariciándome la mejilla derecha.

Me sonrojo y le miro tímida. Me acerco a él y le beso con mucha pasión. Siente mi beso y coloca la copa en la mesa sin dejar de besarme. Enreda los dedos en mi pelo y me besa aún más apasionadamente. Con ambas manos me coge por la cintura y empieza a subirlas poco a poco. Con las uñas me araña la espalda y siento cómo empiezo a excitarme de nuevo.

—Esta noche aún no ha acabado —me confiesa cogiéndome la copa de mi mano y poniéndola en la mesa.

Yo le miro expectante esperando su próximo movimiento. Coge un gel de masaje y le quita el precinto.

—Acuéstate —me ordena.

Yo obedezco y me tumbo hacia atrás en la alfombra. Él se echa un poco de gel en las manos, ese de sabor maracuyá que compramos, y masajea mis pechos. Se acerca a chuparme los pezones y yo gimo. Me da mordiscos suaves mientras sus manos van bajando por mi abdomen y llega a mi coño.

Se pone más gel, lo coloca en mis caderas y en movimientos circulares va masajeando hacia adentro. Con ambas manos acaricia mi clítoris sin parar y las sensaciones no se hacen esperar. Es una emoción embriagadora, no quiero que pare, quiero que continúe más y más, pero siento vergüenza de decírselo.

Él se da cuenta de que me está gustando lo que me está haciendo por mis gemidos de placer. Es increíble la sensación. El gel tiene un toque de calor y siento cómo las mejillas se me sonrojan cada vez más. Él se agacha, esta vez hacia mi clítoris, y me lo chupa en suaves movimientos. Mete su lengua dentro de mi coño y la sube hacia mi clítoris; así, varias veces, haciendo que mi cuerpo se estremezca con sensaciones increíbles.

Aún no sé cómo este hombre es capaz de despertar tanta pasión y deseo en mí. Tengo el deseo imperioso e incontrolable de correrme y empiezo a gemir cada vez más fuerte, y se nota que estoy a punto. Él sigue masajeando con más fuerza. Mete sus dedos dentro de mí a la vez que masajea mi clítoris y es inevitable llegar al orgasmo tan desesperado que me ha provocado. Me estremezco con su mano dentro del coño y solo puedo sentir cómo se va acercando cada vez más a mí.

—Delicioso, mi amor, me vuelves loco —me dice mirando cómo termino de correrme retorciéndome de placer.

—Tú sí que me tienes loca a mí —le digo, jadeando aún por el cansancio y la excitación del orgasmo—. Todavía no sé cómo lo haces para provocar todo esto en mí. Cada vez me vuelves más loca de placer.

—Me encanta cómo te pones cada vez que hacemos el amor, pero ahora estás más loca todavía. Me has vuelto loco con tus gritos y con cómo te corres tan delicioso, con cómo te mueves; es tan excitante verte llegar al éxtasis de la locura y saber que soy yo el que provoca eso en ti. Me fascina. Quisiera grabar tu cara para que veas lo rico que lo haces —sugiere con una sonrisa pícara.

Yo me río a carcajadas. Steve saca de la bolsa un anillo vibrador y lo pone en su polla superdura. «Ven», me dice, y me coge de la mano. Ambos nos paramos. Trae una silla del comedor y la pone cerca de la mesita del salón, fuera de la alfombra, y se sienta sobre ella.

—Sube —me pide cogiéndose la polla con el anillo puesto. Veo que le toca un botón al anillo y empieza a vibrar. Yo abro mis piernas y me subo sobre su polla. Me entra entera y yo gimo de placer al sentirlo dentro mí, y encima con ese anillo vibrador siento demasiadas sensaciones en el clítoris y, a la vez, en lo profundo de mi vagina. Él observa mi cara, excitada de nuevo. Gime al mirarme y busca mi boca, desesperado por besarme. Mete su lengua por completo y me enloquece cada vez más.

—Eso es lo que más me vuelve loco de ti, que te excitas muy rápido y rico. Me encanta follarte, sentirte totalmente mía —afirma agarrando mis caderas y moviéndome a toda prisa sobre su polla.

Yo me cojo de su cuello y le beso con mucho deseo. Le muerdo el labio y doy pequeños mordiscos en sus hombros. Estoy demasiado excitada, es enloquecedor el placer que se siente tener su polla dentro y, además, el vibrador en mi clítoris. Definitivamente, estoy a punto de correrme de nuevo, y esta vez se lo grito al oído:

—¡Me corro, mi amor, me corro! —grito entre gemidos cada vez más fuertes.

—Córrete, mi amor, córrete para mí —me responde superexcitado.

Yo me dejo llevar por otro orgasmo. Me muevo con más velocidad sobre su polla provocando más intensidad en el placer que siento al correrme.

—¡Qué rico! —grito sin poder sostener las palabras que salen de mi boca. Él me mira complacido por ver todo lo que está provocando en mí. Me levanto sacando su polla de mí. Está supermojada con mis fluidos y los suyos.

—Acuéstate de nuevo en la alfombra, bocarriba —me ordena levantándose de la silla.

Yo me acuesto tal como él quiere. Él se acuesta sobre mí y, aún con el anillo puesto en su polla, me penetra con suavidad. Me besa los pechos y me muerde los pezones. Yo me estremezco de nuevo. Me muerde cada vez más fuerte y yo solo siento placer, y lo único que hago es gemir y arañar su espalda. Él se me sube al cuello y me besa con pasión. Me muerde el cuello de manera suave. Llega hasta mis orejas y mete la lengua dentro de ellas a la vez que mueve sus caderas cada vez más rápido dentro de mí. Yo gimo cada vez más fuerte, no puedo evitar que mis gemidos se escuchen más de lo normal. Mientras, él sigue con su lengua en mi oído, cosa que me excita cada vez más. Es una sensación increíble que me pone la piel de gallina cada vez que lo hace. Mi cuerpo se estremece al sentirlo dentro embistiéndome cada vez con más fuerza y rapidez. Me siento desatada, desinhibida y sin vergüenza.

—Sí, grita —me dice en el oído mientras mete y saca su lengua de él—. Grita, quéjate. No te cortes.

Yo me excito cada vez más con sus palabras. No sabía que podrían excitarme tanto. Siento el deseo de que me diga más cosas y no me corto y se lo digo, con voz jadeante:

—Dime más cosas. Me estás poniendo muy cachonda con tus palabras. Dime lo que se te ocurra —le pido mordiendo su pecho de pura excitación.

—Quéjate fuerte, mi amor, quéjate, gime. Me encanta cómo te pones. Me encanta que te comportes como una loca desatada, solo conmigo, solo para mí.

Sus palabras me excitan cada vez más, que me diga esas cosas hace que me vuelva loca. Es como si en mis oídos hubiese una tecla que es presionada cuando dice esas palabras y mi excitación crece conforme sus palabras van saliendo de su boca.

—Córrete, mi vida, córrete —me susurra con voz excitada en el oído mientras me folla cada vez más rápido.

—Sí, mi amor, me encanta que me digas que te encanta que me comporte así, porque eso quiero, ser tu loca y complacerte en todo, mi amor.

Él está excitadísimo, se lo noto. Decirle que me diga cosas lo ha puesto aún más excitado todavía. Su cuerpo me lo dice. Sus manos desesperadas tocan todo mi cuerpo. Me embiste cada vez más rápido y siento cómo está totalmente dentro de mí. Quiere correrse, lo noto, está loco de deseo, de pasión.

Es increíble cómo sus palabras me alborotan, me excitan, me enloquecen; que me diga que le encanta que me comporte así, tan desatada, me ha puesto a mil, más cachonda de lo que me podría imaginar. Sus palabras y su polla dentro de mí, y además el anillo vibrador, hacen que explote en un orgasmo que me hace enloquecer y grito cogiendo su espalda con más fuerza y pegando mi cara en su pecho. Me corro otra vez. Mis espasmos hacen que enrolle mis piernas sobre las suyas y, como puedo, llevo mis manos a sus nalgas y las halo hacia mí, envolviéndome por completo en el éxtasis. Es enloquecedora la intensidad del orgasmo. Gimo y grito al liberarme, llegando al clímax otra vez.

—Qué rico, mi amor, qué rico te corres —dice mientras saca su polla de mi chocho—. Ponte a cuatro patas, como una perra —me ordena girando mi culo hacia un lado. Yo me giro sin hacerlo esperar y de nuevo arqueo mi espalda dejando mi culo en pompa listo para volver a recibir su polla en mi húmedo y chorreante coño.

Él me coge del pelo y tira de él halándome la cabeza hacia atrás. Me mete la polla con fuerza en el coño y siento que ha girado el anillo vibrador y este queda en mi clítoris de nuevo, provocando nuevas sensaciones en esa posición. Con una mano me hala el pelo y con la otra coge mi cadera y me embiste con su polla tiesa cada vez con más fuerza. Yo solo grito de placer, me quejo y gimo. Todo lo que estoy sintiendo es muy excitante. Él también está desatado, me folla como nunca. Es increíble todo lo que estamos viviendo, y me encanta.

—Grita, mi amor, gime; quiero que te comportes como una perra, como una puta —dice con su voz jadeante. Sus palabras me excitan más si cabe, ya no puedo más, ese cúmulo de sensaciones increíbles que nunca soñé poder sentir entre sus palabras y sus embestidas hace que me sienta en las nubes.

—Sí, mi amor, dime cómo te gusto, dime. Soy tu puta, quiero ser tu puta, tu perra, quiero darte placer —digo con mi voz a punto de colapsar porque estoy a punto de correrme otra vez.

—Quéjate, grita, mi perra, córrete, mi puta rica; me estás volviendo loco, mi perra, vamos, córrete, que me corro —grita aumentando cada vez más sus movimientos.

Yo pongo mi culo aún más en pompa y me corro con un grito que no puedo contener. Jadeo como una verdadera perra de tanto placer y él se corre dentro de mí con su cuerpo pegado al mío. Mete los brazos por debajo de mí dejándome envuelta en ellos y mete su polla cada vez más fuerte con sus embestidas. Siento cómo se corre dentro de mí. Siento sus espasmos de placer mientras va saliendo su semen. Siento las contracciones de su polla dentro de mi chocho. Sus gritos en mi oído me confirman el inmenso placer que ha sentido.

—Sí, mi amor, mi perra, mi puta —grita cuando alcanza el clímax total de su excitación.

Se echa sobre mí y poco a poco se hace a un lado y su polla sale lentamente de mí. Está extasiado, está cansado, está complacido de tanto placer, al igual que yo. Me siento como nueva, renovada, no me reconozco. Estoy descubriendo una faceta de mí que no sabía que existía.

Los dos nos quedamos acostados sobre la alfombra sin decir nada, solo sintiendo nuestros cuerpos desnudos uno al lado del otro, extasiados. Él me coge la mano y se la lleva al pecho.

—Mi amor, qué afortunada eres de ser multiorgásmica —me dice girándose hacia mí y mirándome con una sonrisa de satisfacción.

—Definitivamente, sí, mi amor. Gracias a ti pude descubrir que eso es posible, y ¿sabes? Hasta he llegado a pensar que quizá todas las mujeres lo sean, pero, simplemente, aún no lo han descubierto, y la verdad que no saben lo que se pierden. Es tan rico experimentar todo esto —le confieso incorporándome un poco y dándole un beso en el pecho.

—Es verdad, amor. Tal vez tengas razón. Hay muchos hombres que ni siquiera saben si su mujer llega a alcanzar un orgasmo porque, en su mayoría, buscan solo su propia satisfacción, y eso está mal porque la mujer necesita ser estimulada para sentir, para excitarse, para disfrutar realmente del sexo. Yo ya te he contado todo lo que yo he hecho para ser un buen amante, para poder satisfacer a una mujer.

—Claro, mi amor, es muy difícil que uno quiera tener sexo así, sin más. Las mujeres necesitamos que nos toquen, que nos acaricien y que provoquen en nosotros esas sensaciones que nos llevan a la locura.

—Sí, claro, amor. Yo, cuando era adolescente, investigué mucho sobre eso y practiqué muchas cosas que me ayudaron a mantener la erección durante horas y poder complacer a una mujer. Por ejemplo, cuando me excitaba, ya sea mirando algún vídeo o película, cuando estaba en la máxima excitación, me ponía en la polla una toalla mojada en agua fría y repetía el proceso varias veces. Otras veces, cuando estaba excitado, me ponía una toalla y empezaba a mover la polla de arriba abajo como haciendo pesas con la polla, y eso me ha ayudado mucho a mantener la erección, la verdad, porque, haciendo eso, me tiraba horas practicando cada día.

—Con razón tienes tanto aguante, amor, si te lo has currado mucho.

—Es que para mí el placer es muy importante, pero más importante para mí es complacer a una mujer.

—Y vaya si sabes hacerlo, mi amor —le digo tirándome encima de él y besándole. Él se ríe y me abraza y también me da un beso.

—Mi amor, usted no se queda atrás. Hoy me ha vuelto loco con todo lo que me has dejado hacer.

—Y lo que falta, mi amor —le digo con la sonrisa más pícara que puedo sacar—. Por cierto, mi amor, deberíamos intentar dormir. Mañana tenemos la reunión y tendremos que tomarnos varios cafés para resistir la jornada si no dormimos bien —le recuerdo levantándome de su lado. Él me hala hacia él, quedo acostada sobre su pecho y me acaricia el pelo.

—Gracias, mi amor —susurra con suavidad—. Gracias por esta noche, la he disfrutado como nunca.

—Gracias a ti, mi vida, por complacerme en todo y por hacerme tan feliz siempre. Te amo.

—Yo te amo más, mi cielo.

Ambos nos metemos a la ducha y nos bañamos juntos. Nos metemos a la cama; me meto entre sus brazos y siento su cálido abrazo. No tardamos mucho tiempo en quedarnos dormidos.

Nos levantamos tarde. Son más de las 10 de la mañana. Ambos estamos muy agotados después de la noche de ayer. Yo me despierto primero y me voy a la cocina a preparar el desayuno para Steve. Me encanta andar en pijama en mi casa. Es tan cómodo mi pijama de seda; es cálido y suave.

Le preparo a Steve un zumo de frutas y yo me preparo un café. Pongo un poco de música y bailo concentrada en lo que estoy haciendo.

Siento que Steve me rodea la cintura con los brazos y me besa el cuello. Yo giro mi cara y le beso. Él mete su mano por debajo de mi camisa y acaricia mis tetas mientas besa mi cuello. Sabe perfectamente que eso me vuelve loca. Yo sigo sacando el zumo de la máquina. Cierro los ojos y me dejo guiar por sus manos, que, poco a poco, se mueven por debajo de mi camisa. Va bajando poco a poco hasta llegar a mi cintura. Mete las manos por debajo del pantalón del pijama y va descendiendo hasta mi entrepierna. Toca mi coño caliente por encima de las bragas y aprieta mi clítoris sin dejar de morderme el cuello. Yo gimo y dejo de hacer lo que estoy haciendo para prestar atención a sus caricias. Abro mis piernas y le doy vía libre para que toque todo lo que quiera.

Él entiende mi aviso y sigue bajando su mano. Hace a un lado mis bragas y poco a poco mete sus dedos dentro de mi coño ya mojado.

—Qué rico —me susurra al oído mientras mete su legua en él. Yo pongo mis manos en la isla de la cocina y me inclino hacia atrás pegando más mi cuerpo al suyo. Él me aprieta más a su cuerpo y sigue masturbándome.

De pronto, saca su mano de mi coño y me gira. Me levanta y me sube sobre el desayunador de la cocina americana. Yo lo abrazo por el cuello y lo beso. Él se separa de mí y me inclina hacia atrás para acostarme. Sin decir palabra, entiendo lo que quiere y me echo hacia atrás. Él me hala el culo para que quede a la orilla del desayunador, a la altura de su cintura, y me quita el pantalón, pero no me saca las bragas. Tira el pantalón al suelo y me separa las piernas poniendo mis pies al borde. Yo abro las piernas todo lo que me es posible en esa posición y mi coño queda totalmente expuesto ante sus ojos. Me mira con lujuria y deseo. Vuelve a hacerme a un lado las bragas y se agacha a chuparme. Pasa su lengua por mi clítoris y no puedo hacer otra cosa más que gemir. Me retuerzo y él continúa.

Baja su lengua hasta mi coño, la mete y la saca, absorbe mis jugos y traga.

—Estás deliciosa, mi vida —dice metiendo dos dedos dentro de mí, Yo sigo gimiendo. Si sigue así, voy a correrme dentro de nada. Mueve su lengua en el clítoris. Hunde su cara por completo en mi vagina y coge mis piernas con ambas manos. Su lengua va a una velocidad alucinante. Yo cojo su cabeza y me muevo con locura. Jadeando y gritando, me corro en su cara y en su boca. Los espasmos de mi cuerpo hacen que coja su cabello y se lo hale, apretando aún más su boca en mi coño. Él siente mi orgasmo y me lame de abajo arriba y se traga todos mis fluidos.

Siento que estoy sin fuerzas. Me quedo tumbada un rato, pero él me coge de la mano y me baja.

—Te toca —me dice sacándose la polla supertiesa del bóxer—. Agáchate —dice casi como una orden. Yo le miro a los ojos y hago lo que me dice. Me coge de la coleta y me inclina la cabeza hacia atrás. Con la otra mano se coge la polla—. Abre la boca —me ordena. Yo la abro y saco la lengua.

Él me mete la polla de golpe hasta el fondo. Coge mi cabeza con ambas manos y folla mi boca a la velocidad que quiere. Siento que me ahogo e intento sacarla, pero no me deja. Siento arcadas

y me la saca. Me deja respirar un instante y me la mete de nuevo, esta vez, con más presión hacia la garganta. Me entra por completo y sigue moviéndose.

—Mírame a los ojos —me dice con su voz superexcitada. Yo lo miro. No puedo hacer otra cosa más que ver su cara de absoluto placer. Qué delicia ver su excitación.

—Voy a correrme en tu boca. Quiero que te tragues mi leche —me dice moviéndose con más velocidad. Yo saco su polla, que está casi ahogándome. Me alegro de no haber desayunado aún. Me da un respiro—. Aguanta porque voy a correrme —susurra lamiéndose los labios.

Mete su polla otra vez y yo cojo aire. Me folla rápido, fuerte, y siento cómo me la mete del todo gimiendo mientras va sintiendo los espasmos de su corrida. Noto cómo su polla se contrae y va dejando su semen dentro de mi garganta. Aún con su polla en el fondo, trago varias veces y poco a poco él va sacándola. Se inclina hacia atrás mirando al techo mientras sigue quejándose.

—Qué delicia, mi amor, me tienes loco —dice ayudándome a levantarme.

Yo me lamo los labios e intento besarlo. Él se hace a un lado.

—Yo me como lo suyo y usted lo mío —dice riéndose. Yo también me río. Me levanto y me pongo el pantalón. Termino de hacer el desayuno y se lo sirvo en el desayunador en el que unos minutos atrás me estaba chupando el coño de lo más rico. Sonrío al pensarlo.

Cumpleaños de Marcos

Es casi la hora de irnos a la cena del cumpleaños de Marcos. Hana me ha enviado un mensaje con la dirección del lugar donde vamos a cenar.

Los dos vamos muy bien vestidos. Steve lleva unos vaqueros azules que le sientan genial y una camiseta de manga corta, roja, pegada al cuerpo. Qué rico verlo así de sexi, se le marcan todos sus atributos. Me muerdo los labios al ver lo atractivo que se ve.

Llevo un mono negro de *short* con medias negras, casi transparentes, y unos botines de tacón de aguja, negros también, con un abrigo azul marino y el bolso a juego con el abrigo. Mi pelo, ondulado.

Llegamos al restaurante y vemos que ya han llegado varios de los invitados, entre ellos, Vania. Nos acercamos y saludamos a todos los de la mesa. Felicitamos a Marcos y entregamos el regalo que llevamos para él.

Llegan dos invitados más, amigos de Hana y Marcos, a los que hemos visto algunas veces. Yo me siento al lado de Vania para conversar con ella. Steve se sienta a mi lado y queda cerca de Marcos.

Vania me cuenta sobre cómo están ella y sus niños. Yo también le cuento sobre los míos.

—Te cuento que tenemos planeado mañana hacer pícnic en el parque. No sé si te gustaría venir con los niños. Llevaremos comida y chucherías para pasar allí la tarde.

—Estaría estupendo, a los niños les encantará la idea.

Pasamos la cena entre risas y conversaciones con los invitados. Nos tomamos unas copas de vino y brindamos por Marcos. Cantamos el cumpleaños feliz y partimos la tarta con él. Marcos, como en cada reunión, cuenta varios chistes y todos nos reímos de sus locas ocurrencias.

—Mi amor, ¿quieres que nos vayamos a bailar? —me pregunta Steve—. Hace tiempo que no salimos de fiesta. Este sería el momento, si tú quieres.

—Claro, mi amor, sería genial. Ya estoy oxidada, pero hacemos un intento —le respondo con una enorme sonrisa y le doy un beso.

—¿Tú te apuntas, Vania?

—¿Adónde iréis? —pregunta ella.

—Pues a alguno de los garitos que están de moda. Preguntaremos a los chicos, a ver si nos recomiendan alguno.

—Vente, te lo pasarás bien —le digo animándola.

—Vale, vamos —acaba respondiendo ella con su bonita sonrisa.

—Chicos, nosotros nos vamos. Nos iremos de fiesta. Si alguien se apunta, podéis veniros.

—Nosotros nos apuntamos, ¿verdad, cariño? —le dice Marcos a Hana—. Tenemos que seguir celebrando mis 15 —dice riéndose a carcajadas. Hana asiente y se ríe también.

—Bueno, os mandamos ubicación —les respondo mientras voy poniéndome el abrigo. Vania también se pone el suyo y ambas nos despedimos de los demás. Caminamos a la salida del restaurante.

Salimos hacia nuestro coche y, casualmente, hemos aparcado justo al lado del de Vania.

—Nos vemos allá —dice ella subiéndose a su coche.

—Genial, allá nos vemos —respondemos.

Llegamos a la discoteca y entramos. Nos dan una mesa que está en la parte superior. Vania no tarda en llegar y le hacemos señas para que nos vea.

Nos pedimos una botella de Brugal con gaseosa. Yo sirvo tres copas y le ofrezco una a Vania. Ella la coge y se lo agradece. Paso la de Steve y cojo la mía.

Al poco tiempo, veo que llegan Hana y Marcos y se dirigen hacia nosotros. Se sirven una copa también. Ellos corren a la pista; les encanta bailar salsa.

Después de dos canciones, vuelven y se sientan. Marcos se pone a hablar con Steve y Hana se acerca a nosotras.

—Vamos a bailar —dice Hana en mi oído.

—Vale, pero vamos las tres para no dejar a Vania sola —le respondo.

—Sí, claro, las tres.

Ahora está sonando música electrónica y Hana me coge la mano y me hala. Yo cojo la mano de Vania y le hago señas de ir a balar. Ella se levanta y las dos seguimos a Hana. Steve me mira y sonríe. Yo le guiño el ojo.

Las tres bailamos y disfrutamos mucho.

Nos terminamos la botella entre los cinco.

—¿Pedimos otra más? —pregunta Steve a los demás.

—Yo ya casi me iré, mañana hay plan con los niños y no quiero desvelarme tanto —dice Vania.

—Mi vida, deberíamos hacer lo mismo, mañana es día en familia.

—Solo un rato más, chicas, por favor. Lo estamos pasado genial, créanme que mañana disfrutaremos un bonito día en familia. Son apenas las tres, nos vamos a las cinco —suplica Steve con su sonrisa hermosa. No hay forma de decirle que no—. Vamos, no sean aguafiestas

—Vale, mi amor, solo un rato más y una copa más —le digo con una sonrisa.

Steve pide otra botella, me coge de la mano y me lleva a la pista. Suena una bachata muy bonita. Me encanta bailar con él así, pegaditos. Es hora de poner en práctica las clases de baile que hemos recibido. Hacía tiempo que no bailábamos. Él me abraza por la cintura y me dirige bailando de forma muy sensual.

—Mi amor, todos estos días han sido maravillosos. Gracias por hacerme pasar momentos tan ricos. De verdad que me estás volviendo loco con tanta cosa. Te amo, mi vida, eres la mujer perfecta para mí. Eres mi loca hermosa —me susurra al oído. Yo le beso.

—Mi amor, tú también eres increíble. Eres un hombre excepcional. No todos los hombres se permiten experimentar cosas con sus parejas. A veces, el machismo no les deja ni siquiera permitir que su pareja tenga juguetes eróticos, y tú eres diferente, te gusta todo. Algunas amigas me han comentado que, debido a esa actitud de sus parejas, se sienten tentadas a buscar en otro sitio lo que no tienen en casa; de la misma forma pasa con los hombres.

—Es cierto, amor, la mayoría de los hombres son infieles porque a sus parejas no les gusta siquiera hablar de temas así.

Siento que una mano me toca el hombro. Son Hana y Vania. Las dos volvieron a la pista.

—Se lo están pasando muy bien —comenta Steve.

—La verdad es que sí, se lo pasan genial. Me alegro por Vania. Le viene muy bien salir a distraerse.

—Mi amor, te dejaré que bailes con ellas. Me iré yo con Marcos, que lo dejaron solo.

—Vale, amor, no te preocupes, me pongo a bailar con Vania y Hana.

Entre risas, charlas y bailes, se nos hacen casi las cinco.

—Ahora sí que me voy. Necesitaré descansar un poco antes de salir con los niños a la calle —dice Vania cogiendo su abrigo y poniéndoselo.

—Te irás en taxi, ¿verdad? Así como estás no puedes conducir. Vamos, te acompaño a que cojas un taxi —le digo cogiéndola por el brazo.

—Mi amor, vámonos de una vez nosotros también, así cogemos el mismo taxi que Vania, la dejamos a ella en su casa y luego nos vamos a la nuestra —dice Steve parándose del sofá.

—No hace falta que os molestéis —responde Vania.

—Ah, no, eso no es negociable. Lo que dijo Steve es lo que haremos —le ordeno cogiendo yo mi abrigo y mi bolso.

Nos despedimos de Hana y Marcos. Ellos aún se quedan bailando.

Nos dirigimos a la salida de la discoteca. Yo voy cogida del brazo de Vania. Nos paramos en la avenida y no tarda mucho tiempo en llegar un taxi. Steve lo llama y nos subimos los tres.

—Buenas. ¿Podemos llevar primero a la señorita y luego nos puede dejar a nosotros? —pregunta Steve.

—Sí, claro, señor —responde el taxista encendiendo el taxímetro. Vania da su dirección.

Ella se recuesta en mi hombro. Vamos un poco pasadas de copas. Hacía tiempo que no tomaba así, y, al parecer, Vania tampoco. Se le ha subido. Yo le cojo la cabeza para que no se le vaya de lado.

Llegamos a casa de Vania, Steve se baja con ella y espera a que entre en su casa para subirse de nuevo al taxi.

La dejamos en su casa y nos vamos tranquilos a la nuestra. Siento demasiado sueño. El alcohol me adormece. Me recuesto en el hombro de Steve y él me abraza. Protege también mi cabeza para que no se me caiga. Llegamos a casa. Steve le paga al taxista y le deja el cambio del billete que le da.

Siento que los ojos se me cierran del sueño. Me quito los zapatos en la puerta de la casa y subo las escaleras descalza. Adoro la sensación de andar así por la casa.

Subo, me pongo el pijama y me desmaquillo. Me lavo la cara y me meto en la cama sin taparme. Me quedo dormida enseguida. A lo lejos siento el beso cálido de Steve y noto cómo la sabana calentita cubre todo mi cuerpo. Steve se acuesta a mi lado y me abraza.

Día de pícnic

Me hago la perezosa en la cama. Tengo un poco de resaca por las copas de anoche. Veo la hora en el móvil: son casi las once de la mañana. Steve sigue dormido. Tenemos que ir a por los niños a casa de la madre de Steve; a estas horas, ya estarán preparados.

Steve está de espaldas a mí. Yo me acerco y empiezo a besarlo por detrás. Me doy mordisquitos hasta llegar a su cuello. Él se gira hacia mí, me abraza y me da un beso.

—Buenos días, mi amor. ¿Qué hora es?

—Buenos días, cielo mío. Son casi las once. Creo que va siendo hora de levantarnos.

—Sí, amor, hemos quedado en pasar la tarde con los niños y debemos cumplir con ellos. Yo sé que la cama está rica, pero debemos movernos —me dice inclinándose hacia mí y dándome un beso.

—Lo sé, mi amor —le respondo sentándome en la cama.

Me levanto y me voy al baño a darme una ducha. Steve se levanta también y se mete al baño. Se lava los dientes mientras yo me ducho.

—Amor, hace un momento Vania me envió un mensaje. Dice que ella está lista, que a qué parque iremos. Yo le dije que al lago de los patos y que nos encontremos allí.

—Genial, amor. Pues dile que lo que tardemos en recoger a los niños y llegar. Será dentro de una hora más o menos.

—Sí, eso le he dicho. Dijo que nos esperará allá.

Salgo de la ducha y enseguida se mete Steve. no queremos perder mucho tiempo.

Me pongo unos vaqueros azules y una camisa amarilla con unas zapatillas blancas. Necesito comodidad después de casi toda la noche en tacones. Me duelen un poco los pies. Hacía demasiado tiempo que no bailaba. Me sentía dura para bailar.

Bajo a la cocina y preparo dos cafés: el mío, americano, y a Steve le preparo un cortado.

Al poco rato, baja Steve vestido con un vaquero azul también y una camisa blanca y zapatillas negras.

Le sirvo el café y él me lo agradece. Salimos y vamos a recoger a los niños. Menos mal el día anterior dejamos preparada la cesta del pícnic con cosas para picar y la hielera lista con las bebidas. Steve les pone hielo y nos vamos.

Los niños están listos y contentos. Nos abrazan muy felices y se despiden de los abuelos. Nosotros saludamos y, de la misma, nos despedimos de ellos. Les agradecemos por toda la ayuda que nos brindan.

Les contamos a los niños que vienen Vania y sus hijos y los tres gritan contentos. Al llegar al parque, llamo a Vania para ver dónde se han instalado.

—Tienes que cruzar el lago. Mira hacia el frente, estamos por donde hay una barca de madera.

Volteo para mirar hacia allí y ya sé dónde están. Justo la miro a ella levantando la mano.

—Ya te vi. Vamos hacia allí. —Cuelgo el teléfono.

Saludamos a Vania y los niños se saludan entre ellos. Se ponen a jugar con una pelota que Vania ha traído. El más pequeño es el que menos la toca, aún es demasiado pequeño para seguir

el ritmo de los demás. Nosotros nos vamos a la zona del césped y ponemos la manta que hemos traído. Sacamos todo de la cesta y ofrecemos bebida a Vania. Ella acepta una gaseosa.

—¿No prefieres una cerveza? —dice Steve en tono de broma.

—No, ni hablar, me duele la cabeza, me siento de resaca —responde ella con su bonita sonrisa.

—Yo también ando así. Me siento como zombi. No quería levantarme para nada, pero los niños merecen disfrutar también.

—Ah, no, sí, claro, no podemos mentirles, si les decimos que haremos algo, lo haremos. Para la próxima que planeemos salir, nada de planes para el siguiente día; ya sabemos cómo acabamos. —Se ríe Steve.

—Sí, sin duda que sí —confirma Vania.

—Por cierto, Vania, ¿cómo te encuentras después de todo lo de Adam?

—Pues bastante mejor, la verdad. Ya no puedo remediar nada, de nada sirve lamentarme, aunque a veces siento que pude haber cambiado las cosas, pero ya nada hay que hacer.

—No vale la pena que te martirices. De todas formas, algo mejor llegará para ti, seguro —le consuela Steve.

—Así es. Él ha perdido a una mujer increíble como tú. Al final, todo pasa; solo es cuestión de tiempo —le digo tocándole el hombro.

—Sí, lo sé, gracias por vuestras palabras.

Los niños se acercan a pedirnos agua. Ya están sudando de lo que están corriendo. Steve se levanta y les da agua.

—Voy a jugar con ellos. —Sale corriendo detrás de los niños.

—Muy bien, amor.

Yo observo a Steve jugando con los niños. Me llena de ternura saber que estamos juntos criando a nuestros hijos y siento un nudo en el corazón al pensar cómo puede sentirse Vania. Yo nunca he pensado en una separación de Steve, ni en las peores discusiones se me ha pasado por la cabeza.

Lo cierto es que él jamás me ha dado motivos para dudar de él, y no sé qué haría en el caso de Vania. Aparto esos pensamientos de mi cabeza y vuelvo al presente, con Vania.

—Qué bonito cómo juega con los niños —dice Vania con nostalgia.

—Sí, es muy amoroso con ellos, la verdad es que es un excelente padre. ¿Te confieso algo?

—Claro

—Desde el día que te conocí he estado reflexionando sobre muchas cosas. Después de que me contaras los motivos de tu divorcio, me pregunté cómo íbamos en la relación Steve y yo. Hablamos sobre las cosas que llevan a un hombre a ser infiel y me he atrevido a preguntarle a Steve qué opinión tiene al respecto y me ha contado algunas cosas que se conversan entre hombres.

—¿Ah, sí? Ese tema me interesa. ¿Qué te ha dicho?

—Las principales razones que me dio fueron la monotonía, la rutina y la falta de comunicación, y no se trata de conversar sobre lo que le sucede al otro, sino de la falta de confianza en que a la mayoría de los hombres les gustaría hacer ciertas cosas que muchas mujeres no tolerarían e incluso no dan pie ni siquiera a hablarlas.

—¿Como qué cosas? ¿Te dijo alguna?

—Sí, me dijo que la mayoría de los hombres tienen muchas fantasías sexuales y que muchas veces la mujer no les deja ni expresar lo que sienten, quieren o les gustaría experimentar. Hay

personas de mente muy cerrada que, por miedo a la crítica o miedo a que lo que les digan sea pecado, no abren su mente a nuevas posibilidades.

—¿Sabes? En eso tiene razón. Te lo digo según mi propia experiencia. Yo, hasta ahora, me he considerado una mujer con muchos prejuicios porque fui criada bajo unos principios morales muy arraigados. Por ejemplo, cuando dicen que la única función del sexo debe ser procrear, hasta cierto punto, me lo creí. Siempre pensé que la masturbación es pecado, y cosas así muchas que aún tengo en mi cabeza, y ahora, después de mi separación de Adam, empiezo a cuestionarme todo eso. Si es pecado, ¿por qué la mayoría de la gente se arriesga a vivir una vida condenada, solo por placer?

—A decir verdad, yo no pertenezco a ninguna religión, aunque, igual que tú, fui criada bajo muchos principios morales que te hacen sentir que, al hacer ciertas cosas, estás fallando a Dios, como lo que tú dices de la masturbación.

—Yo te confieso que, como mucho, me he masturbado dos veces en mi vida, y después me he sentido muy mal, llena de culpa y con vergüenza hacia mí misma y hacia mi marido.

—Te comprendo porque yo estaba igual. Para mí, esa y muchas cosas eran pecado, pero ¿quién pone las reglas de la vida? Nos enseñan a vivir como quieren que vivamos, la sociedad nos dice cómo tenemos que ser, y si nos salimos de los estándares normales en la sociedad, ya somos inadaptados, raros y rebeldes. Entonces, ¿dónde está la libertad de ser uno mismo? Si en todos los aspectos de tu vida te dicen cómo debes ser y cómo tienes que vivir.

—Tienes razón, no lo había visto desde ese punto de vista, y en los tiempos que corren muchas personas han decidido su propia forma de vivir la vida.

—Nosotros estamos ahora en ese punto en que vamos a vivir todo lo que deseemos vivir, sin temor al qué dirán, porque, al final, la vida es tuya y tus decisiones son tu responsabilidad, y pienso que siempre que no hagamos daño a nadie más, vamos a vivir nuestra vida de la mejor manera posible.

—Vaya, qué buen punto. Si yo hubiese pensado de esa manera, mi vida sería diferente. Ahora estoy pensando en todo el tiempo que he perdido dejando de hacer cosas siempre por el temor de lo que diría mi familia, mis amigos o, como tú dices, la sociedad. El miedo a la crítica es terrible.

—Sí que lo es, pero no debemos dejar que eso nos frene. Al final, la vida solo son momentos y debemos elegir cómo queremos vivirlos y hacer todo aquello que nos haga felices.

—Ahora mismo, me has hecho ver la vida de diferente manera. Creo que me había encerrado en un mundo en el que la felicidad no existía, pero me gusta tu forma de pensar.

—Yo, de un tiempo para acá, he leído muchos libros y he aprendido muchísimo sobre el ser de uno mismo y, a raíz de eso, he cambiado mi forma de pensar. Steve y yo hemos recuperado la confianza que habíamos perdido, la pasión que se nos había escapado; hemos vuelto a renacer en todos los sentidos. Creo que cada día vamos mejorando como personas, como amantes, y nuestra regla de oro es no hacer daño a nadie y hacer todo aquello que nos haga feliz.

—Me parece perfecto. Como tú dices, al final la vida son momentos. Hoy estamos y mañana no sabemos.

—Una vez escuché una frase que me encantó. Dice que la vida son tres días y ya pasaron dos, solo nos queda el ahora.

Vania sonríe y asiente a lo que le digo. En ese momento, llega Steve con los niños. Todos se sientan en la manta y empiezan a pedir la comida.

Vania y yo les servimos a todos y a nosotras. La tarde es muy amena. Jugamos nosotras también al futbol con los niños y al pillapilla. Damos de comer a los peces y a los patos del lago

y vemos el atardecer todos juntos. Aún hace un poco de frío, así que nos vamos a casa antes de que anochezca por completo.

Llego a la oficina como todos los lunes y preparo los documentos que necesito para mis casos de hoy. Tocan la puerta de mi despacho.

—Pase —respondo.

—Buenos días. ¿Cómo estás? —dice Vania caminando hacia la silla que está enfrente de mi escritorio, y se sienta.

—Bien, ¿y tú cómo estás?

—Bien. Ayer me quedé pensando en todo lo que hablamos en el parque. ¿Estás ocupada? ¿Prefieres que venga en otro momento? —pregunta con inquietud.

—No, tranquila, no te preocupes, ya tengo lo que necesito listo, solo déjame que organice por prioridad y hablamos con calma.

—Genial. En eso, voy a por dos cafés. ¿Americano?

—Sí, por favor, con una de azúcar —respondo con una sonrisa.

Vania sale del despacho y yo organizo lo que tengo que organizar. Unos minutos después, regresa con dos cafés y vuelve a sentarse.

—Ajá, estuviste pensando —le comento sentándome y cogiendo mi café—. Parece que cada vez tenemos más confianza para contarnos cosas.

—Sí, en la forma en que ahora ven la vida. Me ha gustado mucho y me he estado cuestionando muchas cosas, entre ellas, la de la falta de confianza en una pareja, y creo que esa es en la que más fallé en mi matrimonio, porque cada vez que Adam quería que hiciéramos algo nuevo sexualmente hablando, yo siempre salía con mis miedos y mis prejuicios, nunca salí de lo tradicional, y quizá eso hizo que se decepcionara conmigo y buscara en otra lo que no tuvo conmigo.

—Es bastante probable que sí, aunque él debió decirte las cosas antes de tomar el camino de la traición, pero bueno, no vamos a juzgar a nadie. Como mujeres, podemos despotricar en contra de los hombres y decir que todos son iguales, pero simplemente con eso no ganamos nada, es gastar energías en vano. Mejor pensemos en cómo podemos cambiar, ser mejor cada día y buscar nuestra felicidad.

—Claro. Yo es que ya acepté lo que pasó, y aunque de momento no estoy pensando en otra relación, tampoco me cierro, y si llega, pues lo disfrutaré sin más y ya no cometeré los mismos errores que antes.

—Me parece bien. Además, podrías empezar por conocerte a ti misma, en todos los sentidos. Así, cuando llegue la oportunidad de tener otra relación, sabrás lo que quieres y lo que te gusta, y si esa persona no te aporta lo que deseas, pues ya llegará la persona indicada para ti.

—¿A qué cosas te refieres con conocerme? Aconséjame, por favor —me suplica.

Yo me río al ver la cara que pone.

—Una forma de empezar a conocerte a ti misma es explorar tu cuerpo por medio de la masturbación. Por ejemplo, ¿sabrías decirme cómo llegas al orgasmo? ¿Te consideras vaginal o clitoriana?

—Ah, no, sinceramente, no sabría responder con exactitud a esa pregunta.

—Entonces, empieza por eso. Puedes hacerlo con las manos o con un juguete sexual, un vibrador y cosas así. Ahora mismo existe una inmensa cantidad de juguetes. Puedes elegir el que creas que más sensaciones puede causar en ti.

—Uf, es como hablar en chino. No tengo ni idea de nada de eso. ¿Puedes ayudarme? —me pide sonrojada.

—Claro. Mira, te diré lo que me he comprado hace poco con Steve y los que he probado, y luego tú ya eliges. —Giro mi ordenador hacia ella y en el buscador escribo «juguetes sexuales». Enseguida aparece una gran lista—. Yo tengo este —le digo señalando el vibrador de conejo—. También este. —Le señalo el que yo llamo micrófono—. Este, que es anal —sigo mientras la miro a los ojos.

—¿Anal? —pregunta ella con su mirada superexpresiva, sorprendida.

—¿Nunca lo has intentado por allí?

—No, siempre me negué, me parecía algo sucio y depravado.

—¿En serio? —le respondo con mi cara de sorpresa. Sabía que era de mente cerrada, pero no hasta ese extremo—. Pues, sinceramente, no sé ni qué decirte.

—Lo sé. Soy una frígida —se lamenta con decepción.

—No, tranquila, no tienes que darme explicaciones. Yo te digo lo que hay y ya tú decides lo que quieres probar. Todos los que te he señalado los he probado y están increíbles. Con el anal estamos en ello aún, es algo que lleva su tiempo, pero, si te animas, puedes probarlo a solas o acompañada, eso, como tú decidas.

—Pues mira, yo quiero lanzarme con todo a este mundo de infinitas posibilidades. Me los pediré *online* porque me da vergüenza ir a un sitio de esos, jamás he ido.

—Bendita tecnología —le digo sonriendo—. Mira, puedes pedirlos ahora desde aquí. —Giro el ordenador y le pongo todos los artículos en la cesta de la página—. Solo tienes que poner los datos y listo, mañana los tienes en casa, y ya me contarás. —Le lanzo un guiño.

—Qué vergüenza. Jamás imaginé hablar de estas cosas con nadie.

—Por mí ni te preocupes, que yo no juzgo a nadie. Es más, si en algo puedo ayudar a que las personas sean más felices, lo hago. Steve y yo llevamos unos meses de locura experimentando muchas cosas. Yo estoy haciendo lo posible por cumplir todas sus fantasías, y él cumple las mías.

—¿En serio? ¿Y me podrías contar algunas? —pregunta ella tapándose la cara en señal de vergüenza.

—Por ejemplo, eso de los juguetes eróticos. Él muchas veces me lo dijo y entre una cosa y otra, no lo habíamos hecho y dejamos que la rutina se apoderara de nuestra relación por mucho tiempo, pero de un tiempo acá hemos dado un vuelco total a nuestra relación en todos los sentidos. Ahora, cada fin de semana, hacemos algo diferente. Este finde que viene le tengo preparada una sorpresa. Es una fantasía que él me dijo que tiene y este fin de semana se la voy a cumplir.

—¿Se puede saber de qué se trata? —pregunta con impaciencia.

—Por ahora, no te la puedo decir, pero, cuando pase, te lo contaré, dalo por hecho.

—Vale. Si no me la cuentas, te molestaré hasta que lo hagas. Me has dejado con la curiosidad.

—No te preocupes, que te la contaré seguro.

—Bueno, más te vale. Vale, voy a pedirme esto y voy a probar a ver qué tal y también ya te contaré.

—En cuanto los pruebes, tienes que contarme. Por cierto, te agregué a la cesta un lubricante, aunque si te pones un vídeo X o lees algún libro o relato erótico, seguro te prendes al punto del deseo.

—Sí, eso estaba pensando. Tendré que hacerlo de esa forma para ir entrando a este mundo,

porque uno solo no es lo mismo que acompañado.

—Claro, no es lo mismo, pero, de igual forma, disfrutarás, ya verás.

—Listo, ya está, pedido. Esta tienda *online* tiene hasta los datos de mi tarjeta guardados, ya no hace falta ni volver a ponerlos —dice girando el ordenador hacia mí.

—La tecnología, amiga mía —le respondo de forma dramática. Cuando veo la página, confirmo que ha hecho el pedido.

—Bueno, te dejo continuar con tus cosas. Yo voy a seguir con lo mío. —Se levanta de la silla y camina hacia la puerta—. Nos vemos luego —se despide y cierra la puerta.

Es tan sexi. Por un momento me quedé mirando sus caderas. Camina con sensualidad, aparte de lo hermosa que es. Aún pienso en cómo Adam pudo ponerle los cuernos a semejante mujer.

Me da mucho gusto que ella quiera buscar cosas diferentes también, así, cuando llegue la persona indicada, sabrá disfrutar de mejor manera su vida en pareja.

Me levanto de la silla y me voy hacia el despacho de Steve. Toco la puerta.

—Adelante —responde.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás? ¿Estás ocupado? —pregunto desde la puerta para no interrumpir lo que está haciendo.

—Pasa, mi amor, para ti nunca estoy ocupado —responde y deja de hacer lo que estaba haciendo.

—Tan lindo, mi vida. —Me acerco a él y le doy un beso. Él me coge por la cintura y me besa con pasión. Yo lo abrazo por el cuello y me dejo llevar por ese rico beso lleno de amor y deseo.

—Estás preciosa, mi amor —dice mirándome de pies a cabeza. Le encanta que me ponga vestidos o faldas, aunque para la oficina siempre me las pongo decentes, que es como llamo yo a las que me quedan por debajo de la rodilla. Esta vez llevo un vestido verde esperanza pegado al cuerpo, hasta las rodillas. Llevo las medias que llegan hasta la mitad de la pierna, tacones de charol negros de punta abierta y siempre mi pelo negro azabache suelto, largo y liso.

—Gracias, mi amor; como siempre, tú tan bello.

Vuelve a besarme y esta vez va bajando su mano derecha hasta mis piernas. La mete debajo del vestido y recorre la pierna hasta llegar a mis caderas.

—Uy, qué rico. Si se puso las medias que me encantan… Usted ha venido a provocarme, señorita —dice en tono sexi.

—Bueno, podría decirse que sí —le respondo con una sonrisa superpícara.

Él sonríe, besa mis mejillas y baja hacia mi cuello. Mete la lengua en mi oreja y yo me estremezco. Él sabe que eso me pone a mil. Siento cómo mi vientre empieza a arder de deseo.

—No siga si no quiere que me lo folle aquí mismo —lo reto porque eso es lo que deseo, que siga.

—No me rete, señorita. Sabe que siempre va a perder contra mí —responde cogiendo mi mano y me la pone sobre su polla por encima del pantalón. Está superdura—. Mire cómo me tiene con solo sus besos y ver lo sexi que está —susurra en mi oído.

—Mejor ni le digo cómo me tiene a mí porque va a echar fuego esta oficina —le comento entre gemidos. Él sigue su camino debajo de mi vestido. Yo separo un poco las piernas y él me toca el coño por encima de las bragas. Yo gimo en su oreja, él sigue y hace a un lado mi tanga negro. Me toca el clítoris y yo me pego más a él si es posible; me mete los dedos en el coño mojado.

—Está usted muy excitada, señorita —afirma haciendo presión en mi coño

—Ya lo creo —le respondo entre gemidos en su cuello.

En ese instante, tocan la puerta y los dos nos sobresaltamos y nos separamos rápidamente. Yo

me acomodo el vestido y Steve limpia su mano con una servilleta que tiene sobre la mesa. Se sienta con las piernas cruzadas para ocultar su excitación. Yo cojo unos documentos y disimulo.

—Pase —exclama Steve un poco nervioso.

Vera entra con su bonita sonrisa.

—Disculpe, abogado, allí fuera hay un señor que dice tener cita con usted ahora. Me dice que es un poco urgente.

Steve me mira.

—Mi amor, ¿te importa si seguimos después con lo que estábamos haciendo? —Lo dice como si lo que estábamos haciendo fuese realmente importante. Bueno, sí, pero no para hacer esperar a nadie; peor ya cuando nos han interrumpido. Quiero saber qué le sucede a mi cliente.

—Claro, cielo, no te preocupes. Vuelvo en otro momento —le respondo. Le doy un beso y me voy.

—Dígale que pase, Vera, por favor.

—Ahora mismo —afirma Vera caminado detrás de mí. Yo me dirijo a mi despacho y ella, hacia donde está el cliente. Lo hace pasar al despacho de Steve.

Entro a mi despacho. Vaya mala suerte interrumpirnos en el momento preciso. Me siento y abro mi ordenador. Veo que aún está abierta la página de los juguetes eróticos. Si tuviese uno ahora mismo, me masturbaría con mucho gusto. En ese momento, se me viene a la cabeza lo que le dije a Vania sobre que le cumpliría a Steve una fantasía este fin de semana.

Pero ¿por qué esperar al fin de semana? ¿Por qué no cumplirla hoy? Es una de las ventajas de no depender de un jefe, que puedes coger el tiempo que necesites para tus cosas.

—Hoy es el día —me digo sonriendo.

Será un juego. Empiezo a planearlo todo. Me iré al menos una hora antes que él y prepararé todo. Me pongo manos a la obra.

Voy a la cocina a por un bote de agua. Está Hana sirviéndose un café.

—Hola, Hana, ¿cómo estás? ¿Qué tal la resaca de ayer?

—Buah, fatal, ni me la recuerdes. Nos fuimos casi a las 7 de la mañana. Íbamos borrachos; entre lo que bebimos en el cumple y luego en la discoteca, sentía morirme. Ayer, cuando me desperté, no hicimos nada, me quedé echada en el sofá todo el día, yo no sé cómo a los hombres no les da resaca. Marcos andaba como si nada hubiese pasado.

—Ya te digo, nosotros incluso nos fuimos de pícnic con los niños y Vania, y Steve, como si nada; yo andaba fatal, pero no podía decepcionar a los nenes.

—No, yo me muero si me hubiese tocado salir —comenta Hana riéndose.

—Te iba a llamar para que te vengas, pero me lo imaginé.

—De lo mal que andaba, ni siquiera te hubiese contestado el teléfono. —Se ríe aún más.

En ese momento, llega Vania.

—Reunión de chicas —dice con una sonrisa. es casi la hora de la comida y ya nos pica el gusanillo del hambre a todos.

—Por cierto, chicas, el viernes hay un concierto de música electrónica. Mi hermana y yo iremos, no sé si queréis apuntaros vosotras. ¡Nos lo pasaremos genial!

—Pues estaría genial. Hace tanto tiempo que no salgo a un concierto… Pero ¿vamos solo chicas o los chicos también?

—Lo que queráis. Yo se lo dije a mi hermana; ella viene sola.

—Yo me apunto —responde Hana sin pensarlo—. Pásame el *link* para comprar la entrada. Vamos solo chicas; así, dejamos a los chicos de niñeros —comenta riéndose.

—No te preocupes, ya las compro yo y ya nos arreglamos después —añade Vania en tono despreocupado.

—Genial —dice Hana—. Os dejo. Voy a terminar una cosa y después me iré a comer con Marcos, aunque no sé si le dará tiempo a volver porque, hasta el momento, no me ha dicho nada. —Sale de la cocina y se va hacia su despacho.

—Chao —nos despedimos Vania y yo a la vez.

Vania se sirve un té rojo.

—Me haré uno yo también. Necesito energías —digo riéndome.

—Eso me suena a picardía —responde Vania con sonrisa interrogante.

—La verdad, sí. ¿Recuerdas que te comenté la fantasía de Steve, que se la cumpliría este fin de semana?

—Sí, claro, lo recuerdo, Me tienes imaginando de todo —comenta ella con su risa traviesa.

—Pues no voy a esperar al fin de semana, se la haré realidad hoy. Voy a llamar a Diana para que se quede con los niños esta tarde noche y me iré con él a cumplir su fantasía, que mañana te contaré.

—Me estás haciendo sufrir —murmura riéndose.

—Mañana sabrás detalles —le aseguro riéndome pícaramente.

—Vale —dice, resignada. Caminamos hacia nuestros despachos. Ella entra al suyo y yo al mío.

Me siento y me pongo a escribir una carta para Steve en el ordenador mientras voy tomando mi té.

Para: Sr. Steve

Señor Steve, como en algunas ocasiones habíamos hablado sobre sus fantasías, esta noche quiero complacer especialmente una. Le dejo la descripción aquí de lo que se trata.

Esta noche jugaremos a que yo seré una chica de compañía para usted. Tengo reservada una habitación de hotel (abajo le dejo la dirección). Yo le estaré esperando en el bar de copas que nos gusta mucho, usted sabe cuál es. Allí haremos de cuenta que no nos conocemos y que usted contrata mis servicios para pasar unas horas con usted y podrá hacerme lo que usted quiera. Deberá pagar mis servicios, entre los cuales, le incluyo lo siguiente:

Servicios:

Sumisión
Anal
Juguetes eróticos
Felación a pelo (ambos sentidos, hago y me dejo hacer)
Cuerdas
Pinzas
Y lo que el cuerpo aguante

Mi tarifa por todo lo anterior es de 300 € la hora, y como usted ha solicitado 3, horas será un total de 900 € que puede pagar en efectivo al momento de llegar al hotel, que ya está reservado. La habitación está acondicionada con todo lo necesario para dar rienda suelta a sus más oscuros deseos y fantasías. Puede traer lo que desee: juguetes, aceites o lo que desee usar esta noche conmigo. Durante las horas contratadas, soy absolutamente suya, y puede hacer todo lo que desee, haré de su experiencia la mejor. Señor Steve, si usted está de acuerdo con todo lo anterior, lo espero a las 19:00 horas en el bar de la avenida Alameda, número 55. Sabrá reconocerme: llevaré una gabardina negra con bolso rojo. Estaré en la barra. Acérquese sin miedo. Recuerde que soy toda suya durante las 3 horas siguientes.

Cualquier duda, responda a este mensaje y, si está de acuerdo, responda sí o no.

Besos deliciosos y ansiosos de usted.

Saludos cordiales,

Su chica de compañía

Al terminar de escribir la carta, siento cómo mi vientre arde de deseo, de excitación, de nerviosismo. No sé hasta qué punto querrá llegar conmigo esta noche al venderme así hacia él, pero no me importa, estoy dispuesta a todo.

Se lo envío a su correo electrónico. No sé si lo va a revisar pronto, así que lo llamo por teléfono.

Él responde enseguida.

—Hola, amor.

—Hola, cielo, ¿estás ocupado?

—No, amor, estaba por ir a tu oficina a decirte que he quedado a comer con este cliente que vino hace un rato. Dice que tiene un proyecto que ofrecerme y creo que debo ir. Me pareció interesante lo que me comentó. No podré ir a comer contigo, amor, se lamenta.

—No te preocupes, tú has tus cosas. Entonces, ya no te veré porque hoy me iré pronto.

—¿Y eso? ¿Tienes cosas que hacer?

—Sí, tengo algo importante que hacer por la tarde.

—¿De qué se trata?

—Te envié un correo explicándote algunas cosas. Léelo, por favor, cuanto antes, es importante. Me respondes para saber que lo has leído. Tengo que dejarte. Le cuelgo para no darle tiempo a que me haga más preguntas.

Tengo que pensar en el atuendo de esta noche y cómo haré para organizar todo. ¿Llevo los niños a casa de mi madre, de mi suegra o llamo a Diana para que se quede con ellos en casa? Creo que lo mejor es que venga Diana a cuidarlos a casa. Así, ella les da la cena y los acuesta pronto, que mañana también hay cole.

Unos minutos después, recibo un mensaje de Steve.

—¿Hablas en serio, mi amor? Me he puesto malo solo de pensarlo.

Imagino que en ese momento en el que me escribió, su polla se puso dura de pensar en lo que pasará esta noche. Sonrío al pensarlo.

—Claro que va en serio. Ya tengo todo reservado.

—Madre mía, qué nervios me han entrado de repente y, a la vez, una excitación increíble. Gracias, mi amor. Nos vemos esta noche.

—Sigue el plan, así como te lo expliqué.

—Claro que sí, mi amor. Estas horas se me harán ternas. Te amo.

—Yo te amo más.

Estoy muy nerviosa. Siento cómo arde mi cuerpo de imaginar lo que vamos a hacer. Decido esquivar los pensamientos por ahora.

Me dirijo al despacho de Vania y toco la puerta.

—Pase.

—¿Saldrás a comer? —le pregunto desde la puerta, sin entrar.

—Sí, estaba por irme ahora mismo. Solo estaba respondiendo un correo a un cliente.

—¿Vamos juntas? Yo ahora voy a comer. Steve se fue con un cliente.

—Claro, vamos. —Coge su abrigo y su bolso. Nos dirigimos a la salida y nos despedimos de las chicas de recepción.

Entramos a un bar que está enfrente de la oficina. Casi siempre comemos allí cuando no traemos comida o cuando tenemos alguna reunión con alguien del despacho.

Yo me pido paella, que me encanta. Vania se pide potaje. Vemos entrar a Hana y le hacemos señas por si quiere sentarse con nosotras.

—Pensé que te habías ido a comer con Marcos como siempre, por eso no te dije nada.

—No, Marcos tenía un juicio y se ve que ha tardado más de lo normal porque aún no ha vuelto.

—Pues siéntate con nosotras si quieres —dice Vania sacando una silla a su lado.

Hana se sienta y el camarero coge su orden. Nos sirven a las tres a la vez.

—Por cierto, ya compré vuestras entradas, ahora os las mando. Así, cada una tiene la suya —comenta Vania.

—Muchas gracias, ahora te haré una transferencia —le agradezco.

—Yo también te haré transferencia —dice Hana.

—Sí, tranquilas, cuando podáis.

—¿Steve tampoco comió contigo? —pregunta Hana.

—No, tenía una comida con un socio. Creo que quiere proponerle un buen negocio. Ya veremos de qué se trata.

—Ah, qué bien, ya nos contarás —me responde Hana.

—Sí.

Comemos y volvemos a la oficina. Justo en ese momento entra Marcos.

—Hola, cielo —le dice Hana acercándose a él a darle un beso.

—Cariño, disculpa, se me alargó más de lo debido el juicio. Muerdo de hambre —le dice dándole otro beso.

—Te acompaño a comer. Yo ya comí con las chicas, pero te acompaño.

—Vale, cielo, vamos. —Los dos salen de la oficina

Vania y yo nos dirigimos a nuestros despachos.

—Ya nos vemos mañana, hoy me iré pronto, ya sabes, por lo de esta noche —digo riéndome.

—Vale, disfruta —me responde ella haciendo un gesto de picardía.

Dejo todo en orden. Cojo mis cosas, me despido de las chicas y salgo de la oficina. «Creo que lo mejor sería que llame a mi madre y le lleve a los niños, de esta forma, me llevo la ropa en una maleta y me visto allí, en su casa. Así, merendamos con ella los niños y yo. Sí, eso haré». Llamo a mamá. Su teléfono suena unas cuantas veces hasta que responde.

—Hola, mamá, ¿cómo está?

—Hola, cariño, bien, ¿y tú cómo estás?

—Bien, mamá. Esta tarde iremos a tu casa con los niños a merendar y te los dejaré un rato, tengo cosas que hacer por la tarde noche. Te agradezco si te quedas con ellos.

—Claro, cielo, ya sabes que puedes traerlos cuando quieras, no necesitas ni pedírmelo.

—Lo sé, mamá. Muchas gracias. Al salir del cole llegamos.

—Vale, cielo, nos vemos más tarde.

—Besos, mamá. —Cuelgo el teléfono.

Llego a casa, subo a mi habitación y pongo a llenar la bañera. Preparo la ropa con la que ir vestida y la meto en la maleta, que me llevaré a casa de mi madre. Me desnudo y me pongo el albornoz. Mientras se llena la bañera, bajo a la cocina y me sirvo una copa de vino. Quiero ir entonando un poco. Me meto a la bañera y me doy una ducha riquísima. Me depilo por completo. Disfruto mucho de la espuma mientras voy tomando el vino. Recuerdo los últimos encuentros sexuales con Steve: han sido increíbles y siento la necesidad de tocarme. Lo hago y masajeo mi clítoris recordando todo lo que hemos vivido estas últimas semanas, recordando la forma tan excitante en la que me ha tocado hoy en la oficina. Hubiese deseado que me follase allí mismo. Lástima que nos interrumpieron. Sigo disfrutando de mi cuerpo bajo la espuma.

En ese momento, suena mi móvil. Abro los ojos y veo que es un mensaje de mi madre

preguntándome si comprar pastas en la pastelería para merendar esta tarde. Termino de ducharme y me visto con unos vaqueros negros y zapatillas de deporte. Me seco el cabello. Me veo en el espejo; aun con vaqueros, me siento sexi. Me marcho al cole a por los niños.

Me bajo a esperarlos a la puerta del colegio y, cuando salen, los tres me abrazan y nos vamos a la casa de abuela.

Llegamos y mi madre los recibe con mucho amor, y ellos la abrazan también con gran cariño. Pasan al comedor y mi madre les sirve chocolate con leche y pastitas para merendar. Los tres están felices y encantados. Ella los ve con mucha ternura mientras ayuda al pequeño a tomarse la merienda.

Nos servimos un café y platicamos de trabajo y de los niños. Mi madre es una mujer cariñosa y muy buena madre.

Steve me manda un mensaje.

—Amor, estoy yendo a casa a vestirme y a por unas cosas que vamos a necesitar. Te veo donde hemos quedado. P. D.: Estoy nervioso, deseando verte.

—Genial, mi amor, también yo estoy nerviosa. Allí nos vemos. Besos.

Paso al baño de casa de mi madre y me llevo el maletín para cambiarme. Me maquillo superbién, con los ojos bien marcados y los labios rojo pasión. Me pongo un liguero con unas medias hasta por arriba de la rodilla, un sujetador con encaje negro supersexi; me pongo un vestido blanco de tirantes muy ceñido al cuerpo, corto, hasta el muslo, que casi se me ven las medias por debajo, unos tacones de aguja negros con el talón descubierto, muy altos. Me suelto el pelo y me pongo la gabardina. Son casi las 18:30. Me tengo que ir ya.

Salgo del baño con la gabardina cerrada para que no se me vea nada de lo que llevo dentro.

Me despido de mi madre y de los niños y me voy.

Cumpliendo la fantasía de Steve

Cojo el coche y llego al bar donde he quedado con Steve, no tardara mucho en llegar espero que llegue puntual y no antes, busco sitio para aparcar y entro al bar

—Buenas noches. ¿Puede ponerme una copa de vino rosado espumoso dulce, por favor?

—Claro que sí, enseguida se lo sirvo —responde la amable camarera detrás de la barra con su ropa nítida y su maquillaje perfecto. Me sirve la copa con mucha elegancia.

—Gracias. —Le sonrío.

—A la orden —responde ella devolviéndome la sonrisa.

A las 19:00 en punto llega Steve. Veo de reojo que entra por la pueta. Qué hombre tan hermoso. Viene con traje de pantalón, chaqueta negra y una camisa color vino de botones ceñida al cuerpo que resalta su figura bien definida. Dos botes sueltos le dan un toque supersexi y elegante. Trae un maletín en la mano derecha.

Me mira desde que entra. Ya sabe dónde tenía que buscar, yo disimulo mi nerviosismo lo más que puedo.

Se acerca con paso firme y saluda a la camarera.

—¿Puede ponerme una copa de Jack Daniels *on the rocks*, por favor?

—Ahora mismo se lo sirvo.

Yo lo miro y él me mira.

—Hola, Raquel, ¿cómo estás? —Se acerca a darme dos besos en la mejilla.

—Hola. Bien, ¿y tú?

—Ansioso por verte.

—Me da gusto saber eso, muchas gracias.

—¿Estás segura de hacer esto? —pregunta un poco nervioso.

—Sí, claro, más que nunca —le respondo con mucha seguridad.

—Eso me tranquiliza.

—Solo una cosa: no vamos a juzgarnos después por nada de lo que ocurra esta noche. Ni yo te juzgaré a ti ni tú a mí.

Steve coge un taburete de los que están a mi lado y se sienta.

—Claro que no, no tendríamos por qué hacerlo.

—Al final, todo se trata de cumplir nuestras fantasías y saciar nuestros deseos.

—Exacto, es lo que más deseo, poder complacerte en todo y que no me juzgues por desear cosas, y ahora que me estás ofreciendo todo esto, lo disfrutaré al máximo.

—Yo también.

—¿Y qué pasará después?

—Creo que ya hemos abierto un nuevo mundo, y esto solo puede ir a más, hasta sentir que hemos vivido todo lo que hemos deseado.

—Aún nos queda mucho por vivir.

—Sí, hemos empezado a tiempo. Siempre el hoy es el mejor momento, ni antes ni después.

—En eso tienes toda la razón. Y, entrando en materia, ¿qué puedo hacerte?

—Vía libre. Hago y me dejo hacer de todo. Si hubiese algo que no me gusta, te lo digo y paras, pero estoy abierta a todo.

—No sabes lo que me encanta todo esto. Me siento emocionado y nervioso a la vez.

—Ya somos dos los nerviosos. Estoy ansiosa por empezar.

—Haré que pases una noche increíble.

—Te prometo lo mismo.

—Pues, si quieres, vamos al hotel y nos volvemos locos. —Pide una botella de vino para llevar y salimos del bar. Nos dirigimos a su coche y salimos hacia el hotel.

—Me gustaría ver cómo vas vestida. ¿Podrías abrir tu abrigo? —me pregunta.

Sin decir nada, me desabrocho la gabardina y la hago a un lado, la bajo por mis hombros y me la quito.

Él me ve con la boca abierta y yo cruzo la pierna para que el vestido se me suba y vea las medias que llevo puestas. Él me observa, me toca la pierna por encima del vestido y lo va subiendo poco a poco. Nota el liguero sobre mis piernas y se muerde los labios con un gemido.

—No puedo aguantar mucho más. Necesito tenerte en la cama y poder hacerte de todo. No te imaginas cuántas cosas tengo pensadas hacer.

—Pues vamos ya. Yo también estoy ansiosa —le respondo mordiéndome también los labios. Arranca el coche y salimos rumbo al hotel.

En cada semáforo en rojo me besa con mucha pasión y me toca las piernas, aunque no pasa de allí. Imagino que quiere esperar a llegar al hotel. Se nota su excitación. No me hace ningún comentario de nada, está muy metido en el papel.

Llegamos al hotel y entramos al parquin directamente. Subimos a recepción. Me acerco a la recepcionista.

—Buenas tardes, señorita. Tengo una reserva.

—Buenas tardes. ¿A nombre de quién? —pregunta ella muy amablemente.

—A nombre de Raquel Font.

—Sí, aquí está. Déjeme su documento y se la tramito. —Yo le entrego mi identidad y ella me la devuelve con la llave de la habitación—. Es la 517.

—Genial, muchas gracias. Hasta luego. Vamos —le digo a Steve y me sigue hasta el ascensor. Mientras subimos al quinto piso, él se acerca a besarme, me aprieta contra la pared y yo siento su erección haciendo presión en mi vientre. Gimo al sentir tanto deseo.

Entramos a la habitación y vemos que hay muchas cosas para pasar un buen rato. Hay una cama enorme, hay espejos por todos lados, sobre todo uno en el techo donde se ve todo lo que se hace en la cama. Eso está genial. También tenemos un sofá de posturas, que tiene forma de S, que causa mucho morbo.

Steve se me acerca por detrás y me quita la gabardina.

—Quiero verte completa —me susurra en el cuello. Yo dejo caer el bolso al suelo a la vez que él me quita el abrigo y me gira para verme completamente. Me observa de pies a cabeza y se muerde los labios—. Estás muy sexi. Voy a comerte entera —me dice con voz lasciva y mirada lujuriosa. Coge el maletín que trae, lo pone en la cama y empieza a sacar cosas de él. Me siento en el sofá con las piernas cruzadas observando lo que hace.

Saca varios vibradores, incluso un dilatador anal. Trae cuerdas, esposas, un antifaz, una fusta, pinzas para los pezones, anillo vibrador, lubricante, aceite para masajes, incluso un bote de nata.

Steve se acerca a mí (aún no me he quitado nada, estoy esperando a que me diga o haga lo que quiere). En ese momento, se voltea hacia mí, pasa su mano por todo lo que ha puesto en la cama

y coge las cuerdas y, con la otra mano, se va desabrochando la camisa.

Camina hacia donde estoy yo sentada y me coge la mano. Me para y me dirige hacia la pared, que está detrás del sillón donde estaba sentada. Me pone contra el espejo que está en la pared, de cara hacia él, me coge ambas manos y me las ata con la cuerda que trae.

Agáchate —me ordena, y yo lo hago enseguida. Me agacho en cuclillas quedando mi espalda recostada en el espejo. Abro mis piernas y él se para frente a mí. Yo le miro desde abajo. Desabrocha su pantalón y saca su polla superdura. Me coge las manos atadas y las sube por encima de mi cabeza, haciendo presión contra el espejo. Con la mano que le queda libre, se coge la polla—. Abre. Voy a follarte la boca.

Yo la abro y él mete su polla en mi boca hasta el fondo de la garganta. La mete y la saca. Mira hacia el techo cuando lo hace. Yo intento mirar su cara, pero me es difícil si él no la baja. La saca completamente y vuelve a meterla hasta el fondo. Yo abro la boca lo más grande que puedo y con mi lengua rozo su polla. La chupo cuando la va sacando. Él se queja y gime de placer. Es tan excitante lo que hace y cómo lo hace; tiene totalmente el control. Yo no puedo ni moverme, me tiene atada de manos y con sus piernas abre las mías y mi culo casi llega al suelo porque estoy en cuclillas con mis taconazos. Mi coño queda expuesto, tapado solo por el diminuto tanga que llevo puesto. Él se mira en el espejo y eso hace que se le ponga más dura la polla. La siento, noto cómo salen sus fluidos de la excitación.

Siento cómo me voy mojando más al sentir que me folla la boca. La saliva corre por mis labios y se escurre por mis pechos. Él abre la boca en señal de excitación total. Se lame los labios y empuja cada vez más adentro, sin soltar mis manos. Está disfrutando tener el control total de la situación.

Me mira con deseo, con lujuria, con ardiente pasión.

—Mírame —dice mientras abre su boca para quejarse del placer que está sintiendo.

Yo le miro con su polla dentro de mi boca y él me mira fijamente a los ojos.

—Me encanta, siempre imaginé esto: follar con una puta y follarle la boca así —dice entre gemidos mientras me empuja cada vez más adentro la polla en mi garganta.

Cada palabra que él dice, lejos de ofenderme, me enciende más. Mi vientre arde de deseo. Necesito tanto que me toque, que me bese, que me folle. Sus palabras me enloquecen de excitación y siento cómo mi coño cada vez está más mojado. Me mete la polla hasta el fondo por varios segundos y la saca. Yo siento arcadas y mi saliva ligosa sale de mi boca sin poder detenerla. Ver que hago esos gestos parece que lo pone más cachondo. Aumenta el tiempo de dejarme la polla dentro. Empuja hasta el fondo y siento cómo me llega hasta la garganta. Siento arcadas otra vez, pero él no la saca, hasta que hago a un lado la cara y respiro. Me la saca y se aparta de mí y deja caer mis manos. Se agacha frente a mí; yo sigo en la misma posición.

Mete mis manos por encima de su cabeza dejándome abrazada a su cuello. Mis manos aún siguen atadas. Él se pone de rodillas, me coge la cara y me besa, me mete toda su lengua dentro de la boca, me lame los labios y va bajando sus manos por mis pechos, hasta llegar a mi coño. Hace a un lado mi tanga y mete sus dedos dentro de mí. Yo gimo: estaba deseando eso desde hace mucho rato.

—Qué rico te mojas, estás chorreando. Me encanta sentir un coño así de mojado. Voy a follarte duro, sin parar —me dice al oído mientras me muerde el cuello y el lóbulo de la oreja. Yo sigo gimiendo mientras voy sintiendo que mueve cada vez con más velocidad sus dedos dentro de mi coño. Hace mucha presión en mi clítoris.

—Me encanta hacer que una mujer se corra.

Yo gimo de completo placer y siento cómo poco a poco mi cuerpo va sintiendo escalofríos. Noto que estoy a punto de correrme.

—Sigue así —le ordeno y se detiene en ese instante. Saca sus dedos de mi coño mientras gime en mi cuello.

—Qué rico —dice entre gemidos—, pero aún no es el momento. —Me deja un momento allí, sin tocarme. Mete sus dedos en mi boca y, de la frustración que me causa no poderme correr en ese momento, deseo morderle los dedos por no haberme permitido correrme, pero luego entiendo que es parte de su juego y cierro los ojos y me calmo. Mi corazón deja de ir tan aprisa porque sentía que se me salía por la excitación.

Estoy tan excitada que solo pienso en correrme. Respiro profundamente esperando y deseando que me folle. No había sentido tanta frustración y deseos de correrme como ahora.

Él se para y me ayuda a levantarme. Me desata las manos y me saca el vestido. Me observa de pies a cabeza.

—Eres hermosa —dice tirando mi cabello hacia la espalda. Lanza el vestido al suelo, me dirige hacia la cama—. Ponte bocabajo —me ordena, y yo lo hago sin demora.

Coge de nuevo las cuerdas y esta vez me ata las manos y los pies. quedo en la cama en forma de X, cada brazo y cada pie en cada pata de la cama. Quedo con el culo hacia arriba.

Saca el aceite y me pone un chorro en la espalda y en el culo. Aún llevo la ropa interior, solo me quitó el vestido.

Se sube a la cama y se pone con las rodillas en medio de mis piernas. Noto cómo aún lleva puesto el pantalón, solo sus pies están desnudos. Giro mi cabeza hacia atrás como puedo y veo que se ha quitado la camisa. Se ve tan rico este hombre.

Desliza sus manos en mi espalda y en mis nalgas. Veo que va cogiendo juguetes de la orilla de la cama, donde los dejó, y los va acercando a mi cuerpo.

—Eres toda mía —dice con lascivia—. Voy a hacer contigo todo lo que me permitas. Si te opones a algo, pararé y no continuaré, solo haz el máximo esfuerzo por aguantar, por favor —me pide mientras va haciendo a un lado mi tanga para meterme su mano por debajo para llegar a mi coño, dejando la palma de su mano sobre mi clítoris. Siento que está mojado con el aceite que me ha puesto en la espalda. Desliza hacia arriba y hacia abajo su mano sin meterla dentro de mí. Yo levanto un poco las caderas para darle libre acceso a mi coño, pensando en que quiere follarme duro como me ha dicho. Nunca había sentido tanto la necesidad de que me metiese la polla. Estoy tan caliente que no solo quiero, necesito correrme ya. Él sigue con esos movimientos con una mano mientras con la otra me toca el culo, me aprieta las nalgas y las masajea.

Coge una almohada y la mete por debajo de mi vientre. Mis pompas quedan más alzadas. Yo arqueo mi cuerpo casi a cuatro patas. Él se agacha y empieza a chuparme el culo y va bajando hasta mi coño. Hace movimientos rápidos y con presión. Su lengua se mueve y hace círculos alrededor de toda mi zona caliente. Se mueve de arriba abajo desde mi clítoris hasta mi culo. Mete su lengua en todos mis agujeros. Me muevo desesperada buscando el orgasmo y solo pienso en la razón por la que no me mete la polla ya mientras con las manos me aprieta las nalgas. Yo gimo, él coge la fusta y me da un azote en la nalga derecha. Me ha cogido un poco por sorpresa, pero siento excitación al sentir el ardor en mi nalga. Me da otro azote en la izquierda y gimo de nuevo.

Siento cómo hace a un lado mi tanga y me mete un dedo dentro del culo.

—Relájate —dice mientras voy sintiendo cómo un chorro de lubricante cae en mi culo y lo unta por toda la zona. Vuelve a meter otro dedo dentro—. Voy a ponerte un dilatador anal. Lo

tendrás puesto hasta que yo te lo saque. Relájate —vuelve a decir.

Lo veo de reojo y contemplo cómo lubrica el dilatador y lo aproxima a mi culo y poco a poco va introduciéndolo. Lo empuja suavemente. Yo siento cómo se va abriendo paso de manera fácil. Está muy bien lubricado. Él lo mete y lo saca y cada vez lo va empujando un poco más adentro. Hasta que lo mete por completo. Yo suelto un gemido, pero no de dolor. Es confuso. Por la excitación que provoca en mí, no he sentido nada de dolor, y el dilatador no es precisamente pequeño.

—Listo, lo tienes dentro.

—Sí, fóllame —le digo entre gemidos—. Méteme la polla, por favor, necesito correrme, ya no aguanto más.

Él se baja de la cama y se quita el pantalón y el bóxer. Queda totalmente desnudo. Se sube de nuevo, se pone de rodillas detrás de mí y me levanta el culo poniéndolo un poco más en pompa. Yo subo lo máximo que me permiten las cuerdas. Tira un poco de mis caderas y quedo pegada a su polla. Me la mete de golpe y yo gimo de placer. Es una sensación tan rara y excitante sentir un vibrador metido en el culo y, además, tener su polla dentro de mi coño y con las inmensas ganas que tengo de correrme. Menudas sensaciones. Me embiste con mucha fuerza cogiendo mis caderas para acercarlas a él en cada movimiento. Deseaba tanto esto que no tardo ni diez segundos en correrme, y grito tan fuerte y tan intensamente que él me da en las nalgas con fuerza con sus manos. El sonido es excitante. Me pega con la fusta y va intercalando con las palmas de la mano. Coge un rodillo de estimulación y me lo pasa por la espalda. Siento cómo los pinchos recorren mi espalda y la sensación es indescriptible. Mi cuerpo se eriza por completo. Son demasiadas sensaciones a la vez y gimo cada vez más fuerte. Siento la increíble sensación del orgasmo recorriendo por completo todo mi cuerpo.

Se pone a un lado de mí y me besa con demasiada pasión. Aún llevo el dilatador anal metido en el culo. Su lengua invade por completo mi boca. Besa mi cuello y mete su lengua en mi oído. Mi piel se eriza de nuevo por completo. Yo aprieto mis manos: deseo abrazarlo, subirme en su polla y cabalgarlo hasta correrme, pero no puedo ni siquiera darme la vuelta. Me está volviendo loca de tanta excitación.

—Fóllame —le suplico.

—Aún no, me quedan cosas por hacerte antes de que te corras. Vas a correrte de una manera muy diferente esta vez —me advierte.

Yo estoy ansiosa. Lo deseo tanto… Se sienta a un lado y coge algo que no tardo en sentir: es una pluma que va pasando suavemente por mis nalgas. Sube por mi espalda lentamente y llega hasta el cuello. Me coge del pelo y me hace una coleta, que amarra con un trozo de cuerda más pequeño. Sigue pasándome la pluma por el cuello y las orejas. La mete dentro de mis oídos. Yo solo me retuerzo de lo excitada que estoy. Aprieto mi coño y mi culo. Siento el vibrador dentro y eso me excita aún más. El calor invade cada centímetro de mi piel.

—Es la hora. Voy a follarte de nuevo —me advierte y se levanta.

Siento cómo me desata los pies. Quita las cuerdas y yo cierro las piernas un momento. Aprieto mi coño sobre la almohada que tengo debajo. Él me levanta las caderas poniéndome a cuatro patas y yo le pongo enseguida el culo en pompa, quedando con mi cara sobre la cama.

Él se pone detrás de mí y me pega varias nalgadas muy fuertes. Yo me quejo, pero no le digo nada. Coge la fusta y me pega más fuerte. Yo le escucho gemir. Siento cómo se excita cada vez que escucha el sonido en mis nalgas. Puedo imaginar mis nalgas rojas de las palmadas que me está dando. Pensé que no iba a aguantar tanto, pero me sorprendo de no querer decirle que pare.

Él se coge la polla y la acerca a mi coño. Siento que entra fácilmente. Está tan dura como una barra de acero. La mete despacio y lento. Ahora es cuando deseo que me folle rápido y fuerte, pero se limita a tenerla dentro, sin moverla.

—Quiero que te relajes lo más que puedas y que no te muevas —me pide mientras va sacando su polla de mí. Coge un preservativo que previamente había sacado de la caja, se lo coloca y pone su mano encima del dilatador anal. Me lo saca poco a poco. Siento cómo sale. Lo coloca en la cama y pone su polla caliente en mi culo.

—No te muevas. Voy a follarte el culo. Relájate y déjate llevar —me dice poniendo un chorro de lubricante en la entrada de mi ano,

Se embarra la polla con el lubricante también y vuelve a colocármela en el culo. Siento cómo empieza a empujarla lentamente. Noto el deseo de tirarme hacia abajo, pero él no me deja, Respiro profundo y relajo mis músculos. Sigue haciendo fuerza hacia dentro. Poco a poco va entrando. Sigue empujando hasta que la mete por completo dentro.

Yo siento entre placer y dolor. No se mueve. Coge un vibrador en forma de micrófono y lo enciende. Lo pone en mi clítoris y yo me quejo de puro placer. Al sentir mis quejidos, empieza a moverse un poco. Despacio, se saca la polla progresivamente y la mete y la saca con movimientos suaves y lentos, mientras que con el vibrador me masajea el clítoris. Siento una sensación difícil de describir, entre placer y dolor, pero el placer es más fuerte que el dolor, por eso lo dejo continuar sin decir nada.

Sigue moviéndose hacia dentro y hacia fuera, cada vez un poco más rápido, y entre esa sensación en mi culo y en mi clítoris, siento el deseo terrible de correrme.

—Aún no te corras —me exige. Parece adivinar mis sensaciones—. Porque quiero y voy a follarte rápido y fuerte el culo. Estás muy buena. —Vuelve a darme palmadas en las nalgas con fuerza. Me arde, pero quiero que siga. Son demasiadas sensaciones.

Y entre nalgadas y latigazos con la fusta, se mueve cada vez más rápido. Siento cómo me la mete toda por completo. Deja a un lado la fusta, me coge con ambas manos de las caderas y empieza a follarme con fuerza y rápido. Gimo y me quejo, duele, pero es un dolor aguantable y casi placentero. Grito de placer y el vibrador vuelve al ataque en mi clítoris.

—Qué rico. Me encanta follarte el culo. Me encanta que te quejes. ¡Grita, quéjate! —exclama con su voz superexcitada.

Siento sus embestidas cada vez más fuertes y sé que no podré aguantar mucho más.

—Avísame si vas a correrte. Quiero correrme dentro de tu culo a la vez que te corres tú. Me encanta follarte. Quéjate, grita. Me encanta, y lo sabes. Haz que me corra en tu culo.

Yo escucho sus palabras y me excito tanto que me retuerzo con su polla en lo más profundo de mi culo y me corro con un grito que invade totalmente la habitación. Al escuchar mis quejidos, él acelera sus movimientos y me folla cada vez más rápido y más fuerte. Solo siento cómo grita encima de mí mientras mete su polla por completo en lo más profundo de mi culo. Me folla rápido y fuerte mientras gime y escucho sus quejidos de placer mientras se está corriendo dentro. Se echa encima de mí con su polla dentro, yo me desvanezco sobre la cama y él queda acostado en mi espalda. Se incorpora un poco y saca su polla poco a poco de mi culo. Siento cómo va saliendo y la sensación es muy rara, pero, a la vez, superexcitante. Me sorprendo a mí misma de lo que he sido capaz y pienso en todas las veces que había evitado que me follara por allí. No sé cómo no lo había intentado antes, de verdad que ha sido increíble.

Steve se queda acostado bocarriba. Ya se ha quitado el preservativo y lo ha tirado al basurero.

—Espectacularmente rico —afirma mirándome a los ojos.

—Sí que lo ha sido —le respondo mientras me levanto de la cama y me dijo al baño.

Me meto a la ducha y me lavo completamente. La sensación en mi culo es rara, me duele un poco, pero me gusta sentirme así, como me siento ahora. Notar que estoy disfrutando plenamente del sexo sin reglas y sin prejuicios. Salgo del baño envuelta en la toalla y me siento en la cama.

Steve me observa y se levanta. También va a ducharse. Vuelve y se sienta en el sofá que está enfrente de la cama.

—¿Y ahora qué? —le pregunto.

Me mira con una mirada profunda.

—Ahora empezaremos a follar —dice levantándose del sofá y quitándose la toalla. La tira al suelo—. Voy a darte instrucciones de lo que tienes que hacer —dice inclinándose hacia atrás arregostándose en el sofá y cogiéndose la polla con la mano izquierda.

Yo me sorprendo por sus palabras y pongo los ojos en blanco en señal de sorpresa, a la expectativa de lo que va a decirme.

Estoy realmente sorprendida de cómo está actuando. Se ha tomado muy en serio su papel, tanto, que me asaltan las dudas de si ya ha hecho esto antes, pero aparto esos pensamientos de mi cabeza. No quiero que nada nos interrumpa este momento.

—Usted dirá. Usted ordena, yo cumplo —le digo quitándome la toalla y dejando mi cuerpo totalmente desnudo.

—Ponte de rodillas y camina hacia mí en cuatro patas y, cuando llegues hasta mí, quiero que me chupes la polla, y cuando estés viniendo, quiero que me mires fijamente a los ojos. Quiero ver tu cara de perra mientras me comes la polla —dice mordiéndose los labios y masturbándose mientras me espera allí sentado. Sus palabras invaden directamente mi coño y la sensación es increíble. Parece como si esas palabras llegaran directamente a tocar el botón de excitarse de mi coño.

Yo me pongo de rodillas y camino a cuatro patas hasta él. Lo miro a los ojos como me ha pedido y, cuando llego a sus pies, empiezo a chuparle los huevos y llego hasta su glande. Paso mi lengua húmeda de arriba abajo. Él se inclina hacia atrás y me deja por un momento tomar el control. Escucho cómo gime mientras me meto sus huevos totalmente en mi boca. Me caben por completo.

Meto mis manos por debajo de sus piernas y tiro de él para que se siente al borde del sofá. Ni siquiera lo muevo, pero él entiende el mensaje y deja su culo justo en la orilla. Me da acceso total a sus bolas colgando. Meto mi lengua debajo de sus huevos, chupo toda la zona y la mojo con mi saliva. Solo lo escucho gemir mirando hacia el techo. Recuerdo por un instante el espejo que cubre por completo el techo de la habitación. Estará deleitándose con la imagen que mira. Me levanto un poco y meto su polla en mi boca. Me la meto completamente, hasta el fondo. En ese momento, se incorpora un poco quedando bien sentado, coge mi cabeza y me la empuja hacia la polla. No me suelta. Siento arcadas. Hago el sonido de vomitar y me suelta. Repite esa acción varias veces. Me coge del pelo y me la mete de nuevo. Se la sigo chupando sin parar y, por un momento, pienso en que va a correrse, pero no lo hace. Me saca la polla de la boca y se pone de pie.

—Sube a la cama —me ordena señalándola. Yo me siento en la orilla de la cama quedando al borde, esperando a ver qué quiere hacer conmigo, y él me tira lentamente hacia atrás. Me acuesta y sube mis pies a la altura de mi culo, en la orilla de la cama.

—Qué rico coño tienes —susurra con su voz excitada mientras pasa sus dedos por encima. En ese momento, siento cómo introduce sus dedos dentro de mi coño, que, a estas alturas, ya está

supermojado—. Qué rico cómo te mojas, me encanta. Sí que disfrutas que te folle.

En ese momento, justo después de sus palabras, siento su boca pegada en mi coño. Pasa lentamente su lengua por toda mi zona. Yo me cojo los pechos y me los aprieto. Deseo cogerlo de la cabeza y moverme a mi antojo sobre su boca, pero no lo hago. Espero a que sea él quien decida cómo llevar el momento, aunque deseo correrme de nuevo. Todas las sensaciones que me ha hecho sentir se concentran en un solo sitio: en mi coño, cada vez más excitado.

Mueve su lengua en mi clítoris lentamente, haciendo movimientos circulares. Es increíble el grado de placer que me hace sentir con cada cosa que me hace. Estoy descubriendo un nuevo hombre, un nuevo mundo, y no sé si después de esto me conformaré con menos. Creo que eso será imposible.

Mete sus dedos dentro de mi coño a la vez que sigue comiéndomelo de la manera más excitante posible. Estoy a punto de correrme, mis gemidos lo dicen todo, y hasta siento temor de gemir por si decide dejarme otra vez con las ganas, pero esta vez no se detiene, continúa haciendo lo que está haciendo sin parar. Aunque yo gimo cada vez más fuerte y mis espasmos son más frecuentes, él sigue, y con esos movimientos en mi coño me corro y grito de nuevo. Aprieto su cabeza totalmente con las piernas y las manos, llegando a un orgasmo increíblemente intenso, jadeando y gimiendo de éxtasis total.

Él se levanta y me mira con ojos lujuriosos. Me gira y me pone a cuatro patas en el borde de la cama. Mi culo queda totalmente expuesto a sus deseos. Está poniéndose algo en la polla. Por un momento, pienso que es otro preservativo para follarme el culo otra vez y siento muchos nervios concentrados allí.

Pero me sorprende cuando me mete la polla en el coño y me doy cuenta enseguida de que lleva puesto el anillo vibrador. Siento la sensación en mi clítoris mientras me folla duro y rápido. Coge el rodillo de estimulación otra vez y lo pasea desde mis nalgas hasta mi cuello. Mi piel se eriza de nuevo. Un escalofrío recorre mi cuerpo por completo. La sensación es increíble.

Ahora mismo, lo único que puedo hacer es gemir, y la excitación es tal que me corro otra vez sin tan siquiera dar señales de ello. Grito y me tiro hacia atrás metiendo su polla en mi coño lo más profundamente posible. Él se detiene y saca su polla de mí.

—Ahora quiero correrme en tu boca —me dice quitándose el anillo vibrador de la polla.

—Como usted quiera —respondo quedando a su disposición de la forma que quiere correrse.

—Acuéstate bocarriba y pon la cabeza en la orilla de la cama y la dejas colgando —dice señalando el sitio donde debo colocarme.

Yo hago lo que me pide sin decir palabra y observo mi cuerpo en el espejo del techo. Veo cómo se va acercando a mi cara. Primero me pone sus huevos en mi boca y yo abro y saco la lengua y empiezo a chuparle. Él tira de mí un poco más abajo, dejando mi cabeza colgando de la cama bocarriba.

Se coge la polla y la mete en mi boca. Es incómoda la posición, pero no digo nada. La mete y la saca suave, lento y hasta el fondo.

Coge de la cama el succionador de clítoris, que no había usado en toda la noche, y me lo pone. Yo siento cómo absorbe mi clítoris por completo. Me mojo tanto con ambas cosas… Él sigue follando mi boca y cada vez me hace aguantar más su polla en el fondo de mi garganta. Yo arqueo mi cuerpo porque me cuesta respirar y por las arcadas que siento.

No deja de mover el succionador en mi clítoris mientras me folla la boca. Aumenta sus movimientos y gime tan fuerte que noto cómo está a punto de correrse. La excitación es tal que yo cojo el succionador y lo muevo hasta que yo también me corro de nuevo. No saca su polla de

mi boca. Siento cómo se corre y me deja su semen en el fondo de mi garganta y hace que lo trague si quiero respirar. Me lo trago, él saca su polla de mi boca y yo me incorporo saboreando su semen salado.

Ha sido incómodo pero alucinante. Nunca me había tragado el semen y eso me excitó aún más, hasta el punto de que me corrí tan pronto se corrió él en mi boca.

Él me mira con una sonrisa demasiado pícara. Yo solo lo observo, pero no le hago ningún comentario.

Él se dirige a la mesa que está al lado del sofá y sirve dos copas de vino. Me ofrece una, la cual cojo rápidamente y me la bebo casi por completo en un solo sorbo. Él hace lo mismo. Ambos estábamos sedientos por tanta excitación y placer.

Se acuesta en la cama, a mi lado. Yo sigo sentada. Me besa las piernas y pone su cabeza sobre ellas. Mientras, con su mano acaricia mi espalda pasándola de arriba abajo. Yo cojo el rodillo de estimulación y empiezo a pasarlo por su espalda y veo cómo se eriza su piel.

—Acuéstate bocabajo —le digo. Intuye lo que quiero hacer y lo hace enseguida. Empiezo a pasarle el rodillo desde sus nalgas hasta el cuello, de la misma forma en la que él lo hizo conmigo. Cojo la pluma y, después de pasar el rodillo, paseo la pluma siguiendo el recorrido hasta llegar a su cuello y sus orejas. Intenta esconderse dentro de la almohada, pero no lo dejo.

—Es mejor que no sigas si no quieres que te siga follando —me dice entre gemidos.

—Esa es la idea —le contesto jadeando.

—Tú lo has pedido —me confiesa—. Ahora quiero que te subas, que cabalgues encima de mi polla —me ordena dándose la vuelta y dejándome ver su erección.

Voy a subirme cuando me detiene.

—Espera un momento —dice cogiendo un preservativo y se lo pone superrápido. Añade mucho lubricante—. Ahora sí, sube.

Yo abro mis piernas y me subo encima de él. Coge mis nalgas y me las dirige hasta su polla. Con una mano se la coge y la pone en la entrada de mi culo. Yo le miro sorprendida y poco convencida.

—Quiero follarte otra vez el culo. Está tan apretadito que solo de pensarlo siento que mi polla quiere estallar de excitación —me dice mirándome a los ojos.

Sus palabras me excitan. Sin decirme nada más, accedo a meterme su polla otra vez en el culo, Esta vez soy yo la que dirijo su polla hasta mi agujero y me voy bajando poco a poco, metiendo despacio su polla. Él se muerde los labios y gime.

Me coge por las caderas y me ayuda a ir bajando despacio hasta tenerla completamente dentro. Se retuerce y gime.

—Qué rico, qué excitante tenerte así. Me encanta que estás disfrutando tanto como yo. Muévete, cabalga mi polla con tu culo apretado —me pide entre gemidos. Empiezo a moverme poco a poco y me ayuda con sus manos en mis caderas. Coge el vibrador de micrófono y me lo pone en el clítoris. Mientras me muevo, siento su polla en el fondo de mi culo y la excitación del vibrador en mi clítoris. Eso hace que cada vez sienta más rica su polla metida en mi culo. En cada movimiento disfruto más y más, hasta el punto de que me muevo como loca encima de él.

Steve solo gime y me dice lo rica que estoy por dejarme follar el culo de esa manera. Me excito cada vez más. Me muevo tan rápido que el vibrador en mi clítoris hace su parte y ambas sensaciones me arrastran a correrme tan intensamente que siento enloquecer. Gimo, grito y me quejo de puro placer. Él enloquece también y me coge por las caderas. Yo me levanto un poco y él me folla el culo lo más rápido que puede en esa posición y se corre con un grito tan intenso

como el mío. La habitación se invade de nuestros gritos de placer. Me hunde su polla hasta lo más profundo y me mueve hasta que termina de correrse.

Yo me quedo unos instantes con su polla metida en el culo, hasta que me desplomo en su pecho. Ya no tengo ganas de fingir más y lo beso con tanta pasión como me es posible.

—Te amo tanto —le digo con mi voz entrecortada por mis gemidos.

—Mi amor, tú no tienes idea de lo mucho que te amo yo —me dice abrazándome y besando mi frente.

Yo me recuesto en su pecho.

—Ha sido increíblemente alucinante todo lo que ha pasado esta noche. Gracias, mi amor.

—Sí que lo ha sido. Todavía estoy alucinando con todo.

Nos quedamos así un rato, sin decir nada más. Hemos desatado las fieras que llevamos dentro. Me siento tan cansada que casi me quedo dormida en su pecho. Me levanto y me voy de nuevo a la ducha. Me meto en la regadera y dejo caer el agua caliente sobre mi cuerpo, dejándome invadir por esa sensación de tranquilidad del momento. Al salir de la ducha, recojo toda mi ropa y empiezo a vestirme.

—Creo que debemos irnos ya, es un poco tarde.

—Sí, ahora mismo me visto —dice Steve yéndose al baño también a ducharse.

Los dos nos vestimos. Él coge su billetera. Saca el dinero y me lo pone en la cama mientras termino de abrocharme los zapatos.

—Aquí está su dinero, muchas gracias por sus servicios —me dice con su bonita sonrisa.

—Ha sido un verdadero placer —le respondo mientras me acerco a coger el dinero y lo guardo en mi bolso.

Me coge de la mano y salimos de la habitación. Entramos en el ascensor. Él me mira con mirada tierna. Se ve pensativo.

—¿Qué pasa, mi amor? Aquí ya podemos dejar de fingir, el juego ya ha terminado —le digo acercándome a él y dándole un beso.

Él me abraza por la cintura y separa su cara de mí.

—Me siento un poco mal —dice poniendo cara de vergüenza.

—¿Y eso por qué?, ¿qué sucede? —le pregunto intrigada.

—No sé, ver todo lo que hemos hecho y verte ahora como mi mujer me hace sentir incómodo porque te traté como una puta y no sé con qué ojos me verás después de lo que ha pasado.

—Ah, es por eso. No te preocupes, mi amor, a decir verdad, lo he disfrutado demasiado, sé que he desatado tu fiera interior, al igual que tú has desatado la mía con todo lo que me has hecho sentir. Créeme que no te juzgaría por nada de lo que pasó porque me has dado tanto placer como jamás me imaginé. Hemos roto el molde de lo tradicional, de lo normal, y si de algo estoy segura es de que esto marca un antes y un después en nuestra relación. A partir de ahora, las cosas solo pueden ir a más porque yo ya no me conformaré con menos, y creo que tú tampoco.

—En eso sí tienes razón, mi amor, y te agradezco todo lo que estás haciendo. Jamás me imaginé que tenía a mi lado a una mujer tan increíble y loca como tú. Jamás pensé que llevaras tanta pasión dentro.

—Tampoco yo lo sabía, pero ahora que lo hemos descubierto, solo podemos seguir aprovechando los momentos. Lo único que puedo lamentar es no haber empezado mucho antes, pero bueno, todo pasa cuando tiene que pasar.

—Así es, mi amor, ni antes ni después. Me estás volviendo loco con ese cambio que has dado. Estoy realmente agradecido contigo.

—Y todo lo que nos falta, mi amor. Créeme que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que jamás volvamos a caer en la monotonía, esa que estaba a punto de arruinar nuestra relación, porque, sin darnos cuenta, nos estábamos alejando cada vez más. Llegué a pensar que ya no me deseabas e incluso que tenías una amante porque cada vez nuestros encuentros eran más escasos.

—No, mi vida, hasta el día de hoy te he sido fiel. No te niego que muchas veces preferí hacerme pajas porque, cuando intentaba que tuviéramos sexo, muchas veces me quedé con ganas mientras tú dormías a los niños y muchas veces te quedaste dormida con ellos. Y no te juzgo, estabas cansada y lo entiendo, pero eso cada vez era más frecuente y cada vez daba como más pereza intentarlo para acabar en lo mismo. Se me hizo siempre tan fácil ver un vídeo porno y hacerme una paja que me acostumbré a ello.

—Sí, mi amor, tienes razón. Muchas veces pasó eso, y te confieso que alguna vez yo hice lo mismo porque tú también algunas veces te quedabas dormido y ya también me daba un poco igual. Era más fácil lo que tú dices, masturbarse, que provocar la situación para hacer el amor.

—Pero eso no va a volver a pasar, mi cielo. Yo también intentaré que nada de eso nos vuelva a ocurrir y haré lo posible por hacerte más feliz que nunca. Tengo tantos planes y tantas cosas que quiero hacer por nosotros para vivir la vida que nos merecemos…

—Lo sé, mi amor. Siempre me has dado todo lo que has podido, y lo bueno es que hemos recuperado nuestra vida sexual a tiempo para poder vivir muchas aventuras juntos, mi amor. Pensar en lo que hemos hecho me excita, pero pensar en todo lo que aún podemos vivir me excita todavía más.

—Dímelo a mí, mi amor, que, de solo pensar en todo, me vuelvo a poner cachondo —me dice cogiendo mi mano y llevándola hacia su polla, que empieza a ponerse dura de nuevo.

No sé cómo puede excitarse así de rápido otra vez. Acaba de correrse tres veces y sigue teniendo ganas. Saber eso me excita a mí también porque sé que soy yo la que provoco todo eso en él. Me besa con mucha pasión cuando llegamos al parquin.

Nos separamos y me coge de la mano y caminamos hasta donde está aparcado el coche. Se me viene a la cabeza la noche que follamos por primera vez en el parquin del centro comercial. Sonrío al recordarlo.

—¿De qué te ríes? —me pregunta sacándome de mis pensamientos.

—Recordaba la noche del centro comercial y del garaje de casa —le comento entre risas.

—Uf, eso fue increíble también. Nuestro primer paso a la locura —dice riéndose también.

Pasamos a recoger a los niños a casa de mi madre. El pequeño ya está dormido.

Ha sido una noche increíble. Me siento feliz y satisfecha.

Detalle de Steve para Raquel

Al día siguiente, Steve sale muy pronto a la oficina. Tenía varios asuntos pendientes que solucionar. No ha querido despertarme. Hago lo de todos los días: dejo a los niños en el cole y me dirijo a la oficina.

—Buenos días, chicas —saludo a las de recepción. Vera me mira con sonrisa maliciosa. La veo y le sonrío también, pero no le digo nada. Me voy a mi despacho a dejar mi maletín con el ordenador y el bolso antes de ir a saludar a Steve.

Entro en mi despacho y miro que en mi mesa hay un ramo de rosas rojas, precioso, acompañado de una tarjeta. Ahora caigo en la cuenta sobre por qué Vera me miraba con esa sonrisa.

Me acerco y cojo la tarjeta. La abro para leer lo que dice:

> Gracias, mi amor, por ser la mujer más maravillosa del universo. Eres increíble. Gracias por todo lo que haces por mí y gracias por todo el placer de estas últimas semanas. Te amo.
> Att.,
> Steve
> P. D.: Lo de anoche me ha vuelto loco.

Sonrío al recibir ese lindo detalle. Mi corazón se llena de alegría al saber que he vuelto a recuperar al hombre del que me enamoré y al que amo tanto. Echaba tanto de menos estos detalles… No sé cómo pudimos caer tanto en la monotonía si nos seguimos amando con locura después de tantos años.

Camino hasta la puerta. Iré a darle las gracias a mi marido por ese lindo detalle.

Abro la puerta y, en ese momento, Vania está saliendo de su despacho.

—Buenos días, Raquel. Justo iba a tu oficina a saludarte —me dice con alegría.

—Hola, Vania, ¿cómo estás? Yo iba a saludar a Steve y después pensaba pasar por tu oficina también.

—Creo que Steve está reunido ahora. Vi que llegó alguien a buscarlo cuando yo llegaba.

—Ah, pues nada, espero un rato más para saludarlo. ¿Quieres entrar? —le sugiero a Vania abriendo la puerta para que entre.

—Si te parece, voy a por dos cafés y nos los bebemos en tu despacho, así, conversamos un rato.

—Vamos las dos, te acompaño —le digo con una sonrisa.

Las dos vamos hacia la cocina, nos preparamos el café y volvemos. Entramos a mi despacho de nuevo.

—Vaya, qué flores más preciosas —dice Vania sorprendida.

—Sí, me han encantado. Me las ha dejado Steve esta mañana.

—Qué detalle más bonito, eso sí es amor —dice sonriendo mientras se sienta en la silla y coloca el café en la mesa. Toca las rosas y suspira.

—Sí, la verdad es que me ha alegrado mucho el día.

—Normal. Y cuéntame, ¿cómo fue anoche? Me tienes en ascuas imaginando de todo.

Me río al escucharla.

—Uf, ha sido fantástico. La verdad es que pasamos una noche increíble. Hace unos días estuvimos hablando de las fantasías de cada uno. Él me mencionó muchas cosas que le gustaría hacer. Entre ellas, quería jugar a un juego: fingir que yo era una chica de compañía y que me comportara como tal.

—¿Y? ¿Lo hiciste?

—Claro. Le mandé un correo con los detalles del encuentro y fue alucinante. Descubrí cosas en mí que jamás me imaginé poder vivir. No sabía que podía ser capaz de hacer todo lo que hice anoche. Sabes, recordé ese dicho que dicen que una mujer debe ser una señora en la calle y una puta en la cama, y anoche salió mi parte más puta, creo yo, porque disfruté muchísimo todo lo que hicimos —le cuento riéndome.

—Jolín, pero dame más detalles, no me hagas imaginármelo todo.

Yo vuelvo a reírme.

—Pues mira, me vestí para la ocasión: me puse un liguero con medias por encima de la rodilla, vestido blanco de tirantes superpegado al cuerpo, unos taconazos y una gabardina. Solo de verme, él ya iba cachondo. Además de lo de jugar a fingir que somos dos extraños, encima, él contrata mis servicios como chica de compañía, que es lo mismo que puta, pero más elegante.

»Nos encontramos en un bar y nos fuimos a un hotel. Allí había un sofá de posturas y espejos por todos lados, incluso en el techo. Se veían unas imágenes alucinantes y me comporté como una verdadera puta, y él estaba desatado. Me folló la boca, literalmente, dos veces. Me la metió tan profundo que me duele aún la garganta. Me excito tanto que le pedí que me follara.

»También hicimos sexo anal por primera vez, de una forma muy intensa, y no sabes, fue increíble. Siempre me había cerrado a eso porque las veces que lo intenté me dolía mucho, pero nos compramos un dilatador anal y lo usó de una manera muy efectiva porque esta vez me dolió un poco, pero nada que ver con otras veces. Lo hicimos dos veces por allí. Me pegó con una fusta y con las palmas de sus manos. Fue todo tan excitante que se me acelera el corazón al recordarlo.

»Y te digo más: a partir de ahora, no podré conformarme con menos. Hemos dado un giro de 180 grados en nuestra vida sexual y ya nada podrá ser igual.

—Madre mía, me has dejado alucinando. Sinceramente, te admiro por tomar ese tipo de decisiones. Al final, si la mujer dice que no, nada pasa, porque el hombre está dispuesto siempre a todo, y si la mujer dice sí, se van hasta el límite. En pocas palabras, las mujeres tenemos el poder de enloquecer a un hombre o de aburrirlo.

—Eso sí es verdad. Steve está diferente, tiene otra actitud, está muy contento. Ha vuelto a ser detallista y cariñoso, y la verdad es que yo también.

—Qué bueno, de corazón me alegro de que las cosas entre ustedes vayan tan bien. Ambos son buenas personas y os merecéis lo mejor —dice Vania con sinceridad.

—Muchas gracias. La verdad es que yo estoy feliz de haber descubierto esta nueva faceta en nuestras vidas, y lo de anoche fue alucinante.

»Lo que hice podría escandalizar a cualquier mujer. Tal vez pensarían que es caer bajo, que es un insulto, etc., pero, si te soy sincera, yo no lo veo así de ninguna manera porque prefiero comportarme como una puta con mi marido antes de que él busque fuera lo que no tiene en casa. La verdad es que hay muchas personas de mente muy cerrada que no son capaces ni siquiera de hacer sexo oral, lo ven como depravado, sucio y hasta pecado, sin saber que, con esas

limitaciones, empujamos a nuestras parejas a buscar en otro sitio lo que no se tiene dentro, y me refiero a ambos, porque hay hombres que también descuidan mucho a sus mujeres.

»Por ejemplo, sobre los juguetes eróticos, creo que habrá muchos hombres que no les gustaría probar eso, pensarán que la mujer los va a sustituir o cosas así, y las mujeres también queremos experimentar cosas, al igual que los hombres, y se trata de hablarlo y llegar a un acuerdo en el que ambas partes disfruten y cumplan sus fantasías y deseos, no pensar egoístamente solo en uno mismo. Para eso es una pareja, para pensar en ambas direcciones.

—¿Sabes? Tienes mucha razón en lo que dices, porque fue lo que pasó conmigo. Yo era de mente muy cerrada, y lo que dices, a mí me costaba mucho chuparle la polla a mi marido, me sentía sucia después de hacerlo, y ¿qué fue lo que pasó? Que me dejó por otra. Quizá ella le hace todo aquello que deseaba que le hiciera yo porque muchas veces me pidió cosas a las que yo no hacía caso. A veces quería, por ejemplo, que lo hiciéramos en la ducha. Intentó sexo anal también y nunca accedí a esas cosas. Sentía que me estaba insultando al pedirme cosas así.

—Siento mucho que tu matrimonio haya acabado.

—No te preocupes, que ya lo tengo superado. Por eso ahora he empezado a trabajar en mí, en mi mentalidad, y los libros que he leído me han ayudado mucho. ¿Viste que me pedí los juguetes? Estoy deseado probarlos. Por cierto, hoy me llegan —dice con sonrisa pícara.

—Ya me contaras tú también cómo te va.

—Claro que sí, si eres tú quien me está abriendo los ojos a estas cosas —dice riéndose.

—Qué loca —le respondo riéndome también.

—Bueno, te dejo que sigas con tus cosas. Voy a seguir con lo mío, que la curiosidad me mataba, estaba ansiosa por que me contaras. —Se levanta y se dirige a la puerta.

—Perfecto, te veo luego, aprovecharé para saludar a Steve —le digo caminando detrás de ella. Salimos. Ella se mete en su despacho y yo me dirijo a ver a mi marido.

Toco la puerta.

—Pase.

—Mi amor, qué lindo detalle. Me encantan las rosas que me has dejado en el despacho —le digo acercándome a él para darle un beso.

—Hola, mi cielo. Me alegro de que te gusten —me responde poniéndose de pie y abrazándome —. Te mereces lo mejor del mundo, mi amor —me dice mientras sigue besándome.

—Gracias, mi cielo, también tú. Por cierto, debes ir pensando en tu próxima fantasía por cumplir —le sugiero con picardía.

—Es lo que digo, desde que te conocí, sabía que eras la mujer perfecta, pero ahora me estás dando la razón. Me encanta tu transformación —comenta dándome un beso cariñoso en la mejilla.

Yo me sonrojo y sonrío al escuchar sus palabras.

—Gracias, mi amor. Bueno, mi cielo, te dejo seguir, yo aún tengo unos asuntos pendientes.

—Vale, amor, pensaré en lo que me dijiste —dice con sonrisa pícara.

—Genial —le respondo tirándole un beso desde la puerta.

Nos reunimos a comer los cinco: Vania, Hana, Marcos, Steve y yo. Allí les comentamos a los chicos que nos iremos de concierto el viernes. Les parece muy bien la idea. «Salida de chicas», dicen ellos.

—Podríamos salir también tú y yo solos —le dice Marcos a Steve riéndose.

—Claro, también sería buena idea —responde Steve con una sonrisa.

—Pues cuando queráis, solo os tenéis que poner de acuerdo —añado mirando a las chicas. Les

guiño un ojo.

—Claro que sí —remata Hana riéndose.

Entre bromas y comentarios del trabajo se nos pasa la hora de comida. Nos despedimos al llegar a la oficina, ya que cada uno hace marcha con su horario.

Día del concierto entre chicas

Yo paso en mi coche a recoger a Vania con su hermana y a Hana. Paso primero a por Vania. Ella baja con su hermana. Están supercontentas las dos. Vania se sube a mi lado, de copiloto.

—Hola —saludan las dos a la vez.

—¿Cómo estáis? —les pregunto.

—Muy bien —responden las dos a la vez.

—Ahora iremos a por Hana —les informo.

Me dirijo hacia su casa. Le mandó un mensaje para que vaya bajando. Ya estamos cerca. Ella baja enseguida y sube al coche. Todas nos saludamos.

—Qué rico, ¡a disfrutar! —exclama Hana levantando los brazos.

—¡Sí! —confirmamos nosotras riendo por el entusiasmo que lleva Hana. Ella es muy alegre, siempre está feliz.

Yo pongo música y Vania le sube a tope el volumen. Todas cantamos como locas. la verdad es que me hacía mucha falta una salida así. Necesitaba divertirme.

Llegamos al sitio. Hay muchísima gente. Hemos tenido mucha suerte de encontrar aparcamiento más o menos cerca. Aún falta media hora para que empiece. Nos acercamos a una barra y pedimos algo de beber. Yo me pido una gaseosa.

—Estás loca —afirma Hana—. Póngale un ron-cola —dice ella dando órdenes al camarero.

Yo me río.

—Solo tomaré uno porque debo conducir y sabes que soy una chica responsable —le advierto entre risas.

—Nosotras queremos lo mismo —añade Vania.

Hana pide las bebidas de todas y nos vamos a nuestro sitio. Apenas podemos hablar hay mucho ruido; la música, superalta. Las cuatro nos ponemos a bailar como locas con la bebida en la mano.

Empieza el concierto. Se presenta el primer grupo y la fiesta se pone más animada. Nos pasamos las horas bailando, cantando y gritando como locas. Vania, Hana y Lucía han bebido bastante, ya llevan al menos unas 4 copas cada una; yo me he mantenido firme en no beber por el coche.

—Raquel, tómate otra copa, disfruta la noche. Al acabar, nos vamos en taxi —me dice Vania.

—Pues ¿sabes qué? Tienes razón, la idea es disfrutar al máximo.

—Claro, nena, hemos venido a disfrutar —grita Hana.

Vania y yo vamos a la barra a pedir otra copa más para cada una. Ya van medio mareadas. El ambiente se pone mejor; siempre dejan a los mejores para el final.

Es una locura total. Hemos bailado muchísimo. Menos mal que nos vinimos con zapatos cómodos las cuatro. Cuando todo acaba, vamos medio borrachas; yo un poco menos que ellas. Lucía casi se cae porque tropieza con el borde de la acera, y es que hay tanta gente saliendo que apenas vemos por dónde vamos pasando. Por suerte, logramos agarrarla antes de que cayera.

Cuando por fin logramos salir, intentamos coger un taxi. Es casi imposible, todo el mundo va en taxi, todos esperan. Difícilmente cogeremos uno.

—Chicas, yo me siento bien para conducir. Podemos ir en el coche, no estoy tan mareada —les digo para que me den su aprobación.

Vania se niega, dice que mejor esperemos lo que haga falta, que es mejor que no nos arriesguemos. Hana dice que casi ni se me nota que soy la única sobria de las cuatro.

Al final, decido que sí que nos iremos en mi coche porque no hay manera de coger un taxi.

Las dejo a todas en sus casas, sin ninguna novedad. Me dirijo a la mía y pongo un poco de música en el coche. Sale justamente mi canción favorita: *Forever Young*. Le subo el volumen, y aunque no sé cantar muy bien en inglés, lo hago a todo pulmón. No tardo mucho en llegar a mi casa. Entro al parquin y subo.

Steve está despierto. Los niños ya están dormidos. Él está en el salón viendo una peli.

—Hola, mi cielo, ¿cómo estás? —le pregunto acercándome a él para darle un beso.

—Hola, mi amor. Bien, esperándote. ¿Cómo fue la noche?

—Muy bien, ha estado superchulo el concierto. Hemos bailado a lo loco y nos bebimos unas cuantas copas —le confieso.

—Me parece bien que hayas disfrutado, pero ¿has venido conduciendo?

—Sí, mi amor. Yo solo me tomé dos copas. Las chicas bebieron más. Ya sabes que, si conduzco, no bebo, y si bebo, no conduzco —le digo riéndome.

—Más te vale, porque ya sabes que eso no me hace ninguna gracia —me responde con seriedad.

—Lo sé, mi amor, no te preocupes por eso. Voy a darme una ducha. A pesar de que aún hace un poco de frío, sudé mucho allí porque había demasiada gente.

—Vale, amor. ¿Quieres que te espere aquí o vas directa a dormir?

—Espérame, amor, me quiero tomar una copa de vino aquí contigo. Bajo enseguida —le digo subiendo por las escaleras y quitándome los zapatos.

—Vale.

Subo y me quito la ropa, me meto a la ducha y dejo caer el agua caliente por mi cuerpo. Qué sensación más agradable.

Bajo y veo que Steve ya tiene las copas, una botella de vino y un plato con jamón serrano y queso curado. Al verme llegar, sirve el vino en las copas y me ofrece una.

Yo la cojo y bebo un sorbo. Él también bebe. Me observa con una mirada muy tierna. Yo me acerco a él y me recuesto en su pecho. Está sentado en la alfombra, recostado en el sofá. Pone música en la tele con mi canción, *Forever Young*.

Al escuchar la canción, lo miro, sorprendida.

—No lo vas a creer, amor, pero justo ahora que venía hacia casa, después de dejar a las chicas, salió esa canción en la radio, le subí todo el volumen y la canté en mi idioma —le digo riéndome.

—Qué casualidad, mi amor —me dice colocándome el pelo por detrás de la oreja. Se acerca a besarme y yo le correspondo.

Empieza a besarme el cuello. Son pequeños mordiscos. Yo me dejo llevar con esos besos tan suaves y delicados.

—Te deseo, mi amor. Cada día que pasa te deseo más. Quiero que hoy hagamos el amor de una manera diferente a las de los últimos días. No quiere decir que no me guste lo que hemos hecho en el pasado, al contrario, me ha encantado. Me ha fascinado tanto que me has vuelto loco, pero

ahora siento la necesidad de hacerte el amor. Quiero que sientas que te amo y que no espero que todas las veces sea sexo desenfrenado, sino que también disfruto de hacerte el amor con mucha pasión y ternura —me susurra al oído.

—Me encanta que me digas eso. No debemos perder la magia de los momentos románticos, eso es maravilloso, y ya sabes cómo te deseo siempre, y que me lo digas así me hace amarte aún más, si es posible.

—Así es, mi vida —susurra de nuevo mientras me besa la oreja. Me quita la copa de la mano y pone ambas en la mesa. Me saca la camisa y se pone detrás de mí. Me quita la camisa y empieza a besarme muy suavemente por el cuello mientras sus manos acarician mis pechos desnudos. Pasa sus dedos por mi espalda y me araña suavemente con sus uñas. Coloca una almohada en la alfombra y me baja lentamente hasta quedar acostada en ella.

—Ponte bocabajo —dice con voz suave y delicada.

Yo me giro y pongo mi cara en la almohada. Empieza a besarme la espalda y me hace masajes. Sube hasta el cuello y me da mordiscos suaves donde me empieza el pelo. Eso me enloquece; sentir esa delicadeza y ternura me hace sentir amada, deseada.

Me muerde el cuello y espalda. Baja por todo mi cuerpo besando y mordiendo de forma suave y sensual. Siento cómo me mojo con cada caricia, con cada beso, con cada mordisco sobre mi cuerpo. Llega a mis pies y los besa delicadamente.

Me gira para dejarme bocarriba. Se acuesta a mi lado y me besa con mucha pasión. Yo me entrego por completo a ese beso apasionado. Empieza a bajar por mi cuello de la misma forma que antes: despacio, sin prisa, suave y delicadamente.

Llega a mis pechos y me los besa. Chupa suavemente mis pezones y me los muerde con delicadeza. Sigue bajando, dando besos por todo mi cuerpo. Uf, hacía tanto tiempo que no hacíamos el amor de esta manera tan entregada, tan sensual… Me está volviendo loca con cada caricia, con cada beso.

Sigue bajando y llega a mis bragas. Desciende lentamente en el mismo juego de besos, mordiscos y caricias. Mete su lengua por debajo de mis bragas y yo me retuerzo de lo excitada que estoy. Lo deseo mucho.

Araña suavemente mis piernas mientras coloca su boca sobre mis bragas, encima de mi coño caliente. Las hace a un lado y mete su legua hasta donde se sienten mis fluidos brotar como río. Estoy escurriendo y, al sentir su lengua, me estremezco, pero él continúa bajando. Solo quería hacerme temblar un poco.

—Qué rico, mi amor, qué mojadita estás. Amo todo de ti —me confiesa bajando hasta mis pies. Vuelve a besarlos, abre mis piernas y se pone de rodillas delante de mí. Se quita el bóxer y sale su polla superererecta. Se echa sobre mí y me besa. Lenta y suavemente, me penetra y siento cómo su polla dura invade mi coño empapado. Entra con mucha facilidad. Estoy llena de deseo. Yo enrollo mis piernas en su cintura y me dejo llevar por sus suaves movimientos dentro de mí. Él me hace el amor de forma suave y diferente a la de los últimos días, mirándome a los ojos, besándome con amor y con pasión. Me besa tan apasionadamente que me corro en un grito desesperado. Mi cuerpo lo ansiaba, lo deseaba. Al sentir y escuchar mi orgasmo, él se corre dentro de mí. También lo deseaba.

Ambos nos dejamos envolver por ese momento de absoluta pasión, de amor. Él se queda abrazado a mí por un instante mientras los dos jadeamos después del intenso orgasmo. Él se echa a un lado y yo me acuesto en su pecho.

—Me ha encantado, mi vida, ha sido maravilloso.

—Te deseaba tanto… Tenerte así, escuchando música romántica mientras te hago el amor. Gracias por todos los momentos maravillosos que me regalas —me dice besando mi pelo.

—También gracias a ti, mi amor. Me siento supercansada, ha sido un día un poco ajetreado.

Casi me quedo dormida en su pecho al sentir sus caricias en mi pelo. Me sobresalto y siento que estoy que me duermo. Me voy poniendo el pijama.

—Vamos a dormir, si quieres.

—Sí, vamos a la cama.

Los dos nos levantamos. Se viste de nuevo y yo le doy el último sorbo a la copa de vino; él hace lo mismo y subimos al dormitorio. Nos metemos a la cama sin demora. Enseguida me quedo dormida, mientras, Steve sigue acariciando mi pelo.

Planes de viaje a la nieve

Estoy sentada en un puf en la habitación de juguetes de mis hijos leyendo un libro mientras ellos juegan con una pista de carreras que les regaló papá. Sonrío al ver cómo se divierten. Los veo embelesada. Adoro a mis tres grandes amores. Entra Steve, se acerca a mí por la espalda y me da un beso en el cuello. Yo me volteo y le doy un beso en la boca.

—Has llegado pronto, amor. Ahora iré a preparar la cena.

—Sí, cielo. He acabado antes de lo esperado. Tranquila, amor, sin prisas —dice él mientras se suelta el nudo de la corbata—. Hola, chavales —saluda a sus hijos, y ellos, al verlo, salen corriendo, gritando «¡Papá!», y los tres le dan un abrazo fuerte. Él besa a cada uno en la frente y los deja ir a jugar un rato más.

Yo me levanto y me dirijo a la cocina. Steve camina detrás de mí.

—Amor, estaba pensando en que podríamos ir a pasar un fin de semana a la nieve en familia. Nos podemos ir el viernes y volvemos el domingo. ¿Qué te parece? —dice Steve con una sonrisa coqueta.

—Es una excelente idea, amor, los niños se lo pasarán genial.

—Pues no se diga más. Voy a buscar un sitio donde quedarnos. Iremos a Andorra, es el sito perfecto para un fin de semana de nieve.

—¡Genial, mi amor! —grito mientras Steve sale de la cocina.

—¡Voy a la ducha! —exclama desde el pasillo.

Yo sonrío en la cocina mientras empiezo a preparar la cena.

Suena mi teléfono. Yo lo cojo y miro que es Vania quien me está llamando.

—Hola, Vania, ¿cómo estás?

—Hola, bien, ¿y tú?

—Todo bien, preparando la cena para mis chicos —respondo con una sonrisa.

—Oye, quería deciros si os gustaría salir de paseo este fin de semana con los niños. Estábamos pensando en ir a montar a caballo para salir de la rutina de trabajo y colegio. ¿Qué os parece? —me propone Vania.

—Guau, estaría genial, pero te cuento que justo estaba hablando con Steve de ir a pasar este fin de semana a la nieve. No sé si te gustaría venirte con nosotros. Iremos a Andorra.

—¿Ah, sí? Pues estaría perfecto, mucho mejor que ir a montar a caballo. Eso lo dejamos para más adelante, pues mis hijos estarán encantados de ir a la nieve. Hace tiempo que no vamos y ya es hora de pegarnos un viajecito —comenta con una risita.

—Sí, lo mismo dije yo a Steve, que ya es hora de pasar un poco de frío. —Las dos nos reímos a carcajadas—. Bueno, Vania, pues nos vemos mañana en la oficina. El viernes no trabajaremos para poder salir pronto hacia Andorra porque está un poco lejos, así, vamos con tiempo.

—Genial, nos vemos mañana —se despide Vania y cuelgan el teléfono.

—¡Chicos, la mesa está puesta! ¡Voy a servir enseguida! —pego voces desde el pasillo para que todos oigan y acudan al comedor a cenar.

Vivimos en un ático hermoso, muy grande, de dos plantas y con una terraza enorme en la que, en verano, pasamos momentos muy agradables entre amigos y en familia, con nuestros hijos.

Todos bajan corriendo; incluso Steve, que viene detrás de ellos jugando a pillarlos. Coge al más pequeño en brazos y le hace pedorretas en la panza. Todos se sientan y cenan muy tranquilamente.

Cuando estamos los dos en la cama, le digo a Steve:

—Amor, Vania viene con nosotros al viaje del fin de semana con sus hijos. Me ha llamado hace un momento para decirnos si queríamos ir a montar a caballo el sábado y le he dicho que ya teníamos planes para irnos a la nieve y que, si quería venir con nosotros, y me dijo que sí, que encantada, y que sus hijos están más encantados aún.

—Genial, amor; así, los niños se divierten más con sus amiguitos. Por cierto, ya reservé el apartamento en Andorra. Es precioso, de dos plantas, tiene tres habitaciones. También reservé la furgoneta de nueve plazas.

—Estupendo, mi amor —le agradezco dándole un beso en la boca.

Momento del viaje a Andorra

—¿Tienen todo listo, chicos? —inquiero de viva voz mientras cojo las maletas de la habitación de los niños—. Que no se os olvide nada: cepillo de dientes, gomina, perfume…

Bueno, mejor echo un vistazo. Reviso que las maletas contengan todo lo necesario para el viaje. Genial, todo está en orden. Las cierro y grito de nuevo:

—¡Vamos, chicos, que ya viene papá a por nosotros! Tenemos que pasar aún a por Vania y sus hijos.

Los tres salen corriendo mientras gritan: «¡Bieeeeen!». Los veo sonriendo, felices, y salimos todos juntos de la casa. Steve está justo abajo, esperándonos con la furgoneta. Nos organizamos todos y nos ponemos en marcha hacia casa de Vania, que vive a unos diez minutos de nuestra casa. Lo llamo por teléfono mientras nos dirigimos a buscarlos y le digo que vayan bajando, que estaremos enseguida allí.

Pasamos por ellos y mis hijos se ponen felices de ver a sus amigos, Todos gritan de emoción y se acomodan en los asientos traseros. Vania se sienta en el asiento de en medio, en la parte de atrás, para ir hablando con los dos y poder ver la carretera.

Ya en carretera, nos espera un largo viaje. Son entre seis y siete horas desde Valencia a Andorra, incluso un poco más, dependiendo de las paradas que hagamos. Son las nueve de la mañana. Calculamos que llegaremos sobre las tres o cuatro de la tarde, hora perfecta para organizarnos.

El viaje se nos hace ameno y divertido, Los niños juegan y cantan entre ellos. Están disfrutando realmente el viaje. Vania, Steve y yo hablamos de todo un poco: de trabajo, de los niños, del colegio… En fin, temas cotidianos. A Steve le gusta mucho bromear y nos ha hecho varias bromas a Vania y a mí. Nos ha contado algunos chistes, de los cuales nos hemos reído como locas. Definitivamente, todos estamos disfrutando desde ya el viaje. Como dicen, la felicidad no es el destino, sino disfrutar del trayecto del viaje, y nosotros eso lo tomamos muy en serio. Sonrío al pensar eso.

Por fin llegamos a Andorra. Está todo supernevado: apenas se pueden ver las calles de tanta nieve que hay. Es precioso; con lo que se puede observar me quedo maravillada. «Seguro que mañana será un día maravilloso de nieve», pienso.

Llegamos al apartamento. Es muy bonito. En el salón hay un sofá en forma de ele, una televisión de plasma de, creo, unas 45 pulgadas, y hay una chimenea. Qué maravilla, podremos estar calentitos al calor de la chimenea, qué rico. Bueno, hay calefacción también. Es impensable que en alguna casa de este sitio no haya calefacción; con el frío que hace, sería terrible.

Los niños se acomodan en el sofá. Lo permito, pero antes deben ir a colocar sus maletas en las habitaciones. Vania y yo nos vamos a ver los dormitorios y nos dejamos las maletas. Bajamos un momento a la sala a relajarnos un poco. Vamos a la cocina y vemos que apenas hay unas madalenas, café que los dueños han tenido la amabilidad de dejarnos y unas botellas de agua.

Steve está en el salón. Me asomo y le digo:

—Amor, ¿vamos a salir a cenar o de compras para hacer algo de cena? Los niños estarán con hambre después del viaje.

—Claro, amor. ¿Vas tú con Vania o voy yo? —me pregunta con una sonrisa.

—Pues, si quieres ir a cenar fuera, vamos todos y, si no, podemos ir Vania y yo a comprar algo de cena.

—Pues para no hacer tanto alboroto, vamos a cenar fuera y ya mañana compramos para la cena de mañana, si te parece.

—Genial, pues vamos a cenar —le respondo dando la vuelta para decirle a Vania que iremos a cenar fuera.

Hay una puerta de cristal en la cocina. Salimos Vania y yo y vemos con alegría que hay una barbacoa. Ambas sonreímos y ella me dice:

—Pues estupendo: mañana, carne a la brasa de cena.

—Sí, qué rico —le respondo con una enorme sonrisa. Está nevada toda la terraza, se ve preciosa.

Steve está detrás de nosotros y me abraza por la espalda.

—Vaya, qué maravilla que haya barbacoa. Mañana haremos una deliciosa cena —nos confirma.

—Sí, amor —le respondo mientras le cojo las manos en mi cintura.

—Nos vamos, entonces. Podemos ir a pasear por el centro de Andorra y luego vemos qué cenamos por allí.

—Perfecto, vamos —afirma Vania entrando nuevamente a casa. Llama a los niños para irnos. Nosotros entramos detrás de ella y nos vamos.

Llegamos al centro de Andorra. Qué bonito. Caminamos por unas cuantas calles viendo tiendas de *souvenirs* y nos compramos unos imanes de nevera de recuerdo. Mientras, Steve está con los niños en un local donde hay maquinitas y esas cosas. Todos están encantados con los diversos juegos.

Nos dirigimos a un bar restaurante y nos pedimos algo de cenar. Todos cenamos tranquilamente. Los niños juegan y nosotros, entre bromas y consejos, nos tiramos el rato de la cena.

Llegamos a casa muy cansados entre el viaje y cenita. Estamos que nos dormimos todos.

Vania y yo llevamos a los niños a dormir. Ellos deben descansar mucho más que nosotros para que disfruten el hermoso día de nieve que les espera mañana.

—Creo que deberíamos ir a dormir nosotros también para estar descansados y disfrutar al máximo el día también —nos sugiere Steve.

—Tienes razón —afirma Vania—. Vamos a descansar y mañana hacemos marcha con todo.

Vania camina hacia la casa y nosotros detrás de ella.

—Buenas noches, chicos —se despide mientras sube por las escaleras.

—Buenas noches —respondemos los dos a la vez.

Steve y yo subimos a nuestra habitación y nos acostamos. El cansancio del viaje nos hace caer rendidos de sueño.

Día de nieve

Suena el despertador a las 8 de la mañana. Pospongo la alarma diez minutos más. Estaba durmiendo tan rico… Vuelve a sonar y me levanto del tirón. Quiero que aprovechemos el día.

—Amor, viste a los niños y me avisas cuando estén —me pide Steve medio dormido y acomodándose en la cama un rato más.

—Sí, mi amor. Sabes que siempre tardamos un poco —le respondo saliendo de la habitación hacia el baño. Me ducho, me visto y luego voy hacia la habitación de los niños y los despierto con mucha alegría.

—¡Vamos, vamos, niños, arriba, que nos espera un rico día de nieve! —les exclamo dando unas palmadas. Los cinco se despiertan a la vez y «Arriba, arriba» quitando la cobija a los más perezosos—. ¡Día de nieve, día de nieve! —les repito dando a cada uno su mono—. ¡A vestiros, chicos, que saldremos pronto! —Ayudo al más pequeño, que es al que más le cuesta—. Vamos, cielo —le digo cogiéndolo de la mano y bajándolo por las escaleras.

Vuelvo a subir y toco la puerta de la habitación de Vania. Ella sale ya vestida.

—Buenos días. Ya casi estamos listos para irnos.

—Buenos días, Raquel. Sí, yo también estoy casi lista. Enseguida bajo.

—Genial. Voy a despertar a Steve, que se quedó dormido un rato más. El pobre estaba muy cansado por el viaje.

—Claro, es normal, condujo muchas horas, y eso cansa.

Entro a nuestra habitación, me acerco a la cama y le doy un beso a Steve en la mejilla.

—Amor, ya estamos casi listos. Son casi las nueve de la mañana —le digo mientras acaricio su pelo. Él abre los ojos y me mira.

—Vale, amor, enseguida me levanto —expresa con una sonrisa.

Yo termino de arreglarme. Llevo un mono rosa, botas y gorro negros. Bajo y los niños ya están todos en la sala listos para salir. Están viendo la televisión. Vania está en la cocina tomando un vaso de agua. Está muy guapa: lleva un mono rojo y botas negras, le queda genial. Lleva el pelo suelto y un gorro blanco de lana con orejeras.

Yo también me sirvo un vaso de agua. Steve baja por las escaleras. Se ve muy guapo con ese mono negro.

—Buenos días —saluda mientras viene bajando. Todos le respondemos a la vez.

—Vamos, campeones, que este día nos lo pasaremos genial. Compraremos o alquilaremos un trineo y, quien quiera, puede alquilar los esquís, porque yo sí que voy a esquiar. Este es el lugar perfecto para hacerlo —comenta mientras abre la puerta para salir a la calle.

Llegamos a la estación de esquí. Los niños se bajan felices, corriendo hacia la nieve, y empiezan a hacer bolas y a tirárselas entre ellos. Steve se va hacia la tienda de alquiler de esquís y alquila uno para subir a la pista.

—Amor, me voy hacia la pista. Quiero disfrutar esquiando, que sabes que me encanta —se despide Steve y me da un beso.

—Vale, amor, disfruta, pero ten cuidado —le pido mientras le coloco bien el gorro color vino que lleva puesto. Él me sonríe y se va.

Vania y yo nos quedamos con los niños jugando. Nos compramos un trineo y nos hemos estado lanzando. Es muy divertido. Todos nos reímos cuando el trineo se da la vuelta con nosotros encima. Es genial. Es maravillo pasar un día tan espectacular en familia.

Steve vuelve después de un rato y se pone a jugar con los niños. Vania y yo nos sentamos un rato. Me siento agotada de tanto jugar. Observo a Steve con los niños. Es un padre maravilloso, disfruta mucho de ellos y les encanta pasar tiempo jugando.

—Es un buen padre —me dice Vania sacándome de mis pensamientos.

—Sí, lo es. La verdad es que soy muy afortunada —le respondo con una enorme sonrisa—. ¿Y tú cómo llevas lo de tu separación? —le pregunto.

—Yo, desde que me separé del padre de mis hijos, hace ya casi un año, he intentado tener alguna relación, pero la verdad es que nada fluye. No sé si es que no estoy receptiva o no sé, pero no me gusta nadie de momento. Siento que no me puedo entregar al 100 % en una relación ahora mismo, y eso que ya hace mucho tiempo que me separé.

—Tiene que ser difícil una separación.

—Sí, la verdad que sí lo es. Cuando te casas, piensas que es para siempre, pero no, solo depende de uno. A veces, es difícil entenderse, y nunca se llega conocer del todo a una persona.

—Eso sí es verdad. A veces, creemos que nos conocemos, pero todo cambia y, cuando hay problemas, es cuando se conoce la verdadera cara de las personas. Es tu elección decidir si quieres aceptar o no lo que vives.

—Sí. El caso es que, cuando ya hay un engaño, cuesta mucho volver a confiar en las personas porque siempre recuerdas ese mal momento y es difícil hacer como que nada pasa. Lo recuerdas constantemente y cuesta mucho vivir con eso.

—Uf, no me lo quiero ni imaginar. En mi caso yo he hablado con Steve sobre vivir nuevas experiencias y hemos vivido algunas como la que te comenté y cosas así que se nos van ocurriendo, pero estamos abiertos a probar nuevas cosas.

—Sí, es cierto, lo recuerdo. Menudas experiencias estáis viviendo. Pero me parece bien: al final, no sabemos qué es lo que mantiene realmente a flote una relación porque pasa de todo, tanto bueno como malo, y hay cosas que uno no sabe cómo sobrellevarlas.

—Eso sí es verdad. Aún no sabemos cómo hay que vivir para ser felices, pero creo que el paso del tiempo nos va enseñando esas cosas según las experiencias que vivimos. Lo cierto es que cada uno debe vivir su propia vida de la manera que le parece correcta. Nadie debe juzgarte ni señalarte porque nadie tiene ese derecho sobre tu vida.

—Tienes toda la razón. Ojalá yo hubiese pensado así hace mucho tiempo. Creo que muchas cosas podrían ser mejor ahora.

—Bueno, pero no te lamentes. También hay alguna razón por la que todo eso sucedió. Algo mejor debe estar esperándote, por eso la vida te apartó de aquello que no te hacía feliz.

—Ojalá. Estoy deseando saber qué de bueno me tiene preparada la vida —dice ella riéndose. Yo me río también.

—Por cierto, no me contaste cómo te fue con los juguetes que compraste. ¿Has probado algunos o todos? Cuenta, cuenta.

—¡Es verdad! No te lo he contado. Pues sí, he probado varios —dice ella tapándose la cara en señal de vergüenza—, y la verdad es que son muy buenos. He pasado ricos momentos con esos juguetes. Hasta tengo miedo de que eso sea adictivo.

Yo me río a la vez que ella.

—No seas loca.

Steve se acerca a nosotros.

—Amor, tenemos que ir a comer algo, estos niños y yo morimos de hambre —me dice con una sonrisa en su rostro.

—Claro, mi amor, vamos; yo necesito urgentemente un café.

—También yo —añade Vania, y los tres echamos a andar hacia donde están los niños.

Cada uno coge a los niños de las manos y nos dirigimos hacia un bar que está pasando la calle. Allí, nos acomodamos en la mesa que está al fondo y pedimos el almuerzo. Los niños deciden sentarse todos en una sola mesa y nosotros, los adultos, en otra. Yo me pido un café americano y unas crepes. Vania se pide un zumo de naranja y también unos crepes de chocolate. Steve se pide una cerveza y un bocadillo de tortilla y lomo.

Entre anécdotas de la nieve, almorzamos muy a gusto. Los niños quieren seguir jugando en la nieve, son incansables, así que terminamos de almorzar y nos vamos con ellos para continuar. Steve se va de nuevo a seguir esquiando. Es algo que le fascina, y es ideal que lo haga en un sitio como este.

Nos vamos a una zona donde los niños pueden estar jugando con los trineos y nosotros nos sentamos a un lado para verlos jugar tranquilamente.

Dos horas más tarde, nos vamos a comer. Por la tarde, tenemos que ir al centro. Hay que comprar cena para esta noche y el desayuno de mañana, pero la prioridad es que los niños disfruten la nieve. Bueno, los niños grandes también.

Nos vamos todos al centro de la ciudad. Vemos algunas tiendas y entramos a echar un vistazo. Los niños nos piden algún juguete que les gusta y se los compramos. Vania también les compra algo a los suyos. Seguimos caminando y nos hacemos muchas fotos y vídeos hermosos. La verdad es que el sitio es encantador.

Pasamos por una tienda y compramos cosas para la cena. Hemos quedado en hacer carne a la brasa. Adquirimos todo lo necesario y nos dirigimos al apartamento que hemos alquilado.

Mandamos a duchar a los niños mientras Vania y yo nos quedamos preparando la carne. Steve también se fue a duchar con los niños. Mientras hago la brasa, Vania condimenta la carne y coloca dos botellas de vino al congelador.

Steve baja ya duchado y en pijama con los niños. Ellos se sientan a ver la televisión. Steve se acerca a mí y me coge por la cintura.

—Amor, ahora te ayudo yo —me dice—. Ve a ayudar a Vania con lo que esté haciendo, yo me encargo ya del asado.

—Ya he acabado con esto —comenta Vania colocando la bandeja en la encimera—. El vino ya se está enfriando, así que me iré a la ducha

—Genial, Vania. Yo haré la ensalada e igual subiré a ducharme.

Bajamos ya duchadas y servimos la comida a los niños. Ellos se sientan a comer en el comedor y se sumergen en sus pláticas de niños.

Nosotras nos vamos a hacerle compañía a Steve.

Entre risas y bromas, acabamos la torrada y nos quedamos cenando los tres en la mesa de la cocina. Vania saca una botella de vino del congelador y lo destapa. Nos sirve a todos. Termino de servirme la comida y ellos hacen lo mismo.

—Vania, la semana que viene es el cumpleaños de Steve. Haremos una cena en casa. Estás invitada. Seremos pocos, es más íntima. Como cae en viernes, no seremos muchos.

—Genial, pues allí estaré. Gracias por la invitación.

—Sí, vamos a contratar un payaso para que nos cuente chistes —dice Steve riéndose.

Ambas nos echamos a reír.

—Contratamos una *stripper* como regalo de cumpleaños —le sugiero riéndome aún más y Vania se ríe con más fuerza.

—Por mí, encantado —responde Steve con una sonrisa pícara—. No serías capaz —me desafía mientras me mira fijamente a los ojos tomando un sorbo de vino.

—Claro que sí, mi amor, no tendría nada de malo hacer eso —le suelto con una sonrisa aún más pícara—. No me pongas a prueba, que a mí los retos me encantan, ya lo sabes.

—Estáis locos —concluye Vania mientras continúa comiendo.

—Amor, que te tomo la palabra. Sé que no serás capaz —me reta Steve.

—Pues espera a que llegue tu cumpleaños y lo comprobarás —le insinúo sinceramente.

Sé que Steve no me cree capaz de hacer algo así, pero la verdad es que, si lo hiciese, me gustaría ver cómo actúa en una situación de este tipo, y creo, sinceramente, que a todos los hombres del mundo les gustaría experimentar algo así, aunque lo nieguen por evidentes razones. Peor si es su mujer quien se los pregunta; solo entre ellos hablan de sus verdaderas fantasías.

—¿Tú le harías eso a tu marido? —le pregunta Steve a Vania.

—La verdad es que no lo sé, pero tampoco le veo nada de malo. Es más, me parece una buena idea. Es como romper un poco las reglas de los típicos regalos. De hecho, yo colaboro para el regalo —bromea mirándome a mí y riéndose.

—Estupendo. Ya ves, amor, ya tienes tu regalo —le comento entre risas.

—Estáis locas —afirma Steve, pero con un semblante distinto, con una emoción diferente en sus ojos—. A ver si sois capaces de hacer esa locura.

Las dos reímos con picardía y él solo nos observa.

De regreso a casa

Estamos de regreso ya en la oficina. Llego apresurada porque tengo que presentar unos trámites importantes en el juzgado y voy un poco justa de tiempo.

—Buenos días, chicas —saludo a las administrativas de la oficina, que son dos: Vera y Keila. Ellas me responden al saludo. Veo que Vania ya ha llegado a la oficina; está con ellas. Cuando paso enfrente, cruzamos las miradas y yo le guiño un ojo. Ella me sonríe. Entro a mi oficina, me siento en mi escritorio y termino de revisar que todo esté correcto en los documentos que debo presentar. Los imprimo y me voy hacia la oficina de Steve.

Toco la puerta. «Pase», se escucha decir desde dentro. Cierro la puerta.

—Hola, amor —lo saludo mientras me acerco a darle un beso y rodeo su cuello con mis brazos.

—Hola, cielo —responde cogiéndome con ambas manos por la cintura mientras me besa. Huele delicioso. Me embriago de su olor y suspiro con ese beso delicioso que nos damos.

—Amor, pasaba a darte los buenos días dado que me tengo que ir al juzgado a presentar los papeles de los trámites que tengo pendientes.

—Genial, mi cielo, espero que te dé tiempo de quedar para comer.

—Espero que sí. Haré todo lo posible por llegar a tiempo. Si no, te lo comunico.

—Vale, mi vida —me responde dándome un beso. Yo salgo de su oficina.

Camino hacia el despacho de Vania. Toco la puerta y ella contesta. Abro y desde la puerta le digo:

—Vania, ¿podrías venir a mi oficina un momento?

—Claro que sí, Raquel, enseguida estoy allí.

—Gracias —digo dirigiéndome a mi oficina.

Tocan la puerta. «Pase», respondo haciendo a un lado los papeles que tengo en la mano.

—¿Cómo estás, Raquel? Dime, para qué soy buena —me dice Vania una sonrisa.

—Muy bien, ¿y tú? Siéntate —le indico señalando la silla que está enfrente de mi escritorio—. ¿Recuerdas lo que hablamos en el viaje sobre el regalo de Steve para su cumpleaños?

—Sí, lo recuerdo. ¿Lo harás al final o solo fue una broma tuya? —me pregunta con inquietud.

—Sí, claro que lo haré —le respondo con una sonrisa nerviosa—. Mira, todos los hombres se mueren por vivir experiencias así, y Steve no es la excepción, te lo aseguro.

—Ah, sí, eso está claro. Mira, mi marido, por querer vivir la vida loca, me dejó, y eso que yo le perdoné varias infidelidades. Al final, siempre se fue.

—Ya, y es una pena porque tú eres muy hermosa y cualquier hombre daría lo que fuera por estar contigo. O mujer —le digo con una sonrisa. Me encojo de hombros. Eso último se me escapó—. Él se lo pierde —continúo para que no tome en cuenta lo que he dicho.

—Ya me hiciste reír —me dice a carcajadas—. «O una mujer».

Me sonrojo, pero no me dejo intimidar.

—Sí, solo digo la verdad, que eres muy hermosa y pretendientes no te faltan. Mira el chico de Andorra que te estaba mirando; tú no le hiciste ni caso.

—Muchas gracias —dice sonrojada—. Es que, de momento, prefiero estar sola. Entonces, ¿quieres que te ayude con lo del *striptease*? —me dice volviendo al tema.

—Sí, por supuesto. Steve va a saber lo que son los retos porque él no se cree nada de esto, cree que es una broma, no me cree capaz de algo así. Aunque muchas veces hemos bromeado con tonterías, pero nunca se ha dado nada, en el fondo, tengo miedo a que me juzgue.

—Pues mira, tú hazlo, si eso es lo que quieres. De todas formas, esto no es nada malo. Es un baile, y, sinceramente, no creo que te juzgue. Como tú dijiste, todos los hombres se mueren por vivir experiencias así —afirma Vania recordando las palabras que le dije hace un rato.

—Pues no se diga más, hay que buscar una chica que esté hermosa, que deslumbre a cualquiera.

—Tranquila, yo te ayudo con eso. Sé dónde buscar —me suelta con una sonrisa pícara.

Yo la miro como interrogante, pero no le digo nada.

—No preguntes —me avisa guiñándome un ojo mientras va saliendo de mi oficina.

—Te lo agradezco. Ya me vas comentando el tema —la despido mientras ella cierra la puerta.

Me voy a los juzgados. Es urgente presentar estos documentos. Hay bastante gente, pero están pasando rápido. Entre una cosa y otra, me entretengo casi hasta la hora de la comida. Voy a llamar a Steve, a ver qué es lo que va a hacer, si ya se ha ido a comer o si va a esperarme.

—Hola, amor —responde con cariño.

—Amor, ¿ya te has ido a comer? Yo estoy por salir creo que en diez minutos.

—No, amor, aún no me he ido, pero estaba por irme. Si te parece, paso a por ti y comemos algo por allí. En esa zona hay buenos restaurantes.

—Claro, mi amor, aquí nos vemos. —Le cuelgo y me voy a hacer el último trámite.

Al poco tiempo de haber salido de los juzgados, Steve se para enfrente. Yo me subo al coche y nos vamos. Me lleva a un restaurante muy chulo. Le cuento cómo ha ido todo con los trámites y él me cuenta cómo ha ido su mañana.

Pasan los días. Es jueves, la antesala de la cena de cumpleaños de Steve. Estoy en la cocina de mi casa preparando la cena. Suena mi teléfono: es Vania la que llama.

—Hola, Vania, ¿cómo estás?

—Raquel, ya lo tengo todo concretado para mañana a las 21:00 de la noche. Ya le di a la chica tu dirección.

—Perfecto. Será una sorpresa para todos. Todo saldrá súper, lo hemos planeado muy bien. Gracias, Vania. Te veo mañana en la cena. Vente también a las 21:00 para que me ayudes a ponerlo todo a punto.

—Sí, no te preocupes, yo estaré allí incluso un poco antes.

—Perfecto, ya nos vemos. Muchas gracias. —Cuelgo el teléfono.

Steve me abraza por la espalda.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta.

—Con Vania. Me estaba diciendo que mañana vendrá un poco antes de la hora convocada para ayudarme a poner todo a punto para la cena.

—Amor, mañana llegaré sobre las diez a casa porque, como tú no vas, se me carga un poco más el trabajo. Además, tengo una reunión con los de la promotora que estoy llevando ahora, que necesitan mi ayuda en unos asuntos, y espero acabar pronto, pero, si no, me esperáis —me cuenta con su bella sonrisa.

—No te preocupes. Igual sobre esa hora invité a los chicos para la cena de mañana, solo vendrán Vania, Marcos y Hana; tu hermano con Esther, su mujer; y Lucas, tu amigo de la universidad.

—Perfecto, amor. Gracias por todo.

—Gracias a ti, amor. Por cierto, los niños se quedan con mi madre porque les he dicho que tenemos una cena con amigos, así que esta cena será solo entre adultos. —Él me mira con una sonrisa pícara, pero no se atreve a preguntarme nada.

—Vale, amor —me responde dándome un beso en la frente.

Cumpleaños de Steve

A la mañana siguiente, me levanto mucho antes que Steve. Bajo a la cocina y saco de la nevera una tarta superpequeñita que compré ayer solo para cantarle el feliz cumpleaños. Voy a la habitación de los niños con la tarta y las velas. Los despierto para que me acompañen a cantarle a papá el feliz cumpleaños. Ellos se levantan enseguida. Muy emocionados, nos dirigimos en silencio por el pasillo. Mientras el mayor pone feliz cumpleaños en el móvil, el otro va grabando y el más pequeño enciende la luz, y todos a la vez cantamos: «Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseamos todos cumpleaños feliz».

—¡Ya queremos pastel, ya queremos pastel, aunque sea un pedacito!

Todos gritamos eufóricos y los chicos se tiran encima de él, abrazándolo. Yo me acerco con la tarta en las manos, que lleva una vela con forma de signo de interrogación para no revelar su edad, y se la acerco para que la sople.

—¡Pide un deseo! —exclaman los niños. Él cierra los ojos y sopla la vela.

—Feliz cumpleaños, mi amor —le felicito y le doy un beso.

—Gracias, mi vida —me responde dándome un fuerte abrazo.

—Que este día sea maravilloso —le susurro al oído—. Te amo.

Coloco la tarta en la mesita de noche y todos nos tiramos sobre él, abrazándolo.

La cena de cumpleaños

He contratado un cáterin de comida oriental para la cena. He comprado unas cuantas botellas de vino tinto, blanco y rosado según los gustos. No he puesto demasiada decoración, solo le compré un arreglo con globos rojos y negros con el número 38, que son los que cumple. Están en el medio de la mesa del comedor, donde cenaremos, para que se vea un poco decorado.

La mesa está puesta. Todo muy elegante con un mantel dorado, platos rojos y copas de vino grandes, servilletas rojas… Todo se ve muy bonito. En medio del salón hay una caja gigante forrada de regalo.

Llaman al telefonillo. Es Vania, y viene con otra chica. Suben las dos juntas. Les abro y me empiezo a poner un poco nerviosa porque me imagino que será la *stripper*. Les dejo abierta la puerta y me voy a la cocina.

—Buenas noches —dicen las dos entrando a la casa y dirigiéndose al salón.

—Pasen adelante —les indico desde la cocina mientras cojo un plato de embutidos y queso para el centro de mesa. Salgo y las veo—. Hola —saludo a las dos. Me acerco a Vania para saludarla con dos besos.

—Raquel, ella es Blanca, la chica que hará el espectáculo esta noche —me explica Vania guiñándome el ojo.

—Mucho gusto, Blanca —la saludo dándole la mano. Ella se apresura a corresponderme el saludo.

—El gusto es mío.

Es hermosa. Es morena, pelo superlargo, negro brillante, de al menos 1,75, con un cuerpo espectacular. Ojos verdes. Va maquillada muy profesional. Lleva una falda blanca arriba de las rodillas y una camisa roja corta que enseña el ombligo. Lleva también medias transparentes, unos botines de aguja y una gabardina negra. Se ve superelegante. Steve se va a volver loco cuando la vea. Solo le sonrío, un poco nerviosa por la situación.

—¿Dónde puedo cambiarme? He traído un conjunto de lencería sexi para hacer el baile. ¿Te parece bien? —me comenta mostrándome el tipo de lencería que trae.

—Claro que sí —le respondo con toda la confianza en mí misma de lo que soy capaz de hacer —. Pasa aquí —le indico señalándole el baño que está en la sala. Ella se dirige al baño enseguida.

—Salgo —dice cerrando la puerta.

Yo volteo a ver a Vania con los ojos muy abiertos.

—Es preciosa, madre mía. Es tan sexi… —le susurro para que la chica no escuche.

—Sí, yo también me sorprendí al verla —me responde Vania casi en señas para que no nos escuche.

—Madre mía, estos hombres se volverán locos está noche viéndola, no solo Steve.

—Ya lo creo. —Las dos nos echamos a reír.

Le sirvo una copa de vino a Vania y me sirvo una también para mí.

—Por la sorpresa para Steve —proclamo acercando mi copa a la de ella para brindar.

—Por esta noche. —Ambas sonreímos.

—Nadie sabe de está sorpresa más que tú y yo, así que ni una palabra a nadie.

—Tranquila, soy una tumba —me dice haciendo el gesto de cerrar su boca con una cremallera.

—Cuando llegue la primera persona, le diremos a la chica que se meta en la caja de regalo y que se quede allí hasta que llegue Steve. Está abierta del lado que da a la pared. Hay una silla dentro para que se siente.

—Estupendo. Todos se preguntarán qué hay en una caja tan grande —comenta ella entre risas.

—Sí, es normal, no creo que haya muchas personas a las que les hagan regalos tan grandes. —Me río con picardía.

La chica sale del baño con la gabardina puesta.

—¿Queréis ver? —dice ella sonriendo.

—Sí, claro —responde Vania apresurada.

Ella se abre la gabardina y madre mía, está supersexi. Lleva un sujetador de media copa cubierta y la parte de arriba es abierta. Tiene un agujero en medio de los senos que la hacer ver muy sensual. Los tirantes son en forma de triángulo. Abajo lleva una tanga tipo cuero y encima de este lleva un tipo de arnés con varias correas. Una le ata la cintura, otra, las caderas, y hacia abajo hay tres correas: una en medio, que ata la correa de las caderas, y las otras, a los lados, que bajan hasta las piernas, donde se atan a otras dos correas que, a su vez, rodea las piernas. Lleva unos tacones de aguja puntiagudos tipo charol. Todo el atuendo es negro. Lleva un antifaz negro también, con plumas en cada ojo y muchas lentejuelas que brillan. Tiene un moño en el pelo, lo que la hace verse aún más alta. Sus labios rojos resaltan en todo el atuendo y en sus ojos lleva maquillaje ahumado. Definitivamente, se ve hermosa y sexi.

Vania y yo nos volteamos a mirar y ambas estamos con la boca abierta.

—Estás supersexi —decimos las dos casi a la vez.

—¿Quieres una copa de vino mientras esperamos? —le digo levantándome de la silla y caminando hacia la mesa.

—Sí, claro —responde ella de manera tímida. La sirvo y se la doy. Ella da un sorbo.

—Qué rico —afirma sonriendo. Yo le devuelvo la sonrisa.

—Deberías soltarte el cabello. A Steve le encanta el pelo largo y suelto. Así, causarás aún más impacto en él —le indico con una sonrisa.

—Por supuesto que sí —responde la chica soltándose el cabello en ese momento. Las dos la miramos fijamente: se ve más hermosa aún.

Al poco rato, tocan la puerta.

—¡Los invitados! —digo corriendo hacia el telefonillo. Se los ve por la cámara—. Vienen 4 ya —les explico mientras Vania lleva a la chica hasta la caja y le indica que tiene que sentarse allí y esperar a que llegue el cumpleañero. Yo le abro a los chicos y mientras espero a que suban, me aseguro de que no se vea nada de la sorpresa porque no quiero que nadie la mire.

Suben Marcos, Hana, y Lucas, solo falta el hermano de Steve con Esther. Todos nos saludamos y ellos pasan a sentarse directamente a la mesa. Mientras les estoy sirviendo el vino, tocan de nuevo la puerta y Vania se dirige a abrir.

—Es Adrián, el hermano de Steve, con la mujer —me indica.

—Genial, ya solo falta Steve —respondo.

Ellos suben y saludan. Se acomodan también en la mesa. Sigo sirviendo vino. A cada momento miro de reojo la caja que está al fondo de la sala para comprobar que no se mueva ni pase nada raro. Vania me mira de reojo también porque ella está haciendo lo mismo.

Al poco rato, llega Steve. Al escuchar que se abre la puerta, me dirijo hacia él y lo saludo con un beso y un abrazo.

—Ya están todos.

—Genial, amor. Subo a darme una ducha rápida y bajo enseguida —me dice. Camina a paso ligero hacia nuestra habitación.

—Ahora baja. Ha subido a darse una ducha rápida. Viene de una reunión.

—Por cierto, Raquel, ¿qué es ese regalo tan grande que le tienes preparado a Steve? —me pregunta Lucas sonriendo.

—Es una sorpresa, ya lo verán —les digo a todos para que no me sigan preguntando.

Steve baja y saluda a cada uno.

—Gracias a todos por venir —les agradece. Se sienta en la silla que le corresponde, a mi lado.

—Gracias a ti por invitarnos —responden todos.

Enseguida voltea a ver la caja gigante forrada de regalo.

—¿Y eso qué es? —pregunta, expectante.

—Tu regalo —le respondo con una sonrisa.

Steve me voltea a mirar sorprendido y, casi sin disimular nada, se tira hacia atrás.

—No me digas que… —Se queda callado y se pone muy nervioso.

—¿Qué? —dice Marcos.

Steve solo sonríe.

—Espera, ahora lo verás —le indico mientras me paro y cojo mi copa. Le doy unos toques con una cucharita. Todos se callan y me prestan atención—. Antes de nada, quiero hacer un brindis por Steve, por su cumpleaños, deseando que sean infinitos más. Esperamos que disfrutes mucho tu noche —le digo dándole un beso. Todos gritan: «¡Salud!», y brindamos todos.

Bueno, ahora sí, vamos a entregarle el regalo a Steve porque este regalo no puede esperar tanto. Vamos a coger cada uno su silla y nos vamos a sentar rodeando el regalo, de modo que el regalo quede al centro. Steve quedará en el centro con su silla y va a abrir el regalo para saber su sorpresa. Todos cogen su silla y caminan hacia él salón donde está en regalo. Observo de reojo que todos cuchichean mientras van llevando su silla para rodear el regalo.

Cuando ya todos están listos, Vania tiene el mando de la televisión y tiene preparada la música de baile erótico y nadie se ha dado cuenta. Le hago de señas para que, cuando la chica salga, reproduzca la música. Ella asiente con la cabeza.

Todos nos sentamos alrededor del regalo gigante y empezamos a gritar: «¡Que lo abra, que lo abra, que lo abra!». Steve se pone de pie, supernervioso, y empieza a romper el papel de regalo. Se da cuenta de que puede levantar la caja y acaba antes, y lo hace. La chica está sentada en la silla con la pierna cruzada, con un cigarro tipo palillo negro superlargo. Está con su codo encima de su rodilla, con su rostro hacia un lado y con los ojos cerrados. Tiene la gabardina puesta.

Todos se quedan con la boca abierta y Vania hace que la música comience a sonar. La chica se pone de pie y centra su mirada en Steve. Él se queda de piedra frente a ella, y ella, con paso sexi, pone una mano en su pecho y lo dirige de espaldas a su silla. Él se sienta y me mira incrédulo por lo que está viendo, Todos me miran como si yo estuviese loca, sorprendidos, y los hombres, sin duda, emocionados, aunque disimulan porque están con sus parejas.

La chica le da la espalda a Steve y va bajando la gabardina poco a poco hasta llevarla a sus pies. Se agacha lentamente, dejando su culo casi en la cara de Steve.

Se da la vuelta de nuevo hacia él con una fusta en su mano y, con ella, le acaricia la cara a Steve mientas hace movimientos sexis al son de la música.

Ella tiene vía libre para hacerle lo que quiera. Baja la fusta por su pecho y se da la vuelta, se pega en su culo y lo mueve. Voltea a mirar a Steve. Se levanta, le coge las manos, las pone en su culo y sigue moviéndose. Se gira una vez más de frente, le coloca las manos en la cintura de la mujer y se abre de piernas encima de él. Steve no le suelta la cintura y ella se echa hacia atrás haciendo movimientos lentos hasta casi llegar su cabeza al suelo. El abdomen se le marca.

Steve está embelesado, no deja de mirarla. Ella vuelve a subir lentamente y le mira fijamente a los ojos. Le coge las manos de nuevo, se las dirige a los hombros y las va llevando lentamente hacia sus pechos semidesnudos. Steve hace el intento de quitarlas, pero ella no lo deja y me mira de reojo. Yo le hago un gesto de que continúe, que se deje llevar, y él, encantado, sigue disfrutando.

La chica se levanta de encima de él y le coloca su pie derecho en la pierna izquierda de Steve. Vuelve a cogerle las manos y las colocas en el zapato y lentamente va subiendo hasta llegar a su cadera. Steve no la suelta, está haciendo todo lo que ella le diga. Ahora ella se va hacia su espalda y le acaricia su pecho. Le mete la mano por dentro de la camisa y él solo suspira. Siempre me mira para ver mi reacción, pero yo estoy disfrutando tanto como él del espectáculo. Mientras, con la otra mano, lleva la fusta hasta la rodilla de Steve y la sube lentamente hasta detenerla cerca de su polla. Él se estira hacia atrás.

Ella se pone otra vez de espaldas y se vuelve a sentar encima de él. Le pone las manos en las caderas, abre las piernas de Steve y pone sus piernas dentro y, poco a poco, va bajando su torso hacia casi tocar el suelo con la cabeza, quedando con el culo de nuevo cerca de la cara de Steve.

Empieza a moverlo al ritmo de la música. De vez en cuando se da golpecitos con la fusta en sus nalgas y le pone las manos de Steve en su culo. Él lo mira lujurioso. Conozco esa mirada.

Ella empieza a bailarle rozándole el culo con su polla. Steve se estremece. Ella le pone las manos de él en su culo y hace movimientos circulares encima de su polla. Cada vez lo frota más. Luego, ella se acuesta en el suelo bocarriba y empieza a mover sus piernas de manera muy sensual. Sube una pierna; luego, otra; luego, las dos juntas. Las gira hacia los lados dejando ver su increíble figura.

Abre sus piernas del todo dejando su chocho a la vista, cubierto apenas por un diminuto tanga. Luego, se da la vuelta, siempre en el suelo, y queda bocabajo. Hace un movimiento de caderas muy erótico, como si estuviese follando, moviendo de arriba abajo su culo torneado.

Se abre de piernas otra vez levantando su culo todo lo que le es posible mientras sigue moviéndolo sin parar.

Steve la observa embelesado y yo siento excitación al observar la cara que pone Steve. No siento celos, para nada, al contrario. Me gusta mucho lo que estoy viendo y cruzo mis piernas mientras tomo un sorbo de vino de la copa que tengo en mi mano. Todos están embelesados, incluso las mujeres miran con atención. Vania está al otro extremo y me mira con una sonrisa pícara. Yo le devuelvo la sonrisa. Las mujeres me miran; sonríen incrédulas ante la situación. Yo solo sonrío.

La chica sigue bailando a Steve. Esta vez lo pone de pie y empieza a bailarle de arriba abajo tocándolo por todas partes. Él se deja llevar. El resto grita, eufóricos.

La chica se dirige hacia Marcos, le coge de la mano y lo pone al lado de Steve. Marcos intenta resistirse, pero Hana lo empuja. Supongo que, por respeto a ella, no quería pararse.

Ella los coloca a los dos sentados uno al lado del otro, muy juntos. Les une las piernas y se abre abarcándolos a los dos. Sus piernas quedan superestiradas y abiertas, dejando su coño en medio de los dos, y coloca sus manos en los cuellos de Steve y Marcos. Agarra la mano derecha de

Marcos y la coloca en su cintura, y la mano izquierda de Steve y también la coloca en su cintura, para que ambos la sostengan. Es una posición muy incómoda.

Suelta sus manos de sus cuellos, coge las manos sueltas de ellos y las lleva hasta sus zapatos. Poco a poco, las va subiendo hasta dejarlas en sus piernas torneadas y bien definidas. Los dos la sostienen mientras ella hace eso. Ellos dejan las dos manos en el sitio donde ellas las dejó, mientras, ella se mueve de arriba abajo sacando su culo hacia afuera, acercándoles sus pechos lo más que le es posible.

Se baja y lleva a Marcos de nuevo a su sitio. Marcos se sienta sonrojado y Hana hace un gesto de que no pasa nada.

Steve está superexcitado. Se lo noto. Es normal, si estoy excitada hasta yo observando semejante culo. La chica coge una capa negra que lleva, se vuelve a sentar abierta en las piernas de Steve y lo cubre con la capa. Se quedan ambos dentro de la capa.

Todos empiezan a gritar y él sube las manos. Solo ellos saben hasta dónde, porque no se ve nada. Así pasan, al menos, unos dos minutos. Ella se mueve al son de la música. Las manos de Steve se ven moverse en varias direcciones. Se nota un acercamiento de caras, pero también se ven las manos de ella en el cuello de Steve. Mientras, sigue moviéndose. Pasan unos cuantos minutos así. Todos empiezan a gritar de nuevo.

Ella levanta la capa de golpe y la tira al suelo. Él tiene las manos en la cintura, con un dedo entrelazado en su tanga. Ella se agarra a su cuello con ambas manos, lo rodea con sus piernas y las enlaza a la espalda de Steve. Abre las piernas de Steve y se baja lentamente hasta tocar el suelo con las manos y con las piernas enrolladas en la espalda de mi marido.

Empieza a moverse encima de la polla de Steve. Tiene, sin atisbo de duda, su culo en la polla de mi marido, y lejos de sentir celos, me excito cada vez más.

Sube lentamente y empieza a moverse como si estuviera cabalgando muy lentamente sobre la polla de Steve. Él está loco, sonrojado y excitado. Ella suelta sus piernas, se baja y se pone de espaldas de nuevo, y esta vez pone las manos en el suelo y su chocho en la polla de Steve y se mueve, rápido y lento, de arriba abajo, de dentro afuera.

Steve le tiene cogido el culo con las dos manos y, si por él fuese, la tuviera en 4 ahora mismo. Sonrío al mirarlos a la vez que me voy excitando cada vez más. Aprieto mis piernas cruzadas de la excitación e intento disimular tomando más vino.

Creo que todos estamos igual. Observo a los demás y todos están con la pierna cruzada intentando ocultar su excitación.

La chica se para frente a Steve. Le coge una mano y le indica que se pare. Él obedece. Ahora le indica que se acueste sobre la alfombra y él hace caso a lo que ella le dice. Ella se abre encima de él quedando a la altura de su cintura y se baja lentamente hasta quedar casi sentada sobre él.

Pone sus dos manos en el suelo alrededor de él, dobla sus rodillas en la alfombra y empieza a mover su chocho encima de la polla de Steve. Esa polla que tiene que estar más dura que una piedra. Se le nota por encima del pantalón casi desde el principio. Él intenta disimularlo, pero ese bulto es muy difícil de disimular. Ella se mueve rico encima de él, para arriba y abajo. Le hace movimientos como si estuviesen follando. Se sienta literalmente en la polla de Steve, le coge sus manos, las lleva hasta su cuello y las va bajando poco a poco. Las pasa por sus pechos y las sigue bajando hasta llegar a sus hermosas piernas.

Steve solo la observa babeando de deseo, de excitación, de morbo. Ella se mueve como loca, pero muy sexi. Hasta empiezo a pensar que ella está muy excitada porque también tiene cara de placer.

Pero, por muy raro que parezca, no siento nada más que muchísimo morbo y deseo follarme a mi marido ahora mismo. Me muerdo el labio inferior al pensar en ello. Cualquiera en mi lugar podría estar muriendo de celos, pero yo no, es todo lo contrario, solo siento excitación y morbo. Me están calentando demasiado los dos.

Ella se pone otra vez de pie y se gira, quedando de culo hacia Steve. Esta vez vuelve a hacer lo mismo, pero ahora con el culo en dirección a la cara de Steve. Se sigue moviendo de arriba abajo, lento, fuerte y rápido. El pobre apenas suspira. De vez en cuando me mira para ver cómo estoy, pero yo siempre le hago gestos de que disfrute, que es su regalo.

La música se para y, en ese momento, la chica se para y da por terminado el baile. Le tiende una mano a Steve y lo ayuda a levantarse. Yo suspiro aliviada porque creo que no podría aguantar mucho más la excitación que sentía. Todos gritan y aplauden. Ella les hace una reverencia. Todos se levantan y se dirigen a la mesa, y algunos, al baño. Vania, Steve y yo nos quedamos con la chica mientras recoge sus cosas.

—¿Qué os pareció? —dice la chica un poco sudada y jadeando por el cansancio—. ¿No me pasé?

—No, para nada. Ha estado espectacular, ¿verdad, amor? —le digo a Steve abrazándole por la cintura y dándole un beso en la mejilla.

—Uf… —suspira—. Estoy alucinando aún —confirma mientras me aprieta hacia su cuerpo.

—Ha sido fantástico —afirma Vania. Se va a la mesa y nos deja solos con la chica.

—Os dejo mi tarjeta dice por si llegáis a necesitar otro servicio —nos explica dándomela en la mano—. No suelo hacerlo con casi nadie, pero, a veces, hago excepciones.

—¿Como cuáles excepciones? —pregunta Steve a la vez que me mira a mí algo sorprendido.

—Como algo de compañía, por ejemplo —responde con mirada y sonrisa lujuriosas.

Sabía que le había gustado mi marido, y es normal, es un hombre superatractivo. Se le notaba a ella también la excitación. Steve me mira y yo a él.

—Muchísimas gracias, Blanca —le digo.

—Gracias a ti —me responde—. Pasaré al baño a vestirme.

—Ah, sí, claro, por supuesto. Pasa. —Le cedo el paso. Ella se va hacia el baño—. ¿Qué te pareció, mi amor? —le pregunto a Steve con una sonrisa nerviosa—. ¿Has visto? En pocas palabras, se nos ha ofrecido para un trío, o eso fue lo que yo entendí —le suelto acercando mis labios a los suyos y rodeándole el cuello con mis brazos.

—Mi vida, estás loca. Jamás me imaginé que serías capaz de algo así —me confiesa mirándome fijamente a los ojos—. Mira cómo estoy —me susurra cogiendo mi mano. La lleva a su polla. La tiene dura como una piedra—. Sí, eso mismo entendí yo.

Sonrío y se la cojo.

—Qué rico, mi amor —le murmuro al oído—. Sí, amor, sé que estoy loca, pero sé que, con estas cosas, podemos salir de la rutina y empezar a vivir nuevas experiencias.

—¿Nuevas experiencias? —me pregunta con una sonrisa y con un brillo diferente en sus ojos.

—Sí, amor, nuevas experiencias —le confirmo cogiéndole de la mano y llevándolo hacia la mesa.

En la mesa, todos cuchichean con quienes tienen cerca. Al vernos llegar, todos se callan.

—Bueno, chicos, se acabó el espectáculo. Ahora vamos a cenar —les informo mientras Steve y yo nos vamos sentando.

Blanca, la *stripper*, sale del baño. Steve y yo nos apresuramos a levantarnos de la silla para acompañarla a la puerta. La despedimos y ella nos da dos besos, muy cercana a Steve, y a mí me

aprieta una mano. Sale de casa y Steve vuelve a la mesa. Yo, de paso, voy a la cocina a traer las ensaladas.

Entre risas, comentarios y copas nos pasamos la cena. Cantamos el cumpleaños feliz y Steve sopla las velas. Todos le gritan que pida un deseo.

—Esta noche se me ha cumplido, más que un deseo, una fantasía —confiesa riéndose y mirándome con pasión. Mira las velas, espera un momento y las sopla. Todos aplaudimos.

Terminamos de cenar y de comernos la tarta y yo me levanto a recoger los platos de la mesa. Steve y Vania se levantan, cogen cosas de la mesa y me ayudan a llevar todo a la cocina.

Una vez allí, Steve, que va detrás de mí, pone los platos a un lado y me coge de las nalgas. Yo me volteo y le doy un beso.

—Estoy deseando que se vayan para follarte como loco. Me tienes desquiciado con todo lo de esta noche. No dejo de pensar en ello —susurra metiendo su lengua en mi boca en un embriagador beso.

—Ni yo, mi amor. He estado supercachonda toda la noche —le confieso mientras le muerdo el labio inferior. Vania entra y no nos dice, nada solo sonríe y sale de la cocina.

Nos vamos a la sala siguiendo a Vania.

—¿Alguien quiere una copa? —les pregunto—. Tengo ron, *whisky* y Baileys. Bueno, mejor traigo todo para acá y así cada uno elige lo que quiere tomar.

Cada uno se sirve lo que más le gusta. Todas las chicas nos servimos una copa de Baileys y nos vamos a la sala a conversar un poco. Los chicos se quedan en el comedor conversando entre ellos.

Por un lado, la conversación de los hombres. Casi todos están tomando *whisky on the rocks*.

—Hermano, vaya regalo el que te ha hecho tu mujer. Estoy alucinando. Eso solo me esperaba vivirlo en una despedida de solteros, entre chicos, pero que lo traiga tu mujer a tu casa por tu cumpleaños, eso es salirse. ¡Es brutal! —le dice Adrián a Steve en tono de emoción y sorpresa —. Aún no salgo del impacto.

—Sinceramente, es algo que me ha sorprendido —continúa Marcos—. Es alucinante lo que ha pasado. De hecho, yo me puse muy cachondo. Menudos movimientos de la chica. Además, ese culazo tan impresionante que tenía… Aparte de lo bella que era.

—Totalmente —dice lucas—. Aún estoy flipando yo también, e igual me puse cachondo. Es que era inevitable porque la chica estaba cañón, y claro, entre lo sexi que estaba y esos movimientos, yo, en tu lugar, hasta me hubiese corrido del gusto —le confiesa a Steve cruzando las piernas—. Es que lo pienso y me empiezo a excitar de nuevo

—Chicos, ¿qué les puedo decir? Mi mujer me ha dejado loco esta noche. Me ha llevado al cielo con este momento que me hizo pasar, y eso que solo fue un baile erótico, pero si ustedes estaban cachondos, imaginaos yo cómo estaba. Sentía que reventaba por dentro. Mi mente volaba a mil por hora con el culo de esa chica en mi cara. Deseaba hacerle de todo de lo excitado que estaba, y encima veía la cara lujuriosa de mi mujer, que me miraba de una forma distinta. No sintió nada de celos. Eso me hizo disfrutar aún más el momento. Hasta me siento más enamorado de ella con esto que acaba de hacer —les dice con mucha alegría—. La verdad es que jamás me imaginé vivir algo así. Desearlo, sí, por supuesto, eso y más cosas, pero vivirlo, y mejor aún, que sea mi mujer la que me haya regalado esa experiencia, sinceramente, eso no tiene precio. Aún estoy en estado de éxtasis total.

—Y quién no —afirma con sorna Adrián—. Tu mujer está loca. No sé si todas las mujeres son capaces de hacer algo así.

—No lo creo —dice Marcos—. A mí, ni por asomo se me pasa por la cabeza que mi mujer haga algo así. Es demasiado celosa, hasta con las compañeras de trabajo. Imagínense hacer algo así en su vida.

—¿Y si lo hiciera? —pregunta Lucas.

—Me volvería loco —responde Marcos—. Pero mejor ni sueño, que es algo que jamás me pasará. No soy tan afortunado como Steve —afirma entre risas.

—Soy afortunado, no lo dudo —responde Steve—. Qué les puedo decir, chicos. Siento que este ha sido el mejor cumpleaños de mi vida. Mi mujer ha sabido elevarme al cielo ahora mismo y me siento fascinado con todo. Hubiese deseado que durara un poco más, no lo niego. Estaba sinceramente encantado con todo, y qué decir de la chica, espectacular, bella, sexi, y esa lencería me volvió más loco aún, porque eso me encanta.

—Y cuéntanos, ¿qué te hizo o qué le hiciste cuando se quedaron cubiertos por la capa?

—Madre mía, de recordarlo todo me pongo malo —cuenta Steve—. Ella subió mi mano hasta su pecho y la apretó, y yo le acaricié los dos pechos, y me tocó la polla. La sintió tan dura como una piedra, y me miró con ojos de deseo. Ella me cogió una mano mientras se seguía moviendo con el baile y la llevó hasta su chocho. Yo la quité de golpe y ella me la volvió a poner. «Toca», me susurró. Yo, por respeto a mi mujer, no quería porque no creía que eso estuviera bien, más aún después de lo que ella estaba haciendo por mí en ese momento, pero la chica volvió a insistir. Esta vez me llevó la mano al coño y la apretó. Se sentía caliente. Se acercó a mi oído y me dijo: «Toca, que no hay problema, tu mujer me dio vía libre para hacer lo que quisiera, y esto está incluido». Escuchar eso puso más cachondo y la toqué. Ella presionó mis dedos en su coño y yo cedí. Separé su tanga hacia un lado y metí mis dedos dentro de ella y estaba supermojada, empapada, y empezó a moverse con más velocidad con mis dedos dentro de ella. Yo solo hacía fuerza para que sintiera placer, aunque no movía mi brazo para que no se viese lo que estaba pasando. Ella cada vez bailaba más sensual, con mis dedos dentro de su coño. Estaba excitadísima, al igual que yo, pero madre mía, qué sensación tan extraordinaria la que estaba sintiendo. Creía que era un sueño, y aunque en el fondo tenía miedo de lo que estuviese pensando mi mujer, imaginaba cómo había sido capaz de decirle a la chica que tenía vía libre de hacer lo que quisiera conmigo. No sé si se planteó que algo así podría pasar, pero, en ese momento, me dejé llevar porque las palabras de la chica me calmaron los nervios. Quizá lo habían pactado así entre ellas, no lo sé, solo sé que ella me dirigía y yo solo obedecí. Ella soltó un gemido y me pasó la lengua por la oreja. Hizo el intento de besarme, pero se detuvo solo, me dijo: «Qué rico». Sentí que enloquecía en ese momento. Saqué mis dedos de su coño húmedo y chorreante en ese momento para que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando y los limpié en la capa. Creo que solo yo escuché su gemido porque la música estaba un poco alta y ustedes todos estaban gritando. Uf, eso me puso más cachondo todavía. Ella no hizo ni el intento de apartarme las manos cuando le metí mis dedos en su coño. Creo que era lo que ella deseaba también porque se movía como loca mientras yo hacía presión con mi mano dentro de ella. Estaba supercachonda, y creo que es normal, a pesar de que se les paga por hacer eso, creo que se excitan al sentir la sexualidad en sus bailes y, con los roces, se calientan más todavía, y visto lo visto, seguro que también se hubiese dejado meter mi polla en su húmedo coño si se hubiese dado la oportunidad. Es que lo recuerdo y me pongo muy loco. Tíos, esta ha sido, hasta el momento, la mejor experiencia de mi vida, estoy flipando aún.

—Joder, y cómo no, cualquiera en tu lugar, hermano. Te envidio porque la tía estaba superbuena y encima se dejó tocar. No jodas, ¿qué más quieres? —le suelta Adrián dándole un

golpe en el hombro y todos se echan a reír.

—Salud por esta loca y única experiencia —exclama Steve levantando su copa y llevándola hacia sus amigos. Todo brindan con él y se ríen.

Por otro lado, la conversación de las mujeres. Me siento en el sofá. Vania se sienta a mi lado derecho y Hana, a mi izquierda; Esther, al frente de las tres.

—Tía, ¿cómo has podido estar tan loca? —pregunta Hana—. Estoy alucinada contigo. ¿Cómo has podido hacer eso? ¿No te dieron celos de ver cómo esa chica toqueteaba todo a tu marido? Porque al mío apenas lo tocó, solo lo puso para que él le tocara la pierna a ella y nada más por eso no dije nada —comenta riéndose.

—Sí, chicas, estoy loca lo sé. Les cuento que todo surgió como una broma entre Steve, Vania y yo, y Steve me retó. Dijo que no me creía capaz de que hiciese algo así, y claro, yo quería ganarle y demostrarle que, conmigo, los retos se cumplen. Pero, si les soy sincera, lo he disfrutado mucho, no he sentido nada de celos. Al principio, cuando llegó la *stripper*, pensé que sí, más al ver lo hermosa que era, pero, sinceramente, no. Me encantó ver la cara de mi marido al verla y, más aún, ver cómo se ponía conforme el baile iba subiendo de tono. Noté cómo se excitaba solo con verle la cara, y créanme que eso me llenaba de satisfacción y, a la vez, de excitación. De verdad que me gustó ver a mi marido disfrutando de una experiencia así. Comprobar cómo me mira hoy me hace sentir aún mejor porque él sabe que he sido yo quien le ha regalado esta experiencia, y eso, definitivamente, no lo olvidará en su vida. Si lo vuelve a vivir, siempre recordará esta primera vez y que fui yo la que se lo dio. Mi huella será imborrable de su vida y de su mente.

—Todo lo que dices parece bonito y eso, pero ¿no te da miedo que ahora él se sienta como libre de hacer cosas a tus espaldas? —inquiere Esther con tono de reproche—. Yo eso no lo haría jamás con mi marido porque un hombre debe ser de una sola mujer y una mujer, de un solo hombre. Al menos, a mí eso es lo que me han enseñado en mi familia. Esas son las tradiciones: casarte para toda la vida con un solo hombre y tener hijos

—¿Lo dices en serio? —dice Vania—. Mi marido me dejó por otra y nunca hice nada parecido a lo que ha hecho Raquel hoy, y, aun así, me dejó y me puso los cuernos más de una vez, e incluso yo lo perdoné varias, pero él decidió dejarme y vivir la vida loca. No se puso a pensar en que nuestro matrimonio era para toda la vida ni en que yo soy la madre de sus hijos, nada le importó y se fue. Es más, te voy a decir una cosa: yo pienso que, si eso es lo que le hace feliz, pues es lo mejor, porque a esta vida vinimos a ser felices nosotros, no a complacer a los demás.

—Totalmente de acuerdo, Vania, pienso igual que tú. La mayoría de los seres humanos nos dejamos guiar por reglas que, en gran parte, carecen de sentido; reglas que te dicen cómo tienes que vivir sin preguntar si eso es lo que te hace realmente feliz; reglas que, desde hace varios siglos, son herencias sociales gracias a las cuales somos lo que somos hoy. Les digo algo: desde hace cinco años siento que he dado un vuelco a mi vida. He aprendido a cuestionarme absolutamente todo, a no dar nada por cierto o falso sin antes cuestionarme qué es lo que verdaderamente pienso o siento, porque he aprendido también que solo de mí depende mi felicidad. Aprendí que la gente hace cosas, y solo de ti depende si te afectan o no, y nada debería ser más importante que nuestra estabilidad emocional.

—No lo había visto desde ese punto de vista —afirma Hana arqueando una ceja—, y tienes razón. Si me pongo a pensar en mi vida, siempre me han dicho qué es lo que tengo que hacer, qué es lo que está bien y lo que está mal, y nunca me he cuestionado si todo eso es lo que realmente debo hacer o si eso me hace feliz.

—Sí, lo típico: debes casarte tener hijos, graduarte y conseguir un buen empleo. Esas son las metas que nos meten en la cabeza desde niños y creemos, sin duda, que así es como debemos vivir —explica Vania.

—Eso sí es cierto —comenta Esther— porque en mi casa siempre me lo han dicho: debes sacar buenas notas y conseguir un buen empleo. Después, debes casarte y formar una familia, y sí, analizando todo, no aspiramos a nada más porque hemos sido guiadas solo con ese propósito.

—Chicas, sinceramente, yo no intento hacer que nadie cambie de opinión o piense como yo. Simplemente, les digo mi nueva forma de ver la vida, y esas creencias las tenemos en todos los ámbitos: personal, religioso, económico, etc. Lo único que les puedo decir es que hay que vivir, disfrutar y ser feliz. Hay que hacer todo aquello que nos haga feliz, sin importar lo que digan los demás. Creo que, si entendiésemos que cada día que pasa es un día menos que nos queda por vivir, tal vez aprovecharíamos de mejor manera el tiempo.

En ese momento, los chicos se acercan a nosotros.

—Nos retiramos —dicen. Las chicas se levantan enseguida. Steve y yo los acompañamos hasta la puerta. Se van todos excepto Vania, que se queda a ayudarme a recoger las copas de la mesa. Aunque le insisto en que no lo haga ella, lo hace de todas formas.

—Chicos, yo también me retiro, gracias por todo, me lo he pasado genial.

—Gracias a ti, Vania, por tu ayuda en todo. Te acompaño a la puerta.

Ella se despide de Steve con dos besos y camina delante de mí. Antes de irse, me mira y habla en voz baja:

—Creo que esta noche me toca cita con mi vibrador. Ese baile me dejó tocada, me calentó mucho. Es espectacular todo lo que hizo esa chica. Madre mía, mil cosas cruzaban por mi mente en ese momento —me confiesa y se tira una carcajada.

—Mejor ni te cuento cómo me puse yo —le respondo, también entre risas.

—Bueno, ya hablamos mañana —me despide acercándose a darme dos besos y se va.

—Hasta mañana —le digo cerrando la puerta.

Yo cruzo la puerta de la sala y Steve está parado junto a la esquina de la mesa del comedor mirándome fijamente.

—Mi vida, ven acá —me incita con la mirada y sonrisa más coquetas que pueden existir. Se le notan los tragos encima. No sé cuántos se ha tomado, pero parece muy contento.

Yo camino sexi, como si fuese en una pasarela. Sonriéndole, llego y él me rodea con los brazos por la cintura. Yo lo abrazo por el cuello. Él me aprieta hacia su cuerpo y me besa con mucha pasión. yo me entrego completamente a ese beso tan apasionado y suspiro.

—Mi amor, me tienes loco. De verdad que estoy alucinando todavía. Eres increíble, me has dado una experiencia única en la vida, mi amor. Deseo comerte entera ahora mismo. —Aprieta mi cuerpo al suyo y siento su polla, dura como una piedra, en mi vientre.

—Mi cielo, yo he disfrutado tanto como tú. Me puse tan caliente cuando esa chica te bailó de esa manera tan excitante… Es que me acuerdo y me empiezo a excitar de nuevo.

—Imagínate yo, mi amor. Llevo con la polla parada toda la noche. Ya no aguanto más —me confiesa mientras sus manos me van desabrochando los botones de la camisa.

Sube las manos por mis pechos y los aprieta. Me los descubre y empieza a chuparme los pezones. Con una mano me desabrocha el pantalón y la lleva hasta mi coño. Empiezo a gemir.

—Mi amor, qué rico —me susurra—. Estás chorreando.

—Sí, mi amor, estoy muy caliente —le digo entre gemidos, superexcitada.

Él hace varios movimientos dentro de mí y saca su mano. La lleva hasta su boca y se chupa los

dedos.

—Rico, mi amor —me dice mientas me gira de espaldas hacia él. Me saca la camisa y me empieza a besar él cuello a la vez que vuelve a meter su mano en mi coño mojado. La mueve rozándome el clítoris. Mientras, al borde del pelo, en el cuello me da mordisquitos. Sabe que eso me vuelve loca y yo me revuelvo de placer girando mi cabeza más hacia su boca. Mis gemidos cada vez aumentan más. Saca su mano de mi coño y me baja él pantalón. Me pone con las tetas en la mesa y se baja hasta mi culo, que está en pompa, coge mis nalgas con las dos manos. Las mueve y me empieza a besar. Me separa las piernas un poco, hace la braga hacia un lado y mete su lengua por debajo, llegando hasta mi clítoris y hasta mi coño. La mete y la saca; yo solo puedo gemir. Me saca el pantalón y me gira de frente a él. Me levanta y me sube a la mesa. Yo quedo sentada y lo abrazo por el cuello. Él me vuelve a besar apasionadamente y yo me dejo llevar. Beso su cuello y meto mi lengua en su oreja. Me acuesta en la mesa, me saca las bragas y pone mis pies apoyados en dos sillas dejándome abierta completamente frente a él. Me mira con deseo y excitación.

Se quita la ropa y queda totalmente desnudo. Se coge la polla y me la refriega por el chocho, pero no la mete.

—Mi amor, qué rica estás —me dice mirándome con ardiente deseo. Yo solo soy capaz de gemir y retorcerme en la mesa mientras él pasa su polla sobre mi clítoris. Se agacha—. Te voy a comer entera —me dice mientras empieza a chuparme el coño. Me lo cometan rico que yo solo me retuerzo de placer y cojo su cabeza, meto mis dedos en sus orejas. Siento enloquecer y un orgasmo increíble aflora de lo más profundo de mi ser. Los espasmos son evidentes. Mi cuerpo tiembla de placer al dejarse envolver con todas esas increíbles sensaciones y grito como loca. Él sigue chupándome. Yo me levanto enseguida y me pongo de pie frente a él.

—Qué rico, mi amor —le susurro mientras acaricio su torso desnudo y bien definido. Al mismo tiempo, voy bajando hasta coger su polla con mis manos y me bajo hasta que mi boca queda frente a ella. Me la meto en mi boca y empiezo a chuparla y a salivarla. Me la meto lo más dentro posible, hasta mi garganta. Solo lo escucho gemir, le está encantando, y la vuelvo a meter aún más adentro de mi garganta.

—Qué rico, mi amor —me gime cogiendo mi cabeza y metiéndome su polla aún más adentro. Yo me excito de una manera increíble, hasta yo estoy sorprendida. Recuerdo lo de la *stripper* y me vuelvo loca al recordar cómo le bailaba a mi marido. No me imaginaba que podía hacer algo así.

Él me coge del pelo y empieza a follarme la boca. Me la mete hasta el fondo de la garganta y siento arcadas, pero me encanta ver lo excitado que está, lo loco que se pone, cada vez más, y me encanta que él tome el control de la situación. Me folla cada vez más rápido y suelta mi pelo. Solo coge mi cabeza mientras yo le sigo chupando un poco más lento. Con ambas manos vuelve a coger mi cabeza y empieza a metérmela de nuevo hasta el fondo de mi garganta, en movimientos superlentos. Me la mete hasta el final y la saca. Mi saliva empapa su polla y me chorrea las tetas. Yo miro hacia arriba intentado ver su cara. Él me está mirando con una cara de tremenda excitación y él voltea a ver al techo y grita:

—Qué rico, mi amor, me tienes superexcitado.

Vuelve a mirarme y, aún con sus manos en mi cara, sigue metiéndomela hasta el fondo, esta vez con un poco más de rapidez. Solo le escucho gemir, hasta que me coge, saca su polla de mi boca y me dice:

—Vas a hacer que me corra, y aún quiero follarte. —Los ojos, ardientes. Cogiendo mis manos,

me ayuda a levantarme, me pongo de pie y me dirige hasta la alfombra.

Nos tumbamos y se pone encima de mí, en la posición del misionero, y me penetra. Yo solo puedo gemir del inmenso placer. Enrollo mis piernas a su cintura y me muevo también al compás de sus movimientos. Mis uñas rasgan su espalda mientras él besa mi cuello y me mete la lengua en la oreja. Enseguida, otro orgasmo me invade y me retuerzo de placer. Mis gritos aumentan con cada embestida que me da mientras me estoy corriendo. Aprieto mi cuerpo al suyo, cojo sus nalgas y las aprieto hacia mí.

Él me besa apasionadamente y me vuelve meter la lengua en la oreja. Eso intensifica aún más el orgasmo, me está enloqueciendo. Se quita y se acuesta bocarriba.

—Sube —me ordena, y yo no tardo en hacer lo que me dice.

Me subo enseguida y me meto su polla, dura como una piedra, en mi chocho mojado. Me muevo como loca y el siguiente orgasmo no se hace esperar. Aprieto su pecho y grito de placer. Me muevo un poco lento para disfrutar de ese maravilloso tercer orgasmo.

—Sigue, mi amor —me susurra, y yo vuelvo a moverme con mucha rapidez cabalgando su polla. Es tan rico y maravilloso que esté dentro mí. Ese placer tan increíble que me da… y vuelvo a correrme otra vez. Me desvanezco en su pecho gimiendo como loca.

—Me encanta, mi amor —me susurra cogiéndome por la cintura.

—Y a mí más, mi vida —le respondo incorporándome de nuevo y volviendo a moverme.

—Sí, mi amor, sigue, me tienes loco —vuelve a susurrar. Sus palabras me excitan más y me muevo con más intensidad, hasta llegar al siguiente rico y espectacular orgasmo.

Aprieto su pecho con ambas manos y me acuesto a su lado jadeando y él se levanta. Sé lo que quiere y me anticipo: me pongo a cuatro patas y saco mi culo lo más que puedo. Pongo mi cara sobre una almohada en la alfombra y él me penetra. Me folla a una velocidad increíble y yo grito de placer. Él me da palmadas fuertes en mis nalgas y yo gimo y él se excita cada vez más. Se mueve riquísimo. Me toca el culo con tanto deseo… Me aprieta las nalgas y vuelve a pegarme varias nalgadas con más fuerza. Me duele un poco, pero es un dolor placentero, es fusión de dolor y placer. Yo grito: solo puedo gemir. Él se incorpora de nuevo. Esta vez, se queda solo en una rodilla y levanta su otra pierna hacia un lado, así, me la mete más hasta el fondo. Me penetra una y otra vez en movimientos rápidos y lentos y yo me corro otra vez apretándole la polla con mi coño.

—Qué rico, mi vida —grita desesperado, inclinándose hacia mí y tocando mi clítoris para intensificar aún más mi orgasmo.

Le saco mi culo lo más que puedo, completamente en pompa, mientras aprieto una almohada que tengo debajo de mi cara.

—Ya no aguanto más —me confiesa mientras empieza a moverse con más velocidad.

—¡Córrete, mi amor! —le grito.

—¡Sí, ahhhhh! Mi amor, qué rico —suelta con palabras de excitación. La mete y la saca rápido y fuerte. Gime mientras expulsa un quejido profundo de puro placer.

—Qué rico, mi amor —le contesto a la vez que él se desploma a mi lado. No nos importó si manchábamos la alfombra o no, solo nos dejamos llevar por el inmenso deseo que sentíamos hasta satisfacernos. Los dos quedamos desnudos y extasiados de tanto placer. Él acaricia mi abdomen y yo me meto entre sus brazos. Me abraza y no dice nada; yo le beso la mejilla.

—Mi amor, me has vuelto loca —le murmuro con una sonrisa de satisfacción.

—Y tú a mí, mi amor. No sé ni cómo describir todo lo que me has hecho sentir esta noche. Me siento aún en una nube. Todo parece un sueño. ¡Pellízcame! —bromea—. Mi amor, te has

pasado con esa chupada que me has hecho, me has vuelto loco totalmente. Aluciné cuando te la metí toda hasta el fondo de la garganta. Mira, solo de acordarme me vuelvo a excitar. —Pone mi mano sobre su polla, que está levantándose de nuevo.

—Amor, no sé por qué me he desatado de esta manera hoy. Te confieso que, al ver a esa chica toqueteándote todo lo que pudo, me puso muy cachonda. Yo tenía miedo de sentir celos, pero fue todo lo contrario, me gustó, lo disfruté mucho y me puse muy caliente. No sé explicar la razón, solo sé que me causó mucho morbo ver cómo otra mujer te tocaba. Espero que no me juzgues por todo lo que ha pasado hoy —le suelto mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Juzgarte por lo de hoy? —me pregunta—. Mi amor, eso es imposible. Jamás podría juzgarte por sentir lo que sientes, y peor aún, por todo lo que me haces sentir a mí. Me sorprende, no lo niego, pero para bien. Me encanta saber que tengo una mujer así de loca. Ambos nos echamos a reír.

Saber eso me tranquilizó porque no sabía cómo se lo podría tomar o qué podría pensar de mí, porque la verdad es que jamás me había comportado así. Es como si algo se hubiese despertado en mi interior que ni yo misma sé que es.

—Así es, amor. Para mí es totalmente desconocido esto que siento porque me pongo a pensar en por qué no sentí celos, sino, más bien, mucho morbo. No sé, son cosas muy raras —le digo levantándome y sentándome a su lado.

Él se apoya en un brazo y me acaricia la cara.

—Mi amor, hemos perdido mucho tiempo de placer y haré lo posible por que eso cambie —me responde dándome un beso.

Yo cojo su cara y lo beso con mucha pasión.

—Es increíble, pero de solo recordar todo, me siento caliente otra vez —admito mordiendo su labio inferior—. Recuerdo cómo te bailó cuando te acostó en el suelo. Te ponía su coño en tu polla, mi amor. Bailaba muy sexi y excitante. Yo solo veía tu cara de excitación y deseo y me ponía cada vez más cachonda. Ver cómo le tocabas el culo y te mordías el labio me calentaba. No sé qué pasó debajo de esa capa, pero solo de imaginármelo siento que deseo tener tu polla dentro de mí. Estaba deseando que me follaras. —Me acerco a besarlo de nuevo. Él siente mi beso ansioso y me besa más apasionadamente aún. Sin dejar de besarme, se recuesta en el sofá.

Me abraza y me abre de piernas sobre él.

—Estoy recordando todo, mi amor, y me parece un sueño. Recuerdo cómo se acercaba a mí y ponía mis manos en su culo y en sus tetas, cómo movía sus caderas. Ese baile que hizo ella sola en el suelo, donde levantó sus piernas y las abrió totalmente frente a mí… Yo solo pude ver su diminuto tanga tapando su chocho. Parecía mojada. Mi amor, espero que no te sientas mal por lo que te estoy diciendo. —Me besa.

—No, amor, te juro que no me siento mal por lo que me dices. Es más, cuando me cuentas tus sensaciones, me pongo más cachonda porque me encantó verte disfrutando todo el espectáculo.

—Gracias, mi amor, por esta experiencia tan increíble —me dice metiendo sus dedos en mi pelo y metiendo su lengua en mi oreja. Yo gimo. Estamos totalmente desnudos y me empieza a tocar el coño con los dedos una vez más.

Estoy muy excitada de nuevo y siento que él se va poniendo cada vez más cachondo, noto cómo su polla va aumentando de tamaño y se la agarro y empiezo a moverla. Él sigue moviendo los dedos dentro de mi coño, que está chorreando entre su semen y mi excitación. Siento enloquecer de nuevo. Saca su mano y me levanta para sentarme en su polla supertiesa. Me besa los pechos y me muerde los pezones, me coge por la cintura y me mueve a un ritmo vertiginoso,

por lo cual, no tardo en llegar a otro excitante e intenso orgasmo. Me inclino hacia atrás y me vuelvo sobre él. Cojo su cabeza y meto toda su cara en medio de mis pechos. Con los brazos le rodeo el cuello en movimientos desesperantes, extasiada de tanto placer.

—Eso es lo que me vuelve loco de ti, mi amor, que te corres una y otra vez y me fascina ver tu cara excitada. Eso me pone más cachondo —me dice susurrándome al oído.

Me encanta que me hable, que me diga lo mucho que me desea y lo mucho que le encanta follarme. Me fascina que me lo diga mientras sigo cabalgando su polla.

—Fóllame —le gimo—. Fóllame así de rico, como siempre. Haz que me corra otra vez.

Él escucha mis palabras y me mueve muy rápido. Grito de placer con el segundo orgasmo.

—Qué rico, mi amor —me dice mirando mi cara de éxtasis total.

—¡Sí, sí, mi amor! —le grito en mi momento de desesperante y absoluto placer.

—Levanta —me ordena, y yo obedezco. Me dirige al brazo del sofá y me recuesta hacia dentro dejando mi culo en pompa. Él me inclina totalmente para dejar mi culo al descubierto. Él se baja de arriba abajo chupando mi coño y pegándome nalgadas un poco más intensas. Siento dolor y placer a la vez. Me mete su polla dura y empieza a follarme. Se recuesta sobre mí y me tira de las caderas hacia atrás, separándome un poco del sofá, y me mete la mano por debajo tocándome el clítoris. Lo acaricia de manera placentera, por lo que no tardo en volver a correrme. Solo puedo gemir de placer y aprieto con mis manos el sofá. Me siento desatada totalmente.

—Ay, mi amor, qué rico. —Me coge del pelo, tira de él y mi cabeza se va hacia atrás mientras me embiste con más fuerza. Me desvanezco envuelta por el inmenso placer del orgasmo. Él sigue follándome. Parece como si se fuese a correr. Solo lo escucho gemir. Me siento extasiada. Saca su polla de mi coño.

—Date la vuelta y siéntate. Pon la cabeza aquí —me ordena señalando el brazo del sofá—. Quiero que me la chupes como antes. Te follaré la boca hasta el fondo de la garganta y acabaré en tu boca —me adelanta moviéndose la polla de arriba abajo. Yo pongo los ojos en blanco al escucharlo decir eso último y, sin decir nada, obedezco y me pongo bocarriba en el brazo del sofá, quedando casi sentada. Él me mete la polla en la boca y empieza a moverla. La mete y la saca cada vez con más rapidez. Siento cómo me llega hasta el fondo de mi garganta y noto arcadas, pero eso parece que le encanta más y sigue moviéndola dentro de mi boca. Cada vez me deja menos margen para respirar, pero no me importa, su cara de placer lo dice todo.

La mete lento y hasta el fondo. Me coge del pelo e inmoviliza mi cabeza. La saca y la vuelve a meter lento. Él gime y enloquece. Me coge la cara con ambas manos y me la mete hasta el fondo en movimientos cada vez más rápidos.

—¡Ay, mi amor! —grita mientras la mete más al fondo. Yo solo siento las vibraciones de su miembro dentro de mi boca mientras se corre y yo me trago su semen. Noto que mi garganta aprieta su glande mientras trago. Me giro sacándola de mi boca y saboreo: no tengo ni una gota de semen, me lo tragué todo.

—Qué delicia, mi amor. Me tienes exprimido —me confiesa. Yo vuelvo a cogérsela y la meto en mi boca, chupándola hasta que va perdiendo la erección. Steve gime, se queja y se deja chupar hasta la última gota de su semen. Lo suelto y él grita tirándose en el sofá, casi encima de mí. Yo me incorporo para sentarme a su lado mientras me limpio la boca. Los dos nos miramos.

—Mi amor, estamos locos. ¿Qué nos ha pasado esta noche? —le pregunto mirándolo fijamente a los ojos.

—Tú me tienes loco, mi amor —me responde agarrando mi mano y besándola.

—Yo estoy agotada, pero feliz y satisfecha —le señalo devolviéndole la sonrisa—. Estamos

locos, mi amor, qué tiempo sin follar de esta manera. Ya me hacía mucha falta.

—A mí también, mi amor. No sé por qué nos hemos descuidado tanto, pero no debemos dejar que eso vuelva a suceder. A partir de ahora, prometamos cultivar la llama de la pasión —me dice dándome su dedo meñique para hacer una promesa. Yo le correspondo con el mismo gesto.

Subimos a la habitación y nos damos una ducha caliente para meternos a la cama a descansar. Me siento mucho más que satisfecha y feliz. No sé lo que sea que esté pasando en mi cabeza, pero funciona porque me siento muy feliz.

Nos vamos a la cama agotados. No tardamos mucho en quedarnos dormidos, abrazados y envueltos, en un ambiente de amor y placer.

El fin de semana pasa rápido. Hemos recogido a los niños y fuimos con ellos de paseo. Visitamos a los padres de Steve y a los míos. Tanto mis padres como los suyos le tenían una tarta preparada y nos hemos pasado casi todo el fin de semana celebrando su cumple. Los niños han estado felices porque, además, se han visto con los primos, que hacía tiempo que no los veían, pero han disfrutado. Todos hemos saboreado este hermoso fin de semana en familia.

Steve ha estado supercontento. La alegría se le nota desde lejos. Sus padres se lo dijeron, que lo veían más contento. Él les dijo que era por unos negocios que le estaban yendo muy bien. «Y por más cosas», dije yo en mi mente. Solo sonreí porque sé todo lo que hemos estado viviendo estos días.

Lunes en la oficina

Despierto y lo veo acostado a mi lado, mirándome, y me acaricia la cara.

—Buenos días, mi amor —me dice dándome un beso en la boca.

—Buenos días —le respondo besándole también. Me mira de manera diferente, con un brillo que hacía tiempo no veía. «Es tan hermoso; simplemente, lo amo», pienso.

Él se levanta apresurado.

—Mi vida, tengo que irme pronto. Hoy tengo una reunión con un cliente. Hemos quedado para desayunar. Es muy importante. Es sobre el proyecto del que te hablé —me cuenta dirigiéndose al baño.

—Yo también llegaré un poco pronto. Debo terminar de organizar todos los papeles que tengo pendientes —le respondo mientras me voy detrás de él al baño. Lo abrazo por la espalda mientras él se lava los dientes. Él me mira a través del espejo y yo le empiezo a tocar el torso desnudo. Rozo mi cara con su espalda y le doy besos mientras mis manos recorren de arriba abajo su abdomen perfectamente definido.

Siento cómo se le pone la piel de gallina. Bajo un poco más mi mano hasta su polla, cubierta por el pantalón de pijama de seda azul, y siento cómo se le pone cada vez más dura. Él levanta su cabeza hacia arriba y gime. Se enjuaga la boca y se gira hacia mí. Me coge por la cintura y me sube en el lavabo.

—Te comería entera ahora mismo —me dice mirándome fijamente con sus ojos lujuriosos.

Me desabrocha la camisa y hunde su cara en medio de mis pechos. Yo estoy superexcitada, deseo que me folle aquí y ahora.

—Me tienes loco —afirma mientras me muerde los pezones con más fuerza cada vez. Se toca la polla, me separa el pantalón del pijama de seda rosa que llevo puesto y me mete la mano en el coño.

—Qué rico, mi amor, qué húmeda estás. Me encanta cuando te mojas así —me confiesa introduciéndome los dedos en el chocho excitado.

Gimo de placer y lo beso con mucha pasión. Besa mi cuello mientras sigue moviendo su mano dentro de mí. Me quita el pantalón junto con las bragas, se quita el suyo y se saca la polla, muy dura. Me penetra sin aviso. Yo gimo de puro placer y le grito en el oído:

—Qué rico, mi amor, sí, sí, síííííííí. Me encanta cómo me follas.

Me penetra con mucha fuerza. Yo me tiro hacia atrás quedando con mis pechos desnudos frente a él. Me tira hacia él y, mientras me folla, me muerde duramente los pechos. Grito al sentirme envuelta en un rico e intenso orgasmo.

—Voy a correrme, mi amor —me dice con voz desesperada mientas me suspende del lavabo y me pone contra la pared. En ese momento, enrollo mis piernas en su cintura.

—Córrete, mi vida —le ordeno con voz excitada y él no tarda en correrse dentro de mí. Me embiste cada vez más suave, hasta quedar extasiado, los dos pegados a la pared. Se separa de la pared, me baja de su cintura y me da un beso.

—¿Ves lo que provocas en mí? Voy a llegar tarde —se lamenta riéndose—. Pero todo merece la pena. Ha estado rico, mi amor.

Le doy un beso de amor. Ambos nos duchamos y nos vestimos para irnos al trabajo. Él se va primero y yo unos minutos más tarde. Me miro al espejo y sonrío al pensar en todo lo que ha pasado en estas últimas horas. Parece increíble todo lo que ha pasado y, más aún, todo lo que hemos sentido.

De camino al trabajo, hay un poco de tráfico. Pongo música en el coche y me pongo a cantar a todo pulmón haciendo gestos con la cabeza. Con mucha alegría, volteo a ver al lado y la chica del otro coche me mira como si estuviese loca. Yo dejo de cantar, le sonrío y no dejo de sonreír pensando en lo feliz que me siento. Me siento libre. Me siento como una persona nueva, diferente.

Por fin logro llegar al trabajo. Aparco cerca de una famosa cafetería y compro tres batidos. Llego y saludo a todas las chicas. Paso por el despacho de Vania y le dejo un batido. Ella me mira con una sonrisa.

—Gracias, Raquel.

—Con mucho gusto —le respondo guiñándole un ojo. Por cierto, ¿Steve está en la reunión o en su oficina? —pregunto a Vania.

—Está en la reunión con el cliente —me dice ella señalando la sala de reuniones.

—Ah, genial, gracias.

Me dirijo a la oficina de Steve y le dejo el batido frente al ordenador. Espero que no tarde tanto. Me voy a mi despacho. Voy sonriente. Vera me mira de reojo y me hace un gesto con picardía y sonríe. Yo paso y entro a mi oficina y me pongo hacer mi trabajo.

Tocan la puerta. «Adelante», respondo. Se abre la puerta y entra Steve.

—Hola, mi amor —me saluda dándome un beso.

—Hola, mi vida. Te dejé un batido en tu oficina —le digo mientras lo abrazo por el cuello.

—Gracias, mi amor. Vine a saludarte y a darte un beso por el batido. Te dejo, que tengo muchas cosas que hacer —se despide dándome otro beso.

—Vale, mi amor, nos vemos luego.

Mientras Steve sale, Vania entra en mi oficina. Ellos se cruzan una mirada y una sonrisa. Vania se me acerca con una risa maliciosa.

—Raquel, tienes que contarme todo —me pide sentándose en la silla que está frente a mi escritorio—. ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo Steve por lo que hiciste? ¿No se lo tomó a mal? —Me acribilló a preguntas en un instante. Yo solo reí.

—Fue una noche genial, maravillosa. No te imaginas cómo está Steve después de eso. Está más atento, más cariñoso y apasionado que nunca. No me reprochó nada, es más, me agradeció mucho porque dijo que, aunque muchos hombres no lo reconozcan, es una de sus fantasías, y que le había sorprendido que fuese yo la que le hiciera vivir ese momento.

—¿En serio? —responde Vania sorprendida—. Yo me quedé pensando en lo que te diría después, en lo que pasaría. Pensaba cosas buenas y malas, pero me moría de la curiosidad por saber cómo había acabado la noche.

—Definitivamente, fue una noche espectacular. Viví uno de los momentos más raros de mi vida, pero, a la vez, más placenteros.

—¿Qué sentiste? —me pregunta impaciente.

—Sinceramente, al principio, me sentí intimidada, más al ver lo hermosa que era la chica. La verdad, me dio hasta miedo, pero solo de pensar en la sorpresa para Steve se me pasó. Después, conforme fue haciendo el baile y viendo la cara de Steve, lo disfruté mucho e incluso sentí muchas sensaciones, mucha excitación al ver lo que estaba sucediendo. La verdad es que no sentí nada de celos. Pensé que sí, pero no, solo sentía placer al ver la cara de mi marido disfrutando de aquello.

—Si te soy sincera, yo también tuve muchas sensaciones. Esa chica bailaba espectacular, y ni qué decir de lo hermosa que es. Veía la cara de todos y estaban anonadados viendo a la chica; más los chicos, claro. Se les notaba que se estaban excitando, y hasta yo, y si te soy sincera, esa noche me puse a jugar con mis juguetes recordando todo lo que pasó en el baile.

Me echo a reír con la confesión de Vania. La verdad es que somos muy buenas amigas y tenemos ese tipo de confianza de hablar de todas esas cosas.

—Pues yo mejor ni te cuento cómo acabamos porque te toca irte al baño ahora mismo —le digo riéndome a carcajadas. Ella se ríe de la misma forma. Se levanta de la silla.

—Madre mía, tenemos que quedar un día de estos. Hay mucho de lo que hablar —me insinúa dirigiéndose a la puerta.

—Claro que sí. Si quieres, este sábado podemos quedar en casa y cenamos. Steve tiene una cena de trabajo.

—Me parece estupendo. Te llego, entonces, el sábado.

—Genial, así quedamos.

Steve y yo salimos juntos de la oficina y me acompaña al coche. Mientras caminamos de la mano, me cuenta cómo ha ido su reunión.

—Amor, por cierto, el cliente con el que había quedado el sábado me canceló la cena porque le toca viajar de emergencia a Madrid, así que, si quieres, podemos salir tú y yo a cenar. Dejamos a los niños con mi madre y nos escapamos, ¿te parece?

—¿En serio, mi amor? Le dije a Vania que se venga a cenar el sábado a casa porque daba por hecho que tú no estarías, pero, si quieres, le digo que no.

—Ah, no, amor, claro que no. No canceles. Si quieres, puedo cenar con vosotras y después, si os parece, salimos a bailar, que desde el cumpleaños de Marcos no salimos de marcha, y esa noche me quedé con ganas de más.

—Me parece excelente, mi amor. La llamaré y le diré que se venga lista para salir de fiesta. —Steve se ríe.

Llegamos a mi coche y él me abre la puerta.

—Te veo en casa, mi amor. Mi coche está aquí cerca también —me dice dándome un beso y se despide.

De camino a casa, llamo a Vania para avisarle del cambio de planes antes de que se me olvide.

—Hola, Raquel.

—Hola, Vania. Te llamo para decirte que el sábado Steve cenará con nosotros en casa porque le cancelaron la cena que tenía y me dice que si queremos luego podemos ir a bailar. ¿Te apetece?

—Claro, me encanta la idea. Tenemos que divertirnos. Pues perfecto entonces, cena y fiesta.

—Pues perfecto, así quedamos entonces, un beso.

—Otro para ti.

Cena con Vania y Steve en casa

Steve lleva los niños a casa de su madre mientras yo me preparo para la cena. Estoy en mi habitación eligiendo la ropa que me pondré esta noche. Saco varios *oufits* para ver con cuál me siento mejor. Me pruebo un pantalón de tela negro con una camisa por encima del ombligo, rosada, sin mangas. Luego, me pruebo un *short* vaquero azul con camisa negra por dentro, y después me pruebo un vestido rojo con escote en uve y muy pegado al cuerpo. Me encanta el color rojo en la ropa, me hace sentir supersexi. Al final, decido quedarme con el vestido rojo y unos tacones de aguja en charol y de punta. Me encanta cómo me veo. Me dejo el pelo suelto y me pongo una mariposa en el lado izquierdo del pelo. Me gusta cómo se ve.

—¡Ya he vuelto, mi amor! —grita Steve desde la sala.

—Vale, amor —le respondo desde la habitación—. Ahora salgo.

Termino de maquillarme y me pongo los zapatos. Me dirijo hacia el salón, donde está Steve. Está leyendo un libro de espaldas a la puerta.

—Mi amor, ¿qué te parece? —le pregunto mientras voy entrando a la sala.

Me mira, se levanta y se dirige hacia a mí. Doy una vuelta modelándole.

—Guau, mi vida, estás hermosa —afirma cogiéndome de la mano y girándome otra vez para verme completa. Me abraza por la cintura y me besa el cuello—. Estás hermosa, mi amor, y supersexi. Mira cómo me estás poniendo. —Lleva mi mano hasta su polla, que va aumentando de tamaño—. Mi vida, si por mí fuera, te follaría ahora mismo sobre la mesa —me susurra al oído.

—Y yo encantada. mi amor, pero ahora mismo no podemos. Vania está por llegar y no me quiero quedar a medias, así que mejor ni empecemos —le respondo sonriendo mientras me alejo de él y voy hacia la cocina. He preparado unas costillas de cerdo agridulces al horno. Dicen que son mi especialidad. Por otro lado, una ensalada de vegetales para acompañar. Steve me ayuda a terminar de colocar la mesa para los tres y abre una botella de vino tinto que tenía fría en el enfriador de vinos.

En ese momento, suena el telefonillo.

Steve se dirige a la puerta para abrir a Vania. Al rato, sube y yo me dirijo a recibirla. Steve se queda en la cocina sirviendo las tres copas de vino.

—Hola, Raquel, ¿cómo estás? —Me da dos besos.

—Bien, esperándote —contesto con una sonrisa. Ella se quita el abrigo. También anda con vestido, pero el de ella es negro—. Estás preciosa —la piropeo mirándola de pies a cabeza. Su vestido negro resalta su esbelta figura. Lleva medias y botas negras también. Su pelo suelto, ondulado y negro… Definitivamente, es guapísima.

—Y tú igual, estás guapísima también.

Pasamos al comedor y se saludan con Steve. Él me da una copa de vino y le da otra a ella.

—Señoritas —comenta extendiendo su mano para que nos sentemos a la mesa.

Nos servimos la cena y charlamos de todo un poco (de algunos casos que hemos tenido esta semana, pero decidimos cambiar de tema).

—Vania, te cuento que estamos planeando un viaje a Disneyland París con los niños. Sería bonito que tú también te apuntaras y así los niños se divierten más todos juntos. ¿Qué te parece? —pregunta Steve.

—Me parece una excelente idea. ¿Para cuándo tenéis pensado organizar el viaje?

—Pues estábamos pensando que, ya que casi llega el verano, podemos organizarlo para finales de agosto, que ya queda apenas un par de meses y el tiempo va volando.

—Pues me parece estupendo. Voy a organizarme yo con ellos y planeamos el viaje.

—¿Más vino? —pregunta Steve.

—Claro —respondemos las dos a la vez.

Él se levanta y va a por la segunda botella de vino a la nevera. Vuelve y nos sirve a ambas.

—¡Brindemos por esta noche! —exclama Vania acercando su copa a las nuestras.

—Si no es indiscreción, ¿cómo llevas tu separación? —pregunta Steve con cautela.

—Si te soy sincera, bastante bien. Después de un año, prácticamente ya no me afecta. Al principio, no te niego que sí, pero ahora mismo es que me siento tan bien; me siento plena y feliz, con mi trabajo, mis hijos… Ya lo superé —afirma. Bebe otro sorbo de su copa de vino.

—De corazón, cielo, me alegro. —Cojo su mano y se la aprieto. Ella hace lo mismo—. Eres hermosa, y créeme que cualquiera estaría loco por estar contigo, ¿verdad, amor? —le pregunto a Steve.

Ella se echa a reír.

—Claro que sí —contesta Steve mirándome a los ojos como queriendo adivinar por qué le pregunto eso a él. Yo le sonrío.

—La verdad es que ahora mismo no me siento con ganas de empezar ninguna relación, no me siento capaz. Siento que no podría enamorarme de nadie por ahora —comenta Vania mientras sigue bebiendo vino.

—Tú date el tiempo que sea necesario, no tengas prisa. Vive tu vida de la mejor manera que te parezca y sé feliz, que la vida son tres días, y ya van dos —le digo riéndome.

—En eso estoy de acuerdo —confirma Steve—. A veces, nos pasamos la vida pensando en lo que está bien o en lo que está mal y dejamos de vivir, cuando es a lo único que hemos venido a este mundo, a vivir y ser felices.

—Por cierto, hablando de vivir la vida, cuéntame, Steve, ¿cómo te tomaste el regalo de cumpleaños? —pregunta Vania con sonrisa pícara.

Yo me río al recordar todo lo ocurrido desde ese entonces, y aunque Vania ya sabe algunos detalles, quiere saber qué pensó Steve.

—Uf, yo me quedé flipando. Jamás me imaginé que esa broma fuese verdad, pero tenéis huevos de hacerlo; más tú, mi amor de permitir eso —cuenta mirándome y cogiéndome la mano.

—Mi amor, tú no puedes retarme y pretender que pierda —le respondo mientras me río a carcajadas. Vania se ríe igual—. Amor, la verdad es que todo surgió como una broma, pero conforme pasaron los días, maduré la idea y le comenté a Vania que, en realidad, quería hacerlo, y pues pasó. Creo que no estuvo mal, ¿verdad?

—Qué te puedo decir, mi amor. Solo creo que estás loca —Cruza las piernas.

Creo que solo de acordarse se está poniendo malo, como dice él.

—Vaya que sí —dice con una sonrisa Vania—. Muy loca. —Ambas nos echamos a reír—. Dejando las bromas, después de eso, me he puesto a pensar en mi matrimonio. ¿Sabes? Si yo tal vez hubiese sido como Raquel y hubiese aceptado vivir algunas experiencias con mi marido, como en su momento me propuso, quizá aún seguiríamos juntos poque creo que simplemente se

aburrió de mí. Yo fui mojigata, nunca quise salir de lo normal, de lo tradicional, por temor a ser juzgada, por si eso es pecado o no, por cómo me vería después mi marido, etc. Busqué mil excusas para no vivir, como dice Steve.

—Te entiendo porque yo también tenía tus mismos temores. También pensaba en todas esas cosas, pero las hablamos Steve y yo y llegamos a la conclusión de que, si queríamos vivir la vida y experimentar muchas más cosas, todo lo que se nos pueda ocurrir y que estemos dispuestos a hacerlo, lo haremos, sin juzgamientos, sin reglas, sin prejuicios, porque creo que esas cosas sí que nos hacen perder la vida. Dejamos de vivir cosas que tal vez queremos solo por temor al qué dirán o al cómo me verán, pero a mí, sinceramente, todas esas cosas ya me dan igual. Ahora estoy dispuesta a vivir todo lo que me haga feliz.

—Así es mi amor. Vania, créeme que tu marido no te hubiese juzgado, es más, creo que lo hubieses vuelto loco, así como mi mujer me tiene a mí, y es cierto que hemos dicho de vivir todo lo que nos haga feliz.

—Ya lo creo —dice mirándonos a los dos—. Brindemos por eso. —Choca su copa con las nuestras.

—Voy a por otra botella —apunta Steve.

—Al paso que vamos, bebiendo así, no creo que salgamos. Yo ya me siento contenta —le digo a Vania acercándome un poco más a ella. Steve vuelve con la botella descorchada y nos sirve.

—Una pregunta indiscreta —dice Vania—. ¿Qué os gustaría experimentar? Si no queréis, no respondáis. —Se encoge de hombros.

Steve y yo nos miramos.

—Respóndele tú, mi amor —me invita Steve.

—Pues la verdad es que hay muchas cosas en nuestra cabeza. Ya hemos hecho varias y, sinceramente, creo que Steve debería decir qué fantasías o experiencias le gustaría porque yo estoy dispuesta a todo, siempre que me sienta cómoda, claro. Por ejemplo, lo del *striptease* imagino que a muchos hombres les gustaría. ¿Recuerdas que lo comentamos?

—Sí, lo recuerdo. Cuéntanos, Steve, ¿qué fantasías enloquecerían a un hombre? Espero que no os sintáis incómodos con mis preguntas —dice tapándose la cara con una mano mientras sostiene la copa con la otra.

—Pues para un hombre sería enloquecedor estar con dos mujeres. El que lo niegue es que definitivamente no le gustan las mujeres, pero, en su gran mayoría, los hombres reconocen que esta es una de las más deseadas fantasías, y yo no soy la excepción. —Me mira con ojos intensos. Yo lo observo y sonrío.

—Sinceramente, a mí no me importaría vivir una experiencia así. Cuando Blanca le bailaba a Steve, me puse supercachonda. Era una visión diferente: ver cómo él tenía acceso a otra mujer me puso a mil. En principio, al ver lo hermosa que era, pensé que sentiría celos, pero, lejos de eso, sentí demasiado morbo al verlos allí, en esa situación.

Vania mira a Steve y él asiente con una sonrisa.

—¿De verdad te gustaría ver a Steve con otra chica? Pero respóndeme con la verdad —pregunta Vania mirándome a los ojos.

—Claro, te digo que sí —respondo mirándole también a los ojos y mirando asimismo a Steve, que coge la botella de vino y nos sirve un poco más.

Vania coloca la copa de vino en la mesa.

—Voy al baño.

—Claro, pasa —dice Steve—. Ya sabes dónde está. Mi amor, es mejor que cambien de tema

porque mira cómo estoy solo de imaginar todo lo que están hablando —suelta Steve cogiéndose la polla—. Toca —me pide cogiéndome la mano y poniéndosela en la bragueta.

—Rico, mi amor —le digo con ojos lujuriosos mordiéndome el labio inferior. En ese momento, escuchamos que Vania sale del baño y Steve se sienta en su sitio.

—¿Sabéis? Me cuesta creer lo que me estáis diciendo —afirma Vania riéndose. Se sienta en la silla. Queda un poco más cerca de mí.

—¿Por qué? —le pregunto—. Si ya has visto lo que he hecho al traerle una *stripper*. Eso no lo hace cualquier mujer.

—Eso sí es verdad, tienes razón —dice bebiéndose el poco vino que le queda en su copa. La coloca en la mesa. Steve le pone lo que queda en la botella—. ¿En serio quieres experimentar eso? —me comenta, aún con asombro.

—Sí, es verdad —confirma Steve—. Alguna vez lo hemos comentado, pero nada más, hasta allí. —Steve intenta terminar el tema porque cada vez está más excitado con la conversación.

Vania nos mira a ambos y sonríe. Se para, se acerca a mí y me coge la cabeza con ambas manos.

—¿Estás segura? —pregunta.

Yo le miro a los ojos y asiento con la cabeza. En ese momento, ella me besa con mucha pasión. Enreda sus manos en mi pelo, aprieta sus labios con los míos. Yo le correspondo el beso mientras la cojo por la cintura. Aprieto mis manos en su pequeña cintura y ella mete su legua dentro de mi boca, y cada vez nos besamos con más pasión. Abro los ojos y veo que Steve está petrificado frente a nosotras, observándonos. En ese momento, soy consciente de la situación y me separo de ella.

Ella mira a Steve y lo coge de la mano, Lo dirige hacia donde estoy yo sentada, aún sin salir del asombro, y vuelve a besarme. Me pone en pie para estar a la altura de ellos y Vania hala a Steve hacia nosotros. Se separa de mí y lo besa con un beso tan apasionado como el que me ha dado a mí.

Steve me coge por la cintura mientras se está besando con ella. Ahora Steve nos coge a las dos por la cintura y los tres acercamos nuestras bocas para besarnos. Es un beso muy excitante. Siento cómo mi coño se humedece. Paso mi mano por la polla de Steve por encima del pantalón y esta parece que quiere salir de lo tiesa que la tiene. Paso mi mano lentamente por el culo perfectamente definido de Vania y aprieto su nalga. Se nota que le encanta el gimnasio, al igual que a mí. Estos cuerpos no se hacen sin ejercicio.

Santo cielo, qué sensación más enloquecedora. Noto cómo mis fluidos van saliendo por los lados de mi tanga y bajando por mi entrepierna.

Seguimos besándonos los tres muy apasionadamente. Steve se separa, coge a Vania y la gira de espalda. Ella queda frente a mí. Él tira su pelo a un lado y empieza a besarle el cuello. Vania tira de mí y me besa de nuevo. Voy bajando mis manos por la cintura de Vania hasta llegar a sus piernas. Le subo el vestido y dejo todo su culo, cubierto solo con un tanga, pegado a la polla de Steve.

Steve la coge, mete sus manos por debajo del vestido y sube hasta sus tetas, dejando su vestido totalmente arriba. Su cuerpo de escándalo sale al descubierto. Sus bonitos pechos quedan frente a mí. Steve los masajea. Ella gime superexcitada. Bajo mis manos hasta sus caderas y toco su tanga negro. Se lo hago a un lado y meto mis dedos en su coño, que está empapado de excitación. Eso me pone más cachonda si es posible. Yo cojo una mano de Steve y se la bajo

para que él meta sus dedos dentro de ella; él se deja guiar por mí, la toca y le acerca la polla aún más a su culo.

—Qué rico —le escucho decir en un gemido.

—Me estáis enloqueciendo —susurra Vania, excitada.

Yo le cojo la cara, se la giro a un lado y le meto la lengua en la oreja mientras Steve la sigue masturbando. Ella grita desesperada.

—¡Me corro! —Veo cómo se estremece su cuerpo de placer. Steve no deja de tocarla hasta que ella deja de moverse por los espasmos de la intensa corrida que ha tenido.

Sin dar tiempo a nada, Steve nos coge a ambas de la mano y nos dirige al segundo piso, donde está la habitación. Ambas caminamos detrás de él. Vania aún lleva el vestido por encima de su cintura.

Llegamos a la habitación y nos dirige a la cama.

—Esperad un momento —pide yéndose al baño. Vania y yo nos sentamos en la orilla de la cama esperando a que regrese. Nos miramos un poco incrédulas por lo que está pasando, pero, a la vez, con mucho morbo.

Al verle asomar, comprobamos que viene sin camisa y con el vaquero desabrochado. Se ve tan hermoso y sexi… Nos mira con lujuria. Trae una caja de preservativos en la mano. Cuando casi llega a nosotras, yo me lanzo sobre Vania a besarla y ella corresponde mi beso. Steve nos observa, se acerca a nosotras y los tres volvemos a besarnos. Poco a poco, Steve nos empuja a la cama hasta que quedamos acostadas. Las dos subimos y nos acomodamos.

Yo le bajo la cremallera del vestido a Vania y ella se lo saca. Se queda con el tanga puesto. Yo también me quito el vestido e igual me quedo con las bragas puestas. Vania se acuesta bocarriba, me coge de la mano y me hala hacia ella para besarme.

Nos besamos y Steve empieza a tocarle el coño a Vania. Se lo acaricia suavemente y ella gime. Se baja de la cama y se quita el vaquero. Vuelve hacia Vania y le abre las piernas. Se queda en medio de ella y poco a poco se va acercando con la polla tiesa, en la que ya ha colocado un preservativo. Va directo al coño empapado. Se la mete y Vania se retuerce de placer. Steve nos mira con ojos de deseo y yo me pongo a cuatro patas besando a Vania.

Mi culo queda en pompa, cerca de las manos de Steve, y él me toca las nalgas y me hace a un lado el tanga, me mete los dedos en el coño y se da cuenta de lo mojada que estoy.

—Mi amor, qué rico —afirma mientras hace presión en mi clítoris. Mi excitación es total, pero él me saca la mano del coño. Lo miro y se saborea los labios. Se inclina encima de Vania y se une al beso mientras, con una de sus manos, me masturba por debajo del tanga. Se incorpora y empieza a follar a Vania rápido y fuerte. Coge las piernas de ella y se las coloca encima de los hombros. Ella grita de placer y yo me bajo a chupar sus tetas. Le toco el clítoris haciendo presión con movimientos superrápidos y ella gime aún más fuerte. Parece que quiere correrse.

Steve sale de Vania y la gira casi sin ningún esfuerzo para ponerla a cuatro patas. Ella se acomoda poniendo su culo en pompa. Está buenísima la tía. Steve la está disfrutando como loco. Su cara morbosa lo dice todo; se muerde los labios mientras acaricia las nalgas redondas y bien definidas de Vania.

—Vania, voy a follarte duro —le dice cogiendo su trasero y atrayéndolo hacia su polla superdura. En un movimiento, le hunde la polla en el coño y ella gime. Me acuesto bocarriba al lado de ella y empiezo a besarla. Meto mi lengua en su oreja mientras Steve la cabalga rápido y fuerte.

Ambos están encantados y superexcitados. Vania gime con energía.

—¡Sí, fóllame! —Puedo ver la cara de Steve mientras se la folla: es una cara de inmenso placer. Me encanta verlo así, me pone a mil comprobar cuánto está disfrutando a otra mujer, cómo jadea, lo excitado que está, ver el sudor bajando por su torso. Es tan sexi, tan rico… Me muerdo los labios al verlo. Vania sigue gimiendo y gritando.

Ella grita de placer por la follada que le está dando Steve. Él está muy excitado, tiene una cara que nunca había visto. Steve mete sus dedos dentro de mí y yo gimo. Lo necesito dentro de mí ahora mismo. Él se da cuenta de mi necesidad y acelera sus movimientos, más fuertes y cada vez más rápidos. Vania grita y se corre con unos gemidos tan excitantes y tan intensos que inundan la habitación. Me ha puesto a mil verlos a los dos follando de esa manera.

Ella se desploma a mi lado y Steve se acuesta en la cama bocarriba.

Sube —me ordena cogiéndose la polla. Yo obedezco enseguida, estoy deseosa de él. Me meto la polla en el coño, empapado. Gimo de placer al sentir lo dura que está. Empiezo a cabalgarlo. Estoy desatada totalmente. Él mira mi cara y se muerde el labio inferior con mucho morbo. Me coge de las caderas y me mueve superrápido sobre su polla. Gimo y grito liberándome. Me corro de una forma tan desenfrenada que se me eriza todo el cuerpo al liberar ese orgasmo que deseaba tanto desde hace rato.

Vania toca mis nalgas y empieza a besar a Steve. Verlos así, frente a mí, besándose, me pone a mil otra vez, por lo que continúo moviéndome con más fuerza y, sin forzar nada, me corro otra vez. Araño su pecho, cojo una nalga de Vania y se la aprieto con fuerza.

—Qué rico, mi amor —comenta Steve sintiendo en su polla todo mi placer.

Yo me bajo jadeando del gusto y del cansancio.

—Sube —le exijo a Vania. Ella obedece sin decir palabra. Abre sus piernas alrededor de Steve y se mete su polla dentro. Ambos gimen a la vez. Vania se mueve muy rápido y pone los ojos en blanco de placer. Está disfrutando de follarse a mi marido. Su cara refleja mucho placer, y yo estoy disfrutando al verlos.

Steve me hala hacia él y me besa con mucha pasión. Yo le hago a un lado la cara, beso su cuello y subo hacia su oreja. Le meto la lengua y él gime de placer. Es una cara indescriptible la que ahora tiene. Abre su boca jadeando y gimiendo. Es tan morboso verlo así, tan excitado.

Vania nos mira y, cada vez más excitada, se mueve con más velocidad. Steve coge sus caderas y la mueve y ella lo acompaña en los movimientos. Le meto otra vez la lengua en la oreja.

—Córrete —le pide Steve a Vania; ella está a punto de hacerlo. Se mueve cogiendo la sábana de la cama y se aferra a ella. Empieza a gritar de nuevo echando su cabeza hacia atrás mientras Steve también se deja llevar por el orgasmo de Vania. Se corre a la vez que ella. Yo lo beso y él coge mi cara con fuerza y me muerde los labios.

—No lo puedo creer —expresa dejando caer sus manos al lado de su cuerpo, cansado.

Vania se tumba al otro lado de él, quejándose de placer, jadeando, exhausta.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —pregunta Steve con una sonrisa de satisfacción que no puede ocultar.

—Pasa que me habéis vuelto loca con vuestras locuras —comenta Vania sin moverse.

—Madre mía, estoy alucinando. Jamás me imaginé que esto podría pasar entre nosotros —afirmo acariciando la cabeza de Vania.

—Ha sido alucinante, chicas. Muchas gracias por este momento tan increíble —menciona Steve levantándose, quitándose el condón y dejándolo el en suelo. Se acuesta a mi lado y me besa.

—No sé qué me ha pasado, jamás me había corrido más de una vez en una follada —cuenta

Vania—. Esto es flipante, es alucinante. —Tiene una enorme sonrisa en el rostro.

—¿En serio? —pregunto con sorpresa—. Pues me da gusto saber que has descubierto algo nuevo, y creo que aún te puedes correr más veces si lo intentas.

—Vaya —responde Steve—, me siento honrado de saber eso.

—De verdad os lo digo, estoy alucinando. Solo espero que esto que ha pasado no dañe nuestra amistad —sugiere Vania preocupada.

—Por mi parte, créeme que no. Nos has hecho vivir uno de los momentos más alucinantes que hemos vivido —afirmo.

—Uf, ya te digo —prosigue Steve—. Ha sido increíble. Estoy alucinando. No me lo creo, todo esto parece un sueño, no sé cómo ha sucedido, pero créanme que me han dado hasta ahora el mejor momento de mi vida.

Vania se levanta de la cama y se dirige al baño. Coge su tanga y su vestido y cierra la puerta.

—Mi amor, te has vuelto totalmente loca, pero me fascina todo lo que haces por mí. Créeme que me tienes ahora mismo rendido a tus pies. No tengo más nada que pedirle a la vida en cuanto al sexo porque contigo lo tengo todo, incluso aquello que jamás me imaginé. Me tienes flipado —asegura Steve besándome con mucha pasión.

—Mi amor, yo también estoy alucinando con todo esto. Alguna vez lo habíamos hablado, pero nunca se había dado la oportunidad, y míranos ahora, disfrutando de estos momentos tan excitantes. Y créeme que faltan demasiados aún por vivir.

—Uy, mi amor, qué rico, ni me digas eso, que me pongo malo de nuevo —afirma cogiéndose la polla, que va aumentando de tamaño.

En ese momento, Vania sale del baño ya vestida. Yo me siento en la cama al verla salir. Cojo la sábana y me tapo. Ambos nos quedamos observándola sin decir nada.

—Chicos, me voy. —Termina de acomodarse su vestido sexi.

—¿Pero estás bien? —pregunto inquieta.

—Sí, sí, tranquilos, es solo que ya es tarde y le dije a mi hermana que no demoraría mucho.

—¿Te acompaño a la puerta? —pregunta Steve muy amablemente.

—Ah, no, no te preocupes, ya me sé el camino —comenta con una sonrisa y caminando hacia la puerta. Cierra la puerta detrás de ella y se la escucha caminar hacia el piso de abajo.

Yo me levanto de la cama y camino hacia las escaleras. Me quedo allí esperando a que salga de casa. Escucho cómo camina ya con los tacones puestos y sale. Se escucha el sonido de la puerta cuando la cierra.

Vuelvo a la habitación. Steve está acostado bocarriba mirando al techo. Me tiro sobre él.

—Ya se ha ido. Espero que se sienta bien después de todo esto. Mañana la llamaré y le preguntaré.

—Sí, yo también espero que esté bien. Mi amor, qué rico todo lo que ha pasado esta noche, me tienes loco. Me encantó ver cómo te besabas con ella. Mira cómo estoy solo de acordarme —me hace notar tocándose su polla cada vez más dura. Yo me muerdo los labios y se la cojo y empiezo a masturbarlo.

—Me encanta, mi amor, verte así, tan excitado. No sabes cuánto disfruté ver cómo te follabas a otra mujer en nuestra cama, frente a mis ojos. La lujuria con la que nos veías es increíble. Ver tu cara fue muy excitante; me puse supercachonda al ver cómo disfrutabas tú y cómo gemía ella. Escucharlos y verlos a los dos fue una locura, una bomba de placer para mí. Solo de recordarlo me pongo a mil otra vez.

Él me besa muy apasionadamente y yo no dejo de masturbarlo. Me coge de la cintura y me

acerca más a él. Me toca el coño.

—Uy, qué rico, mi amor, qué mojadita estás. No sabes cómo me fascina sentirte así. Me estás volviendo loco.

Yo suelto su polla, me subo encima de él y empiezo a moverme, desesperada de deseo, deseosa de correrme otra vez. Hablar y recordar todo lo que pasó me ha puesto superexcitada. Me sigo moviendo y empiezo a gritar de placer al dejarme llevar. Un intenso orgasmo recorre todo mi cuerpo.

—Qué rico, mi vida, me encanta cuando te corres.

Ver su cara me causa mucha excitación. Le hace tan rico cuando ve cómo me corro… Me abraza y me baja de él.

—Date la vuelta —me ordena poniéndome a cuatro patas.

Recordé la posición en la que estaba Vania hace un rato y me puse igual.

—Fóllame como a ella —le pido, y él no tarda en cumplir mi deseo. Me coge el culo con ambas manos y lo echa hacia atrás, metiéndome de golpe su polla tiesa en mi coño mojado. Yo gimo de placer. Es tan increíble la sensación. Después de todo lo vivido, estoy muy excitada de nuevo. Es muy raro todo; es una excitación totalmente diferente, indescriptible; es desesperante. Siento enloquecer de deseo.

Recordar todo lo que pasó me vuelve más loca aún. Siento que mi vientre arde de deseo, de pasión, de excitación, y mi marido está allí, saciando mi deseo. Me folla rápido y fuerte, así como lo hacía con ella hace unos instantes.

Siento cómo mi cuerpo se estremece y solo puedo gritar al sentir que me estoy corriendo otra vez con la increíble follada que me está dando mi marido.

Steve acelera aún más sus movimientos y escucho sus gemidos y gritos al correrse de nuevo, esta vez, dentro de mí. Me dejo caer en la cama y él se desploma sobre mí. Se echa a un lado, aun jadeando del cansancio y la excitación.

—Ha sido increíble, mi amor —afirma cogiendo mi mano y dándole un beso. Todavía su voz está cansada.

—Vaya que sí, mi vida. Me tiembla todo el cuerpo de tanto placer —le comento echándome sobre su pecho.

—Definitivamente, qué más puedo pedirle a la vida, mi amor, si has hecho realidad mis deseos. —Acaricia mi pelo.

—Estamos locos, mi amor; locos de deseo, de pasión… Creo que esto apenas empieza —advierto mirándolo a los ojos. Él me hala la cabeza y me besa.

—Gracias por todo esto, mi amor —me declara de una forma muy tierna.

Yo sonrío y lo beso también tiernamente.

Me levanto de su lado y me voy a la ducha. Me sigue y se mete a la ducha conmigo. Los dos estamos muy cansados. Entre el vino y las sesiones de sexo, estamos agotados. Pienso en cómo estará Vania. Mañana la llamaré para saber cómo se encuentra. Nos metemos a la cama y no tardamos mucho rato en quedarnos dormidos.

Nos levantamos bastante tarde por lo cansados que estábamos.

Es casi la hora de comer y estoy un poco nerviosa. Quiero llamarla, pero me da miedo lo que pueda decirme. No sé, tal vez está arrepentida de lo que pasó, o peor aún, quizá ni se acuerde. No lo sé, pero debemos salir de esta duda. Decido enviarle un mensaje primero.

Abro el chat.

—Hola, Vania. ¿Cómo estás? ¿Qué tal tu día?

Ella no tarda mucho tiempo en responder.

—Hola, Raquel. Bien, ¿y vosotros cómo estáis?

—Bien, deseando saber de ti, de cómo te encuentras después de lo que pasó anoche. ¿Puedo llamarte?

—Sí, claro, sin problema.

Llamo a Steve.

—Amor, Vania dice que si puedo llamarla ahora. Ven para que escuches lo que me dice. —Le hago señas para que se siente a mi lado.

Steve llega y se sienta. Parece inquieto, al igual que yo.

El teléfono suena por segunda vez y Vania responde.

—Hola, Vania, como te decía por mensaje, quisiéramos saber cómo estas, cómo te sientes después de lo que pasó anoche.

—Pues bien, aunque un poco pensativa, inquieta, nerviosa. Sinceramente, apenas he dormido dándole vueltas a lo que paso.

—Nosotros también hemos pensado mucho y nos gustaría poder hablar en persona contigo. No sé si puedes quedar esta tarde para tomar un café y conversar.

—Esta tarde lo tengo complicado, chicos. Tengo a los niños y no tengo con quien dejarlos, pero, si os parece, mañana después del trabajo podemos reunirnos y tomarnos ese café.

—Vale, Vania, perfecto. Pues ya mañana nos vemos en la oficina. Que tengas buena tarde.

—Igual para vosotros, un beso.

Cuelgo la llamada.

—Está un poco rara, ¿no? —le comento a Steve.

—Sí, pareció como si nos estuviese evadiendo, pero, mi amor, es normal. Creo que ella estará más desconcertada que nosotros por todo lo que pasó.

—Sí, eso sí. Sea como sea, nosotros somos dos y ella está sola. Será impactante meterte así, tan de repente, con dos personas a la vez.

—Claro. Dejemos que mañana nos cuente cómo se siente y esperemos que no se sienta mal. Ojalá se sienta bien, así como nosotros nos sentimos.

—Sí, ojalá. No me gustaría que nuestra amistad se dañe por lo que pasó, aunque, si te soy sincera, ya no seré capaz de verla con los mismos ojos que antes.

—Dímelo a mí, yo aún peor. Será verlas a las dos juntas y recordar todo lo ocurrido, difícilmente quitaré esas imágenes de mi cabeza.

Yo me río con lo que me está diciendo Steve. La verdad que a mí también me será difícil sacar todas esas imágenes de mi cabeza. Solo de pensarlo siento que un fuego invade mi vientre. Es todo tan raro… Me excita solo recordar la manera en que follaron frente a mí. Recordar la cara de Steve me pone a mil. Intento apartar esos pensamientos de mi cabeza.

—Vamos a recoger a los niños a casa de mi madre —comenta Steve sacándome de mis pensamientos. Yo le sonrío.

—Claro, mi amor. Vamos.

Salimos de casa hacia el garaje y nos ponemos en camino para ir a casa de los padres de Steve a recoger a los niños.

Subimos, saludamos a los yayos y nos quedamos tomando café con ellos. Su madre, tan encantadora como siempre, nos sirve pan y galletas. Yo le pido un café solo y me siento en la mesa redonda del café en la salita de su casa.

Los niños están en la sala grande viendo la televisión.

Conversamos un rato con mis suegros y nos vamos. Debemos poner todo a punto para el día siguiente: cole, trabajo, etc.

Por el camino, los niños nos cuentan cómo se lo han pasado con los abuelos. Han ido al parque, de compras al súper, a comer helados, a ver a los primos a casa del hermano de Steve, y estos los han llevado a un parque de bolas. Se lo han pasado pipa estos días, están felices y encantados con sus abuelos.

Llegamos a casa y nos organizamos para el siguiente día. Dejemos preparados los uniformes y todos los documentos que necesitamos en la oficina.

Yo me voy con los niños a la habitación para contarles un cuento. Juego con ellos un rato. Les hago cosquillas; los tres contra mí. Los meto a cama, les doy un beso, les cuento el cuento que me piden y no tardan mucho en quedarse dormidos. Les doy un beso en la frente a cada uno.

Soy muy afortunada en tener la hermosa familia que tengo. Mis hijos son increíblemente maravillosos. Estoy tan agradecida por tenerlos… Los veo con ternura desde la puerta y cierro con mucha suavidad para no despertarlos.

Reunión en la sala de juntas

Steve siempre sale antes que yo hacia la oficina. Yo me encargo de dejar a los niños en el cole. Una vez los dejo, me voy al trabajo.

—Buenos días —saludo a las chicas de recepción. Las dos contestan a la vez.

Me voy a mi despacho para preparar los documentos de un caso que debo resolver cuanto antes. Veo que Vania ya ha llegado: la luz de su despacho está encendida. Tiene la puerta cerrada.

Entro a mi despacho, coloco mi maletín en la estantería y saco el ordenador. Me pongo a rectificar algunas cosas en él e imprimo los documentos. Voy hacia la oficina de Steve y toco la puerta.

—Pase —dice él desde su escritorio. Yo entro.

—Hola, mi amor, ya estoy por aquí. ¿Has visto a Vania? —le pregunto

—No, amor, no la he visto. He llegado directo a mi despacho y no he salido. No sé si ha llegado ya.

—Sí que ha llegado: he visto luz en su despacho. Ahora me pasaré a saludarla.

—Genial, mi amor. Estoy inquieto por todo, no sé cómo van las cosas y me siento nervioso al pensar en lo que pueda pasar.

—Yo también. Creo que es mejor salir de dudas cuanto antes. ¿Cómo tienes la mañana? ¿Estarás muy ocupado?

—Tengo una reunión con un socio. Vendrá sobre las once, pero después de eso podemos reunirnos aquí, en mi despacho, que es el más alejado de todos, o en la sala de reuniones. Allí no nos molestará nadie.

—Perfecto, se lo diré ahora.

Le doy un beso a Steve y salgo. Paso por la cocina y preparo dos cafés americanos. Toco la puerta de Vania. «Pase», le escucho decir.

—Buenos días, Vania. ¿Cómo estás? Te traje un café. —Me acerco a su escritorio y dejo los cafés.

—Hola, Raquel, buenos días. Muchas gracias, lo estaba deseando, pero no había podido ir por uno, he estado bastante ocupada desde que llegué. ¿Qué tal, cómo estás? —me pregunta mientras coge el café y le pone una de azúcar. Me mira directamente a los ojos.

—Bien, bastante bien, la verdad. De hecho, tenemos muchas ganas de hablar contigo.

—Yo también tengo muchas ganas de hablar con vosotros. Ayer porque no podía, sinceramente, si no, hubiese aceptado el café, pero Adam me llevó más pronto de lo normal a los niños, que se los había llevado para pasar el día con ellos porque tenían un cumpleaños y acabaron pronto.

—No te preocupes, tenemos tiempo para hablar. Steve me ha dicho que sobre las 12 podemos reunirnos en la sala de juntas y hablar, si te parece bien y no estás muy ocupada.

—Me parece bien. Entonces, allí nos vemos, sobre esa hora.

—Sí, allí nos vemos —le digo levantándome de la silla. Me voy hacia mi despacho.

Las horas pasan rápido. Escucho cómo Steve se está despidiendo de su socio en la puerta. Al poco rato, toca mi puerta y entra.

—Amor, ya estoy libre. Cuando quieras, nos reunimos.

—Vale, mi amor. Ahora le diré a Vania que se venga a la sala de juntas.

—Perfecto, allí os espero —dice guiñándome un ojo y se va.

Yo salgo de mi despacho, paso por el de Vania y le digo desde la puerta que Steve nos está esperando en la sala. Ella asiente con la cabeza y camina detrás de mí.

Paso por recepción y me dirijo a Vera.

—Vera, por favor, que nadie nos moleste, tenemos una reunión importante. Solo si es muy urgente nos interrumpes, ¿vale?

—Vale, Raquel, no te preocupes, se lo diré a los demás.

Paso por la cocina, cojo tres botellas de agua y me dirijo a la sala donde está Steve. Vania sigue detrás de mí. Ambas entramos y nos sentamos cada una al lado de él, lo más lejos de la puerta, aunque cierro con el pestillo. La sala es totalmente cerrada, no hay manera de que se vea el interior. Eso me da mucha tranquilidad porque, si no se habla muy fuerte, tampoco se escucha nada.

—Bueno, aquí estamos de nuevo —inicia Steve con su hermosa sonrisa coqueta—. Vania, ¿cómo estás?

—Bien, gracias, aquí, queriendo hablar con vosotros.

—Nosotros también contigo. Desde ayer estamos inquietos por lo que pasó, pero sobre todo por saber cómo estás tú. ¿Qué piensas de eso? —le pregunto expectante.

—Yo me siento muy bien, la verdad. Sorprendida, sí, es cierto, pero bien. Lo único que me preocupa es que después de eso se pueda dañar nuestra amistad. Para mí sería algo imperdonable porque os tengo mucho cariño.

—Y nosotros a ti también —afirma Steve—. Hemos creado una amistad muy bonita y daría mucha pena que se rompiese por lo que pasó.

—Yo pienso que no tiene por qué romperse nada. Lo que debemos de saber o dejar claro es qué es lo que va a pasar a partir de ahora. Me refiero a cómo nos tomamos esto que pasó y qué es lo que esperamos. Si solo fue un momento o si, por el contrario, nos gustaría que volviese a pasar.

—Yo aquí soy el que salgo ganando, así que lo que decidáis, por mí, estará genial. Claro está que me encantaría repetir —confirma Steve mordiéndose el labio inferior—. No sabéis lo increíble que lo pasé.

—Yo qué os puedo decir. Disfruté como nunca, me encantó todo lo que pasó, no había vivido una excitación así en mi vida, Fue algo tan raro que me sorprendo de mí misma por cómo fui capaz de algo así. La verdad es que jamás pensé que podría vivir algo parecido en mi vida, pero lo disfruté tanto que, si para vosotros no es un problema, me gustaría seguir compartiendo más momentos con ustedes.

—Steve y yo hemos hablado del tema, y la verdad es que a nosotros también nos gustaría seguir con esto. Nos gustaría seguir viviendo experiencias tan ricas como la de ese día. Nos volvimos locos los tres. Solo necesitábamos saber qué querías hacer tú.

—Yo aún estoy un poco sorprendida por todo, pero créanme que sí deseo volver a estar con los dos otra vez. Sé también que sois una pareja y que una relación así es un poco rara, que cada uno tiene su vida aparte y que no sé hasta dónde o hasta cuándo puede llegar esto. Solo sé que lo disfruté mucho y, al acordarme, se me eriza toda la piel —explica Vania cruzando las piernas y tocándose ambos brazos.

—Dímelo a mí. Solo de recordar me estoy poniendo malo —comenta Steve cogiéndose la polla por encima del pantalón.

—Creo que todos sentimos lo mismo. Es que solo de recordarlo y hablarlo nos excitamos los tres. Esto debe ser una señal. Vamos a disfrutar, entonces, de todos los momentos que se nos presenten, sin miedos, sin prejuicios y sin ataduras.

—Pues, por mí, encantada —informa Vania con una sonrisa coqueta.

Steve nos coge a ambas una mano y nos da un beso.

—Gracias por esto. La verdad es que me tenéis loco. —Tira de nuestras manos y las pone en su polla, que está superdura—. Mirad cómo me tenéis con solo de hablar del tema —explica haciendo fuerza en su polla con nuestras manos. Ambas le cogemos la polla como podemos por encima del pantalón. Él gime y besa a Vania; ella se entrega totalmente al beso; mientras, sigue apretándole la polla, yo los miro y siento como un escalofrío recorre mi cuerpo y llega hasta mi entrepierna. Siento calor y mi vientre palpita de emoción, de deseo.

Steve se separa de ella y me besa a mí con mucha pasión. Se muerde los labios. Vania se acerca a nosotros y nos besamos los tres. Steve se separa un poco de la mesa y nosotras nos acercamos aún más a él. Nos paramos y metemos una pierna de él en medio de las nuestras.

Las dos andamos con vestido y nos sentamos en su pierna, dejando que nuestros coños húmedos choquen con la pierna de Steve. Las dos besamos su cuello, cada una a un lado, y él solo gime. Siento cómo araña mi espalda. Hace lo mismo con Vania. Ella gime, y yo también. Volvemos a besarnos los tres.

Steve está desesperado de excitación. Siento sus jadeos en mi cuello. Me levanto y hago a un lado las botellas de agua que están en la mesa.

—Vania, siéntate aquí —le indico señalándole la mesa. Ella hace lo que le digo. La acuesto en la mesa y ella se deja llevar. Mientras, le desabrocho el pantalón a Steve y saco su polla supertiesa.

Steve me mira y yo me agacho, cojo su polla y se la chupo. En ese instante, coge a Vania y tira de ella hacia él. Le abre las piernas y empieza a tocar su clítoris por encima del tanga. Ella gime despacio, él va acercando su cara y empieza a morderle las piernas hasta llegar a la entrepierna y va bajando poco a poco hasta llegar a su coño. Hace a un lado su tanga y le mete la lengua. Ella se retuerce en la mesa.

Sigue con su lengua a la vez que mete sus dedos dentro de ella. Yo le sigo chupando con más velocidad la polla y él gime despacio, sin hacer mucho ruido, pero su cara lo dice todo. Está superexcitado. Me encanta ver esa cara que pone. Ver cómo disfruta me excita aún más.

Dejo de chupar su polla y me levanto hasta donde Vania. La beso y ella coge mi cabeza y me besa con mucha pasión. Steve sigue lamiendo su coño y ella enrolla sus piernas en la cabeza de Steve, dejándolo totalmente dentro de su coño. Está a punto de correrse y Steve sigue haciendo lo que está haciendo hasta sentir cómo los espasmos de Vania le sueltan todos sus jugos en su boca. Ella relaja sus piernas y Steve se separa de ella. Me coge de la mano y me pone contra la mesa, dejando mi culo al descubierto. Me mete la polla dentro del coño supermojado y empuja con fuerza. Yo gimo de placer y me tapo la boca para no hacer mucho ruido.

Vania se incorpora, se baja de la mesa y besa a Steve. Él me embiste cada vez con más rapidez y Vania viene a besarme a mí. Siento la polla tiesa de Steve y noto que estoy a punto de correrme, Steve acelera y no tardo nada en correrme, tan desesperadamente que me quedo sin fuerza. Steve saca su polla de mí.

—Quiero que la chupen las dos —afirma con su mirada ardiente de deseo.

Las dos nos ponemos de rodillas y empezamos a chuparle la polla. Steve está tan excitado que no puede más. Le mete la polla hasta el fondo de la garganta de Vania y ella siente arcadas. Coge mi cabeza y me la mete en la boca. Yo la chupo con fuerza. Vania se agacha un poco más, coge sus huevos y se los mete en la boca. La cara de Steve no tiene precio, su excitación es total.

—¡Voy a correrme ya! —exclama cogiéndose la polla y haciendo movimientos rápidos y fuertes en ella.

Vania abre la boca, y yo también. Sacamos la lengua esperando que nos deje su semen. Veo cómo empieza a correrse y Vania mete su boca. Él coge su cabeza y mete la polla hasta el fondo de la boca dejando su semen dentro. Paso mi lengua por encima de los labios de Vania, aún con la polla dentro de su boca. Steve saca su polla satisfecha y yo tapo con mi mano la boca de Vania. Ella se traga todo el semen de Steve y nos echamos a reír cayendo las dos sentadas en el suelo.

—Estáis locas. Ha sido increíble —comenta Steve cerrándose el pantalón. Nos da la mano y nos ayuda a levantarnos del suelo.

Las dos nos levantamos con su ayuda. Él nos coge por la cintura y nos besa. Nos acomodamos el vestido.

—Qué momentos tan increíbles me estáis dando, chicas, definitivamente, me vais a enloquecer de tanto placer —afirma Steve con su mirada coqueta.

—Esa es la idea, mi amor —le respondo dándole un beso en la comisura de los labios.

—Voy al baño, mi boca huele a semen —explica Vania riéndose y caminando al baño de la sala.

Yo sigo detrás de ella y me miro al espejo para corroborar que no se note nada raro en mí, nada que indique que me acaban de follar.

—Que no se note nada —comenta Vania como adivinando mis pensamientos.

Yo la miro y me río.

—Justo eso estaba pensando —le confirmo. Ambas nos echamos a reír.

Volvemos a la mesa. Steve está parado mirando hacia el baño. Al salir, nos coge de nuevo por la cintura.

—¿Qué queréis hacer? ¿Os gustaría que un día saliésemos de cena los tres o nos damos algún viajecito para salir de la rutina? —nos sugiere.

—Podemos planear algo rico para el fin de semana. Justo este finde le toca a Adam quedarse con los niños, así que me apunto a lo que propongáis —afirma Vania.

—Pues no estaría mal un viajecito. Ya nos vamos poniendo de acuerdo, a ver qué se nos ocurre. Ahora deberíamos ir a trabajar para no levantar sospechas —les indico cogiendo mi botella de agua de la mesa y caminando hacia la puerta.

—Claro. —Vania sigue mis pasos. Yo aún tengo cosas por hacer.

—Yo me quedo un rato. Voy a revisar unos correos —menciona Steve sentándose en su silla y sacando el móvil.

Vania y yo salimos hacia nuestros despachos. Vamos riéndonos y hablando en secreto. Llegamos y cada una se dirige a su puerta. Cuando me da la espalda, le cojo una nalga. Es tan sexi… Ella se voltea a mirarme y sonríe.

Me siento en mi escritorio. En estos últimos días vivo como en un sueño. Me parece increíble todo lo que está sucediendo. ¿Acaso nos estamos volviendo locos los tres o es que estamos descubriendo un mundo totalmente diferente? Un mundo en el que el placer es el protagonista. Lo cierto es que, a partir de ahora, jamás volveremos a ser los mismos.

Planes de camping frustrados

Ya hace muy buen tiempo. La primavera está casi por terminar y los niños están a punto de salir del cole. Se me ocurre dónde podemos viajar este fin de semana.

Voy al despacho de Steve. Le toco la puerta y abro. Él está hablando por teléfono. Me quedo allí esperando a que termine de hablar. Cuelga el teléfono.

—Hola, amor. Disculpa, que estaba en una llamada importante con un cliente. —Se acerca hacia mí y nos damos un beso.

—No te preocupes, amor, que yo entiendo. Estaba pensando en que mañana podemos irnos de *camping* a algún pueblo cerca para que los niños se diviertan. Le podemos decir a Vania que se venga, aunque dijo que este fin de semana no tenía a los niños —le explico recordando las palabras de Vania hace unos días.

—Es verdad, eso dijo, pero no creo que al padre de los niños le importe cambiar el fin de semana. Habla con ella y pregúntale. Si no, lo dejamos para otro día que se puedan venir, así, los niños tienen más compañía y se lo pasan mejor.

—Vale, ahora iré a verla y se lo preguntaré. Esta noche saldremos de cena, mi vida, ¿o prefieres que nos quedemos en casa?

—Pues lo que tú quieras, amor. Por mí, vamos a cenar y, si quieres, puedes invitar a Vania, así, salimos los tres juntos por primera vez después de lo que sucedió.

—Me parece buena idea. Ahora me pasaré a decírselo. Bueno, te dejo, voy a hablar con Vania.

Salgo de su despacho. Desde la puerta volteo a mirar a Steve y él me está mirando el culo mientras se muerde el labio inferior. Yo le sonrío, le guiño un ojo y le tiro un beso desde la puerta.

Me acerco al despacho de Vania. Le toco la puerta y entro al escuchar que dice que pase.

—Hola, Vania. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? responde ella dejando de lado lo que estaba haciendo.

—Genial. Estábamos pensando en irnos este fin de semana de *camping*. No sé qué te parece, aunque recordé que dijiste que no estarías con los niños este finde. No sé si podrías arreglar eso o si ya lo dejamos para otro día.

—Yo creo que sí podemos ir. De normal, Adam no me pone problema cuando le cambio los fines de semana. Déjame que hable con él y te lo confirmo.

—Perfecto. Entonces, tú me avisas; así, busco el sitio para irnos mañana temprano. Otra cosa, Steve y yo saldremos a cenar esta noche. ¿Te vienes con nosotros?

—Sí, claro, me parece bien, me apunto —afirma con su sonrisa pícara.

—Entonces, si quieres, pasamos por ti y vamos en un solo coche, si te parece bien.

—Genial, me parece perfecto. De esa manera, me tomo unas cuantas copas de vino —sugiere riéndose.

—Claro —confirmo riéndome yo también—. Bueno, te dejo. Ya me cuentas lo que te dice Adam. Te veo esta noche. Pasamos a las ocho por ti —le explico y cierro la puerta.

Me voy a mi despacho, busco sitios de *camping* cerca y hago una reserva, por si acaso, con garantía de cancelar si no viajamos.

En ese momento, tocan mi puerta. «Pase», respondo. Es Vania. Ella entra y se sienta.

—Raquel, me sabe fatal, pero Adam dice que no me puede dejar a los niños este finde porque él ya tiene planes con ellos. Dice que eso debo de avisárselo antes de, al menos, el miércoles.

—Jolín, acabo de reservar el bungaló. Bueno, no pasa nada, ahora lo cancelo. Menos mal tenía garantía de reembolso.

—Lo siento —se lamenta Vania con mucha pena.

—Ah, no, tranquila, pues esta noche nos vamos de cena.

—Estaba pensando que, como Adam me pidió que le acerque yo los niños esta tarde, me iré ya vestida y me quedo en tu casa. Así, salimos de allí a cenar, ya que me pilla prácticamente de paso.

—Vale, perfecto. Entonces, así quedamos.

Vania se levanta y sale del despacho.

Salen de cena

Salgo del trabajo a recoger a los niños del cole. Esta tarde se quedan con la madre de Steve. Les llevo un maletín con los pijamas y la ropa que deben ponerse mañana. Ella los recibe con mucha felicidad. Los niños se lo pasan genial con ellos en el chalé. Les encanta, más ahora que ya hace buen tiempo. Me dan un beso y salen corriendo. Yo me despido de mi suegra y me voy a casa a vestirme para la cena.

Estoy en la ducha cuando escucho que Steve llega a casa. Sube a la habitación.

—¡Hola, cielo!

—¡Hola, amor! Estoy en la ducha —le respondo. Salgo y él está allí sentado en la cama con el móvil. Me da un beso y se mete también a la ducha.

—¿Tenemos que pasar por Vania, amor? —me pregunta desde la ducha.

—No, amor, ella vendrá aquí. Resulta que dice que su marido vive por acá cerca y que ella venía a dejar a los niños, así que se queda de una vez por acá.

—Pues perfecto.

Me pongo a secarme el pelo. Si me habla en este momento, no lo escucharé. Me pongo crema por todo el cuerpo y perfume. Me empiezo a maquillar.

Veo de reojo que Steve sale del baño con la toalla en la cintura. Se empieza a vestir con la ropa que dejó sobre la cama. Qué ventaja tienen los hombres: en pocos minutos, están vestidos. Nosotras podemos tardar horas.

Ya vestido, se acerca al tocador donde me encuentro y se pone gel en el pelo para peinarse. Se ve tan hermoso que me quedo embelesada en el espejo mirándolo.

—Bajo. Voy calentando motores —comenta dándome un beso en la mejilla.

Yo me quedo terminándome de maquillar y vestir. Estoy poniéndome el vestido cuando escucho el timbre y veo la hora en el móvil: son las 7.

—¡Es Vania! —grita Steve desde el salón.

Yo me pongo el vestido rosa palo y me pongo los zapatos. Escucho cómo ellos se saludan y Vania pregunta por mí. Steve le dice que estoy acá arriba. Ella pregunta si puede subir y él le dice que claro que sí, que sin problema. Oigo cómo ella va subiendo las escaleras. Entra a la habitación.

—Hola —me dice acercándose a mí para darme dos besos. Huele riquísimo y está muy guapa: lleva una falda, camisa negra y zapatos rojos que hacen juego con su bolso.

—Hola. Estás despampanante —le digo mirándola de pies a cabeza.

—Tú también te ves muy bella —me responde ella con su sonrisita.

—¿Puedes ayudarme a subirme la cremallera? —le pido dándole la espalda y haciendo a un lado mi cabello.

—Claro. —La coge y la sube despacio. Siento el roce de sus dedos en mi espalda. Un escalofrío me recorre y me estremezco.

En ese momento, llega Steve con tres copas y una botella de vino. Las dos lo observamos mientras sirve las copas de vino.

—¿Ya estáis listas? —pregunta.

—Solo unos minutos y termino de retocarme —le contesto. Vania está sentada en la orilla de la cama.

—Están hermosas las dos —afirma mirándonos a la una y a la otra desde el tocador donde está recostado. Se ve tan sexi así, apoyado en su brazo izquierdo y con el pie cruzado, con la copa en la mano. Esa camisa azul de botones y esos pantalones de tela ceñidos al cuerpo le quedan perfectos.

—Gracias —respondemos las dos a la vez.

Él se sienta al lado de Vania. La observa de pie a cabeza. Los contemplo desde el espejo. Da tanto morbo verlos allí sentados después de todo lo que ha pasado entre nosotros… Me tomo la copa de vino y la pongo sobre el escritorio. Me giro hacia ellos.

—Estoy lista —les digo dando la vuelta modelándoles a los dos.

Ellos me miran y Steve se para. Con la copa en la mano se bebe lo que le queda de vino y me coge por la cintura. Me besa con mucha pasión. Coloca la copa en el tocador, coge mi mano y me lleva hasta donde está Vania sentada en la orilla de la cama.

Coge la mano de Vania y ella se para. La gira para que ella también modele y Steve se lanza a besarla. Se besan con mucho deseo. Luego, él me besa a mí y nos abraza a las dos por la cintura. Pegadas a su cuerpo, puedo sentir cómo su polla se va poniendo dura. Vuelve a besar a Vania, me acerco más a ellos y nos besamos los tres a la vez.

Es un beso muy raro pero excitante. Los tres jadeamos mientras nos besamos apasionadamente. Steve coge mis nalgas y las aprieta; supongo que también le está cogiendo una a ella.

Vania se separa y se va al tocador a dejar su copa. Sirve vino para los tres y nos da la copa a cada uno.

Steve se sienta en el sofá, que está a un lado de la cama. Vania se sienta en la cama y yo me siento en la silla del tocador. Los tres quedamos de frente formando un triángulo.

—Me tenéis inquieto. Teneros aquí da mucho morbo —comenta llevándose la mano al paquete —. Podemos planear una salida los tres solos y desbaratarnos —insinúa con una sonrisa supermaliciosa.

—Eso estaría muy interesante —le respondo mientras bebo de mi copa—. ¿Qué opinas? —le pregunto a Vania.

—Por mí, encantada, cuando queráis. Lo necesito —afirma ella riéndose.

—¿Qué fantasías os gustaría cumplir? —pregunta Steve expectante.

—¿Tienes alguna fantasía? —pregunto a Vania antes de hablar yo.

—Siempre he querido hacerlo bajo la lluvia, vestida de blanco en plan ibicenco —explica riéndose.

—¿Y tú, mi amor? —le pregunto a Steve, que no deja de mirarnos con mucha lujuria.

—Ahora mismo, solo se me ocurre lo del cuarto del placer. En ese dicen que hay muchas cosas para disfrutar. Si ya de imaginarme ir con mi mujer me vuelvo loco, imagínense ir los tres. Eso sería de vicio —responde él.

—¿Y qué nos harías a las dos allí? —le pregunto intentando sacar su lado más bestia.

—Uf. La pregunta creo que sería qué no les haría. Todo lo que ustedes me permitan lo haría sin pensarlo.

—¿Estarías dispuesta a pasar por algo así? —me dirijo a Vania.

—Yo creo que sí, solo que no sé cuáles son mis límites. Eso lo tengo que ir descubriendo poco a poco porque, sinceramente, no he experimentado cosas así.

—Por ahora, ¿qué estarías dispuesta a permitir? —vuelvo a preguntar.

—Me he estado documentando un poco —dice ella tapándose la cara—. Me gustaría que me amarren, que me azoten con la fusta, que me venden los ojos y me exciten a ciegas, que me masturben con vibradores (ya he probado algunos y me gustan, los disfruto mucho) —explica mirándome a mí, recordando el momento en el que le hice pedírselos por internet—. Hasta creo que estoy dispuesta a probar el sexo anal. —Vuelve a taparse la cara. Está sonrojada por hablar del tema.

—Uy —exclama Steve—, ya con todo eso que has dicho me he puesto malo. Cada cosa que ibas diciendo me estoy imaginando hacerla con las dos y es increíble las ganas que tengo de que eso suceda ahora mismo. —Se toca su polla y se la acomoda.

—¿Y tú, mi amor?, ¿qué nos harías a las dos? —pregunto a Steve.

—Me da mucho morbo verlas besándose. Me gustaría que las dos se besen y ponerles mi polla y que ambas me la chupen. Me las comería enteritas a las dos. Metería un dilatador anal en el culo de cada una y follaría duro a una mientras se besan las dos.

Habla con tanta intensidad que sus palabras se sienten en la entrepierna. Vania cruza la pierna y observa a Steve con emoción por lo que está diciendo. Me recuesto en la silla intentando disimular la excitación del momento. La conversación está subiendo de tono y eso se nota en los tres.

Steve se para y se dirige al tocador donde estoy yo. Coge la botella de vino para servirnos más, pero ya no queda nada, nos la hemos tomado toda.

—Bajo a por otra botella de vino —indica mostrando que en la que hay no queda nada.

Ambas asentimos. Ninguna nos movemos de donde estamos. Las dos queremos seguir con la conversación. A estas alturas, hasta se me había olvidado lo de la cena que teníamos que salir esta noche.

Vania se me acerca.

—¿Aún quieres salir de cena? —me pregunta—. Yo estoy muy cómoda acá y no sé si empezamos a hacer que todos disfrutemos de la noche con una follada. Yo estoy muy caliente con todo lo que está diciendo Steve y me muero de ganas de repetir lo del otro día, si a ti te parece bien, claro —me comenta con expectación.

—Por mí, encantada. Podemos empezar cuando quieras. Si te parece, podemos seducir a Steve, a ver hasta qué punto llega, ¿te parece? —le pregunto.

—Me parece perfecto —responde ella volviéndose a la silla porque escuchamos que Steve está subiendo las escaleras.

—He vuelto —saluda Steve con la botella en la mano—. Ya está abierta. —Nos sirve la copa. Él se vuelve a sentar en el sitio de antes—. Continúen hablando. Quiero escuchar qué están dispuestas a dejarse hacer —señala divertido y pícaro.

—Vania, continúa —la invito.

—Pues lo dicho antes, y también me gustaría dar y recibir un masaje erótico, con aceite o con gel de masaje. Me gustaría que masajearan mis zonas íntimas y, sobre todo, mi espalda. Siento que tengo muchas sensaciones allí.

Steve y yo la escuchamos con mucha atención. Me gusta escuchar que se hable de sexo de una manera natural, normal, no con vergüenza ni con tabúes. Parece que sí, que Vania ha hecho los deberes desde que se compró los juguetes eróticos.

—Yo ahora mismo me estoy imaginando todo y suena todo tan excitante que me estoy poniendo a mil —les comento mirando a Vania y guiñándole un ojo para empezar con lo

planeado.

Me paro de la silla y Vania hace lo mismo. Llega adonde estoy y pone su copa vacía en el tocador. Me miro al espejo y veo a Steve observándonos.

—Tú observa —le ordeno a Steve, que nos mira sin parpadear.

Vania se para a mi lado y yo me acerco a ella. Nos ponemos de frente y ella se inclina hacia mí para besarme. Nos rozamos con mucho morbo y deseo. Me acaricia desesperadamente por el cuello y yo le meto la lengua en la oreja. Ella se estremece y me besa con mucha más pasión. Ardemos en deseos las dos.

Le saco la camisa y la tiro al suelo. Sus bonitos pechos quedan al descubierto, tapados solo por un sujetador de encaje rojo vino. Se ve precioso. Me acerco a sus pechos, los cojo con ambas manos y empiezo a besarlos. Ella gime. Le quito el sujetador y dejo sus pechos al aire. Los cojo y los chupo con suavidad. Muerdo sus pezones. Ella cierra los ojos y se queja y se retuerce de placer.

Steve está anonadado observando la escena que le estamos dando. Solo se muerde los labios y se coge la polla, que se nota dura por encima del pantalón. De reojo lo miro y me muerdo los labios. Él nos mira con lujuria y deseo.

Vania se pone detrás de mí y me baja la cremallera del vestido. Esa que rato antes me había subido ahora la está bajando. Resbala mi vestido por mis hombros y cae el suelo. Quedo en ropa interior, de encaje negro. Ella empieza a besarme el cuello y baja por mi espalda dando besos suaves hasta llegar a mis caderas. Vuelve a subir y mete sus brazos por debajo de los míos y coge mis pechos. Los aprieta y me gime en la oreja.

Yo me giro hacia ella y la beso con deseo. Bajo su falda dejando su hermoso trasero a la vista de Steve. Lleva un tanga que va a juego con el sujetador. Es muy sexi. Lleva un liguero y medias. «Esta quería guerra. Venía lista», pienso.

Acaricio todo su cuerpo mientras nos besamos y voy bajando mis manos hasta su tanga. La pongo encima de su coño y ella abre las piernas para dar paso a mi mano. Hago a un lado su tanga y meto mis dedos dentro de ella.

Está muy mojada. Puedo sentir su excitación en mi mano. Ella gime al sentir que mis dedos juegan con su clítoris. En ese momento, se me ocurre que Steve debe entrar en escena.

Dejo de besarla y saco mis dedos de ella. Cojo la mano de Vania y la dirijo hacia donde está Steve sentado. Él nos ve llegar y se pone de pie.

—Me estáis excitando demasiado —afirma cogiéndose la polla.

Yo me acerco a él, me agacho y le desabrocho el pantalón. Dejo que su polla salga de golpe. Vania se agacha a mi lado. Las dos cogemos su polla y empezamos a chuparla a la vez. Steve gime de placer al sentir las dos bocas sobre su polla tiesa.

Se quita el pantalón y el bóxer y queda desnudo para que nosotras podamos disfrutar de su polla. Él nos observa con lujuria mientras se muerde los labios. Vania y yo le chupamos cada una de un lado dejando su polla en medio de nuestras bocas. Él coge la cara de Vania y se la mete hasta el fondo de la garganta.

Vania siente arcadas y él se la saca. Coge mi cara y me la mete a mí de la misma forma, hasta el fondo. Yo aguanto un poco más, hasta que siento ganas de vomitar. Vuelve a metérmela y coge la cabeza de Vania para que le chupe lo que yo me voy dejando fuera de la boca al sacarla y meterla. Se deleita con las sensaciones que le provoca una buena chupada de polla, encima por dos bocas. Solo lo escucho gemir. Mientras, siento que mi coño caliente se moja de tanta excitación y deseo.

Él se aparta de nosotras. Siento que ha tenido las ganas de correrse, pero prefiere apartarse y dejar que se le pasen a correrse y luego esperar las ganas otra vez.

Vania y yo nos levantamos y nos subimos a la cama. Allí, ella se sube encima de mí y empieza a besarme de nuevo. Me come los pechos y me muerde los pezones de la misma forma en que lo hice con ella.

La aparto de encima de mí y la dejo bocarriba. Abro sus piernas y me meto en medio. Le chupo los pezones, que incitan al deseo de lo buenos que están. Voy bajando lentamente hasta llegar a sus caderas. Allí, me detengo y miro a Steve, que ha estado observándonos todo el tiempo arrodillado en la cama, tocándose la polla mientras Vania y yo nos dejábamos llevar por el momento de pasión.

—Quédate así —me ordena poniéndose detrás de mí. Yo estoy a cuatro patas, con mi cara pegada a las caderas de Vania. Siento el deseo de chupar su coño, pero me detengo por lo que puede pensar Steve al verme hacerlo.

Steve se coloca detrás de mi culo, hace a un lado mi tanga y mete su tiesa polla en mi coño chorreado. Yo me estremezco de placer al sentir su polla dentro de mí. En ese momento, la excitación es total y se me olvidan los prejuicios.

Hago a un lado el tanga de Vania y le meto mi lengua en su coño supermojado. Muevo mi lengua en su clítoris. Qué rico sentir cómo se moja, da tanto morbo sentir el deseo de ella… Está caliente, está deseando que la follen. Muevo mi lengua en círculos alrededor de su clítoris y ella se estremece. Bajo más y meto mi lengua en su coño. Está tan mojada que puedo sentir sus fluidos en mi boca. Se retuerce de placer, al igual que yo.

Steve se mueve con más velocidad. Me folla duro y rápido. Seguro que está superexcitado al ver que le estoy chupando el coño a Vania. Es algo que jamás se imaginó llegar a ver y no sé qué pueda estar pensando de mí, pero en este momento es lo que menos me importa. Quiero seguir disfrutando del momento. Ya veremos qué pasa después.

Sigo chupando y ella grita de placer mientras continúo moviendo mi lengua en su clítoris. La muevo con la misma intensidad con la que empecé. Le meto los dedos en el coño y los muevo dentro y fuera. Ella coge mi cara y se mueve. Es señal de que quiere correrse. Sigo chupando y grita, se retuerce de placer por la intensa corrida que ha tenido.

Yo siento cómo Steve me embiste con más fuerza al escuchar que Vania se está corriendo y noto que mi vagina se contrae en unintenso orgasmo. Vania y yo nos corremos casi al mismo tiempo. Ha sido demasiado excitante escuchar a Vania quejándose al correrse. Sus gemidos hacen que cualquiera quiera correrse y él se deleita con mi culo en pompa y con el chocho de Vania en mi boca.

Steve saca su polla de mí y yo me desplomo encima de Vania. Ella también de deja caer del cansancio que provoca correrse.

—Me están volviendo loco. Qué rico todo lo que acabáis de hacer. Estoy tan excitado que me correría ahora mismo, pero quiero seguir disfrutando de esto tan excitante —explica Steve tocándose la polla.

Me bajo de la cama y llamo a Vania. Se acerca a mí y empezamos a besarnos de nuevo. Me siento en la orilla de la cama y, ella parada frente a mí, nos besamos apasionadamente. Steve se acerca por detrás y empieza a tocarle y besarle la espalda. Cojo la polla de Steve y la acerco al coño de Vania. Ella abre las piernas porque siente muy cerca la polla dura de Steve.

Yo guío a Steve hasta el coño de Vania y él empuja. Ella se inclina hacia delante y saca su hermoso culo en pompa. Él se la mete hasta el fondo y empieza a follarla duro. Me acuesto en la

cama para dejar que ella de ponga bien a cuatro patas y dejo mi coño a la altura de la cara de Vania. Cojo su pelo y tiro de ella hacia mí para que Steve pueda follársela bien. Qué excitante ver a mi marido follarse a otra mujer. Eso me pone muy caliente.

Vania me aparta el tanga a un lado y me mete la lengua en el coño aun mojado. Moviéndose al compás de las embestidas que le da Steve, me chupa el clítoris con mucho deseo. Sentir eso y observar cómo mi marido se la está follando me pone más excitada de lo que podría imaginar. Siento cómo Vania está a punto de correrse de nuevo. Ella intensifica sus movimientos con su lengua en mi clítoris, a la vez que Steve la folla más rápido y fuerte. Ella da un grito ahogado en mi coño y yo me dejo llevar por el excitante momento de su corrida. Ella gime y grita al sentir el intenso orgasmo que la polla de Steve le ha provocado.

Steve la embiste con fuerza. Ella se desploma sobre mí y, al caer se ríe.

—Ha sido increíble —dice entre jadeos—. Estoy alucinando por todo lo que está pasando ahora mismo.

—Ya te digo, yo estoy alucinando también. Jamás me imaginé llegar a vivir estos momentos —le respondo también jadeando.

—Yo lo que sé es que estoy flipando con todo. Esto supera los sueños de cualquier hombre, y eso me encanta. Encima, ustedes están locas las dos —comenta mirándonos con deseo.

Él se acuesta en el centro de la cama y nosotras nos ponemos una a cada lado de él. Yo le beso y luego lo besa Vania. Mientras, yo le cojo la polla con la mano para masturbarlo. Él nos besa con mucho deseo. Mientras él besa a Vania, yo le meto la lengua en su oreja y él gime. Vania hace lo mismo y las dos metemos la lengua en cada oreja. Se estremece de placer. Su cuerpo se eriza por completo y jadea.

—Me estáis excitando demasiado. No sé cuánto más podré aguantar —gime.

—Esa es la idea —le susurro.

—Sube —me ordena. Me subo sobre su polla enseguida. Estoy tan mojada que entra con mucha facilidad. Mientras yo estoy cabalgándolo, ellos se besan, y eso me enciende demasiado. Me muevo de tal forma que no tardo en correrme. Grito desesperada al llegar al éxtasis de la locura en ese intenso y escandaloso orgasmo. Qué sensación más increíble verlos besarse mientras yo me lo follo.

Me bajo y me vuelvo a poner a su lado.

—Sube —le indico a Vania. Ella lo hace enseguida. Aún llevamos las bragas puestas, lo que hace que se vea muy sexi. Ella empieza a moverse encima de la polla de Steve y enloquece. Beso a Steve y él jadea. Al instante, escuchamos a Vania gritar moviéndose como loca. Jadea y gime.

—Sigue —exclama Steve entre jadeos.

Ella obedece y sigue moviéndose. No tarda en llegar el siguiente orgasmo. Grita y se retuerce de placer encima de Steve. Se tira hacia a un lado jadeando del cansancio y de los excitantes orgasmos que ha tenido.

—Qué maravilloso haber descubierto que puedo correrme más de una vez. ¡Esto es alucinante y tan placentero que aún estoy flipando!

—Es lo que le he dicho a Steve, que tal vez todas las mujeres sean multiorgásmicas, solo que aún no lo han descubierto.

—Esto es nuevo para mí, y me encanta. Definitivamente, todo pasa por algo —afirma con una risita pícara.

—Eso me da gusto, saber que nosotros hemos provocado eso en ti. Pues vamos a seguir disfrutando. Ese récord se puede mejorar. Poneos a cuatro las dos —decreta Steve poniéndose de

rodillas en la cama.

Las dos hacemos lo que nos dice y nos ponemos a cuatro, una al lado de la otra, dejando nuestros culos juntos para que él se deleite con los dos. Nosotras nos miramos mientras él se pone detrás y empieza a jugar con nuestros coños húmedos. Mete los dedos en ambas a la vez y da nalgadas con sus manos a las dos al mismo tiempo. Siento su polla cerca de mi coño y empuja hacia dentro.

Con una mano, coge mi cadera. Mientras me folla, masturba a Vania y ella gime. Le da nalgadas, y eso lo excita demasiado, puedo sentirlo dentro.

Vania y yo nos miramos y, como podemos, nos besamos, y eso lo enloquece más. Me folla rápido y fuerte mientras sigue tocando las nalgas de Vania y le da nalgadas.

Yo siento cómo me embiste y siento el deseo imperioso de correrme de nuevo, por lo que empiezo a gemir, y él se da cuenta. Sigue moviéndose fuerte dentro de mí y yo siento que mi cuerpo está a punto de alcanzar otro orgasmo. Me dejo llevar y me corro en su polla.

—Qué rico —le escucho decir.

Saca su polla de mí y se la mete de golpe a Vania. Ella se queja de placer y hunde su cara en la cama. Yo sigo con mi culo en pompa al lado del de Vania y esta vez es a mí a quien da nalgadas, aunque le da alguna que otra a ella. Se queja y gime como loca. Está desatada.

—¡No puede ser! —dice gritando entre jadeos mientras se retuerce y aprieta sus manos sobre la cama. Se corre otra vez, ahora con más intensidad.

Steve la folla con fuerza y va aminorando los movimientos al sentir su orgasmo.

—Ahora quiero que se sienten. Quiero correrme en vuestras caras —expresa mirándonos con demasiada lujuria.

Vania y yo nos sentamos y él mete su polla en la boca de Vania. Ella se la chupa con muchas ganas. Luego, me la mete a mí hasta el fondo de la garganta. La saca y empieza a masturbarse en nuestras caras. Vania y yo sacamos la lengua esperando su semen.

Él sigue masturbándose mientras observa cómo dos bocas están esperando recibir su semen. Va intensificando sus movimientos y su cara lo dice todo: está a punto de correrse. Apunta a la cara de Vania. Abre la boca y él deja salir su primer chorro de semen hacia ella. Enseguida se mueve hacia mí y me deja también el semen en mi cara mientras grita y se queja de completo placer.

Cuando termina, se acuesta en la cama, jadeando.

—Madre mía, qué locos estamos, qué morboso ha sido todo. Estoy alucinando —expresa mirando cómo nuestras caras están bañadas con su semen.

Nosotras nos reímos al vernos la cara bien maquilladas y folladas.

—Ha sido increíble —afirmo acostándome al lado de Steve.

—Sí que lo ha sido —confirma Vania acomodándose al otro lado de él, dejándolo en medio de las dos. Steve nos abraza y nos da un beso en la cabeza a cada una.

—Siempre. ¿Queréis ir a cenar? —pregunta Steve.

—Por mí, no. Preferiría que pidiéramos algo de cenar y nos acomodáramos en el sofá a ver una peli —les confieso con sinceridad.

—Por mí, también. Estoy muy a gusto acá con vosotros. Eso de la cena ya lo dejamos para otro día. De todas formas, esto apenas está empezando —insinúa riéndose.

—Eso sí es verdad. Estamos muy a gusto aquí, en casa. Pues pediré comida y bajamos a ver una peli, porque yo ya tengo hambre —indica levantándose.

Recibimos la comida china que pedimos y cenamos muy a gusto los tres sentados frente a la tele mirando películas.

Así pasamos la noche. Hemos visto tres películas. Al final, Vania se quedó a dormir en casa.

Hemos dormido los tres juntos. Steve, al medio. Es una cosa rara todo lo que estamos viviendo. No sabría cómo describir todas estas sensaciones, pero, por ahora, lo que sé es que estamos disfrutando mucho sexualmente hablando y hemos descubierto cosas tan nuevas y excitantes para nosotros que no sé qué pueda llegar a pasar después de esto.

Solo sé que vamos a disfrutar de la mejor manera posible y que pase lo que tenga que pasar. Vamos a vivir y disfrutar cada momento que se nos presente.

A la mañana siguiente, yo me despierto y veo que Steve no está. Solo está Vania a mi lado abrazándome por la cintura. Por un momento, pensé que era Steve, pero él ya se ha levantado. Intento moverme sin despertar a Vania, pero es en vano: ella se despierta al sentir que me muevo.

—Buenos días.

—Buenos días —dice ella desperezándose.

—¿Qué tal has dormido?

—Superbién, la verdad, muy relajada y en paz —responde riéndose.

—Eso me da gusto —le contesto riéndome yo también.

En ese momento, aparece Steve con una bandeja. Nos trae el desayuno a la cama. Ha hecho zumo de naranja, café y unas tostadas de mermelada y mantequilla.

Las dos le miramos y sonreímos. Nos sentimos mimadas.

—Buenos días, bellezas, ¿cómo han dormido las bellas durmientes? —pregunta acercándose a nosotros y dándonos un beso a cada una—. Os he preparado el desayuno. —Lo coloca en el tocador.

—Vaya, eso sí es tener buenos días —menciono sonriendo.

—Eso sí que sí —se suma Vania sentándose en la cama.

Me levanto, me voy al baño a lavarme los dientes y le dejo uno cepillo nuevo a Vania porque escucho que ella viene detrás de mí.

Gracias —dice ella cuando se lo entrego. Yo le sonrío.

Volvemos a la cama y nos sentamos a desayunar.

—Gracias por todo lo de anoche —agradece Steve con su mirada apasionante—. Ha sido increíble. Sinceramente, nunca había soñado vivir algo así. Creo que todos los hombres pensamos en esto alguna vez, pero de allí a que se les haga realidad, muy poco probable. La verdad, ahora mismo me considero afortunado —explica entre risas.

—Sí que lo eres —le confirmo riéndome también.

—Yo estoy más alucinada que ustedes porque, al igual que tú, jamás me imaginé vivir algo así. Nunca se me pasó por la cabeza estar con dos personas a la vez, y mucho menos con una chica. Si me hubiesen dicho que algo así podría pasar, no lo hubiese creído.

—¿Pero te ha gustado o te has sentido arrepentida en algún momento? —le pregunta Steve.

—Sinceramente, no me arrepiento de nada. Sí, tengo muchos miedos. Creo que es normal, pero no me arrepiento, lo estoy disfrutando mucho.

—¿Miedos? ¿Como cuáles? —pregunto con curiosidad.

—Enamorarme, por ejemplo. Es algo que no está en mis planes, pero me da miedo que eso pueda pasar porque no quiero crear ningún conflicto, y cuando digo enamorarme, no hablo solo de Steve, sino también de ti —me confiesa mirándome fijamente a los ojos.

Yo trago saliva al escucharla. Eso me ha descolocado porque tampoco había pensado en esa posibilidad. Como ella dice, está claro que podría llegar a pasar. Es lo que dice el refrán: «El roce

hace el cariño», y nosotros estamos teniendo mucho roce últimamente.

—Me has dejado de piedra. Yo no había contemplado esa posibilidad —le reconozco bebiendo un sorbo de zumo para disimular mi nerviosismo.

—Nos hemos dejado llevar por la pasión, eso está claro. Ahora hay que ver todas estas cosas porque no es plan que nadie salga lastimado. No queremos hacer daño a nadie ni tampoco que nos lo hagan, eso está clarísimo.

—Claro, lo que menos quiero es eso. Yo he salido de una relación y, sinceramente, no quiero pasar otra vez por algo así. Lo que sí os puedo decir es que, si en algún momento siento que alguien puede salir lastimado, os lo diré porque no quiero que eso pase. Mientras tanto, vamos a disfrutar, que el mundo que he descubierto me encanta —afirma riéndose.

—No queremos que nadie sufra. Lo que queremos es disfrutar. Yo pienso que pensar en futuro es anticiparnos a cosas que no sabemos si pasarán o no; anticipar el sufrimiento. Creo que debemos dejar que todo siga su curso y, conforme vayan pasando las cosas, vamos buscándole la solución.

—Tienes razón. Por mi parte, les prometo que haré lo posible para que los tres disfrutemos al máximo de todo esto. Quiero que viajemos en familia y disfrutemos de todo lo bueno de la vida, para eso trabajamos y tenemos negocios para disfrutar y vivir bien —nos comenta Steve con su bella sonrisa.

—Pues no se diga más —conviene Vania terminándose el café y colocando la taza en la bandeja del desayuno.

—Por ahora, podemos irnos de compras —les sugiero. Me levanto y abro la puerta del balcón de la habitación—. Hace un día hermoso, así que podemos aprovecharlo.

—Me parece una excelente idea —responde Vania levantándose de la cama.

—Pues ustedes han dicho. ¡Vamos de compras! —se lamenta Steve, resignado.

Sé la poca gracia que le hace ir de compras. No le gusta nada, casi siempre me voy sola, aunque creo que eso está por cambiar, ya que tengo a Vania para hacer muchas cosas. Hoy Steve se tiene que aguantar.

Día de compras

Nos vestimos y salimos los tres de casa. Vamos a un centro comercial que está fuera de Valencia.

—Quiero comprarme unas bragas y unos *splash*, vamos —le indico a Vania halándola del brazo.

—Yo también.

Steve viene detrás de nosotros sin decir nada. Entramos primero a la tienda de Victoria's Secret.

Miramos las bragas que están en exposición. Hay distintos modelos preciosos.

—Amor, ¿cuáles te gustan? —le pregunto a Steve porque quiero que se acerque a nosotros y nos dé su opinión. Le enseño varios modelos de tangas.

—Me gustan el negra, el rosa, el azul y el blanca —enumera mirándonos con sonrisa pícara.

Vania y yo nos miramos y cogemos los mismos las dos, uno de cada de los que le han gustado a Steve. Yo cojo dos más que me han gustado.

Nos vamos a la zona de los *splash* y cojo dos de mis favoritos. Veo uno que huele a vainilla. A Steve le encanta el olor a vainilla y a coco, se los llevo para que los huela y dice que sí le gustan. Escojo los tres; Vania también elige tres para ella y nos dirigimos a la caja a pagar.

Cuando estamos en la cola, Steve se pone detrás de nosotros y nos toca el turno. Ella nos pregunta si va todo junto. Vania dice que no y Steve dice que sí.

—Póngalo por separado, pero cóbrelo todo junto —afirma sacando su billetera y entregando a la dependienta su tarjeta. Ella le mira con sonrisa pícara.

—Muchas gracias, Steve —le agradece Vania mirándolo con asombro—. No hace falta, de verdad. —Está sonrojada.

—No te preocupes, que lo hago con mucho gusto —confirma él cogiéndome por la cintura.

Yo lo miro con una sonrisa satisfecha por lo que acaba de hacer. Esos detalles de él me gustan.

La cajera nos entrega a cada una su bolsa con la compra.

—Gracias —decimos los tres a la vez saliendo de la tienda.

Entramos a un par de tiendas más y me sorprende que Steve esté implicado en las compras. No se ha aburrido como siempre y anda muy contento, con mucho ánimo. Nos hace algunas cuantas bromas en el camino.

—Me apetece un café —expone Vania.

—Pues vamos, yo también quiero uno —me sumo.

—Pues a tomar café —ratifica Steve en tono de resignación. No toma café casi nunca, eso es muy raro en él.

Entramos a Starbucks y yo me pido un café moca muy caliente, Vania se pide un capuchino, también muy caliente, y Steve se pide un batido de fresa. Nos sentamos en una mesa que está al fondo del salón.

—¿Has disfrutado el día de compras, amor? —le digo a Steve con ironía.

—Lo he pasado bien —responde él poniendo los ojos en blanco y riéndose.

—Yo sí, hace tiempo que no pasaba tan buenos días —afirma Vania.

—Eso me da gusto —le digo.

Pasmos un rato ameno los tres en la cafetería. Steve nos comenta algunos de los proyectos que tiene en mente. Está muy ilusionado con los negocios y le está poniendo muchas ganas a todo eso. Hacía tiempo que no lo veía tan animado y hablando así de cosas grandes.

Si bien es cierto que desde que dimos el paso de experimentar cosas nuevas nuestra relación ha dado un giro de 180 grados, todo ha vuelto a ser como cuando nos conocimos. La misma emoción; el deseo es mucho más intenso. Él está cada día más feliz e ilusionado con la vida en general, es muchísimo más amoroso que antes conmigo y con los niños. Todo ha mejorado en todos los aspectos.

Me encanta Steve, ese es el hombre del que yo me enamoré: ese hombre lleno de ilusiones, lleno de vida, pero, sobre todo, lleno de amor para compartirlo con sus seres queridos.

Damos algunas vueltas más por el centro comercial y se nos hace la hora de comer. Aprovechamos y comemos por aquí. Al acabar, nos vamos a casa y pasamos dejando a Vania por donde aparcó. Nos despedimos hasta que nos veamos el lunes en la oficina.

Steve me mira con ternura.

—Gracias, mi amor, por todo lo que haces. Todas tus locuras me vuelven loco. Te amo —me susurra acercándose a darme un beso.

—Estamos locos —le confirmo con mi risa pícara—. Amor, yo he disfrutado mucho todo lo que estamos viviendo. No sé qué pueda pasar después, pero, por ahora, quiero que disfrutemos el presente sin que nos preocupe el futuro. Como dije antes, sería como anticiparnos a cosas que jamás llegarán a ocurrir.

—Sí, mi amor, yo pienso igual que tú. Debemos vivir el ahora porque es el único momento en el que viviremos para siempre. El mañana siempre termina siendo el hoy.

—Amor, ¿y qué te ha parecido lo que Vania dijo sobre que le daba miedo enamorarse? Está claro que sería de ti. No sé si, teniendo a un hombre, se pueda enamorar de una mujer. Está claro que todo puede pasar, pero creo que este no sería el caso.

—¿Sabes? El caso es que los dos le hemos dado placer. Ya no es solo yo, sino que tú también la has hecho correrse, y eso para todos es algo nuevo. Ella dice que nunca se había corrido más de una vez. Eso es lo que la puede hacer enamorarse o sentir apego tal vez, no lo sé.

—Sí, eso es verdad, los dos le hemos dado placer. Se nota cómo disfruta con todo lo que hacemos, al igual que nosotros.

—¿Sabes? Al verlas a las dos tan entregadas, besándose y ver cómo se han chupado el coño, me he excitado mucho y, a la vez, también me han entrado los miedos.

—¿Ah, sí? ¿Miedo a qué?

—Por un momento, pensé en que las dos pueden enrollarse porque no necesitan a un hombre para tener un orgasmo y me entró el temor de que eso pueda pasar y que pueda perder a mi familia.

—Yo creo que, al final, todos tenemos miedos. Yo también tengo miedo de que te enamores de ella y decidas dejarnos, o que se vean a escondidas. Puede sonar ilógico eso, pero, para mí, eso sería una traición porque esto que ha pasado es cosa de los tres, no solo de dos. No es que ella haya sido tu amante y yo la acepte, sino que es algo que surgió entre los tres, y creo que sería traición por parte de cualquiera pretender tener algo a solas con la otra persona.

—Por mi parte, puedes estar tranquila, que eso no está en mis planes. ¿Cómo podría querer estar a solas con ella si lo que hacemos los tres no se compara con nada? ¿Tú sabes el increíble

morbo que siento al tener a dos mujeres para mí solo? Eso jamás lo podría vivir con ninguna mujer. Jamás sería lo mismo, para mí, no tendría sentido.

—Eso pienso también. Además, que no veo que Vania sea del tipo de mujer que quiera hacer daño a otra.

—No, la verdad es que no, pero bien dijiste: dejemos que todo siga su curso y en el camino iremos buscando las mejores soluciones a todo.

—Perfecto, amor —le confirmo lo dicho dándole un beso.

Está claro que a todos nos pueden surgir temores y está bien hablarlos y no dejar que eso haga que vivamos amargados o preocupados. Como dicen, si tiene solución, ¿por qué te preocupas? Y si no tiene solución, ¿por qué te preocupas? La preocupación es sufrimiento y el sufrimiento es infelicidad. Ninguna persona que sufre es feliz.

Vamos a recoger a los niños. Se ponen felices al vernos. Como es sábado, los llevamos a un parque de bolas. Se lo pasan pipa, Mientras, Steve y yo nos tomamos una cerveza en el bar esperando a que ellos terminen de saltan.

—El lunes, a primera hora, tengo reunión con el socio de la promotora. Vamos a resolver dudas del terreno y a determinar cuándo se empieza a construir. Ese es un buen negocio —me comenta Steve.

—Me da gusto que todo vaya marchando bien, cielo —le respondo.

Merienda entre amigas

Llego a la oficina un poco más tarde de lo habitual. Ya todos han llegado. Escucho que hay varias chicas en la cocina. Voy a mi despacho y dejo mi bolso y el maletín del ordenador. Veo que la puerta del despacho de Vania está abierta, pero ella no está dentro. Segura de que está en la cocina, voy hacia allí para prepararme un café.

—Buenos días —saludo desde la puerta. Allí están Hana, Vera y Vania. Las tres me responden a la vez.

—Se te pegaron las sábanas —comenta Hana riéndose.

—Ojalá —le respondo riéndome—. He tenido que hacer varias cosas antes de venir hacia acá. ¿Y qué tal, cómo estáis? ¿Os apetece esta tarde que nos vayamos a merendar? ¡Yo invito! —les propongo a las tres.

—Me parece buena idea, yo me apunto —afirma Vania acercándose a mí y cogiéndome por la cintura.

—Yo también, cariño. Me apunto —se suma Hana.

—También yo —aprueba Vera levantando la mano.

—Pues perfecto. Nos vemos a la salida en el portal y, si queréis, vamos todas en mi coche. Luego paso dejándoos.

—Genial —responden Hana y Vera saliendo de la cocina. Vania se queda allí conmigo.

—¿Has visto si Steve está en su despacho? —le pregunto.

—Sí, lo escuché llegar hace rato. Creo que está solo.

—Vamos a saludarlo —le propongo cogiéndola de la mano.

Dejamos los cafés en la encimera y nos vamos a saludar a Steve a su despacho.

Toco la puerta y entramos al escuchar que responde. Cojo la mano de Vania y nos acercamos a él. Nos observa con picardía. Lo abrazo por el cuello y acerco a Vania para abrazarnos los tres. Steve me besa a mí y luego la besa a ella. Luego, nos besamos los tres. Sentir ese beso calienta a cualquiera. Es un beso largo y cálido que va aumentando la intensidad a cada instante.

Yo me separo porque mi cabeza está volando hacia otra dirección. Todo nos miramos coquetos y nos separamos.

—Este no es el momento de pensar en travesuras —les digo con picardía.

—Mirad cómo me habéis puesto —señala Steve cogiéndose la polla por encima del pantalón.

—Las emociones están a flor de piel —afirma Vania mostrando su brazo con la piel de gallina.

—Ya lo creo, hay tanto morbo que, si por mí fuera, me los como a los dos ahora mismo —les confieso riéndome.

Los tres nos echamos a reír.

—Bueno, te dejamos —me despido haciéndole un gesto a Vania de salir—. Tenemos cosas que hacer.

Vania me sigue y, al ir por la puerta, le toco una nalga para que Steve lo vea. Ambas volteamos a mirarle y él nos mira deseoso, mordiéndose el labio inferior.

—Qué bandidas sois —ratifica sentándose en su silla.

Yo le enseño la lengua y salimos.

—Por cierto, Raquel, este sábado llegan mis padres. Estaban por Francia visitando a mi hermano. Han estado allí tres meses con él y ahora vuelven a Valencia. Podemos ir a visitarlos a su chalé y así pasamos el día allí, con los niños. A ellos les vendrá genial porque ya está haciendo buen tiempo. Mi padre tiene pájaros y creo que ya están llenando la piscina para empezar a disfrutar del verano.

—Eso estaría estupendo. Entonces, llevaremos los trajes de baño —le digo riéndome.

—Claro. Les diré que vendréis y preparamos una comida con ellos. Llegan el viernes, pero ya a las horas que llegan es mejor ir el sábado. Yo me iré pronto para ayudarlos a hacer la comida.

—Perfecto. Entonces, se lo diré a Steve. Y otra cosa: recuerda los planes del *camping*. Si este finde vamos donde tus padres, el próximo vamos de acampada. Háblalo con Adam para que te los deje, así, ya vamos organizando todo con tiempo.

—Es verdad, ahora mismo le digo que estos dos fines de semana se quedarán conmigo y ya vemos cómo lo arreglamos.

—Genial. Nos vemos a la salida, porque yo no como aquí, tengo algunas citas que debo atender.

—Sí, nos vemos abajo.

Mi día va de locos. Me ha tocado reunirme con dos clientes a los que estoy tramitando su divorcio y no llegan a un acuerdo para poder avanzar con el tema. Espero que después de lo que les dije hoy lo piensen mejor y lleguen a un acuerdo, porque la verdad es que no se aclaran con nada, y eso que no tienen hijos, si no, la cosas sería mucho más complicada.

Me voy a la mesa con mi ensalada. Apenas me ha dado tiempo de sentarme a comerme esto. Hay pocos días como este, pero, cuando toca… Bueno, no todo será tan fácil, así que a seguir resolviendo casos como este. Me como la ensalada con mucho gusto. Está buenísima.

Siento que vibra mi móvil. Siempre acostumbro a dejarlo en el modo vibración porque ando en los juzgados y allí no se permiten los ruidos. Es Steve.

—Hola, amor, ¿cómo estás?

—Hola, mi vida —me responde él—. ¿Dónde estás? ¿Qué hiciste, comiste al final o no?

—Amor, hace dos minutos me senté aquí, en un bar cerca del juzgado. Me estoy comiendo una ensalada.

—Has estado ajetreada, cielo.

—Sí, mi amor, pero ya mañana será relajado. Pocos días son como este. Por cierto, mi vida, quedé con las chicas de la ofi en ir a merendar juntas esta tarde. ¿Vas tú a por los nenes? —le pregunto con voz coqueta.

—Claro, mi amor. Yo me encargo. Pásalo bien con las chicas y nos vemos en casa. Un besito. Te amo.

—Besos, mi vida. Yo también te amo.

El grupo de las chicas de la oficina empieza a sonar. es Hana la que empieza ya con su impaciencia.

—*Hello, babies*. ¿A qué hora quedamos en el portal?

Son apenas las tres y ya está con la impaciencia, pero ella es así, toda la vida parece que va corriendo.

—Hemos quedado a las cinco, Hana, un poco de paciencia. —Le mando caritas riéndose.

—Yo ya estoy lista para cuando digáis. Estoy terminando mis deberes de hoy. —Más caritas sonriendo por parte de Vania.

—Hana no puede esperar, ja, ja, ja. Yo, cuando digáis, también. —Se suma Vera.

—Chicas, yo me termino la ensalada y salgo para allá, y dado que todas estáis listas, pues os recojo en media hora, lo que tarde en llegar. De todas formas, yo ya no subiré a la oficina.

—Perfecto.

—Genial.

—Estupendo.

En ese momento, se me ocurre que puedo hacer un grupo de chat entre nosotros tres: Vania, Steve y yo.

Nombre del grupo: *Estamos locos*.

Creo el grupo. Les mando un mensaje.

—Hola, bombones. Hice este grupo para que estemos en contacto los tres y podamos hablar sobre futuros planes… —Caritas con besos.

—Hola, bellezas. Me parece muy buena idea.

—Hola, amores. A mí también me parece excelente.

Me levanto de la mesa para pagar lo que he comido. Llego a mi coche y me voy a por las chicas a la oficina.

Cuando estoy a tres cuadras, mando un mensaje al grupo:

—Bajad, estoy llegando.

—Estamos abajo esperándote —afirma Hana.

—Estupendo.

Las tres suben y nos vamos.

—¿Dónde iremos? —pregunta Vania.

—Han abierto una cafetería cerca del centro que me pareció genial para merendar. Es nueva y está muy chula. ¡Vamos a conocerla!

Llegamos a la cafetería y nos pedimos la merienda. Todo se ve riquísimo en la carta. Cada una se pide lo que más le gusta.

—Raquel, hace días quería preguntarte qué paso después de lo de la *stripper* que le llevaste a Steve. Déjame decirte que él se veía encantado —dice Hana de broma.

Me río.

—Pues, la verdad, sí que quedó encantado, tanto, que después hicimos el amor como locos. Esa mujer me lo dejó muy caliente.

—Es que era muy linda —confirma Vania.

—Sí que lo era. Yo estaba alucinando con todo. Aún, cuando lo recuerdo, me cuesta creerlo —afirma Vera.

—Yo quería matar a Marcos cuando pasó, pero, al final, supe que, el que las quiere hacer, las hace. Él no quería, pero porque estaba yo —comenta Hana.

—Era por respeto a ti, pero tú le diste permiso. ¿Qué te dijo él después de todo? —le pregunto.

—Pues flipo contigo. Dijo que no sabía cómo habías sido capaz de algo así, y la verdad es que yo también flipo con tu valor. Yo no sé si sería capaz —confiesa Hana.

—Yo es que no le veo nada de malo. Ojalá yo hubiese sido de mente tan abierta mucho antes. Tal vez así Adam no se hubiese aburrido tanto de mí, aunque todo pasa por algo —dice Vania mirándome a mí con mirada pícara.

—¿Tú crees que eso pueda atar a un hombre? Yo digo que, el que las quiere hacer, aunque uno se saque el corazón, las hace —afirma Vera como si a ella le hubiesen sido infiel alguna vez.

—Eso pienso yo también —asevera Hana.

—Chicas, eso ya es cosa de cada una. Yo solo les puedo decir que Steve y yo hemos empezado a vivir cosas diferentes, y la verdad es que nuestra relación ha mejorado muchísimo. Por ejemplo, hace unos meses empezamos a darle otro enfoque a nuestra relación sexual, empezamos a probar juguetes eróticos y nuestra vida ha dado un vuelco total en todas las áreas porque ahora Steve es otro hombre totalmente diferente.

—Ahora que lo dices, es verdad que de un tiempo para acá lo veo superanimado. De hecho, comentamos con Marcos que anda metido en varios proyectos de viviendas e incluso motivó a Marcos para que invirtiera allí, pero él no le hizo caso, y sí se le nota más contento —ratifica Hana.

—Te doy la razón, Hana. Llega superalegre, amable con todo el mundo, más de lo que ya era, y el día que te dejó las flores me sorprendió porque, desde que estoy en la oficina con vosotros, nunca había hecho eso. Es más, pensé que ese día era tu cumpleaños e iba a felicitarte. ¡Qué metida de pata hubiese sido! —exclama Vera tapándose la cara.

—Sí, es verdad. Yo, desde que lo conozco, siempre anda de buen humor bromeando con todo el mundo, aunque de unos días para acá mucho más —dice Vania mirándome de reojo.

—Lo tengo muy contento —les confieso encogiéndome de hombros.

—¿Qué juguetes has probado? —pregunta Hana—. Yo tengo alguno, pero es que Marcos es un poco aburrido para eso.

—Yo tengo una lista larga —les afirmo riéndome. Les enseño en el móvil algunos de los que tengo.

Hana y Vera se sorprenden. Vania ya sabe nuestra historia; ella no dice nada.

—Yo me compré unos que Raquel me recomendó, y la verdad es que estoy encantada. Los uso sola, pero vosotras, que tenéis con quien, deberíais probar algunos. Sirve que salgáis de la rutina con vuestras parejas. Os cuento que Adam siempre me propuso cosas, como lo de los juguetes, garganta profunda, sexo anal, sexo en un sitio público… y adivinad a cuantas cosas le dije que sí —cuenta Vania.

—¿Cuántas? —pregunta Vera con curiosidad.

—Ninguna. A nada de lo que me propuso le dije que sí. Él me dijo que no se podía tener un cuerpo que incitaba al pecado si no le daba buen uso, y ahora que lo recuerdo, tenía razón. He leído mucho sobre el tema y estoy abriendo mi mente poco a poco para vivir, porque todo el tiempo que estuve casada nunca acepté nada de lo que propuso, y eso lo llevó a ponerme los cuernos. No es que lo justifique, pero ahora que he leído sobre sexualidad, me doy cuenta de que todos somos seres sexuales, y créanme que he descubierto cosas que, de haberlas sabido antes, seguro que seguiría casada y feliz con mi marido. Por eso admiro a Raquel, por el coraje que tiene de vivir cosas que muy pocas están dispuestas a hacer, yo incluida antes, y sé que ahora ambos están viviendo de manera diferente, y si así son felices, pues ¡que vivan las fantasías, que están para cumplirse! —declara Vania riéndose como loca y brindando con el café.

Me río y brindo con ella. La verdad es que siento que ahora, después de todo, ya no podemos volver atrás, y la vida está para vivirse. A veces, por miedo a la crítica, dejamos de vivir cosas que nos gustaría vivir, pero tenemos miedo a ser juzgadas y pienso que nadie sobre la faz de la Tierra tiene el poder de juzgar la manera en la que quieras vivir tu vida. Mi regla de vida es: siempre que te haga feliz y no hagas daño a los demás, hazlo y vívelo, sin miedo. Tu vida es tuya y solo tú debes vivirla. Nadie más debe hacerlo por ti.

—Me habéis dejado con la boca abierta. Voy a reflexionar sobre vuestras palabras —dice Hana pensativa.

—Vaya que sí —afirma Vera con su mirada perdida volviendo a la realidad.

—Bueno, chicas, creo que es hora de irnos. Os dejo en la oficina.

Me acerco a la barra a pagar la merienda y salimos. Las dejo en la oficina y me voy a casa.

Los niños están en el salón y Steve, en la cocina. Me acerco a él a darle un beso y me voy al salón con los niños. Me quito los zapatos y los dejo a la entrada del salón. Los tres me abrazan y me besan con mucho amor.

—Voy a ducharme y bajo a haceros la cena —les comento levantándome del sofá. Steve me mira desde la cocina. Yo le sonrío. Entro en la habitación y me quito la ropa. Hay una nota en la cama:

> Mi amor, relájate. Has tenido un día ajetreado. Yo preparo la cena esta noche. Te amo.
> Att.,
> Steve

Miro para todos lados. Se me ha hecho tan raro y a la vez tan agradable…

Entro al baño y veo la bañera llena de espuma, con pétalos de rosa y una copa de vino en la esquina de la bañera. Guau, realmente estoy sorprendida. Qué rico. Cojo la copa de vino y le doy un sorbo. Me quito la braga y me meto a la bañera. Qué sensación tan agradable. Le pido a Alexa que ponga *Forever Young* y cierro los ojos.

Siento cómo el agua caliente envuelve mi cuerpo. Me encanta esta sensación de paz que siento. Me siento amada por ese hombre maravilloso que está abajo haciendo la cena.

En ese momento, siento que las manos suaves de Steve cogen mis hombros y me masajean.

—Ah, qué rico, mi amor. Gracias por este maravilloso detalle, me encanta —le apunto tirando mi cabeza hacia atrás. Él se agacha y me besa.

—Te mereces lo mejor, mi cielo —responde él. Mientras, continúa dándome un masaje en los hombros y el cuello—. Solo vine a ver si ya te habías metido. Vuelvo a la cocina, que se me quema la cena —comenta riéndose.

—Gracias, mi amor. Tardaré un rato. Esto está delicioso —le expreso relajándome de nuevo.

—Claro, tú disfruta de tu baño. —Me da un beso y sale de la habitación.

La música romántica sigue sonando y me relajo tanto que siento que me duermo. Me asusto al sentir que la copa se me cae de la mano y decido salir. Me pongo el pijama y bajo.

Los niños ya están cenando. Están muy contentos con la cena que les ha hecho papá, y la verdad es que yo también. Se ve delicioso.

Steve nos sirve y nos sentamos a cenar.

Suenan nuestros móviles. Debe ser Vania porque es el único grupo que tenemos en común Steve y yo.

—Hola, amores, ¿cómo estáis?

Ambos sonreímos al ver el mensaje de Vania.

—Bien, ¿y tú? —respondemos los dos.

—Amores, quería proponerles una cosa.

—Proponga —contesta Steve con picardía. Yo espero lo que dice.

—¿Vamos el mañana al cine?

—Guay, me parece bien —respondo.

—Yo os invito —concluye ella.

—Yo me imaginaba algo más emocionante —se lamenta Steve y manda caritas de diablo riéndose.

—Nunca se sabe —le sigue el rollo Vania con las mismas caritas.
—Estamos abiertas a todo —termino de decir yo.
Los tres mandamos iconos de fuego y caritas de diablo riéndose.
—Buenas noches, amores. Nos vemos mañana —se despide.
—Buenas noches, bellezas —dice Steve.
—Buenas noches, bombones —respondo.

Noche de cine

Escucho que tocan impacientemente la puerta de mi despacho. «Pase», digo mirando quién viene con tanta insistencia.

—Buenos días —saluda Vania. Entra apresurada, cierra la puerta y se sienta frente a mí.

Yo la miro con sorpresa por la forma de entrar. No la había visto nunca así, con esa impaciencia.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Qué sucede? —le pregunto.

—Nada, tranquila. Solo venía a darte esto —me dice dándome una caja pequeña envuelta en regalo.

—Jolín, por tu forma de entrar, pensé lo peor. —La veo y respiro aliviada. Por un momento, creía que le sucedía algo malo

—Lo siento, es que quiero que veas esto.

Destapo la caja y veo lo que hay dentro. Abro los ojos en señal de sorpresa

—No digas nada. Lee lo que está dentro y nos vemos esta tarde. Pasad por mí. Os estaré esperando a las ocho en punto. Mételo a tu bolso y que no se te olvide, pero, sobre todo, no se lo muestres a Steve hasta que estemos los tres juntos —me advierte.

—Vale, vale —le comento sorprendida, pero con curiosidad.

Ella sale corriendo y cierra la puerta.

¿Qué tendrá pensado hacer con esto? Se me ocurren unas cuantas cosas mientras meto la caja en el bolso. Sonrío al imaginar cada tontería.

Recibo un mensaje privado de Vania.

—Raquel, una cosa: ponte falda, tanga con o sin medias, pero de esas que son de media pierna. Si son enteras, mejor ir sin medias, ¿*OK*?

—Vale, lo que usted ordene —le respondo. Decido no preguntar nada. Ella sabrá su juego.

Bajo al salón, donde Steve me está esperando.

—Vamos, cielo —le digo cogiendo mi bolso.

—Estás guapísima —me comenta dándome un beso.

—Gracias, mi amor —le respondo coqueta.

Vamos de camino a casa de Vania. Le mando un mensaje al grupo para avisarla de que estamos llegando. Me responde enseguida que está bajando. Paramos enfrente de su casa y ella baja.

—Hola —saluda sentándose en el asiento detrás del conductor.

—¿Dónde van las dos tan guapas? —pregunta sonriendo.

—Al cine con mis amores —afirma ella con sonrisa pícara—. ¿Podemos aparcar un momento en doble fila?

Steve se hace a un lado y estaciona el coche un momento.

—¿Trajiste lo que te di? —me pregunta Vania.

—Sí. —Lo saco del bolso.

Steve nos mira expectante.

—Os cuento. He comprado esto y me han dado buenas referencias. Me han explicado cómo funciona. Sácalo de la caja —me indica. Hago lo que me dice—. He preguntado en la tienda de juguetes eróticos por bragas vibratorias porque vi una peli en la que se habla de eso y me causó curiosidad. Me han dicho que es esto. —Saca un pequeño vibrador con colita de la caja que tiene en sus manos—. esto debe ir introducido en nuestra vagina. Lo encendemos y vibrará con este mando, que tendrá Steve todo el tiempo. El juego es que nosotros vamos a meternos esto dentro y Steve va a hacerlo vibrar a su antojo, así que ¿nos lo ponemos nosotros o nos los pones tú, Steve? —le pregunta entregándole el mando.

—Hombre, si os los puedo meter yo, lo hago —afirma con lujuria—. ¿Quién primero?

—Yo —suelta Vania dándole el juguete y un bote de lubricante. Se da la vuelta en los asientos de atrás y se pone a cuatro patas dejando el culo hacia nosotros. Lleva un tanga negro.

Steve se suelta el cinturón y se gira por el medio. Lubrica el juguete y hace a un lado su tanga dejando su coño descubierto. Primero pasa sus dedos por el coño de ella y poco a poco va introduciendo el vibrador dentro. Se lo mete por completo. Ella se pone bien el tanga, se baja la falda y se sienta en su sitio.

—Ahora tú —me dice Vania.

Yo me paso a la parte de atrás y me pongo en la misma posición que ella. Steve hace lo mismo. Solo de haberlo visto metiéndole eso a ella me excité.

Steve me mete los dedos en el coño y nota mi humedad. Va metiendo poco a poco el vibrador hasta dejarlo dentro.

—Estáis locas, sinceramente, pero me encanta todo esto. Mira cómo me habéis puesto —asevera tocándose la polla, que ya está dura y se le nota por encima del pantalón.

Me bajo la falda y me vuelvo a poner a su lado.

—Ahora puedes usar el mando como quieras —afirma Vania cruzando las piernas.

Steve no tarda en querer probar el nuevo juguete que le han regalado. Arranca el coche y pulsa el botón de los dos mandos. Las dos nos sobresaltamos y gritamos.

Qué sensación tan rara y placentera a la vez. Vania empieza a reírse, cruza las piernas y se aprieta.

Yo aprieto mis muslos. Siento cómo la vibración invade toda mi zona íntima. Steve vuele a apretarlo. El siguiente nivel es más intenso. Primero, el de Vania. Quiere ver la reacción que tenemos cada una con cada intensidad.

Steve mira por el retrovisor cómo Vania se retuerce en el asiento riéndose muy nerviosa. Enseguida aprieta el mío y yo me tiro hacia atrás. Cada vez es más fuerte la vibración y la sensación es cada vez mayor.

Él se muerde el labio inferior y nos mira con mucho deseo.

—Me estáis volviendo loco —musita apretando la tercera intensidad.

—No, por favor, es demasiado fuerte —comenta Vania tocándose en medio me las piernas. Abre la boca y hace gestos de pura excitación. Yo la veo y me da tanto morbo verla así, tan excitada, que eso me pone más cachonda todavía. Steve toca el mando del mío y sube.

Yo abro la boca por completo y me cojo de la puerta del coche y de la mano de Steve.

—Madre mía, eso es demasiado, vibra demasiado fuerte —le advierto.

—Aguantaos. Me habéis dado un juguete y yo estoy jugando. Además, me está encantando la cara de guarras que estáis poniendo. Me estoy volviendo loco solo de verlas porque no las puedo ni tocar. Por ahora —deja caer.

Llegamos al cine y aparcamos. Steve apaga los mandos y nos sentimos aliviadas. Yo pensé que

nos haría caminar así con eso encendido hasta llegar al cine. Estoy supermojada. Puedo sentir cómo el líquido va bajando por mi entrepierna. Nos bajamos y caminamos hacia la entrada. Vania me coge del brazo apretando sus piernas.

—No es posible que se salga porque va muy dentro. Además, el tanga lo detiene —le explico.

—Ya, si es que me da nervios.

Steve viene detrás de nosotras y vuelve a encender los mandos. Nos paramos en seco y las dos volteamos a mirarnos. Él se encoge de hombros.

—Caminen. Como ya os dije, me habéis dado juguete y los juguetes son para jugar, y es lo que estoy haciendo —observa enseñándonos los dos mandos que lleva en las manos.

—Qué cabrón, se está aprovechando —le suelto a Vania.

—Sí que lo es —responde ella gimiendo y apretando sus músculos. Yo hago lo mismo al sentir que ha subido otra vez la intensidad. Ya nos queda poco para llegar y, a estas alturas, no sé ni qué cara llevamos. Vania esconde la suya en mi hombro, voltea a ver a Steve y le hace señas para que se detenga porque ya estamos por llegar.

Hace caso omiso a nuestras súplicas y sigue con el juego. Entramos al centro comercial y no escuchamos nada de ruido de los vibradores, quizá por el ruido o por el espacio abierto. Siento alivio al sentir que no se escucha nada.

Subimos las escaleras y la vibración es mucho más intensa todavía con el movimiento de los vibradores dentro. Las dos gemimos al ir subiendo las escaleras, cogidas del brazo. Steve está detrás observando nuestros culos calientes y excitados.

Terminamos de subir y apaga el mando. Lo miramos con cara de enfado según nosotras, pero es más de excitación que de otra cosa.

Vania muestra las entradas al chico de la puerta y caminamos a la zona de las palomitas. Cogemos tres refrescos y un bol grande de palomitas. Lo que más me encanta del cine son las palomitas.

Vamos a la caja y Steve paga todo lo que hemos cogido. Vemos qué sala es y nos disponemos a entrar, pero faltan diez minutos para que empiece la peli. Por ahora, Steve no hace nada porque lleva ocupadas las manos con dos refrescos.

Pone cara de enfado y me enseña los refrescos. Yo le saco la lengua, como diciéndole: «Te aguantas».

Subimos hasta nuestras butacas y Steve se coloca en medio de las dos. Yo me quedo en el lado izquierdo y Vania, en el derecho. Pone los refrescos y enseguida saca los mandos. Casi no hay gente. Los martes, ni te cases ni te embarques. Casi nadie sale de casa. Hay unas pocas personas. Vania ha elegido bien el sitio: en la parte de arriba, pegados a la pared. No hay nadie por encima de nosotros.

Siento que mi coño vuelve a vibrar y eso me saca de mis pensamientos.

—¡Joder! —chillo y me tapo la boca. Vania se retuerce también en el asiento.

—Ahora sí que voy a jugar de verdad —amenaza Steve apretando el siguiente nivel de vibración.

Yo me trago como puedo las palomitas. Es tan excitante que me retuerzo de gusto.

Vania hace casi lo mismo que yo. Steve sube al tercer nivel y las dos ponemos los ojos en blanco.

—Joder, esto es demasiado —suelta Vania apretando sus manos por encima de la falda.

—Aún no es demasiado —avisa Steve subiendo un nivel más. Este da toques cortos pero intensos en secuencia: vibra, para, vuelve a vibrar más fuerte, y así.

—Madre mía, qué excitación más increíble. Necesito correrme —comenta Vania con su cara roja. Se nota que está sudando.

—Ya somos dos —le respondo con la voz superexcitada.

—¿Cuál nivel sienten mejor como para correrse? —pregunta Steve.

—Para mí, el dos, y siento que, aun así, es demasiado —contesto.

—Yo también, el segundo o el tercero, con cualquiera de esos me corro enseguida —contesta Vania.

Steve pone ambos vibradores en el nivel dos y se guarda el mando en el pantalón. Se acomoda de tal manera que queda justo en el centro y pone una mano en cada una y empieza a subir la falda, hasta que llega a nuestro coño. Hace a un lado los tangas y empieza a meter su mano por debajo de ellos hacia nuestra humedad.

—Um, qué rico, qué mojaditas estáis. Qué guarras que sois. Me tenéis desquiciado —dice haciendo movimientos circulares en mi clítoris. Imagino que en el de Vania también porque a ambas nos está haciendo lo mismo. Sigue bajando y encuentra la colita del vibrador, el cual aprieta con fuerza hacia dentro y este queda pegado en el clítoris. Es alucinante la excitación tan demencial que siento, y, por lo visto, Vania también, porque su cara lo dice todo.

—Me encantaría que os corrierais a la vez —sugiere Steve haciendo presión en nuestro coño.

—Yo no aguanto más —suelta Vania.

—Tampoco yo —le digo con mi voz entrecortada.

—Sí, me encanta —comenta Steve moviendo con más fuerza su mano en nuestro clítoris. Mete su lengua en mi oreja y eso hace que ya no aguante más. Pongo mi mano encima de la suya y la presiono aún más. Siento cómo mi cuerpo se va estremeciendo cada vez más intensamente porque estoy a punto de correrme. Tengo la necesidad de gritar de placer cuando recuerdo dónde estoy. Me retuerzo hacia atrás y gimo lo más despacio que me es posible. Hasta me tapo la boca. Gimo y gimo hasta que el orgasmo acaba por completo.

Steve me mira, se muerde los labios e intensifica con Vania. Le mete también la lengua en la oreja y nota que se está corriendo casi al instante después de mí. Ella se echa hacia él y gime tan fuerte que algunas personas voltean a mirar y los tres disimulamos. Ella lo coge por el cuello y mete su cabeza en su hombro. Estira las piernas en señal de que se está corriendo y de que está disfrutando mucho el intenso orgasmo.

Steve nos mira con lujuria y gime de excitación y deseo. Su mirada arde de pasión; sus ojos brillan a pesar de la oscuridad. Nos coge una mano a cada una y la pone encima de su polla, más tiesa que una barra de hierro.

Yo le desabrocho el pantalón, meto mi mano dentro de su bóxer y se la cojo. Está mojada de tanta excitación. Se la saco y se la masturbo con la mano mientras Vania y yo nos acercamos a besarlo. Primero lo besa ella y después lo beso yo. Vania coge también su polla a la vez que ambas le metemos nuestras lenguas en las orejas. Él se eriza por completo y gime como loco. Yo me bajo a chuparle la polla y me la meto hasta el fondo de mi garganta. La saco y la vuelvo a meter más al fondo, hasta tocar con mis labios el bóxer. Me aparto y baja Vania a chuparle la polla también. Él gime y se estremece de excitación y de gusto.

Miro hacia los lados. Me doy cuenta de que nadie nos ve; las pocas personas que hay están a su bola viendo la peli, a la que nosotros no hemos prestado ni la más mínima atención.

Me bajo a la vez que Vania y ambas le chupamos la polla, cosa que le encanta. Él nos coge del pelo y nos folla la boca por turnos metiéndola hasta el fondo de la garganta. Coge el pelo de Vania y empuja su cabeza hasta abajo, haciendo llegar su polla hasta la garganta. Se la saca, coge

mi pelo, lleva mi cabeza hasta su polla y me empuja hacia arriba y hacia abajo en varias ocasiones.

—No aguanto más, me quiero correr en vuestras bocas. Me habéis puesto demasiado cachondo. ¿Quién quiere tragarse mi leche? —pregunta mientras nos tiene cogidas a las dos del pelo mirándolo de frente—. Pero os lo tenéis que tragar porque aquí no se puede dejar manchado.

—Las dos —afirma Vania agachándose a chuparla de nuevo.

—Sí, las dos —le confirmo yo mirándolo a los ojos.

Él se coge la polla y se masturba cogiendo mi pelo, y cuando está a punto de correrse, mete su polla en mi boca y siento cómo empieza salir su semen salado. Saca su polla y la mete en la boca de Vania, dejando también semen en la boca de ella. En su boca se está más rato metiéndola y sacándola para dejar dentro hasta la última gota.

Ambas nos saboreamos mirándolo a los ojos. Volteo a ver a Vania y cojo su cara y la halo hacia mí. Ella se acerca y nos besamos enfrente de él, muy apasionadamente. Meto mi lengua en la boca de Vania, dejando que Steve vea todo el espectáculo.

Yo sigo cachonda. Ver la forma en que se ha corrido Steve me ha puesto superexcitada de nuevo.

—Me estáis excitando de nuevo —comenta tocándosela.

—Pero si te acabas de correr —le digo sorprendida.

—Sí, pero el morbo inmenso que me provocáis no tiene límites. Hasta yo me sorprendo de la forma en la que me excito últimamente. Es pensar en esta imagen de ahora y me pongo cachondo de nuevo. —Enseña su polla, dura otra vez.

Vania y yo nos acomodamos otra vez en la silla y yo bebo del refresco. Me he quedado seca de la excitación.

Sin previo aviso, Steve saca de nuevo los mandos y empieza otra vez la vibración. Las dos volteamos a mirarlo riéndonos.

Así, empieza el juego de nuevo, subiendo y bajando intensidades.

—Definitivamente, no podemos seguir aquí. Vámonos, aunque sea a un descampado —les confieso riéndome.

—Estoy de acuerdo —responde Vania.

—Pues lo que queráis. —Steve se acomoda el pantalón preparándose para salir.

Los tres caminamos hacia la salida. La peli ni siquiera lleva una hora y ya nos estamos yendo. No sabemos ni de qué va.

Llegamos al coche y Steve empieza de nuevo con los mandos.

—Yo quiero follar —pide Vania.

—Ya te digo —me sumo.

Steve pone rumbo a nuestra casa. Llegamos al garaje.

—No podemos subir a casa porque están los niños con Diana, y no creo que estén dormidos, aún es pronto —expone Steve.

Yo me paso hacia atrás por en medio de las dos sillas de delante.

Vania se abalanza sobre mí y me besa. Yo la beso también y Steve nos observa por el retrovisor. Mientras termina de aparcar, apaga el coche y hace lo mismo que hice yo: se pasa hacia atrás y las dos lo cogemos como lobas en celo.

Nos ponemos a cuatro patas hacia atrás y nos levantamos la falda dejando nuestros culos al aire. Steve mete sus manos por debajo del tanga y saca el vibrador de Vania.

—Qué rico, qué empapadita estás —comenta metiendo sus dedos dentro de ella. Se sienta y a

mí aún me lo deja dentro. Está con el mando en la mano.

—Sube —le ordena a Vania, a lo que ella obedece enseguida.

Me pongo a un lado de ellos y beso a Steve. Vania se acerca y nos besamos los tres. Él aprieta el mando y siento cómo sube de golpe a la tercera intensidad. El beso de los tres y la vibración en mi coño me tienen superexcitada.

Mientras Vania se mueve desesperadamente encima de la polla de Steve, él me mete su mano debajo de mi tanga, hace presión en el vibrador y masajea mi clítoris. Siento el deseo de correrme en este mismo instante y gimo en la boca de ellos. No dejamos de besarnos con lujuria y pasión.

Vania se mueve más rápido y siento que también está a punto de correrse. Steve también se quiere correr. La excitación es tal que los tres estamos deseando ese orgasmo que está tan cercano.

Vania se deja venir. Se mueve más rápido y grita. Coge por el cuello a Steve y hunde su cara en él. Mientras, se va moviendo cada vez más lentamente y gimiendo cada vez más despacio. Se desplaza suavemente sobre la polla de Steve. Él intensifica sus movimientos dentro de mí y aumenta la vibración del juguete, a lo que yo respondo gimiendo y gritando mientras aprieto su mano encima de mi clítoris para sentir más intensidad del orgasmo. Me muevo despacio hasta alcanzar por completo ese increíble orgasmo que me invade por completo el cuerpo.

—Me encanta que se corran así de rico. Me tenéis más loco aún. Quiero correrme en vuestras nalgas —expresa—. Poneos a cuatro. —Se levanta del asiento para que nos pongamos nosotros como nos dice. Las dos lo acatamos: colocamos los dos culos uno al lado del otro. Él coge el vibrador de Vania y vuelve a meterlo dentro de ella, quien da un pequeño salto por la sorpresa.

Me saca el que yo llevo dentro y mete su polla de golpe. Con el mando en mano, hace vibrar a Vania mientras me folla duro y rápido. Ella gime y se echa por completo en el asiento. Se entrega por completo a la sensación de tener un vibrador en el coño. La escucho gemir y me excito cada vez más.

—Voy a correrme —anuncia Steve con la voz entrecortada por la excitación. Mete su dedo en el culo de Vania y hace que el vibrador cada vez vaya a más.

Vania gime y grita de nuevo. Steve me embiste con más intensidad y, sin poder evitarlo, me corro otra vez quejándome de placer. Steve me escucha y me la mete más duro para intensificar mi orgasmo. Disfruto del éxtasis mientras siento que Steve se empieza a correr dentro de mí y mueve con más fuerza su dedo en el culo de Vania. El vibrador suena dentro del coño de ella y grita otra vez dejándose llevar por otro intenso orgasmo.

Los tres nos quedamos gimiendo y jadeando por el intenso y rico orgasmo que hemos tenido. Vania se tira encima de mí y Steve se sienta en una orilla del asiento. Poco espacio le queda.

—Guau, ha sido realmente increíble, excitante, morboso, provocador, placentero, etc., etc., etc. No tengo palabras que describan lo que me han hecho sentir y lo que habéis provocado en mí —comenta Steve aún jadeando por el cansancio.

—Sí que ha sido increíble e inesperado —confirmo, también cansada.

—Yo estoy flipando. En serio, jamás me imaginé el morbo tan increíble que he sentido esta noche. Ha sido alucinante.

—Y vaya que sí lo ha sido —contesta Steve abrazándonos a las dos y dándonos un beso en la cabeza—. ¿Qué hacemos?

—Pues no sé, ya las horas que son, poco podemos hacer en martes —respondo riéndome.

—Mañana es día de trabajo, así que es mejor que me vaya a casita —explica Vania

acomodándose la ropa.

—Ah, ya entendí, solo nos utilizas —suelta Steve riéndose.

Las dos nos echamos a reír.

—Estás loco —le responde Vania.

—Sí, con todo lo que me hacéis, claro que estoy loco, como para no estarlo —afirma mientras se va pasando a la zona delantera.

—Pues vamos a dejarte a tu casa, entonces. —Me acomodo la ropa y me paso al frente con Steve.

Salimos del garaje bien felices y follados. Vamos hacia la casa de Vania bromeando sobre lo de esta noche.

Llegamos a su casa y la dejamos allí. Esperamos a que suba y nos volvemos a casa.

Steve me coge la mano y la besa sin decir nada. Me mira con ternura.

—¿Todo bien? —le pregunto al sentir su mirada.

—Sí, mi amor, todo bien. Es solo que estoy sorprendido para bien del cambio que has dado. Eres otra mujer. No sé dónde has estado todos estos años.

—A tu lado, pero no había descubierto la fiera que había en mí, y poco a poco va saliendo.

—Y no sabes cuánto me encantas, mi amor. Definitivamente, eres la mujer perfecta —me dice dándome un beso con mucha ternura.

—Lo sé, mi amor, tú también me encantas. Me da tanto morbo pensar en todo lo que nos queda por vivir… Por cierto, me gustó que le metieras el dedo en el culo a Vania, y se ve que a ella le gustó también porque no se quejó en ningún momento; es más, lo disfrutó como loca. Me dio mucho morbo ver eso. Creo que por eso me corrí tan rápido la segunda vez.

—¿Ves? Es que eres perfecta. Jamás me imaginé escuchar eso de ti, y menos que fueras capaz de verme follándome a otra mujer.

—No solo no me molesta, sino que me encanta. Además, no solo te la follas tú, sino que yo también, al igual que ella nos folla a nosotros, y eso es lo más rico, que es en todas direcciones.

—Eso sí es verdad —confirma mientras entramos otra vez al garaje.

Subimos a casa y, efectivamente, los niños están dormidos. Diana está en el sofá esperándonos. Al vernos llegar, se levanta y se despide. Le damos las gracias los dos y ella sale de casa.

Subimos a darnos una ducha y nos metemos a la cama. Me siento rendida a causa del cansancio. Steve me dice algo que no logro escuchar. Me pesan los ojos del sueño.

Conociendo a los padres de Vania

Lo primero que hago al llegar es irme a la cocina a prepararme un café. Necesito espabilarme, tengo asuntos pendientes.

Vania llega y me toca la cintura. Me giro y ella me sorprende con un beso en la mejilla.

—Buenos días, ¿cómo estás? —me pregunta con interés.

—Hola. Bien, ¿y tú? —le contesto intentando disimular el asombro por el beso.

—Superbién. He pasado una noche buenísima, he dormido como un bebé —comenta riéndose con coquetería.

—Yo igual, he dormido fantásticamente, aunque siento que me faltaron horas. Estaba muy cansada.

Amabas sonreímos.

—Recuerda lo del sábado en casa de mis padres. Te mandaré la dirección.

—Eso no se me olvida. Ya los niños y Steve lo saben y están encantados con la idea.

Esta semana transcurre con mucha normalidad: trabajo, casa, niños. Steve ha estado bastante ocupado con esos negocios que tiene que atender. Lleva muchos días en reuniones y apenas hemos podido compartir. Es por eso por lo que aprovechamos cada momento que podemos porque no siempre tenemos todo el tiempo para disfrutar.

Este viernes decidimos no salir de casa, ya que, al día siguiente, nos iremos pronto a casa de los padres de Vania. Por eso decidimos mejor quedarnos en casa con los niños viendo pelis.

Llego a casa con los niños después de recogerlos del cole. Les pido que se vayan a duchar mientras yo les preparo la cena. Le digo a Alexa que ponga música. Me encanta cocinar o hacer cualquier tarea de casa escuchando música, me mantiene activa.

Suena mi móvil. Es Steve escribiendo al grupo de los tres.

—Hola, bellezas, ¿cómo están? ¿Qué tal ha ido vuestro día? Lamento haberlas tenido tan abandonadas esta semana, he tenido demasiado lío con los negocios que estoy cerrando.

—Hola, amores. No te preocupes, Steve, te comprendemos, cuando no se puede, no se puede. Igual ya mañana nos vemos y compartimos el día en casa de mis padres.

—Hola, bombones. Tranquilo, amor, que comprendemos perfectamente que no es porque no quieras, sino porque no puedes.

—Sí, ya vendrán los momentos de compartir. De todas formas, el verano está cerca y vamos a disfrutar a tope las vacaciones.

—¡Qué emoción! Sé que serán unas vacaciones muy distintas en todos los sentidos.

—Eso es, ya iremos planeando cositas. Entonces, mañana llegaremos sobre las diez. ¿Te parece bien, Vania?

—Me parece perfecto. Aquí nos vemos entonces. Yo ya voy a casa de mis padres. Os mando la ubicación y, así, ya vienen tranquilamente.

—Gracias, Vania. Nos vemos mañana. Un beso —se despide Steve.

—Hasta mañana, bombones.

Caritas de besos y corazones en el chat.

Los niños bajan ya duchados. Los pongo a hacer los deberes. De esta forma, mañana no tendrán nada pendiente. Los dos mayores se ponen a ello; el pequeño aún no tiene deberes.

—¡Hola, mis amores! —exclama Steve entrando por la puerta.

Todos los niños salen corriendo hacia él para abrazarlo y besarlo. Se agacha para abrazarlos a todos. Qué imagen tan linda verlos así.

Los deja y se dirige hacia mí. Yo aún sigo preparando la cena. Se acerca. Trae una mano detrás de su espalda. Yo lo miro expectante.

—Para la mujer más maravillosa del mundo —dice poniendo una rosa frente a mis ojos. Me da un beso.

—Oh, gracias, mi amor —contesto y lo beso de vuelta—. Está hermosa.

—Me alegro de que te guste.

—Claro, mi amor, y cómo no.

—Cielo, subo a ducharme. Me siento cansado. Solo tengo ganas de relajarme.

—Perfecto, amor. Tú ve; mientras, yo termino de preparar la cena.

Steve me da otro beso y sube a la habitación a ducharse. Yo termino de preparar todo y lo dejo listo para servir. Me siento con los niños para ver cómo van con los deberes. Son muy buenos y ya casi han terminado.

Veo que Steve baja por las escaleras. Se sienta allí con ellos también. Yo me levanto y me voy a la ducha. Así, ya estamos todos listos para cenar.

Cuando bajo, los veo a todos en la alfombra apiñados viendo una peli. Sonrío al verlos tan entretenidos a los cuatro. Yo sirvo la cena y los llamo. Llegan enseguida. Entre anécdotas de los niños del cole se nos pasa la cena. Volvemos todos a la alfombra para seguir viendo la peli.

Suenan nuestros móviles. Seguro que es Vania.

—Hola, amores. Yo ya estoy en casa de mis padres. Os echo de menos.

—Nosotros también a ti. Nos hubiese gustado salir los tres hoy, pero dado que teníamos cosas que hacer, preferimos estar relajados en casa esta noche —le respondo.

—Es verdad, a mí me hubiese encantado que saliéramos los tres de cenita, pero ya lo dejamos para otro día —añade Steve.

—Ah, sí, eso sí, cualquier día salimos a cenar. Bueno, amores, pasen buenas noches. Mañana nos vemos. —Caritas con besos.

—Buenas noches, bellezas.

—Buenas noches, bombones.

Casa de los padres de Vania

Vamos de camino a casa de los padres de Vania. Los niños van felices. No está muy lejos: hemos tardado apenas media hora en llegar. Qué maravilla de sitio. Tocamos el timbre y sale Vania a recibirnos. Va muy fresquita; la verdad es que hace mucho calor.

—Buenos días, chicos. ¿Cómo están? —saluda con mucha alegría. Los niños la saludan muy contentos y corren hacia dentro para ver a los hijos de Vania. Nos saludamos los tres y entramos, Ella camina delante de nosotros, Se ve tan sexi con ese vestido blanco de algodón con encaje. Además, lleva un sombrero, con el cual se ve mucho más bonita. Le sienta genial. Yo le miro el trasero y cómo mueve sus caderas. Es una chica muy sexi.

Caminamos por un camino de piedra que cruza un hermoso y frondoso jardín. Está todo florecido. Estamos en el final de la primavera. Todos los árboles se encuentran hermosos y florecidos. Llegamos a una puerta enorme en la entrada de la casa. Es muy lujosa. Pasamos al recibidor y ella nos dirige a mano izquierda, donde está el enorme salón. Al entrar, está el comedor; luego, una pared que lo separa de la sala.

—Siéntense, voy a llamar a mis padres para presentároslos. Están en la cocina.

—Si quieres, vamos allí. No hace falta que vengan hacia acá —sugiero.

—Claro, vamos hacia allí mejor —agrega Steve aprobando mis palabras.

—Vale, pues perfecto, vamos —confirma Vania. Camina por el centro del salón hacia una puerta enorme de cristal.

Hay otra puerta que conecta la cocina con el comedor y el salón. Entramos y su madre está en la cocina cocinando algo. Su padre está sentado en el desayunador leyendo el periódico.

—Mamá, papá, ellos son Raquel y Steve. Son mis compañeros de trabajo. Me dieron un legar en su bufete para que trabajase con ellos.

Ambos dejan de hacer lo que están haciendo y nos saludamos.

—Es un placer conocerlos —dice la mamá de Vania—. Gracias por el apoyo a mi hija. Ya nos ha contado todo lo que habéis hecho por ella —añade con una dulce sonrisa.

—Sí —afirma el padre—. Ya nos contó que tú la ayudaste con el divorcio de ese capullo. —Me señala.

—Así es, y ha sido un placer ayudarla en todo lo que hemos podido —les respondo con una sonrisa tímida.

—El placer es realmente nuestro —comenta Steve—. Vania es muy buena chica y una excelente abogada. Formamos un buen equipo.

—Me alegra escuchar eso —responde la madre de Vania—. ¿Un café? —nos pregunta a ambos.

—Por favor. —Acepto con alegría.

—Sí, gracias —responde Steve. A pesar de que casi no toma café, decide aceptarlo.

La madre de Vania nos sirve el café en el desayunador. Hay una puerta de cristal enorme en la cocina donde se puede observar el jardín por la parte de atrás. Todos los niños están reunidos en

la orilla de la piscina. No pierdo de vista al pequeño, aunque es el único que está aparte de todos. Los demás están juntos jugando. Creo que están a punto de meterse a la piscina.

Steve sale con el padre de Vania. Ellos se quedan cuidando a los niños desde el porche. Se sientan en las tumbonas mientras toman su café. Charlan como si se conociesen desde hace mucho tiempo.

Vania, su madre y yo charlamos sobre cómo ha ido su viaje en París con su hijo mayor. Hablamos de nuestro trabajo. Ella nos cuenta unas cuantas anécdotas y Vania y yo sonreímos; incluso su madre menciona a Adam, a lo que Vania responde que no quiere tocar el tema, que prefiere que no lo mencione. Ella hace caso y cambia de tema. Debe saber lo difícil que ha sido todo eso para Vania. Lo recuerdo muy bien.

—Id a disfrutar del día —sugiere su madre mandándonos afuera, donde están su padre, Steve y los niños. Nosotras hacemos caso y nos vamos a la piscina.

—Trajiste tu bañador, ¿verdad? —me pregunta Vania.

Reviso la canasta que llevo con la ropa.

—Ostras, me lo he dejado —le respondo mirándola seriamente.

—No puede ser —dice ella frunciendo el ceño.

—Qué va, ¡que es broma! —le suelto riéndome de ella porque se lo tragó.

—Me habías asustado… Yo tengo ya puesto el mío. Deberíamos tomar el sol, así, nos empezamos a broncear desde ya —sugiere levantando su vestido y mostrándome su bañador.

—Me parece bien. Voy a cambiarme entonces. ¿Dónde está el baño? O ¿dónde puedo cambiarme?

—Ven —me responde ella cogiéndome de la mano y dirigiéndome a su habitación.

Volteo para ver a Steve. Él nos observa con alegría y me guiña un ojo. Le sonrío.

—Pasa —me indica Vania empujándome adentro de su habitación y cierra la puerta—. Cámbiate.

Yo coloco mi canasta en la cama y saco mi bañador rojo de dos piezas. Me quito la ropa que llevo puesta. Ella me observa, pero no dice nada. Yo me quito todo quedando completamente desnuda, total, no es la primera vez que me ve así. Ella hace lo mismo: se saca el vestido que lleva puesto quedándose en bañador. También es de dos piezas, negro. Es tipo tanga, Se la ve tan sexi… Me muerdo los labios al observarla. Me pongo el bañador y salimos de la habitación hacia donde están todos.

—Se me ha ocurrido algo que me gustaría que habláramos los tres —le comento sonriendo.

—Vale, ¿qué es? —me pregunta.

—Espera, vamos a ver si Steve está solo y lo hablamos —le contesto, esta vez cogiendo yo su mano y caminando con ella a través del jardín.

Llegamos a donde está Steve. Está en la orilla de la piscina observado a los niños. El pequeño aún no ha querido meterse, aunque ya está en bañador también.

—Amor, ¿podrías venir? —le pido llamándolo a las tumbonas, donde estamos Vania y yo. Acercamos las tres y quedamos de frente.

—¿Qué pasó? —pregunta Steve expectante.

—Dice Raquel que tiene una idea. —Vania tiene una sonrisita pícara.

—¿Ah, sí? Eso me interesa. ¿De qué se trata? —Steve dibuja una sonrisa aún más traviesa.

—¿Recuerdan el día que estuvimos hablando de las fantasías, y tú, amor, dijiste que te gustaría ir a un cuarto del placer? —les recuerdo.

—Sí —responden ambos a la vez.

—Bueno, he estado averiguando y aquí, en Valencia, hay un motel donde tienen un cuarto así, y he pensado en que podríamos reservarlo y pasar unas cuantas horas, o una noche entera, allí. Podremos dar rienda suelta a nuestros deseos y fantasías. No sé, ¿qué os parece? —les sugiero mirándolos a los dos.

—A mí me parece una excelente idea —responde Steve tocándose la entrepierna y mirándonos con lujuria.

—También a mí me parece buena idea. Así, empezamos a cumplir nuestras fantasías —comenta Vania un poco sonrojada.

—Pues perfecto. ¿Qué día os gustaría ir? —les pregunto—. Así, voy reservando.

—Tendría que ser un viernes o un sábado, cuando podamos dejar a los niños con mis padres —sugiere Steve.

—Sí, viernes o sábado. Así, me organizo yo con los niños. Como ya le había dicho a Adam que me los quedaría la semana que viene por lo del *camping*, pues los puedo dejar acá, con mis padres, o también podríamos ir hoy —dice ella riéndose con picardía.

Steve y yo nos miramos sorprendidos, pero complacidos con la idea.

—Por mí, perfecto —asevera Steve mirándonos con deseo—. Estáis demasiado hermosas. —Nos mira de pies a cabeza.

—Gracias, amor —le respondo tocándole la rodilla—. Pues voy a llamar al motel, a ver si está disponible la habitación para esta noche. —Cojo el móvil.

—Genial, podré dejar a los niños aquí, con mis padres —afirma Vania.

—Bien. Llamaré a mis padres para decirles que se queden con los nuestros, por si acaso no volvemos pronto —comenta Steve.

Marco el número de teléfono y me voy caminando hacia el jardín para que nadie me escuche. Suena cuatro veces cuando me responden.

—Buenos días. ¿En qué podemos ayudarle? —responde una voz suave desde el otro lado.

—Sí, buenos días; quería saber si la habitación del placer está disponible para esta noche.

—Déjeme mirar. Un momento, por favor.

—Sí, espero.

—¿Querrían quedarse toda la noche o solo por horas?

—Pues si puede ser toda la noche, a partir de las 12, si es posible.

—Toda la noche lo tenemos complicado porque, por ahora, ya está reservada. Se desocupa a las dos de la mañana. Si quieren, pueden reservar a partir de cuatro, seis y ocho horas, pero hoy solo está disponible desde las dos de la mañana. ¿Quiere que se la reserve?

—Sí, por favor. Resérvemela por seis horas.

—Genial. Le pediré algunos datos.

La recepcionista empieza a preguntarme mis datos y yo se los doy. Vuelvo a mi bolso a coger la tarjeta de crédito para pagar. Steve y Vania me miran con picardía. Steve se muerde los labios. Yo les guiño un ojo y sigo con la chica.

—Ya la tiene reservada. ¿Necesita que le ayude con algo más?

—No, nada más. Muchísimas gracias.

Cuelgo el teléfono y vuelvo con ellos.

—Ya está reservada para esta noche. Solo se podía por horas. Me la han reservado para las dos de la mañana, así que ya tenemos plan —les cuento con una sonrisa pícara.

—Qué emoción —dice Steve levantándose de la tumbona—. Ya me pusieron nervioso.

—Yo también estoy nerviosa —afirma Vania.

—Creo que los tres lo estamos, pero de eso se trata, de ir probando varias cosas para saber lo que nos gusta. Hemos quedado en disfrutar de todo lo que podamos, así que no se hable más. Vamos a la piscina —les comento cogiéndolos a ambos de las manos y me los llevo.

Cuando llegamos a la orilla, Vania y yo empujamos a Steve a la piscina y él grita. El agua aún está un poco fría. Nosotras nos echamos a reír y empujo a Vania; también grita de la impresión, pero ambos se están riendo.

Me siento en la orilla de la piscina y meto los pies. Steve nada poco, y Vania también.

—Ven, amor, el agua está rica —sugiere Steve desde el otro lado.

—Sí, ahora voy —le respondo, pero pocas ganas dan, el agua está fresquita.

Los dos se acercan a donde estoy y se agarran a la orilla.

—Métete —me incita Vania.

—Sí, amor, está rica —dice Steve. En ese momento, ambos me cogen de cada brazo y me halan hacia dentro. Grito por la impresión del agua fría y empezamos a jugar con el agua.

Nos ponemos a jugar con los niños. Se lo están pasando pipa.

—Chicos, me voy a ayudar a mamá con la paella —comenta Vania caminando hacia las escaleras de la piscina para salir.

—Yo voy contigo y os ayudo —le respondo y la sigo.

—Genial, vamos.

Salimos de la piscina y nos secamos con las toallas que dejamos en la tumbona. Steve se queda jugando con los niños. Logra meter al pequeño y se queda con él.

Vania y yo nos vamos a la zona donde su madre está haciendo la paella. Cruzamos todo el jardín hasta llegar a donde está la zona de barbacoa. Su madre ya tiene todo avanzado. Nos ponemos a ayudarla para poner todo a punto.

Ella empieza a cocinar y todas nos ponemos a charlar. Nos reímos mucho las tres. La madre de Vania tiene muy buen sentido del humor, es una señora encantadora.

—¿Te parece si preparamos una sangría? —me pregunta Vania.

—Me parece bien —le respondo.

Nos vamos a la cocina a preparar dos jarras de sangría.

—¿Cómo deberíamos ir vestidas esta noche? —me pregunta Vania.

—Estaba pensando en que deberíamos ponernos un vestido supersexi o una minifalda, con una camisa corta que deje ver bien nuestra figura —le respondo tocando mi cintura.

—Lo bueno es que ya no hace falta llevar medias, podemos andar un poco más sueltas.

—Sí, esa es una ventaja. Yo creo que sí me pondré una minifalda. Podemos ir las dos así, o, si tú quieres, ponte vestido. No sé, lo que tú veas, pero con algo con lo que te sientas muy pero que muy sexi —le insinúo con una sonrisa superpícara mientras me muerdo el labio.

—Sí, ya tengo en mente algo —contesta ella echando la mirada hacia arriba.

—Entonces, ¿te recogemos en tu casa? —le pregunto.

—Sí, así, vamos en un solo coche. Deberíamos ir a un bar a tomar algo antes para hacer tiempo, de esa forma, nos ponemos un poco a tono con unas cuantas copas —apunta tomando un sorbo de la sangría; la sirvió en un vaso para probarla.

—Pues sí, me parece una idea excelente. No nos iremos tan tarde para ir a alistarnos a casa.

—Sí, yo también me iré pronto, así, me arreglo con tranquilidad. Ya que estamos aquí, aprovechemos a poner la mesa —me pide.

—De acuerdo. —Abro un cajón que ella me indica, donde están los platos y los vasos. Saco todo y los coloco en el desayunador.

Vania se va a colocar un mantel en la mesa del comedor y yo voy detrás con los platos. Los coloco en su sitio y ella se va por los vasos y yo, a por los cubiertos.

Volvemos a donde está su madre y vemos que la paella está casi lista. Nos da a probar y está verdaderamente deliciosa. Me encanta. Lo bueno es que a los niños también les gusta.

Vania y yo nos llevamos la paella hasta el comedor y llamamos a todos a comer.

Se nos pasa el día casi volando. Bebimos sangría preparada por Vania y por mí. Todo ha estado delicioso. Los niños han bajado al sótano, donde hay un espacio de juegos y una sala con un televisor grande para ver películas.

Decidimos que ya es hora de irnos. Son casi las seis de la tarde. Entre una cosa y otra, el tiempo ha pasado volando. Los niños no quieren irse, especialmente, los mayores. Quieren quedarse con los hijos de Vania jugando.

Yo les digo que no, que no podemos molestar a los padres de Vania, a lo que la madre de ella responde que, si queremos, podemos dejarlos allí y que los recojamos mañana, que el abuelo ha traído varios puzles de Francia y que los mantendrá muy entretenidos.

Vania me dice que los deje, que no pasa nada, a lo que decidimos dejarlos.

—En verdad, nos da vergüenza molestar —musito.

A lo que la mamá de Vania me responde que no sea tonta, que para ellos no es ninguna molestia. Le agradezco con sinceridad su amabilidad.

Solo nos llevamos al pequeño, que es el que necesita más cuidado.

—Entonces, dado que tenéis que volver mañana a por los niños, ¿me podéis llevar a casa y mañana recojo mi coche? —pregunta Vania con una sonrisa.

—Claro que sí —le contesto mientras me despido de sus padres, que han sido un encanto con nosotros y nuestros hijos.

Los tres nos vamos camino a casa. Pasamos dejando a nuestro pequeño en casa de mis suegros. Steve entra y yo me quedo con Vania en el coche.

—Ahora venía recordando lo de la noche del cine —suelta Vania.

Yo me volteo para mirarla.

—Esa fue una experiencia alucinante —le respondo mordiéndome el labio.

—Sí que lo fue. Siento cosquillas solo de recordarlo —comenta ella mientras cruza las piernas.

En ese momento, llega Steve.

—¿Entonces, bellezas?, ¿qué nos depara esta noche? —pregunta con picardía.

—Le estaba diciendo a Raquel que lo del cine fue alucinante, que solo de acordarme me dan cosquillas en el estómago —le comenta Vania a Steve.

—Uy, no me lo recuerden, que soy capaz de empezar ahora mismo a tocarlas —responde Steve mirándonos a ambas por el retrovisor.

Yo solo me muerdo los labios al escucharlos y siento cómo me invade un cosquilleo en la entrepierna.

—Mejor vámonos a casa. Reservemos las energías para esta noche, que allí, en esa habitación, hay muchas cosas con las que disfrutar.

—Sí, tienes razón. Quiero sentir el mismo morbo que siento ahora. Tengo tanto deseo y ganas que no quiero dejar de sentir esta emoción —dice Steve conduciendo hacia casa de Vania.

—De todas formas, casi llegamos —comenta Vania resignada.

—Bueno, pero podemos quedar a las nueve. De esa manera, vamos a tomar unas copas antes, como dijimos. Iremos más entonados y desinhibidos —les sugiero.

—Me parece muy bien. —Steve está de acuerdo.

—De maravilla. A las nueve me recogen, pues. Buscaré un sitio guay donde tomar algo. —Se va bajando del coche—. Nos vemos luego, amores.

Ella sube a su casa y nosotros nos vamos a la nuestra. Siento tanto morbo al pensar en lo que sucederá esta noche… Steve no dice nada, está emocionado, se le nota en la cara.

—Qué rico todo, mi amor. No sabes el morbo tan increíble que siento ahora mismo. Solo de imaginarme a las dos en la cama a mi disposición me vuelvo loco. Mira —comenta cogiendo mi mano y poniéndosela en la polla. Está superdura. Se le nota por encima del pantalón.

—Eso venía pensando, que vaya morbo da todo esto. Sinceramente, estamos muy locos —le respondo sonriéndole.

—Me encanta tu locura, mi vida. Jamás imaginé todo el placer que me ibas a dar.

—Yo, mucho menos; cómo iba a imaginarme que algo así iba a suceder, jamás lo habría pensado. Pero me encanta todo. Esto, y lo que nos falta —le insinúo mirándolo. Me contempla y se muerde los labios.

—Me tienes loco, mi amor —vuelve a decirme.

Llegamos a casa y subimos a alistarnos para esta noche de locura. Steve se mete a la ducha primero. Yo me quedo organizando la ropa que me pondré. Saco una minifalda rosa fucsia y una camisa negra por encima del ombligo, sandalias de taconazos, negras, con hebilla en el tobillo. Menos mal que ya me lavé el pelo en casa de Vania y lo tengo casi seco.

Steve sale del baño y mira la ropa que hay en la cama, pero no dice nada, solo sonríe. Se acuesta en la cama a mirar el móvil mientras yo me meto a la ducha. Me depilo completamente y me pongo aceite al salir. Me encanta cómo huele este aceite y lo brillante que queda mi piel.

Salgo del baño y veo que Steve se quedó dormido. Pobre, está cansado de nadar y jugar con los niños. Intento no hacer ruido para que no se despierte y duerma un rato porque nos espera una noche muy movidita.

Yo me visto, me peino, me maquillo y él sigue durmiendo. Al ver que son casi las ocho, lo despierto. Ha dormido poco más de una hora.

—Amor, despierta, ya son casi las ocho —le susurro tocándole la cara.

Abre los ojos y me mira.

—Mi amor, estás hermosa, y muy sexi —comenta mirándome de arriba abajo.

—Gracias, mi amor —le respondo girándome por completo para que me mire.

—Voy a vestirme —anuncia levantándose de golpe de la cama.

—Vale, amor, yo voy bajando. Te espero en el salón.

—De acuerdo, mi vida, ahora bajo —le escucho decir mientras voy bajando las escaleras.

Voy a la cocina y me sirvo una copa de vino, le sirvo también una a Steve para cuando baje, me la tomo allí sentada en un taburete del desayunador mientras reviso mi móvil

Al poco rato, lo veo bajar ya vestido. Por momentos, siento envidia de lo rápido que se visten los hombres. Steve baja supersexi, con un vaquero ceñido al cuerpo que deja ver lo en forma que está; lleva una camisa de botones color blanca. Se ve tan hermoso y atractivo, tan varonil… Me lo comería entero ahora mismo. Lo contemplo embobada.

—Te serví una copa de vino —le comento intentando no pensar en las ganas de follarlo que me provoca verlo así de guapo.

—Gracias, mi amor —responde cogiéndola de mi mano y juntándola con la mía—. Por esta noche —brinda mirándome fijamente a los ojos.

—Por esta noche —le respondo mordiéndome el labio inferior.

Nos terminamos la copa de vino y salimos de casa. Camino a recoger a Vania. Veo que Steve

coge un maletín: el mismo que llevó el día que fuimos al hotel a fingir que yo era una chica de compañía.

Pongo los ojos en blanco y lo miro. Él se da cuenta de mi expresión.

—Esta noche pasarán cosas que jamás olvidaremos —me anuncia con mirada y sonrisa lujuriosa.

Yo le veo con sorpresa. Sus palabras hacen que me ponga aún más nerviosa de lo que ya estaba y siento cómo una corriente invade mi cuerpo por completo.

Llegamos a casa de Vania. Steve coge el móvil y abre el grupo de chat que tenemos los tres.

—Vania, ya estamos aquí, pero tenemos que subir a tu casa —escribe.

Yo leo el mensaje y lo miro.

—¿Debemos subir? —le pregunto.

—Ahora verás —anuncia cogiendo el maletín y saliendo de coche—. Vamos —me ordena.

—Claro, subid —dice Vania—. Es la puerta 9.

Tocamos el timbre. Por más que intento imaginar para qué estemos subiendo, no se me ocurre otra cosa: básicamente, ya no aguanta las ganas y nos quiere follar en casa de Vania. Llegamos a la tercera planta, donde queda el piso de Vania, y la puerta 9 está abierta.

Entramos y vemos un pasillo largo. Hay varias puertas y la primera está abierta. Nos asomamos allí y vemos el salón. Entramos y esperamos a Vania.

—Hola, amores —saluda apareciendo por la puerta.

Está guapísima, con un vestido color mostaza ceñido al cuerpo, con escote en V.

—He pensado una cosa —comenta Steve abriendo el maletín que ha puesto en el sofá.

Vania y yo lo observamos con curiosidad, a ver qué es lo que está haciendo. Saca del maletín los dos vibradores que llevábamos puestos el otro día, esos que se pueden controlar con mando a distancia.

—Veréis, el otro día me pusisteis a mil con la travesura de las bragas vibratorias y hoy quiero que os volváis a poner esto —explica mostrando los dos pequeños vibradores.

Vania y yo nos miramos y sonreímos.

—Por mí, genial —respondo.

—Por mí también —se suma Vania.

—Bueno, pues os las voy a poner como el otro día. Poneos en pompa allí, en el sofá.

Ambas hacemos lo que nos pide y veo cómo sube el vestido de Vania dejando su bonito trasero desnudo. Lleva un tanga blanco. Lo hace a un lado y, con un poco de lubricante, mete el vibrador en su coño.

Luego se pasa al mío y me sube la falda. Mis nalgas salen de golpe y él las acaricia. Hace a un lado mi tanga y me introduce el vibrador. Me levanto y me bajo la falda.

—Ahora sí, podemos irnos —anuncia Steve con sonrisa lujuriosa. Coge el maletín y mete en el bolsillo del pantalón los mandos de los vibradores.

Salimos de casa de Vania. En el ascensor nos besamos los tres y Steve acerca su mano a nuestro coño para tocar el vibrador, del cual apenas sale una colita a la altura del clítoris.

—Qué rico —susurra echándose para atrás cuando el ascensor baja del todo.

Nosotros nos reímos y caminamos delante de él. Empieza el juego. Steve coge los mandos y, cuando vamos a salir del portal, ambas sentimos la primera vibración. Las dos miramos hacia atrás y él está encantado.

Caminamos hacia el coche, que está justo enfrente del portal, en doble fila, y nos subimos.

—Ya sé dónde iremos. He buscado por internet bares bonitos y me salió uno de cócteles con

decoración hawaiana que está muy chulo. Se ve interesante.

—Pues vamos allí —le digo sentándome bien en la silla del copiloto. La vibración hace que me mueva de un sitio a otro.

Llegamos al sitio y menos mal que encontramos aparcamiento público, porque en esta zona de Juan Llorens es bastante complicado encontrar sitio para aparcar.

Salimos del aparcamiento y nos dirigimos al bar. Llegamos y la chica nos pregunta si tenemos reserva, a lo que respondemos que no. Nos pide que esperemos un momento.

Viene enseguida otra chica que nos dice esto es solo para las chicas y nos entrega un collar hawaiano. Nos dirige hacia una mesa con dos sofás pequeños. La mesa que está en medio queda a la altura de nuestras rodillas. La chica nos explica cómo se piden las bebidas o lo que queramos tomar y se va.

—Yo quiero una piña colada —pido sin mirar tanto la carta.

—Yo, un *mauna loa* —dice Vania.

—Me pediré un *chichi capapuca*, —indica Steve.

Steve presiona el botón que nos ha indicado la camarera y llega un camarero a tomar el pedido. Le decimos lo que queremos y se retira.

Vania y yo estamos sentadas en la misma silla, frente a Steve. Él saca los mandos y empieza a jugar de nuevo con nosotros. El sitio está genial y se presta a este tipo de juegos. Son como cabañitas pequeñas en las que se puede estar muy a gusto. Solo hace falta una cortina para que haya más privacidad, pero el sitio es realmente bonito, con una decoración exquisita, al estilo hawaiano.

Sentimos cómo los vibradores empiezan su función.

—Si sigues así, me corro —susurra Vania intentando disimular su excitación. Yo le cojo las piernas y la muevo de aquí para allá. Ella se queja y se retuerce del gusto de sentir el vibrador dentro.

—Me encantaría que os besarais ahora —sugiere Steve con lujuria.

Yo miro a nuestro alrededor y hay una pareja que está frente a nosotros, pero al inclinarme yo totalmente a la esquina de la pequeña cabañita donde estamos, no se ve nada.

—Hazte para acá —le pido a Vania haciéndole señas de que se incline hacia mi cara para darnos el beso que quiere Steve. Él no nos quita la mirada de encima y se muerde los labios cuando Vania se acerca a mí y nos besamos con deseo y pasión, suave y sexi.

Ella se separa de mí y miramos a Steve. Él nos guiña un ojo mientras se coge la polla por encima del pantalón.

En ese momento, llega el camarero con nuestros cócteles y nos los deja en la mesa. Vienen en copas muy llamativas y con pajitas de casi medio metro. No hace falta levantar la copa de la mesa para beber, solo hay que coger la pajita y listo.

Steve sigue jugando con los vibradores. Mientras va tomando sorbitos de su coctel, Vania se retuerce en la silla.

—Ya no puedo más —anuncia agarrando el sillón con ambas manos.

Steve aumenta la intensidad del juguete de Vania y ella esconde su cara en mi espalda. Aprieto su pierna y gime detrás de mí.

—Joder —suelta quejándose, pero no quiere dejar de sentirlo porque no le dice a Steve que pare. Me muerde el brazo derecho cuando siente que se está corriendo. Miro la cara de Steve al darse cuenta del orgasmo que ella está teniendo. Este se muerde los labios y me mira con deseo desenfrenado. Su mirada penetrante me atraviesa fijamente mientras jadea tocándose. Ella se tira

hacia atrás y se tapa la cara. Se muerde las manos y se agacha haciendo lo posible para que no se le note que se está corriendo, pero es inevitable darse cuenta. Su cara arde de calor. Está ruborizada después de correrse.

Empieza a reírse con una risa nerviosa e intentando recuperar la compostura.

—Madre mía, qué locura —expresa riéndose aún—. Esto es increíble. —Bebe de su copa.

—Sí que lo es. —Le aprieto las piernas.

—No os imagináis las inmensas ganas que tengo de follaros. Me estáis volviendo loco. El beso en público ya fue pasarme. Me he puesto más cachondo que nunca. El morbo que me causáis es impresionante.

—Cuando quieran, podemos irnos —les sugiero.

—Si por mí fuera, nos íbamos ya, pero debemos hacer un poco más de tiempo.

—Sí, eso es lo malo, que toca esperar aún. No sé cuánto tiempo más puedo aguantar así —responde llevándose la mano a la polla—. Mi amor, córrase usted también —me sugiere mirándome con morbo.

—Puedo intentarlo, pero no sé si podré, porque necesito más roce —les comento mirándolos con picardía.

Steve enciende mi vibrador y yo me empiezo a reír. Me ha puesto nerviosa. Cruzo las piernas como puedo y me dejo llevar por la sensación tan placentera del vibrador. Steve juega a subir y bajar los niveles sin aviso y yo solo puedo intentar disimular el increíble placer que siento. Le aprieto las piernas a Vania. Ella se ríe de mí al ver mi cara, pero Steve vuelve a encender su vibrador.

Ella pega un brinco y lo voltea a mirar con asombro. Me abraza y empieza a reírse de nuevo.

—Ya no parece tan gracioso, ¿verdad? —le comento riéndome.

—No. —Aprieta las piernas.

Steve solo nos observa sin decir nada.

—Pidamos otra —sugiere Steve. Vuelve a tocar el botón para llamar al camarero. Este llega enseguida y volvemos a pedir otra ronda de lo mismo. Cojo mi pajita y me bebo lo que queda de un solo sorbo. Vania hace lo mismo.

Al poco rato, llega el camarero, pero Steve no piensa dejarnos descansar. Aquel entra y nos deja las copas; nosotros solo podemos reírnos de la situación y de la excitación que esto nos está causando.

En ese juego nos tiramos un buen rato, pero, a pesar de todo el morbo que eso me provoca, no soy capaz de correrme, no sé si por vergüenza y porque necesito más roce. Steve hasta deja de beber su cóctel por estar viendo cómo nos retorcemos con las vibraciones en nuestro coño.

—Voy a dejarlas descansar —anuncia apagando los mandos—. Pero si veo que se apagan, vuelvo al juego, así que manténganse activas, que ahora mismo siento un morbo terrible y lo único que puedo imaginarme es tenerlas a las dos a cuatro patas en la cama —nos susurra en voz baja acercándose a nosotros.

Vania y yo nos sentimos aliviadas por un momento e intentamos hablar de otro tema.

—¿Y cómo van los negocios? Me contó Raquel que estás en un proyecto inmobiliario muy interesante —pregunta Vania a Steve.

—Sí, la verdad es que está muy bien, ya hemos valorado todo y creo que en un par de semanas firmamos la compra del terreno para empezar a construir.

—Vaya, eso sí que está excelente. Me da mucho gusto por vosotros. ¡Un brindis por eso! —Levanta su copa y la acerca a las nuestras.

Nosotros hacemos lo mismo y brindamos con ella.

—Siempre quise entrar en el negocio inmobiliario y he hecho algunas cosas, pero nunca había entrado en ningún proyecto como este. Es que, de un tiempo para acá, me siento muy bien, muy animado y con muchas ganas de hacer crecer mis negocios para vivir el estilo de vida que queremos vivir. —Me mira y sonríe.

—Que todo vaya muy bien.

—Gracias —respondemos a la vez. Steve mete sus manos en sus bolsillos y vuelve a encender nuestros vibradores. Las dos pegamos un saltito. Esta vez, ni yo me lo esperaba.

—Ahora sí, ya no pienso parar, así que más vale que os preparéis para todo lo que viene —nos avisa mirando el reloj y comprobando que son más de las doce—. Creo que nos iremos ya. Compraremos dos botellas de vino y nos las beberemos por el camino.

Nos terminamos las copas y nos dirigimos a pagar. Steve saca su tarjeta y se la entrega a la chica de la caja. Nos abraza a las dos y nos da un beso en la frente. La chica nos mira y sonríe. Le devuelve la tarjeta a Steve y le da las gracias.

Agradecemos la atención recibida y salimos del sitio. Caminamos delante de Steve y él sigue con el mando, pero, al caminar, no se siente mucho la vibración. Bajamos al parquin y pagamos.

La máquina de pago está justo enfrente de las escaleras. Cojo a ambos de las manos, los halo hacia una esquina de las escaleras, y los beso. Luego, nos besamos los tres y Steve aprovecha para meternos mano. Toca nuestros culos y luego aprieta el vibrador. Ambas gemimos. Beso el cuello de Vania mientras Steve la besa; después, Vania me besa a mí y Steve besa mi cuello.

—Vámonos, que estoy a punto de subirles el vestido y follármelas a las dos aquí mismo —afirma cogiéndose la polla y caminando hacia el coche.

Nosotras lo seguimos y nos subimos al coche cuando él sale de donde lo tiene, porque está demasiado pegado a los otros coches. Me subo a su lado y Vania, detrás de él.

Salimos del parquin rumbo al hotel, al cuarto del placer. Vania sirve un poco de vino en un vaso y nos lo pasa. Steve bebe primero, yo bebo después y se lo devuelvo.

—Se me ha ocurrido una cosa, pero no sé si deba hacerlo —comento.

—¿Qué cosa? —pregunta Steve.

—Se me ocurre que puedo pasarme detrás con Vania y podemos irnos provocando y tú nos observas a través del retrovisor, pero olvídenlo, es muy peligroso desviar la mirada de la carretera.

—Sí, es peligroso, aunque eso sería supermorboso —afirma Vania mordiéndose el labio—. Igualmente, ven aquí —me insinúa tocando el asiento de su lado.

—Ya me has puesto malo. Pásate, prometo no desviar por mucho tiempo la mirada, solo lo justo —me pide convenciéndome de que lo haga.

—Vale —le respondo pasándome detrás con Vania por en medio de los asientos delanteros. Me siento al lado de ella y vemos que Steve empieza a observarnos por el retrovisor. Lo mueve para que quede justo enfocándonos a nosotros.

Al ver que nos mira, nos entra mucho morbo y Vania se lanza sobre mí y empieza a besarme. Se sienta en el asiento de en medio y se abre de piernas, dejando su coño a la vista. Me besa con mucha pasión y yo empiezo a tocar su coño moviendo mi mano rápido sobre su clítoris. El vibrador sigue vibrando dentro de ella. Ella gime desesperada, y yo también.

Steve nos observa. Vania empieza a besar mi cuello y a gemir en mi oreja. Yo sigo moviendo mi mano en su clítoris. Ella gime más fuerte y yo gimo con ella mientras ella empieza a correrse

de forma tan desesperada que busca mi coño y empieza a mover su mano también en mi clítoris. Deja de tocarme y jadea.

—Qué morbo tan terrible. Tengo unas ganas inmensas, casi me corro en los pantalones solo de verlas. Lo rico que se han corrido…

—Solo se corrió Vania, yo aún no.

—Ahora tú —me dice volviendo a besarme.

Seguimos en la misma posición. Su coño sigue descubierto. Ella tiene un pie en cada asiento delantero, quedando totalmente abierta, lo que da libre acceso a su rico coño. Vuelvo a hacer lo mismo de antes y, esta vez, ella empieza a tocarme a mí en el mismo instante en el que me empieza a besar.

Me masturba de la misma forma que lo hago yo, cada vez con más rapidez. Ambas empezamos a gemir desesperadas por llegar a ese orgasmo que nuestro cuerpo nos está pidiendo a medida que avanzan nuestros movimientos. Entre eso y el vibrador dentro de nuestros coños, estamos chorreando de la excitación. Los fluidos salen a través de nuestros tangas abriéndose paso por el vibrador. Estamos empapadas de deseo.

Mientras nos seguimos besando, nuestras manos hacen su trabajo en la zona caliente. Empiezo a besar el cuello de Vania y ella gime cada vez más fuerte.

—Griten, que nadie las va a escuchar —ordena Steve con voz entrecortada por el inmenso deseo que siente.

Yo meto mi lengua en la oreja de Vania. Ella intenta separarse de mi boca, pero no la dejo. Se entrega por completo a otro orgasmo.

—¡Sí…! —le grito en el oído. Ella gime cada vez más fuerte y mueve su mano en mi coño. La excitación de ella me hace excitarme aún más si cabe y hago más presión con mi mano por encima de la de ella en mi coño. Ella entiende el mensaje y me masturba más rápido. Gimo en su oreja y ella se queja conmigo mientras yo me corro. Sigo tocando su coño, hago presión y ambas disfrutamos de ese orgasmo tan alucinante. Para mí, el primero de la noche.

No nos soltamos hasta que sentimos que el orgasmo ha terminado por completo. Yo me echo a un lado. Steve está flipando, conduciendo no sé ni cómo. Las dos jadeamos mientras Steve nos pasa el vaso con vino para refrescarnos después de lo vivido.

Vania sigue con sus pies puestos en el respaldo de ambos asientos delanteros. Su coño aún sigue al aire.

—Estoy alucinando. Qué corridas tan ricas y excitantes he tenido. Realmente, este juguete me ha gustado —afirma Vania tocando su coño. Baja sus piernas y se recompone.

—Ya estamos llegando —anuncia Steve girando a la derecha. Vemos un rótulo luminoso en el que pone el nombre del motel. Nos acercamos a la barrera donde está la máquina para confirmar la reserva.

Steve mete mis datos y sale la habitación reservada. Se abre la barrera y entramos. Giramos con el coche dentro y vemos la puerta de un garaje abierta.

—Es allí —afirma Steve metiendo el coche dentro. Yo me bajo del coche, toco el botón de cerrar la puerta y esta se cierra al instante.

Vania se baja también y ambas nos dirigimos a la puerta de entrada a la habitación. Abrimos y vemos unas escaleras. Empezamos a subir y abro con la tarjeta que nos han dado en la entrada. Steve viene detrás de nosotras con el maletín en la mano. Nosotras aún llevamos el vibrador metido en el coño.

La habitación es muy amplia. La cama es bastante grande. Está justo en mitad de la habitación.

Detrás del respaldo hay un columpio colgado del techo. Detrás de este hay una especie de taburete cuadrado con argollas a los lados. Puedo imaginar para qué es. Enfrente de esto hay un espejo que cubre casi toda la pared para mirarse mientras te están dando duro. Hay espejos por todos lados, incluso en el techo. En las paredes hay también imágenes muy sensuales de chicas hermosas atadas y con mordazas. Eso le da un toque más sado a la habitación.

Hay también un sofá tantra y un *jacuzzi*. Está muy bien, la verdad. Me siento en la cama y Vania se me echa encima para besarme. Abre sus piernas sobre mí y me abraza por el cuello. Steve se lanza detrás de ella y los juguetes empiezan a vibrar de nuevo.

Ambas nos estremecemos. Steve la hala hacia él y ella se para. Él le echa hacia un lado el pelo y ella se tira hacia atrás dejándose llevar por los besos en el cuello que le da Steve. Le subo el vestido dejando su culo al aire y Steve aprovecha para tocárselo.

Meto mis manos por su escote, le saco las tetas y empiezo a chupárselas. Ella gime de excitación. Muerdo suavemente sus pezones y ella coge mi cara y la aprieta sobre sus tetas. Luego, sube una mano por detrás de la cabeza de Steve y lo presiona en su cuello.

Saco mis manos por detrás de Vania, desabrocho el pantalón de Steve y cojo su polla superdura y mojada. También está chorreando de tanta excitación. Con la otra mano, hago a un lado el tanga de Vania y saco el vibrador de su coño. Cojo la polla de Steve y se la pongo en el coño. Él empuja con fuerza y ella queda echada encima de mí. Él deja de besarla por detrás y coge sus caderas poniéndola en cuatro. Ella me empuja a la cama y yo me acuesto para que puedan follar a gusto. Ella mete su mano en mi coño y empieza a hacer presión en mi clítoris nuevamente.

Observo la cara lujuriosa de Steve mientras se folla a Vania y eso me pone supercachonda. Vania sigue moviendo con fuerza su mano en mi clítoris y yo me retuerzo al ver lo excitados que ambos están. Vania tiene cara de querer correrse dentro de poco y grita como loca. Gime y se queja de las embestidas cada vez más fuertes que le da Steve.

Con una mano apretando mi coño y con la otra cogiéndose con fuerza de la sábana, Vania grita al correrse de nuevo. Sigue moviendo su mano a medida que aumenta su orgasmo. Steve se mueve más rápido al sentir que Vania se está corriendo y yo siento que estoy a punto de correrme de nuevo. Veo la cara de Steve y gimo fuerte. Me quejo como a él le gusta. Grito fuerte y Vania hace lo mismo.

Steve reduce la velocidad dejando que disfrutemos al máximo el orgasmo. Nos retorcemos las dos, ella encima de mí, y yo subo mis piernas y la aprieto por la cintura. Ella sigue moviendo su mano y la quita al sentir que dejo de quejarme. STEVE saca su polla del coño de Vania y ella se deja caer a mi lado.

—¿Por qué no te corres, mi amor? —le pregunto mirando cómo se coge la polla. Se hace a un lado y camina hasta la mesa, donde está el vino, y toma un sorbo bastante grande del vaso.

—No quiero correrme aún. El inmenso morbo que siento ahora no lo sentiré después de correrme, así que quiero disfrutar esta sensación al máximo. Solo tengo que dejar que se me pasen un poco las ganas —dice quedándose parado unos instantes lejos de nosotras.

Vania y yo nos quitamos la ropa. Me saco el vibrador de la vagina y cojo de la mano a Vania para dirigirla a un taburete en forma de montura de caballo, que es para follar en cuatro. Acuesto a Vania bocabajo, quedando a cuatro. En la parte baja de ese taburete tiene dos anillas donde puede meter las manos para agarrarse. Ella mete sus manos ahí.

Steve se nos acerca.

—Qué morbo me causa todo esto —afirma acariciando su polla. Se acerca al trasero de Vania y la embiste con fuerza. Hay un espejo enfrente donde se ve todo el panorama. Es muy excitante

ver la escena. Vania gime y grita de placer. Steve la folla rápido y fuerte. Le da nalgadas con la palma de la mano, a lo que ella gime con más fuerza. Me acerco a su cuello y le doy pequeños mordiscos. Siento cómo se le eriza la piel. Ella grita tan fuerte como le es posible, por lo que intuyo que está a punto de llegar al clímax. Steve se la folla con más fuerza y es inevitable el orgasmo, que aflora desde lo más profundo de su ser.

Steve se separa de ella.

—Ahora tú —me ordena señalando el taburete. Vania se quita de allí aún jadeando por la excitación y yo me pongo igual que ella. Siento cómo Steve me embiste con fuerza. Lo escucho gemir y observo por el espejo la cara superexcitada que tiene. Abre la boca y se queja. Vania está detrás de él tocando su torso. Mientras, le da mordiscos en los brazos y espalda. Me excito demasiado al observar la escena en el espejo. Empiezo a gritar como loca al sentir cómo mi vientre se contrae al notar los espasmos del intenso orgasmo que estoy viviendo.

Steve se separa jadeando del cansancio y se dirige adonde se encuentra el columpio. Se queda mirando y nos llama.

—Vamos allí. —Señala el columpio—. ¿Quién empieza? —pregunta. Empujo a Vania para que sea ella la primera en probar el columpio.

Ella se sube sin decir nada y Steve se acerca. La coge de las piernas y la penetra. Ella gime. Me pongo detrás de Vania. Empiezo a besarle las orejas y el cuello. Sigue gimiendo. Steve se la folla rápido y duro. Al estar yo detrás de ella, la empujo más hacia él. Le cojo los pechos y se los estrujo mientras meto mi lengua en sus orejas. Ella se queja y gime. Es evidente el placer que siente. Steve está cada vez más cachondo y la embiste con más fuerza. Ella sigue quejándose y yo sigo besándola. Ver la cara de ambos me excita demasiado.

Steve le agarra las piernas y las muerde por las pantorrillas. Ella gime con más fuerza.

—¡Me corro! —grita Vania dejándose llevar por el rico orgasmo que está llegando. Jadea y echa su cabeza hacia atrás. La beso. Steve sale de ella y me mira.

—Sube tú —me ordena.

Yo hago lo que me dice y me subo en la misma posición de Vania. Coge mis piernas y las pone en sus hombros. Siento cómo me penetra con mucha facilidad y fuerza. Él gime y yo también al sentir su polla dentro de mí. Lo miro con deseo y él solo puede morderse el labio y morder mis piernas. Besa mis pies y hace gestos ricos de excitación.

Vania está detrás de mí besándome el cuello y la espalda. Recorre toda mi espalda con su lengua y mi piel se estremece al sentir el inmenso deseo de estar así. Siento cómo el fuego invade mi cuerpo y se concentra en mi coño. Me quejo y grito avisando de que estoy a punto de correrme de nuevo. Necesitaba sentirlo dentro. Gimo tan fuerte como me es posible y Steve acelera sus movimientos. Me muevo junto con él y grita en el mismo instante que yo. Noto cómo se corre dentro de mí. Grita desesperado mientras sigue follándome con fuerza hasta que se queda totalmente satisfecho y se desploma a mi lado.

Sale de mí, se va hacia la cama y se tumba. Vania y yo nos vamos detrás de él.

—Pondré el yacusi. —Me levanto y abro el agua para que se empiece a llenar. Me vuelvo a la cama y me acuesto en las piernas de Steve. Vania se acuesta en las mías. Así, formamos un triángulo perfecto.

—Ya no podía más, me teníais totalmente desesperado. —Nos mira y se ríe—. Vosotras estáis locas también. Lo del coche ha sido una pasada: verlas allí a las dos besándose y masturbándose, era demasiado en ese momento. Casi me corro mientras me tocaba solo con verlas. El deseo de ese momento es indescriptible.

—Ha sido una verdadera locura, y, además, peligrosa —añado riéndome.

—Vaya que sí —confirma Vania.

Me levanto a ver si ya se ha llenado el yacusi y sí, ya está el nivel del agua justo para meternos los tres.

—¡Veníos, ya está listo! —les grito mientras voy poniendo un botecito del gel en el agua.

Ambos llegan enseguida y nos metemos. El agua está calentita. Estamos cada uno en una esquina. Nuestros pies se tocan en medio mientras las burbujas y la espuma no nos dejan mirar hacia abajo. Empiezo a jugar con los pies de ambos y ellos hacen lo mismo. Subo mis pies hacia la polla de Steve y lo miro con picardía.

Vania se viene hacia mi esquina y empieza a besarme. Steve nos observa desde su sitio. Nos ponemos de rodillas frente a él para darle acceso a nuestras nalgas.

Empieza a tocarnos y a meternos mano por todo el cuerpo. Sube hasta las tetas y baja hasta nuestros culos. Nos acercamos a su cara y le ponemos en la boca una teta de cada una. Él coge ambas y se las mete en la boca. Nosotras gemimos mientras seguimos besándonos.

Meto mi mano en la vagina de Vania y ella hace lo mismo con la mía. A pesar de que estamos mojadas con el agua, estamos bien mojadas por la excitación, podemos sentirlo. Nos masturbamos un rato así mientras Steve sigue chupando nuestra teta y metiendo la mano en nuestras nalgas. Las aprieta y nos da palmadas. Suena superduro porque tenemos la piel mojada. Nosotras gemimos de placer al sentir el golpe en las nalgas.

Yo bajo mi mano y toco su polla dura de nuevo. Las dos nos agachamos a su lado y lo besamos. El beso de tres encaja nuestras bocas en un beso ardiente en todas direcciones. Se siente el evidente deseo que nos envuelve a los tres. Nos besamos tan apasionadamente como nos es posible. Steve me besa a mí. Luego, a Vania. Luego, nosotras dos. Luego, los tres. Él mete sus manos por debajo del agua hasta llegar a nuestro coño, húmedo por la excitación.

Gime al sentir lo mojaditas que estamos y nos lo dice. Nos masturba con fuerza y se escucha el movimiento del agua en nuestra vagina. Mientras él tiene ambas manos ocupadas en nuestros coños, nosotras le metemos la lengua en la oreja las dos a la vez. Él se estremece e intenta evitarlo, pero no lo dejamos. Su piel se eriza por completo y gime. Con una mano cada una cogemos su pene por debajo del agua y lo masturbamos con mucha rapidez. Él no deja de gemir. Nos sigue masturbando con su mano. Nosotras continuamos metiendo nuestra lengua en su oreja y seguimos agarrando su polla por un buen rato, hasta que él decide parar.

—Si continuáis así, me voy a correr —confiesa separándose de nosotras y haciéndose a un lado —. Dadme un minuto.

Vania y yo sonreímos.

—¿Salimos del agua? —les sugiero.

—Vale —dicen ambos a la vez cogiendo una toalla.

Ya en la cama de nuevo los tres, Steve ya está un poco más relajado.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunto a Steve.

Coge el maletín que ha traído y lo lleva a la cama. Saca unas cuerdas, un antifaz y una pluma. Saca, además, unos geles de masaje erótico y también lubricante. Por último, saca varios juguetes eróticos, el succionador de clítoris, el dilatador anal, uno en forma de lengua, el que yo llamo micrófono y un vibrador en forma de pene.

—Quiero atarlas. Primero a una y la otra después. Te toca, Vania —dice dirigiendo una mirada hacia ella—. Tú y yo la acariciamos, la besamos, la excitamos y hacemos cosas con ella, hasta donde ella quiera llegar. Vamos haciendo de todo un poco y haremos todo aquello que ella nos

permita. Cuando diga que algo no le gusta, pararemos sin más, y después Vania y yo lo haremos contigo.

Vania y yo nos miramos y sonreímos, pero nos parece buena idea.

—¿Cómo quieres que me ponga? —le pregunta Vania a Steve.

—Ponte acostada bocabajo. Abre las manos y las piernas formando una X —dice Steve.

Ella hace lo que él le pide y él empieza a atarle las manos con las cuerdas y también los pies. Yo solo lo observo. Tampoco me pide ayuda. Después de atarla, lleva las cuerdas hasta las patas de la cama y la ata. Menos mal que las cuerdas son largas y llegan perfectamente.

Una vez atada, me llama a su lado. Nos colocamos cada uno a un lado de Vania. Él está a su derecha y yo, a su izquierda. Coge el gel de masaje y me da a mí la pluma. Empiezo a recorrer su cuerpo con la pluma, desde sus pies hasta sus caderas. Veo cómo se le eriza la piel. Poco a poco, voy subiendo hasta su espalda. Allí hago movimientos circulares con la pluma. Steve empieza echando gel en sus nalgas mientras yo le sigo acariciando la espalda y el cuello con la pluma. Ella gime y se retuerce.

Steve empieza a masajear sus nalgas, Las aprieta con ambas manos. Tiene abiertas las nalgas de Vania y le pasa la lengua por el culo. Sube con la lengua de arriba abajo y de abajo arriba en varias repeticiones. Vania se tensa al sentir las caricias. Hace fuerza con sus manos e intenta darse la vuelta, pero no puede. No se queja, solo se está dejando llevar por el momento. Me inclino hacia su cara, quedando de lado. Ella me mira con lujuria. Los masajes de Steve la están elevando al cielo. Se le puede notar la excitación en su cara, en sus ojos, en su boca; toda ella es pura excitación. Lo grita con su cuerpo.

Steve le levanta un poco el trasero y hace que se ponga un poco en pompa. Ella obedece y levanta su culo dando vía libre a los masajes de Steve. Él vuelve a echar gel en sus nalgas y sigue masajeando. Esta vez, mete la mano por debajo de su cuerpo, llegando a su clítoris. Veo cómo mueve sus manos de arriba abajo sobre la vagina de Vania, haciendo masajes en su clítoris, llegando al culo. Él se agacha a la altura del culo y empieza a chuparle las nalgas. Le mete la lengua en el culo y se baja hasta llegar a su clítoris. Se lo chupa y ella gime, y pide más. Sí, le gusta lo que le estamos haciendo. Steve sigue con su juego de chupar toda la zona excitada de Vania y yo me acerco a su oreja, meto mi lengua y ella hala con fuerza las cuerdas. Empieza a mover su cuerpo con fuerza sobre la cara de Steve.

Yo le giro la cabeza y le meto la lengua en la otra oreja. Ella grita: parece que está a punto de llegar al clímax. Gira su cabeza hacia mi lado y me busca la boca para besarme. La beso y le meto la pluma en la oreja. Gime cada vez con más fuerza. Steve la escucha y sigue con los movimientos. Lo que le está haciendo le encanta. Veo que Steve, con ambas manos, coge sus nalgas y le mete la lengua de arriba abajo. Vania empieza a gritar que se corre y Steve sigue a lo suyo mientras ella arquea todo su cuerpo. La beso con más fuerza. Mientras, la pluma sigue en su oreja y la boca de Steve, en su coño. Ella se estremece, se contrae, se enloquece en un intenso orgasmo, lleno de tanto placer como es posible. Grita desesperada y sus gritos me excitan demasiado. Me toco y estoy chorreando. Ver cómo se ha corrido y observar a mi marido desatado chupando su coño me ha puesto loca de deseo.

Ella se deja caer. Steve se levanta y le da una nalgada fuerte.

—Qué rico, así me gusta, que te corras —le dice abriéndole un poco las piernas. Levanta otra vez su culo y le mete la polla de golpe. Ella gime y se queja. Él la embiste como una bestia apasionada. Su boca y sus ojos muestran la enorme excitación que siente al follarse a Vania. Yo

sigo besándola mientras Steve se la folla con fuerza. Ella sigue gimiendo, como si estuviese a punto de correrse otra vez. Steve sale de ella y la deja caer en la cama de nuevo.

—Casi me corro de nuevo —dice entre sollozos.

—Lo sé, pero no quiero que te corras con mi polla, aún no. Quiero hacer que te corras de muchas maneras, y esa será la última —dice con ojos lujuriosos.

Él coge el dilatador anal y se lo enseña.

—Meteré esto en tu culo mientras te hacemos muchas cosas. Sé que estás excitada. Te pido que te relajes. Pondré mucho lubricante y no te dolerá. Relájate, por favor —le pide mirándola a los ojos.

Ella le mira entre asustada y excitada, pero acepta.

Él se baja de nuevo hasta sus nalgas, embadurna el dilatador con mucho lubricante y levanta de nuevo su culo. Ella se pone en pompa y él le acerca el dilatador poco a poco al culo. Lo va introduciendo muy despacio, poco a poco, hasta meterlo por completo.

—Listo, ya lo tienes dentro. ¿A que no lo has sentido? —le comenta a Vania.

—La verdad es que no mucho, no ha sido raro, me gusta la sensación que siento —le contesta ella y se ríe.

Steve me extiende su mano con el succionador de clítoris y yo se lo cojo.

—Tú ponle esto en el clítoris —me ordena mientras él se va acercando a su cara. Hago lo que me dice y le levanto un poco las nalgas. Las cuerdas ceden para que ella pueda incluso ponerse a cuatro patas. Steve se pone de rodillas frente a su cara y le levanta la cabeza. Él se sienta sobre sus talones y se mete por debajo de los brazos atados de Vania. La coge del pelo y hace que su cabeza quede de frente a su polla.

—Abre la boca —le ordena, a lo que ella hace caso.

Mete su polla en la boca de Vania y se la folla. La mete y la saca y ella hace intentos de vomitar. Las arcadas se le escuchan, pero eso la excita. Puedo sentir y tocar su coño. Cada vez que él hace eso, se moja más. El succionador le chupa el clítoris y ella se excita demasiado. Con la mano que me queda libre meto mis dedos en su coño supermojado y la masturbo. Ver que tiene el dilatador anal, mis dedos en su coño y el succionador en el clítoris me pone a mil, estoy superexcitada. Deseo que Steve venga en este momento y me folle duro, pero él está concentrado ahora en la boca de Vania.

Cada vez que Steve saca la polla de la boca de Vania, ella grita y gime. Es tan rico escucharla quejándose. Eso me excita aún más. Gimo a la par que ella, haciendo que mis gemidos la exciten más. Ella se mueve como puede al compás de la polla de Steve en su boca y con mis dedos en su coño. Además, el succionador en el clítoris la hace gritar y gemir. Steve le mete lo más profundo que puede la polla y ella casi vomita. Él se la saca, la coge por el pelo y empieza a besarla. Ella se estremece cada vez más hasta sentir que su cuerpo está llegando otra vez al tan ansiado orgasmo. Sigo moviendo mi mano dentro de ella y hago presión en el clítoris con el succionador. Siento cómo su orgasmo aprieta mi mano por las contracciones. Al sentir que ya ha acabado de correrse, quito el succionador y saco mis dedos de su coño. Están empapados de sus fluidos.

Ella se deja caer en la cama jadeando y gimiendo.

—Madre mía, estoy flipando. Qué rico todo. Estoy loca de deseo —dice hundiendo su cara en la cama para quitarse los cabellos de la cara.

—Y lo que te falta aún. Esto apenas está empezando —le responde. Ella pone los ojos en blanco.

Steve mete su mano en mi coño.

—Qué rico, mi amor —me comenta—. Me encanta que te mojes así, pero aún no puedo follarte. Vamos a acabar con Vania y luego vamos contigo. Quiero que ambas disfrutéis de lo mismo.

Yo hago pucheros en plan niña regañada, pero me río. Él coge una fusta y se pone de rodilla detrás de Vania, en medio de sus piernas.

—Quiero que te pongas abierta de piernas en la cara de Vania. Quiero que ella te chupe el coño —me dice Steve mirándome a los ojos.

Pongo los ojos en blanco. Estoy tan excitada que me correré en cuanto ella ponga su boca sobre mí. No puede tocarme más que con su boca. Obedezco y me pongo abierta de piernas sobre los brazos de Vania. Ella me mira y se muerde los labios. Me acerco para quedar a la altura exacta de su boca.

—Aún no —le replica Steve dándole una nalgada. Ella gime. Él tira hacia arriba de sus caderas —. Ponte a cuatro patas —le ordena. Obedece enseguida. Ella me observa a mí y yo lo observo a él.

Él empieza a acariciar sus nalgas aún mojadas con el lubricante y toca el dilatador anal que todavía lleva Vania. Coge la fusta y empieza a pegarle en las nalgas. Vania gime y se sonroja; gime de placer; le gusta lo que está sintiendo.

—Qué rico —dice con gemidos, a lo que Steve responde dándole cada vez con un poco más de fuerza. Con la mano que le queda libre acaricia su clítoris. Ella sigue gimiendo. Mete sus dedos dentro del coño de Vania y ella se inclina hacia mí. Pone sus codos en la cama y poco a poco se me acerca.

—Ahora sí. Cómele el coño a Raquel.

Ella empieza a chuparme el clítoris. Me estremezco y tiro mi cabeza hacia atrás. Le aprieto con las piernas la cara y le doy acceso total a mi coño empapado.

Steve sigue en el juego de pegarle y, con cada latigazo de la fusta, ella se desespera por chupar mi coño. Está muy excitada. En ese momento, Steve se pone de rodillas detrás de ella. Veo que está poniendo un preservativo y mucho lubricante en su polla +. Deja la fusta a un lado y compruebo que saca el dilatador del culo de Vania. Ella gime y veo que aprieta los ojos. Me doy cuenta de cómo él va acercándole la polla al culo. La coge con ambas manos por las caderas.

—No te muevas —le ordena—. Voy a entrar en tu culo poco a poco y despacio.

Ella se queda quieta, sin mover un dedo. Tiene su cara en mi coño, pero no se mueve. Observo la cara lujuriosa de Steve cuando va metiendo su polla dentro de Vania. Se retuerce un poco y él la tira hacia sí. Se acerca poco a poco el culo y Vania queda cada vez un poco más en pompa. Abre las nalgas de Vania dejando su culo libre para su polla. La va introduciendo poco a poco, despacio. Va haciendo fuerza. Ella gime, pero no se queja. No hace ni el intento de separarse, cuando va entrando más, él empieza a masturbar su clítoris. Ella se queja de placer, gime y se estremece. Jadea como loca sobre mi coño. Siento su respiración cada vez más acelerada.

Steve sigue moviendo su mano debajo de ella a la vez que sigue introduciendo su polla en el culo de Vania. Ella gime hasta que Steve se queda rígido detrás de ella.

—Ya está toda dentro —anuncia—. No te muevas. Estaré así un minuto y empezaré a moverme poco a poco, y si quieres que pare, pararé —le comenta dándole una nalgadita.

Ella asiente con la cabeza. Él vuelve a meter su mano por debajo de ella hasta su clítoris y lo masajea. Ella gime y se incorpora un poco, quedando otra vez dispuesta a chupar mi coño. Steve coge la fusta y empieza a pegarle en las nalgas a Vania. Ella gime y empieza a chuparme con mucho más deseo que antes. Mete su lengua en mi vagina y chupa mi clítoris con mucha fuerza.

Yo solo puedo gemir. Entre lo que ella me está haciendo y ver la cara de Steve, siento que estoy a punto de correrme. Casi no puedo aguantar, pero decido controlar un poco y pensar en otra cosa. No me quiero correr todavía, quiero correrme junto con Vania esta vez.

Veo cómo Steve empieza a moverse cada vez más rápido dentro del culo de Vania. Ella grita en mi coño, pero no pide que pare. Él coge el vibrador en forma de pene. Lo enciende, lo pone a vibrar y se lo introduce en el coño a Vania. Ella gime y grita como loca de placer. Él la embiste cada vez con más fuerza. Le deja el vibrador metido en el coño mientras se folla su culo. No necesita detenerlo. Cuando mete y saca su polla del culo de Vania, mete y saca también el vibrador. Le pega nalgadas y ella gime. Steve coge, además, el succionador y lo mete por debajo del cuerpo de Vania, llegando a su clítoris. Vania grita desesperada:

—¡Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí! ¡Me corro! —grita.

Empieza a chuparme el coño desesperada buscando un orgasmo. Yo estoy a punto al escucharla quejarse de esa manera. Pensar en el inmenso placer que debe estar sintiendo en tres partes me vuelve loca.

Steve se la folla con más fuerza y rapidez y ella grita sobre mi coño. Cojo su cabeza y me muevo hasta encontrar mi orgasmo. Me muevo a mi antojo en su boca mientras ella grita desesperada por su intensa corrida. Siento que me corro en su boca. Hago presión con mi coño y ella chupa y hasta muerde mis labios. Me separo de ella, eso no me lo esperaba

Steve sigue follándola con fuerza en su culo. Ella sigue gimiendo. Agarro el succionador de la mano de Steve y él se centra en follarla. Coge el ritmo y se mueve acelerado. Le folla el culo con cara lujuriosa. Sigo con el succionador en el clítoris de Vania. Escuchamos cómo Vania empieza a gritar de excitación de nuevo. Está desatada. Se está corriendo de nuevo. Al sentir eso, Steve acelera sus movimientos cogiendo sus caderas con ambas manos y le mete la polla hasta el fondo. Meto mi mano por debajo de Vania y me detengo dentro de ella, sin dejar que se mueva el vibrador, que está en su coño. Steve se mueve con más confianza. Vania empieza a gritar que se corre y se deja llevar por los movimientos de Steve. Mientras, el succionador y el vibrador hacen su trabajo en otras zonas. Al escuchar los gritos de Vania, Steve se la folla con fuerza y con rapidez. Ella jadea desesperada al sentir cómo otro delicioso y prolongado orgasmo estremece todo su cuerpo.

Saco el vibrador de su coño y quito el succionador de su clítoris. Steve suelta a Vania y se baja de la cama. Jadeando, se dirige al baño. Vania se queda extasiada en la cama, cansada y satisfecha. Pongo mi cabeza en la espalda de ella sin decir nada, solo escuchando su cansada respiración. Yo aún estoy superexcitada y espero a que Steve regrese. No sé qué pensará hacer, aún no se ha corrido, pero se le nota la excitación y no sé cuánto tiempo más podrá aguantar con este ritmo, porque el deseo se sale por los poros de la piel. La pasión desbordada que estamos sintiendo no nos dejará aguantar mucho más. Escuchar los gritos de placer de Vania me ha excitado demasiado. Deseo que me folle ahora mismo.

—Me habéis vuelto loca. Jamás me imaginé vivir algo así —comenta Vania con un hilo de voz, aún jadeando por el cansancio.

—Tampoco yo, si te soy sincera. Es tan excitante todo lo que ha ocurrido… Yo estoy muy caliente. Me encanta verlo follarte. Ella se ríe

—Ha sido increíble. ¿Podrías desatarme? —me pide girándose apenas. No puede hacerlo del todo.

—Es verdad, sí, disculpa —le respondo cogiendo sus manos y desatándola por completo. Puedo imaginar que Steve ya ha terminado con ella.

Veo que tiene marcas en la piel de las muñecas de las manos y los pies por la fuerza que ha hecho durante a esta atada. Ella se mira, se toca las manos y sonríe.

En ese momento, Steve regresa del baño. Está un poco más calmado, y se puede decir que tranquilo.

—Qué rico, chicas. Me tenéis alucinado con todo lo que hemos hecho esta noche. Ahora le toca a Raquel —comenta mirándome con lujuria y mordiéndose los labios mientras se toca la polla. Se acerca a la cama y coge las cuerdas que le he quitado a Vania—. Ahora tú. Acuéstate bocarriba, abre las piernas y extiende los brazos.

Hago lo que me pide. Vania se queda a un lado observando cómo él me ata las manos y los pies. Tal y como estaba ella, solo que yo quedo bocarriba. Una vez me ata, coge el antifaz, se lo da a Vania y hace señal de que me lo coloque en los ojos. Ella me levanta un poco la cabeza y me lo coloca. Quedo en forma de X también, con cada pie y mano en una esquina de la cama. Aún llevo mi tanga puesto.

No sé lo que están haciendo, solo siento cómo Steve acerca a mi clítoris un vibrador, el que creo que es en forma de micrófono, porque abarca toda la zona. Me estremezco un poco y continúa masturbándome con el vibrador. Gimo de placer. Estoy muy propensa a correrme. La excitación es demasiada. Siento que está a punto de salir por cada poro de mi piel. Noto, además, que Vania mete su lengua en mis orejas, lo que hace que me estremezca aún más. Compruebo que estoy a punto de estallar cuando Steve para, quita el vibrador de mi clítoris y, por un momento, siento rabia porque estaba muy cerca.

Siento cómo me mete los brazos por debajo del culo y me tira de las caderas hacia arriba. Su boca se acerca a mi coño húmedo. Saborea mis fluidos y gime. Habla de lo rico que es todo, de lo excitado que está, de lo mucho que le encanta cómo nos mojamos. Empieza a pasar su lengua en forma de círculos por mi clítoris y la sensación no tarda en volver a aparecer. La lengua de Vania, esta vez, jugueteando con mis tetas, muerde suavemente mis pezones. Eso me enloquece. Gimo de excitación, de deseo. Steve escucha mis gemidos y hunde totalmente su boca en mi vagina. Noto que su lengua se introduce lo más profundo que le es posible. Mientas, su nariz hace presión en mi clítoris. Siento que pierdo el control y me muevo como loca, dando a entender que estoy a punto de correrme. Continúa chupándome así cuando siento que mi cuerpo se libera en un excitante y caluroso orgasmo. No podía aguantar más. Steve sigue chupando y Vania continúa mordiendo mis pezones, haciendo aún más intensa mi corrida.

Steve me deja caer a la cama y siento que se levanta.

—Quiero follar y chupar coño a la vez —afirma Steve—. Ya que Raquel está atada, te diré cómo quiero que te pongas —le comenta a Vania. Se acerca a mí y me quita el antifaz—. Esto vas a tener que verlo. —Me lanza un guiño.

Él se coloca en medio de mis piernas, de rodillas, y me penetra con fuerza en la posición del misionero. Me folla rápido, con fuerza. Yo deseo enrollarlo con las piernas alrededor de la cintura, como casi siempre hago, pero ahora eso me es imposible. Hago fuerza con mis manos. Soy consciente de que me quedarán marcas, al igual que a Vania, pero ahora mismo es lo que menos me importa.

Para un momento y llama a Vania.

—Ponte aquí, a mi lado —le ordena en la misma posición que yo—. Ahora quiero que te acuestes encima de Raquel, que pongas tus rodillas en mis hombros y que beses a Raquel mientras yo me la follo a la vez que te como el coño. —Lo miro sorprendida, deseando ver esa posición.

Vania hace lo que le dice. Se acuesta encima de mí, aprovecha y me besa. Ella sube sus piernas a los hombros de Steve. Él la ayuda a colocarse de tal modo que su coño quede en su boca. En el espejo del techo puedo verlo a la perfección. Cielos, qué posición más rara, pero, a la vez, tan excitante.

Vania dobla las rodillas. Los pies casi le llegan al culo. Steve tiene el coño de Vania en la boca y lo chupa con deseo; a la vez, Vania tiene las manos a los lados de mi cabeza y me besa apasionadamente. Steve me folla. Dobla las rodillas dejando las nalgas en los talones y me embiste con fuerza. Cada embestida que me da empuja a Vania hacia adelante, chupándole el chocho. Vania gime mientras me sigue besando. Steve acelera sus movimientos lo más rápido que le es posible.

En ese momento, baja a Vania. La posición es bastante incómoda a la vez que excitante.

—No puedo más, quiero correrme ya, pero quiero tenerte a cuatro patas —me confiesa desatándome.

Me pongo a cuatro patas. Dejo caer mi torso en la cama y pongo mi culo en pompa.

—No, así no —niega él—. Vania, colócate bocarriba con la cabeza aquí, en mis piernas —indica tocándose la pierna derecha. Ella hace lo que le dice. Casi tiene sus testículos en la cabeza de Vania—. Ahora tú pon tu coño en la boca de Vania a la vez que el coño de Vania queda en tu boca —me ordena—. Tú le comes el coño a ella, ella te lo come a ti a la vez que yo te follo dice Steve.

Pongo mis nalgas en la polla de Steve, quedando mi clítoris en la boca de Vania, y mi cara justo en el coño de Vania. Empiezo a chuparla. Ella gime y empieza a comerme el clítoris. En ese momento, Steve me penetra y siento tan rico cómo me folla que me como con más gusto el coño de Vania. Ella intenta mantener el ritmo, pero es complicado porque Steve lleva sus movimientos rápidos y fuertes, a lo que ella coge el vibrador de micrófono y me lo coloca en el clítoris mientras Steve me folla con fuerza. No puedo más, estoy a punto de estallar de nuevo en otro delicioso orgasmo. Empiezo a gemir y a chupar con más deseo el coño de Vania. Esta gime también; parece que se quiere correr. Sigo con esa intensidad hasta escuchar que grita: «¡Sí!», contrayendo su cuerpo en espasmos por el orgasmo. Yo, al sentir que se ha corrido, grito también porque Steve acelera sus movimientos. Vania no quita el vibrador del clítoris y me dejo llevar. Mi cuerpo se eriza por completo en ese increíble orgasmo de varias sensaciones a la vez. Steve me escucha y siento cómo acelera, gime y grita. Saca su polla de mi coño, la pone en la boca de Vania y deja salir su leche en la cara de ella. Vuelve a meterme la polla para continuar corriéndose dentro de mí. Una vez más, la sacarla y la refriega en la cara de Vania. Ella se ríe y yo caigo encima de ella. Me hago a un lado y Steve se para mirando al techo, quejándose y jadeando por el orgasmo que ha tenido. Ha sido impresionante.

Se tira en la cama quedando a los pies de Vania. Al igual que yo, apenas puede hablar del cansancio.

—Me vais a volver loco —logra decir por fin. Ha sido alucinante.

—Para mí ha sido una experiencia increíble. Estoy flipando todavía con todo lo que hemos hecho. Esto no me lo esperaba —confiesa señalando el semen en su cara y se ríe.

Nosotros también nos reímos.

—Qué experiencia más inimaginable. De verdad que hasta el momento creo que es lo mejor que hemos vivido. Creo que con solo recordar estas escenas nos volveremos a poner cachondos en el futuro —les comento riéndome.

Vania se levanta y se va al baño. Escuchamos cómo se abre la ducha.

Steve se acerca a mí y me da un beso. Me mira con ternura y sonríe, pero no dice nada, se queda pensativo. Al escuchar que Vania sale de la ducha, me levanto y me voy a duchar también.

Siento cómo el agua caliente recorre mi cuerpo. Me pongo gel de baño y termino de ducharme. Cuando salgo, veo que Vania se está vistiendo y Steve está tomando de la copa de vino que tenía servida hace rato. Él también se va a la ducha y yo empiezo a vestirme.

—Ha sido alucinante. Aún estoy que no me creo todo lo que está pasando entre nosotros. He descubierto un mundo que no sabía que existía, pero me encanta —dice con una sonrisa.

—Ya te digo. Yo no tenía ni idea de que todo esto fuese posible, pero aquí estamos los tres locos, disfrutando del placer, y lo que aún nos queda por vivir —le contesto.

Steve sale, se acerca a mí y me abraza. Coge a Vania por el brazo y la acerca a nosotros. Nos abrazamos los tres en un tierno abrazo sin malicia. Él me besa y luego a ella. Después, nos besamos los tres. Nos quedamos besándonos por unos instantes y él se separa.

—Mejor vayámonos antes de que vuelva a empezar y no quiera dejarlas ir —indica él haciéndose a un lado, tocándose su paquete.

Nosotras nos reímos y él empieza a vestirse. Salimos todos de la habitación y bajamos al garaje. Nos subimos al coche y salimos del motel. Vamos a dejar a Vania a su casa.

—Tengo hambre —suelta con una sonrisa pícara.

—Yo estoy igual, tengo mucha hambre. Tanto orgasmo nos dejó agotadas.

—A estas horas, lo único abierto serán las hamburguesas. Si os apetece, podemos ir allí a comer.

—Perfecto —respondemos las dos. A estas horas y con el hambre que tenemos, no podemos pedir demasiados gustos.

Steve conduce hasta el restaurante de comida rápida. Aparca y entramos. Menos mal que el verano ya empezó y en las madrugadas es rico andar en la calle.

Nos pedimos una hamburguesa, cada uno con un refresco, y nos sentamos a comer. Entre bromas y risas, terminamos de comer y dejamos a Vania en su casa. Nos despedimos con un beso de tres y ella se va. Está muy contenta, pero se la ve cansada.

—¿Me avisáis de a qué hora vamos a casa de mis padres a recoger a los niños mañana? —pregunta al salir del coche.

—Claro —le contesto—. Te escribimos a la hora a la que pasaremos.

Ella se baja. Esperamos a que entre en su casa y nos vamos a la nuestra. Estoy supercansada. Siento que los ojos se me cierran del cansancio.

Por fin llegamos a casa. Son casi las 7 siete de la mañana. Menos mal ya venimos duchados. Ambos subimos directamente a la habitación y yo me tiro a la cama. No soy capaz ni de quitarme la ropa que llevo puesta. A lo lejos, siento que Steve me echa una manta encima.

Suena la alarma y me sobresalto. La puse para las doce del mediodía. No tengo ni la más mínima gana de levantarme. Veo de reojo a Steve y sigue superdormido. La pospongo un rato más. Cuando vuelve a sonar, son casi las dos de la tarde. Madre mía, qué vergüenza, tampoco era plan llegar tan tarde a recoger a los niños a casa de Vania.

Despierto a Steve y él se hace el perezoso.

—Son casi las dos de la tarde —le digo.

—¿¡Qué!? —responde él. Da un salto de la cama—. Qué vergüenza. ¡Vámonos! —exclama corriendo al baño. Me levanto y voy detrás de él. Nos vestimos rápidamente. Me pongo vaqueros y zapatillas. Me recojo el pelo y voy sin una gota de maquillaje. Cojo el móvil y llamo a Vania. Ella también parece haberse levantado hace poco. Le digo que vamos hacia su casa y salimos. En

el camino me pongo labial y la línea negra de los ojos, al menos, para no verme tan demacrada del desvelo.

Recogemos a Vania. Ella viene con *short* vaquero y chanclas, también con coleta y una gorra y gafas de sol. Nos saludamos y nos vamos a casa de sus padres. En el camino, recordamos lo de la noche anterior, de lo rico que dormimos y de lo mucho que hemos disfrutado.

Le digo a Vania que no quiero entrar, que solo me saque a los niños, pero ella insiste en que pasemos a tomar un café aunque sea, y decidimos hacerlo. Al entrar, los niños salen corriendo. Estaban en la piscina bañándose. Saludamos a los padres de Vania y ellos nos invitan a un café. Yo lo agradezco.

Nos quedamos un rato con ellos charlando de muchas cosas. A las cinco de la tarde salimos con nuestros hijos para casa de mi suegra a recoger al pequeño.

Ya todos en el coche, vamos a un centro comercial a tomar un helado y a saltar en las camas elásticas. Ellos se lo pasan de maravilla cuando venimos aquí.

Sorpresa de Steve

Steve y yo llevamos juntos a los niños al cole. Casi toda la semana hemos querido hacerlo así, ir en un solo coche a dejarlos y al trabajo. Llegamos juntos a la oficina y saludamos a las chicas. Steve no me suelta de la mano y se dirige a su despacho. Lo sigo sin decir nada.

—Espera un momento —me dice dejándome en la puerta. Entra y deja su portátil en la mesa y se vuelve hacia mí. Me coge de nuevo de la mano y caminamos hacia mi despacho. Nos paramos enfrente de la puerta de Vania y tocamos. «Pase», responde ella desde dentro.

Steve y yo entramos. Ella nos mira sorprendida a los dos y sonríe.

—Qué agradable sorpresa verlos a los dos por acá —comenta con una sonrisa pícara, mordiendo un lápiz. Se levanta de la silla y nos saludamos.

Steve nos coge a las dos por la cintura y nos besa a una y a la otra. Después, nos acerca para besarnos los tres.

Las dos nos quedamos sorprendidas, pero sonreímos. Ha sido muy agradable, la verdad, este saludo tan efusivo.

—Mis chicas, mañana os llevaré a un sitio que os va a encantar. Lo único: que tiene que ser por la tarde, tipo cinco o seis de la tarde. Saldremos de Valencia con los niños, iremos todos. Llevad alguna esterilla y algo de abrigo, por si acaso. Nada garantiza que donde vamos haga calor, y no me preguntéis más —advierte sin dejarnos decir ni una palabra.

Vania y yo nos miramos con sorpresa. «¿Qué estará planeando este hombre?», pensamos, pero no le preguntamos nada. Él se despide de las dos y sale del despacho de Vania. Me quedo con ella un rato más.

—¿Dónde será que nos llevará? —pregunta ella, como si yo supiera.

—Sinceramente, no tengo ni idea. Desde lo del fin de semana ha estado bastante raro. Ha estado más cercano con las dos, más cariñoso en casa, conmigo, con los niños… Es otro hombre. Definitivamente, está cada día más contento.

—Sí, eso he notado, la verdad, y me da mucho gusto verlo así.

—A mí también, la verdad. Bueno, te dejo, me voy a lo mío.

Salgo del despacho de Vania y entro al mío, que está justo enfrente.

El día pasa deprisa. Apenas nos vemos y a la salida nos despedimos a las prisas. Quedamos en vernos mañana, como ha dicho Steve.

Es la hora de recoger a Vania y a los niños. Steve ha alquilado una furgoneta de nueve plazas y nos está esperando abajo, en la calle. Los niños van supercontentos. Nadie sabe adónde vamos, pero ellos son felices cuando andamos todos juntos.

Ya estamos todos. Él conduce a las afueras de Valencia. Paramos en un pueblo después de casi dos horas conduciendo. Cenamos algo y seguimos nuestro camino. Conduce por un camino de tierra hacia una montaña. Está empezando a oscurecer: son más de la nueve de la noche. Subimos a la cima de la montaña. Vemos que hay muchos coches. La gente está fuera observando el cielo. De hecho, muchas personas tienen telescopios.

Seguimos un poco más y Steve estacionada en una explanada. Salimos del coche y saca unas cervezas que compró en el bar para el camino. Nos ofrece una a cada una.

Salimos del coche todos. Los niños salen corriendo a jugar entre ellos.

—¿Nos vas a contar qué hacemos aquí? —le pregunto a Steve.

Él se ríe y Vania lo observa.

—¿Recuerdas que me dijiste una vez que te hacía ilusión mirar las estrellas? —me pregunta mirándome a los ojos.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues este es el mejor sitio para verlas. De hecho, ahora, cuando oscurezca del todo, podremos ver incluso la Vía Láctea y, si tenemos suerte, veremos alguna estrella fugaz. Siento que necesitamos un momento así. A los niños también les encantará.

Siento un vuelco en el corazón porque esto era algo que realmente deseaba hacer toda mi vida. Cuando era niña, recuerdo que se veían bastantes estrellas en el cielo, pero a medida que pasaron los años, la contaminación en las grandes ciudades impide verlas en un cielo despejado, como se ve aquí. Es hermoso. Ya casi está todo oscuro, no hay ni una gota de luz más que la interior del coche; los niños la tienen encendida.

Sacamos las esterillas del coche y las ponemos en el suelo. Colocamos una para los niños y dos para nosotros. Los más pequeños están dentro del coche jugando; los dos mayores están fuera. Ellos se alejan de nosotros y se acuestan. Aunque tienen los móviles, los dejan a un lado y observan el cielo.

Nosotros tres nos acostamos en las esterillas dejando a Steve en medio. Miramos al cielo. Es impresionantemente hermoso. Noto tanta emoción en el corazón que hasta siento el deseo de llorar. Estas cosas me ponen sentimental. Amo la vida, amo la naturaleza, amo todo lo que existe creado por Dios. Todos observamos cuando, de repente, veo una estrella fugaz y grito de emoción. Nadie la vio, solo yo.

Todos seguimos a la expectativa de ver una más cuando en medio del cielo aparece otra. Esta vez la hemos visto todos. Gritamos de emoción al ver las estrellas fugaces. De niña, tengo vagos recuerdos de haber visto alguna, pero verlas ahora… Esto sí que es un verdadero regalo para mí.

—Gracias, mi amor —le digo a Steve cogiéndole la mano—. Estoy feliz de estar aquí. Gracias por este maravilloso regalo que nos has hecho hoy.

—De verdad, gracias —le agradece Vania—. La verdad es que yo ni me acordaba de que existían las estrellas fugaces. Creo que es la primera vez que veo una. Y me ha dado una emoción increíble verla.

—Lo hago con todo gusto. No sé ni cómo agradecer a ustedes todo lo que hacéis por mí. Me habéis regalado, sin duda, los momentos más excitantes y placenteros de mi vida, y créanme que las tendré en mi mente toda mi vida, independientemente de los caminos que nuestras vidas puedan tomar en el futuro. Les agradezco infinito —susurra cogiéndome la mano y la de Vania. Las lleva hasta su boca y nos da un beso a cada una.

En ese momento, se sienta.

—Quiero hacerles una pregunta y necesito que me seáis lo más sinceras que seáis capaces de ser.

Vania y yo nos sentamos automáticamente formando un triángulo los tres y prestando mucha atención a lo que va a decir.

—¿Qué pensáis de todo esto que estamos viviendo? ¿Cómo os sentís? Quiero sinceridad —nos pregunta mirándonos.

Vania y yo nos miramos. Le cedo la palabra.

—Voy a ser sincera: todo esto es absolutamente nuevo para mí. Yo ni siquiera había usado juguetes eróticos nunca, y mucho menos había pensado en vivir algo como esto. Pero de verdad os digo que estoy encantada. Estoy feliz. Hoy por hoy, me encanta todo lo que estamos viviendo. No sé qué puede pasar después, pero prefiero no pensar en ello. Lo único que no quiero es hacer daño a nadie. Creo que ya lo he dicho. Y de verdad que estoy muy agradecida con ustedes por todo lo vivido. Ahora creo que mi matrimonio estaba destinado a fracasar para que os pudiera conocer y poder descubrir este mundo. Darme cuenta de que soy multiorgásmica me ha dejado alucinando. Nunca pensé que una mujer sería capaz de correrse más una vez en una noche. Para mí, lo normal era eso, una vez y ya, y ahora hasta doy gracias de que mi marido me haya puesto los cuernos porque siento que soy otra persona, mejor follada y feliz —relata con una carcajada.

Steve y yo también nos reímos. Le cedo la palabra a Steve.

—Me da gusto saber eso porque, como tú dices, lo que menos queremos es hacer daño a nadie. ¿Y qué os puedo decir yo? Estoy encantado. Me siento muy afortunado por tener una mujer como la que tengo, así de loca. Jamás me lo hubiese imaginado. Todo lo que me han hecho vivir, si lo cuento, nadie lo creería. Esto está fuera del alcance de casi todo el mundo, y quien lo vive creo que es tan feliz y afortunado como yo. Si ya le tocan dos mujeres como vosotras, ambas multiorgásmicas y locas, que se dejan llevar, que no dicen que no a no ser que no les parezca, que, hasta el momento, no me han dicho que no a nada, que me han hecho ver las estrellas, no como las de ahora, que son reales, sino imaginarias… —cuenta riéndose. Nosotras también sonreímos—. Me considero privilegiado por todo lo vivido y de verdad que deseo compartir muchas cosas con vosotras no solo a nivel sexual, sino en todos los sentidos, pero eso ya os lo iré demostrando conforme vayan dándose las cosas. Lo único que me queda es agradeceros por todo lo que me habéis hecho sentir, por todos los increíbles momentos que me habéis hecho vivir. Me he excitado como nunca en mi vida y he sentido tanto placer como jamás me imaginé. Así que lo único que me resta decir es gracias, gracias y gracias por todo. Que siempre que nos sintamos cómodos con todo esto vivamos lo que tengamos que vivir. —Termina y me cede la palabra.

Ambos me observan y pienso en lo que ambos han dicho, que está casi en concordancia con lo que yo tengo que decir.

—Bueno, yo también quiero agradecer a Vania por llegar a nuestras vidas, principalmente, porque gracias a su caso decidí indagar en mi matrimonio y buscar la manera de solucionar lo que estaba mal, y no es que esto sea necesario para que todo marche bien o que sea algo obligatorio de vivir. Nadie debería sentirse obligado a hacer algo que no quiere. A raíz del caso de Vania, me puse a pensar en que yo no quería perder mi matrimonio. Primero, porque amo a mi marido, y segundo, porque quiero que mi familia permanezca unida. Al final, no sé si lo lograré o no. Aún nos queda mucha vida por vivir, y eso lo sabré al final del camino. Pero sí supe que las cosas no están bien y empezamos a vivir experiencias nuevas, como lo de los juguetes, que nunca me había atrevido a probar. Salir de lo tradicional: hacer el amor en casa y en la cama. Eran las únicas cosas que yo había experimentado, y ahora hemos hecho muchas cosas. Hemos salido totalmente de la rutina. Nos hemos convertido en personas nuevas, más llenas de vida, y podría decir que más llenas de amor el uno por el otro. Era lo que necesitábamos para revivir el inmenso amor que nos tenemos. Y la guinda del pastel: la experiencia con Vania, que ha sido increíble. También era algo que jamás me imaginé ni pensé vivir, pero estoy sorprendida de lo mucho que he disfrutado todo lo vivido. Me he excitado de manera increíble estando los tres. La experiencia para mí es fantástica, y, por ahora, no le veo nada de malo a todo esto. Lo que puedo

decir es que lo estoy disfrutando y estoy viviendo cosas que hace unos meses eran imposibles para mí. Ver cómo mi marido se follaba a otra mujer jamás se me había cruzado por la cabeza. Pensar en una traición me partía el corazón, pero lo maravilloso de todo esto es que no es nada de eso. No es traición, no es nada parecido porque no solo disfruta él, disfrutamos los tres en todas direcciones. Así como me corro con Steve, me corro con Vania, y así como Vania se corre con Steve, se corre conmigo, y Steve se corre con las dos. O sea, aquí es todos con todos, y creo que eso es lo más excitante y maravilloso de todo. Hoy disfruto tanto de ver cómo mi marido se folla a Vania, cómo disfruto de follármela yo o de que ella me folle a mí. Es algo que no sé explicar, solo sé que debemos disfrutarlo mientras dure porque nadie sabe lo que nos depara la vida.

»En todo caso, ¿esto es o no pecado? ¿Quién puede juzgarnos? ¿Quién puede decir lo que está bien o lo que está mal? ¿De verdad existe alguien con la moral suficiente para decir que estamos haciendo mal? ¿Hacemos daño a alguien? Saben la respuesta a todas esas preguntas: NO, nadie puede, ni siquiera el que se cree más perfecto.

»Porque todos somos dueños de nuestra propia vida y debemos vivirla al máximo, sin importar lo que digan los demás. La vida es hoy, el momento es ahora. Nadie tiene la vida comprada, nadie te puede decir: «He comprado sesenta años más para vivirlos». Eso es imposible. Cuando vengamos a darnos cuenta, se nos habrá ido la vida y solo nos llevaremos aquello que hayamos vivido; aquello que hayamos compartido; aquello que nos haya hecho felices. Esos son los momentos que atesoraremos en el corazón y será lo que veamos pasar en nuestro lecho de muerte. Nos iremos felices solo si realmente hemos vivido conforme al deseo de nuestro corazón.

»Además de todo, somos familia con nuestros hijos, los cuales se llevan muy bien, no hay más que observarlos. Ellos no tienen ni idea de todo lo que vivimos entre nosotros porque todo esto es muy aparte. Momentos como este es para estar en familia, disfrutando de ellos como lo que somos: padres y madres. Ya en el futuro ellos decidirán cómo quieren vivir su vida, de la manera que les parezca correcta y sean felices. No hemos mezclado las cosas dando una imagen diferente ante ellos. En familia, solo somos amigos que compartimos momentos. Nosotros solos, los tres, nos compartimos nosotros. Todo lo que hagamos es cosa nuestra.

»La gente hablará, la gente te señalará, pero solo depende de ti tu felicidad. No la puedes poner en manos de nadie más. Así que, por mi parte, hasta hoy, me siento bien, feliz y con muchas ganas de seguir experimentando cosas nuevas y viviendo lo que tengamos que vivir. Como dije, la vida solo es una y el momento es ahora. Siempre que no hagamos daño a nadie, vivamos todo lo que tengamos que vivir —les digo encogiéndome de hombros.

Ambos me miran sin perder detalle de lo que he dicho. Yo los miro. Me sonrío.

—¿O qué piensan ustedes? —les pregunto.

—No has podido decir verdades más grandes —responde Steve sonriendo. Vania también se ríe.

—También estoy de acuerdo —contesta mirando de nuevo al cielo.

—Ambas me dejáis más tranquilo porque no me gustaría que alguna de las dos se sienta incómoda con esto y prefería saberlo si eso llegase a pasar.

—Si eso pasa, os lo diré —comenta Vania acostándose de nuevo para seguir viendo el cielo.

Apoyo mi cabeza en el hombro de Steve y miro hacia arriba. Realmente, es hermoso. Es maravillo pensar en todo lo que puede haber allí arriba. Me siento tan pequeña en el universo tan enorme… Es increíble este momento.

Nos quedamos así un buen rato. Veo que mi hijo mayor se acerca a decirme que tiene frío, que se van dentro del coche. Yo le digo que sí, que se vayan, que en un momento nos iremos a casa. En ese instante, veo el reloj del móvil: son casi las once y media de la noche. Se lo muestro a Steve.

—Vámonos —indica levantándose. Nos tiene una mano a cada una y nos ayuda a levantarnos —. Nos quedan horas de camino —nos informa. Nos abrazamos y caminamos hasta el coche.

Colocamos a los niños en cada silla y nos vamos de regreso a casa.

Celebrando negocios

Suena mi móvil. Es Steve.

—Hola, amor —le respondo.

—Amor, ve donde Vania y vengan enseguida las dos a mi despacho —dice con voz alterada.

Lo noto nervioso.

—Claro, ahora voy a por ella —le respondo colgando el teléfono. Salgo corriendo. Me ha puesto nerviosa. ¿Qué sucederá para que me llame de esa manera?

Ni siquiera toco la puerta del despacho de Vania. La abro sin más y ella me mira sorprendida.

—Vania, vamos al despacho de Steve —logro decir.

—¿Qué sucede? —me pregunta, alterada.

—No lo sé. Steve quiere vernos ya —le explico. Ella sale casi corriendo y nos vamos deprisa a su despacho.

Tampoco toco la puerta. Abro sin más y entramos las dos casi corriendo.

—¿Qué sucede? —le pregunto. Él está con una taza de café mirando por la ventana y con la otra mano metida en el bolsillo del pantalón.

Nos voltea a mirar con una sonrisa pícara.

Frunzo el ceño.

—¿Qué sucede? —le inquiero—. ¿Cuál es la prisa? Nos has asustado.

—Tranquilas, relájense, que no es nada malo —responde acercándose a la mesa y dejando la taza sobre ella—. Hoy es un día para celebrar. Ya hemos cerrado la compra del terreno para edificar y ya tenemos la financiación del banco para empezar a construir. Me acaba de llamar mi socio para decirme que ya todo está concretado, así que esta noche os invito a cenar para celebrarlo —nos comenta mirándonos con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo respiro aliviada por la noticia. Por un momento, me imaginé algo malo. Corro hacia él, lo abrazo y le doy un beso.

—Felicidades, mi amor, esa sí es una buena noticia. Me alegro mucho —le digo apretándolo fuerte.

—Enhorabuena —comenta Vania también acercándose a él para darle un beso. Él nos abraza a las dos y nos besamos los tres.

—Esta noche reservaré en un restaurante que les va a encantar. Está a la orilla de la playa. A las nueve pasamos a por ti, Vania —le explica.

Las dos salimos del despacho de Steve hacia el nuestro. Ella se va al suyo y yo, al mío.

Sonrío al pensar en lo bien que estamos, en cómo las cosas van fluyendo, en la energía de Steve. Está cada día más contento y con ganas de hacer más cosas. Cada vez sale con un proyecto nuevo. La verdad es que me encanta verlo así. Ese es el hombre del cual yo me enamoré, con esa alegría en sus ojos y dispuesto a comerse el mundo. «Y más cosas», digo en mi mente riéndome al acordarme de la manera en que devora a Vania.

Como siempre, recogemos a Vania en su casa. Ella baja enseguida. Viene vestida con un vestido blanco hasta los pies y con sandalias de plataforma. Se ve guapísima. Yo llevo un vestido

rosa por encima de la rodilla, también con sandalias de plataforma.

Nos vamos hacia el restaurante de la playa. Dejamos el coche en el parquin del Velas y Vents y nos vamos al restaurante. Allí, nos atienden enseguida y nos dirigen a una mesa que está en la ventana desde la cual podemos ver el mar. Es un sitio precioso. Nos encanta venir aquí.

Pedimos una botella de vino tinto. Cuando nos la traen, Steve hace el brindis por nosotros y por los proyectos que le han salido.

—Os tengo una propuesta —dice Steve en tono misterioso.

Nosotras le vemos con expectación. A ver qué es lo que nos quiere decir.

—Antes de salir del despacho, me llamó mi socio y me dijo que hay otro terreno muy bueno que podemos comprar y que si quiero entrar, que es una magnífica oportunidad, y yo quería preguntaros si vosotras queréis entrar en el negocio. Os explicaré con todo detalle si os interesa. No se necesita gran cantidad de dinero para entrar. Luego, si queréis, os paso la información —nos informa.

—Claro que sí —le respondo.

—Yo también —afirma Vania.

—¡Socios, entonces! —exclama Steve levantando su copa y ofreciendo otro brindis.

Brindamos con mucha alegría por todo lo que nos está sucediendo. Las cosas van mejor de lo que nos esperábamos.

Entre conversaciones de recuerdos de lo que hemos hecho, de los proyectos para el futuro y alguna que otra broma se nos pasa la noche. Entre tanto, nos hemos tomado casi tres botellas de vino. Steve paga la cuenta y nos dirigimos al coche. Al salir del restaurante, nos damos cuenta de que está empezando a llover. Corremos para no mojarnos, aunque yo adoro la lluvia, más en verano, que es muy raro que llueva. Dejo que me caigan algunas gotas en la cara y los tres corremos a meternos al coche.

Salimos y Steve conduce por el paseo de la playa.

—Vaya, empieza a llover fuerte —anuncia Steve—. Se me ha venido a la mente una cosa.

—¿Qué cosa? —le pregunto.

Mira por el retrovisor observando a Vania.

—La fantasía de Vania de hacer el amor bajo la lluvia. Creo que este sería un buen momento. La playa está sola, no hay nadie. Además, la orilla está bastante alejada del paseo. ¿Qué os parece? —dice mirándonos a las dos.

—Yo encantada —responde Vania con la sonrisa superpícara.

—Por mí, genial —contesto.

Steve estaciona el coche al final del paseo y nos bajamos. La lluvia ha arreciado mucho. Salimos los tres del coche. Steve cierra y deja la llave sobre la llanta delantera del lado del conductor para que no se moje. Corremos hacia la arena.

Vania y yo nos cogemos de la mano y corremos más rápido, a ver quién gana. En el camino, me subo el vestido dejando mis nalgas a la vista. Steve viene detrás corriendo. Vania me mira y se ríe, pero ella hace lo mismo, también se levanta el vestido. Llegamos justo al puesto del socorrista, donde hay una placa de cemento. Steve nos alcanza y nos besamos los tres. Él empieza a meterle mano a Vania por debajo del vestido. Me pongo detrás de ella y, mientras, él la besa y le mete mano en el coño. Le muerdo el cuello y le subo el vestido dejando que Steve tenga libre acceso a ella.

Steve la besa con mucha pasión y se quita el *short* que lleva puesto, quedándose en bóxers. Sigue besándola con pasión mientras yo sigo metiendo mis manos por debajo de su vestido,

llegando hasta sus tetas. Aprieto sus pezones y ella gime. Steve la gira hacia mí y ella me besa alocadamente. Steve la masturba con su mano mientras muerde su cuello. Ella me besa con pasión y mete su mano por debajo de mi vestido. Hace a un lado el tanga y me mete su mano en el coño. Estoy mojada solo de verlos, pero es la fantasía de Vania, no quiero que se distraigan. Mientras, el agua sigue cayendo sobre nosotros. Nos seguimos tocando. Toco a Steve y noto que su polla está más dura que una piedra. Él se baja de la placa de cemento y nos coge de la mano. Corremos hasta casi llegar a la orilla de la playa. Él se cuesta bocarriba.

—Sube —le ordena a Vania. Ella hace caso enseguida.

Se mueve desesperada en la polla de Steve. Él le coge las tetas.

—Ven —me dice. Me llama a su lado—. Pon tu coño en mi boca —me ordena cogiéndome una pierna. Las abro y me pongo dando mi espalda a Vania con mi coño en la boca de Steve. Él me chupa de manera loca y siento cómo Vania me coge las nalgas y las aprieta.

Me levanto. Siento que Steve está desconcentrado y mejor me pongo al lado de Vania besándola. Luego, me paro detrás de ella. Mientras ella cabalga en la polla de Steve, yo estoy parada detrás de ella besándole el cuello y tocándole las tetas. Ella gime desesperada y yo meto mi lengua en sus orejas, turnándome alternativamente. Ella se mueve más rápido y grita. Echa su cara hacia atrás mirando al cielo y siente cómo la lluvia le cae en el rostro. Mientras, sigue cabalgando a Steve.

—Córrete —le susurro al oído. Ella se mueve cada vez más rápido. Gime y jadea, desesperada, hasta que sus gritos nos hacen saber que está llegando al clímax. Steve mueve las caderas de ella y gime fuerte, jadea y se queja. Deja caer su cabeza sobre la arena y aprieta a Vania sobre su polla, corriéndose dentro de ella. La mueve cada vez con más lentitud hasta acabar por completo.

Ambos se quedan satisfechos mientras la lluvia nos sigue cayendo. Steve se queda así, bocarriba, sintiendo la lluvia sobre su rostro. Vania se echa a un lado.

—Faltó que se corra Raquel —comenta Vania.

—No te preocupes por mí, esta era tu fantasía y se trataba de eso, de que la disfrutaras —le respondo restándole importancia a no correrme yo.

—Lo siento, mi amor —dice Steve—. Es que estaba tan cachondo que no me pude aguantar.

—No se preocupen, que ya me tocará a mí, y pienso desquitarme esta que me deben —les adelanto riéndome.

—Es verdad —contesta Steve—. Ya hemos cumplido mi fantasía del cuarto del placer, y ahora, la de Vania. Solo falta tu fantasía, que, por cierto, aún no nos has dicho cuál es. —Frunce el ceño.

—Es verdad. Nos quedamos esperando a que lo dijeras, pero no lo hiciste.

—¿Cuál es tu fantasía? —preguntan los dos a la vez.

Yo los miro divertida y les digo:

—Mi fantasía es…

FIN